

Inaugural-Dissertation zur Erlangung der Doktorwürde
Philosophische Fakultät der Universität Potsdam
Institut für Romanistik

Adrián Tabares
Palabras de fundadores, forasteros y cachacos
Literatura de viajes desde y hacia Bogotá

Potsdam, im Mai 2015

Published online at the
Institutional Repository of the University of Potsdam:
URN urn:nbn:de:kobv:517-opus4-85630
<http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:kobv:517-opus4-85630>

Selbständigkeitserklärung

Ich erkläre hiermit, dass ich die vorliegende Arbeit ohne fremde Hilfe selbständig verfasst und keine anderen als die im Quellenverzeichnis angegebenen Hilfsmittel verwendet habe.

Alle Stellen, die wörtlich oder sinngemäss den mir bekannten gängigen wissenschaftlichen Regeln korrekt zitiert, d.h. die jeweilige Herkunft im Text oder in den Anmerkungen belegt. Dies gilt auch für Tabellen und Abbildungen.

Ort, Datum

Unterschrift

Contenido

Introducción	6
1 Perspectiva teórica	9
1.1 Unos conceptos de partida	9
1.2 Una aproximación a lo discursivo, lo autobiográfico y lo mental	16
1.2.1 Lo autobiográfico y las discursividades	20
1.3 Un autor, un viaje y un texto	24
1.4 Textos de viajeros: ¿Fuente para una <i>historia literaria</i> de las mentalidades?	28
2 Primera jornada: Preparativos	32
2.1 Diferentes épocas, escrituras y viajeros	32
2.2 La literatura de viajes y los viajeros	41
2.2.1 Viajeros de todo tipo: Lo humboldtiano	46
2.3 Los viajeros y la industrialización	48
2.4 La literatura, lo colombiano y lo bogotano	50
3 Segunda jornada: La ruta	53
3.1 Llegadas y partidas: conquistadores y viajeros	53
3.1.1 Conquistadores vistos por los viajeros del XIX	58
3.1.2 Empieza el siglo XIX: parten los primeros viajeros	64
3.2 Llegadas y partidas: viajeros y aventureros	95
3.2.1 Primer encuentro con la ciudad y su historia mas antigua	109
3.2.2 Una ciudad de iglesias	124
4 Tercera Jornada: Viviendo en la ciudad	128
4.1 Distintos tipos de gente	128
4.2 El juego y la celebración	136
4.2.1 Un licor local: la Chicha	140

4.3	La música local y la música ideal.....	143
4.4	Viviendas nativas y viviendas <i>civilizadas</i>	144
4.5	Una nueva preocupación: <i>la salubridad</i>	146
4.6	Educación: de la escuela a la universidad.....	149
4.7	Lo intelectual y los intelectuales	152
4.7.1	Políticos e intelectuales.....	158
4.8	Bogotanas: género, oficios y moda	161
4.8.1	Mujer indígena.....	161
4.8.2	Mujer campesina.....	163
4.8.3	Mujer <i>criolla</i> (Clase media y alta).....	166
4.9	Gastronomía: camino hasta Bogotá, el país del plátano.....	174
4.9.1	Bogotá: de lo Muisca a lo criollo	175
4.10	Lo sagrado: los ancestros prohibidos, las iglesias y las órdenes	178
4.10.1	Feligreses, ritos y castas	185
4.10.2	La vida privada de los sacerdotes	188
4.10.3	La Virgen, sus imágenes y sus mestizajes.....	191
4.10.4	Las procesiones de la semana santa	192
4.10.5	Funerales de niños, de pobres, de ricos y de reos	195
4.11	Los bogotanos versus los colombianos: Comparaciones de mentalidades.....	198
	Conclusiones.....	204
	Bibliografía.....	214

1.1 Índice de figuras

Fig.1. Mercado en Cartagena	74
Fig.2. Bogas del Magdalena	77
Fig.3. Casas y habitantes del bajo Magdalena	81
Fig.4. En el camino de Honda a Bogotá.....	83
Fig.5. Yendo al mercado	85
Fig.6. Sobre las montañas en una 'silla'	88
Fig.7. Carguero del Quindío y su silleta	90
Fig.8. Sabana de Bogotá	93
Fig.9. Santa fé de Bogotá	96
Fig.10. Paperas y elefantiasis	120
Fig.11. Escena del mercado en Bogotá.....	121
Fig.12. Catedral de Bogotá.....	124
Fig.13. La Calle Real en Bogotá	131

Introducción

El primer aparte titulado *Perspectiva teórica* aborda las temáticas, marcos de tiempo y conceptos generales, desde los que se enfocan los distintos aspectos del análisis comparado de los textos de los cronistas, viajeros y novelistas. En su primer subtítulo *Unos conceptos de partida*, se explica el modo cómo ha sido planteado el método de investigación entono a algunos de los elementos que en común tratan los textos, elementos como la ruta, la estadía, la partida, las expectativas previas, la distancia, el sentimiento de ser forastero, el aislamiento, etc. En este subtítulo también se definen las herramientas teóricas desde las que se articula la perspectiva, en especial el concepto de mentalidad alrededor del cual giran los de imaginario, representación e identidad. En su segundo, tercer y cuarto subtítulos (2) *Una aproximación a lo discursivo, lo autobiográfico y lo mental*, (3) *Lo autobiográfico y las discursividades*, y, (4) *Un autor, un viaje y un texto*, se anticipa de forma general el rastreo de las discursividades y prácticas de época que incidieron en los autores, sus textos, los contenidos y la recepción de estos; se parte de la distinción entre textos autobiográficos y no autobiográficos con el fin de esclarecer la relación de los autores respecto al sentido y significado de lo escrito de acuerdo al tipo de viaje, y a su tipo de rol o percepción en tanto viajeros, individuos y/o hombres con una profesión o saber específicos. El quinto y último subtítulo *Textos de viajeros: ¿Fuente para una historia literaria de las mentalidades?*, da cuenta de la discusión contemporánea acerca de la pertinencia de abordar los testimonios de los viajeros del siglo XIX a la hora de emprender estudios sobre América latina, en especial sobre sus identidades, imaginarios y mentalidades, dado lo estereotipado y cliché de muchas de sus afirmaciones, la falta de rigor de sus datos, el desconocimiento o conocimiento a medias de las historias locales y su confinamiento social a solo un sector de población, generalmente las clases altas.

Tratándose de la comparación de tres momentos literarios diferentes, que tienen en común a Bogotá como punto de partida o de llegada, y también al viaje mismo como fondo del relato, a partir del segundo aparte el texto está dividido en Jornadas de viaje. En cada una de las tres jornadas se indagan simultáneamente los tres momentos bajo aspectos distintos

del viaje o de la estadía en la ciudad con el fin de contrastar los sentimientos, motivaciones, expectativas, desilusiones y contradicciones, que revelan diferentes elementos de las mentalidades, sus cambios o permanencias en el tiempo, y las distintas percepciones sobre estas. En la *Primera jornada: Preparativos*, se lleva a cabo el análisis de las épocas, viajes y tipos de escrituras a las que pertenecen los textos, sus autores y el público al que iban destinadas; se hace un énfasis especial en el siglo XIX y las circunstancias que posibilitaron el incremento de los viajes, la consolidación social del rol del viajero, el desplazamiento de los saberes académicos, el ocultamiento de los saberes locales y el nacimiento y discusión de lo que se ha denominado después *Literatura de viajes*. La pregunta que atraviesa esta primera jornada, o jornada de preparativos es ¿Cuáles son los elementos literarios, estilísticos y/o históricos, que permiten trazar un paralelo entre los textos y sus autores a manera de método de indagación de mentalidades?

En la *Segunda Jornada: La Ruta*, se aborda el tema de la travesía, primero desde Europa al Caribe colombiano y luego de allí hasta Bogotá, se comparan épocas, motivaciones, condiciones, expectativas, descripciones y personajes; en el caso de los novelistas se tematiza la partida de la ciudad hacia la los Llanos y la Amazonía o hacia la Guajira en el Caribe. Teniendo en cuenta que los personajes de novela parten de Bogotá empezando el siglo XX, mientras que los viajeros del siglo XIX llegan a la ciudad, y los conquistadores se encuentran con la cultura Muisca en el siglo XVI, el momento de la primera impresión del lugar y sus pobladores sirve de introducción para abordar el tema indígena: que en el caso de los cronistas y conquistadores refiere no solo el encuentro con los Muisca, sino su conquista, expoliación y fundación en su territorio de la ciudad; en el caso de los viajeros significa entre otros la mirada *civilizada* al mestizaje, a la aculturación y a la pobreza; y en el caso de los aventureros da cuenta de sus actitudes ante los indígenas de los Llanos y el Amazonas, y los cuestionamientos que esto suscita a su identidad como bogotanos. En este sentido se analizan también, como fuentes de discursividades de época, las versiones que los viajeros dan sobre los conquistadores y la campaña de conquista de la sabana de Bogotá. Tanto las travesías, como las primeras impresiones y la mirada a lo indígena, son examinados a partir del marco conceptual de las mentalidades. La pregunta de fondo de la segunda jornada es ¿Cómo se reflejan las discursividades de época, el tipo de viaje y de

viajeros, en las narraciones y descripciones de las rutas, las llegadas, sus personajes y las historias de sus gentes?

En la *Tercera Jornada: Viviendo en la ciudad*, se comparan los testimonios de los viajeros del siglo XIX entorno a la ciudad y sus costumbres, sus cambios o vigencias a lo largo del siglo y las diferentes interpretaciones de acuerdo al tipo de viajeros, al conjunto de imaginarios o identidades que articulan sus mentalidades y a las discursividades que operan ellos y en sus textos. Se abordan principalmente sus descripciones y reflexiones sobre la arquitectura, las clases y tipos sociales, la religiosidad, las celebraciones, la educación, lo intelectual, el género, la gastronomía y la moda, enfatizando en aquellas que generan un choque o contradicción con lo propio. En cuanto a los personajes de novela se examinan sus primeros recuerdos de la ciudad, sus primeros choques culturales con la realidad y lo que empieza a significar para ellos ser bogotanos. Por último, entre los textos de los viajeros y los de los novelistas, se traza un paralelo entre el estilo subjetivo y apasionado de los personajes bogotanos y el estilo analítico y casual de los viajeros. La pregunta que guía esta tercera jornada es: ¿Cómo se caracterizan las mentalidades de la ciudad y las de los viajeros en los textos, qué las define y qué resulta de su encuentro?

1 Perspectiva teórica

1.1 Unos conceptos de partida

La Vorágine, y *Cuatro años a bordo de mí mismo*, son dos de las primeras novelas de personaje de la literatura colombiana en las que se hace pública, para un número amplio de lectores, la contradicción entre los ideales burgueses de principios del siglo XX, anclados en la tradición “cultura” de Bogotá, centro del poder político y económico, y la realidad social y cultural del resto de Colombia. Sus protagonistas son aventureros que emprenden rutas desde Bogotá hacia sitios aislados del territorio colombiano expresando desde una perspectiva urbana el asombro y la propia tragedia ante una realidad diversa y ajena, frente a la cual se sienten como forasteros, y en la que la imagen del país con la que han crecido desaparece contrastada con la realidad de las tradiciones locales. Para comprender el contexto y el origen de la perspectiva de los aventureros bogotanos, se compararán sus visiones sobre las regiones de Colombia con los textos de los viajeros extranjeros que durante el siglo XIX visitaron Bogotá dejando un testimonio de sus impresiones sobre la ciudad y sus gentes, una mirada también de forasteros. En este punto, uno de los hechos relevantes, tanto para los personajes de las novelas que parten de Bogotá como para los viajeros que llegan, es la ubicación de la ciudad, que a pesar de ser la capital, fue erigida lejos de los puertos y los ríos principales, en la cima de una cordillera, con un acceso restringido a la realidad del resto de las regiones y ciudades. Para esclarecer desde la literatura los pormenores de esta circunstancia geográfica, se abordarán los textos de los primeros cronistas que dieron cuenta de las expediciones de conquista y colonización de la sabana de Bogotá. El análisis y la comparación de estos tres momentos literarios: el de los cronistas del Nuevo Reino de Granada¹ que llevan a cabo una primera relación descriptiva y poética de los hechos y lugares que condujeron a la fundación de Bogotá, el de los testimonios de los viajeros que exploran el territorio tres siglos después elaborando una descripción de las costumbres y la sociedad que encuentran, y el de los aventureros que

¹ De acuerdo al periodo histórico (conquista, colonia, Independencia) y a las distintas constituciones el nombre y la extensión de los territorios de la actual Colombia varían, cronológicamente son: Virreinato de la Nueva Granada, República Unificada de la Gran Colombia, República de la Nueva Granada, Confederación Granadina, Estados Unidos de Colombia y República de Colombia. Se intentará conservar el nombre que los viajeros emplean de acuerdo a su época.

protagonizan las novelas de personaje donde se articula una primera descripción subjetiva del territorio y de la sociedad colombiana desde la perspectiva de la burguesía bogotana de principios del siglo XX, pretende indagar histórica y literariamente la contradicción entre los imaginarios cultos de una capital aislada y la realidad cultural de un país vasto y diverso a través de la extrañeza de los que en él se sintieron forasteros².

Entorno a la ubicación de la ciudad y las consecuencias de su aislamiento geográfico y humano, el viajero Ernst Rothlisberger escribió a su llegada a Bogotá en 1882:

¿Cómo es posible que tan penosos caminos conduzcan a una de las más importantes ciudades de Suramérica, donde habitan tantas personas ricas y cultas y donde se acumulan tantos capitales y tantos tesoros del espíritu? Ya en esto se muestra que Colombia es un país de violentos contrastes. (1993, Sección Colombia y su capital, parr. 1).

El texto asume el reto metodológico de comparar tres momentos lejanos no solo en tiempo sino en género: las crónicas del siglo XVI, los testimonios de viaje del siglo XIX y las novelas de personaje de principios del siglo XX³. Estas tres *literaturas* corresponden a los *relatos* de tres aventuras distintas que llegan o que parten de Bogotá, circunstancia que permite plantear su análisis no en capítulos temáticos sino en jornadas de viaje, jornadas en las que se hacen los preparativos, se inicia la partida, se emprende y padece una ruta, se llega, se vive y se parte de nuevo, cada una compuesta por descripciones y reflexiones en las que los recuerdos, el camino y la ciudad, la aventura, la manera de observar el entorno según las

² El sentimiento de extrañeza, o de ser *extraño*, propio del forastero, es caracterizado para el caso latinoamericano por Cueva (2007,33), quien señala que tras la Conquista española ni los vencedores ni los vencidos se sintieron en casa: los primeros porque se adueñaron de un mundo sin interiorizarlo y sin conocerlo, pues solo deseaban enriquecerse y regresar, y los segundos porque fueron repentinamente privados de su mundo y se aislaron sintiéndose extranjeros en su propia casa, es decir, mas *indíos* que americanos. El primero es el sentimiento que en principio van exhibir los cronistas y los aventureros bogotanos, el segundo será el sentir de los indígenas Muisca y sus descendientes en la Sabana de Bogotá. Para el caso de los viajeros el extrañamiento, tanto el sentido como el recibido de otros, va a depender de su procedencia, su profesión, y la finalidad de su viaje. No hay que olvidar que *forastero* viene del latín *foras*, que hace referencia a todo aquello externo a una comunidad.

³ Las crónicas corresponden a los apartes de las obras de Juan de Castellanos, fray Pedro Simón y fray Pedro Aguado, en los que se hace referencia a la ruta que emprende el conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada desde la Costa Caribe colombiana con la ilusión de llegar al Perú, ruta que fracasa y concluye a medio camino con el descubrimiento de la sabana de Bogotá y la fundación de la ciudad. La selección de textos de los viajeros del siglo XIX (23 autores, 26 textos), se limita a lo que en sus narraciones da cuenta de su llegada a Colombia, de la ruta hacia Bogotá, su estadía en la ciudad y su partida de ella. La selección obedeció en principio a la cantidad y diversidad de información contenida en los textos y a la duración de la estadía de sus autores en la ciudad.

épocas y las intenciones de cada viaje, así como la autoconciencia o no que se tenga del propio tiempo y circunstancia, brindan los elementos comparativos necesarios para los tres momentos: en el caso de los conquistadores y cronistas es el camino del descubrimiento de lo desconocido, donde se refleja la soledad y la ambición de ser forasteros y fundadores de un mundo; para los viajeros del siglo XIX el camino y la ciudad son un extrañamiento, una experiencia de conocimiento y un choque de prejuicios; para los personajes bogotanos el camino y la ciudad son un monólogo, un drama de identidad, una contradicción entre su mentalidad, sus imaginarios y la realidad.

Un concepto como el de Mentalidad, tomado de la historiografía, tiene que ver con el conjunto de actitudes, pensamientos, sentimientos y prejuicios, visibles en los comportamientos y costumbres de los individuos o las comunidades con respecto al amor, la muerte, lo sagrado, el bien y el mal, etc (Vovelle, 1985)⁴. El concepto de Mentalidad, gracias al amplio espectro que involucra, deja mas espacio para el análisis de las permanencias, los pequeños matices y las hilaciones desde lo cotidiano, que el concepto hoy mas popular de las Identidades, que si bien pareciera mas específico es también por ello mas fijo y estrecho a la hora de analizar acontecimientos en un marco de tiempo de larga duración⁵. El estudio de las mentalidades, como perspectiva, brinda además la alternativa

⁴ A diferencia de la posición de Vovelle, esta investigación no aborda la discusión teórica entorno a ideología y mentalidad. Si coincide en cambio con que eventos como revoluciones, o en nuestro caso conquistas, colonizaciones y aislamientos políticos pueden fundar mentalidades.

⁵ En USA el concepto de mentalidad fue visto de la mano con el de ideología, en tiempos de la guerra fría, y se prefirió como enfoque la mirada antropológica de la Historia cultural, desarrollada en sus inicios desde la psicología a partir del concepto de identidad como herramienta para entender el problema de adaptación de los migrantes (Cueva, 2007). El debate entorno a la identidad en USA llegó hasta la etnización de las minorías. Debate y discurso que no son del todo adaptables al contexto latinoamericano, donde de un lado no se trata de migrantes con identidades exógenas sino de comunidades étnicas que aunque aisladas hacen *parte* de naciones en las que el mestizaje socio-cultural no se puede desestimar, y de otro lado nisiquiera se está hablando en muchos casos de minorías sino de mayorías dentro de una población. El discurso de las identidades en América latina fue además asimilado con ideologías dominantes y corrientes populistas, circunstancia que llevó no solo al equívoco de hablar de una identidad o una gran familia latinoamericanas, sino además a hacerlo en términos de una apuesta política. Afirmar esto no niega los rasgos que en común tienen las poblaciones latinoamericanas, pero sí hace énfasis en que son semejanzas que es preferible ver desde lo local sin extrapolar el discurso. Tal equívoco sería trasladable al caso de Bogotá si se pretendiera hablar desde una identidad de la ciudad, o incluso de una de su burguesía en el siglo XIX, pues Bogotá, al igual que otras urbes latinoamericanas, es una ciudad fragmentada física, social y culturalmente (Romero, 1999), que solo resiste el discurso de la identidad de una forma muy sectorizada y parcial, sobretodo si lo que se quiere es hablar de líneas de tiempo a partir de mentalidades rastreadas en testimonios y obras literarias. En este sentido, por su especificidad, las identidades son en cambio útiles para establecer los lugares desde

de situar al investigador, pues se trata de un estudio que implica volverse testigo de aquello de lo que de alguna manera se es actor (Romero, 1987), alternativa ineludible siendo un bogotano quien escribe este texto. En este sentido, vista desde dentro, la mentalidad es una interiorización de la vida social y cultural (Bouthoul, 1971), que contiene tanto de herencia como de experiencia y permite, a pesar del tiempo transcurrido del siglo XIX a hoy, develar unos trazos superpuestos en costumbres, imaginarios, representaciones, identidades e ideales, que todavía pueden hacerse visibles e interpretables⁶. Es esta la especificidad de un trabajo a partir de fuentes literarias y testimoniales que hablan desde o sobre ellas, en las que a partir de un sentimiento de extrañeza se elaboran descripciones y sentencias que terminan haciendo parte del tejido mismo de esas mentalidades que intentan narrar, todo reunido desde una lectura contemporánea que hace parte *mentalmente* de ese mismo acontecimiento mas de un siglo después.

El concepto de Mentalidad brinda entonces la posibilidad de comparar momentos y temas aparentemente distintos, pues con el se puede dar cuenta de lo que cambia y lo que no, de lo que permanece a pesar del tiempo, y entrelazar épocas diferentes de acuerdo a cómo esos cambios o permanencias se hacen visibles en los textos. En el caso de Bogotá y sus habitantes, este trazo de líneas de tiempo se podría explicar en un sentido amplio si

donde los viajeros y personajes opinan, lugares culturales y/o sociales, que ayudan a ubicar y diferenciar sus imaginarios por épocas y contextos.

⁶ Le Goff (1985) teoriza que las mentalidades se nutren de imaginarios, es decir, de aquellas ideas, representaciones, símbolos e imágenes, que construyen o reconstruyen órdenes sociales y culturales. Por su parte Chartier (2007, p. 17) critica que tales imágenes o símbolos no solo son abstracciones sino que involucran también lo material, pues constituyen los medios de percibirse y ser percibidos, las formas y circunstancias de sentir lo que nos rodea. En esta línea, argumenta que el concepto de representación podría ligar mejor lo mental y lo social, pues al incluir categorías como la de *poder* (político, legal, moral, etc) ligadas a la de identidad no queda desarraigado de las condiciones objetivas de percepción, condiciones historico-sociales, como le podría suceder a una idea mas psicológica como la de mentalidad. Al respecto propone la necesidad de descifrar los códigos de producción de las representaciones, que pueden ser mentales, textuales o icnográficas. En el caso que nos ocupa, al no estar circunscrito el objeto de este estudio a la historia de un tipo de representación, o al cómo de sus modos de producción, se prefiere incluirla, tomando la definición crítica de Chartier, no solo como un elemento de los imaginarios, sino como parte de las condiciones abstractas y materiales que pueden generar nuevos imaginarios. Nuevos imaginarios que a su vez constituyen con sus cambios y permanencias, con su temporalidad y sus intersecciones, lo que en conjunto se denomina una *mentalidad*. Si las identidades coinciden con el lugar desde el que se habla (que bien puede el de un prejuicio), la representación tiene que ver con el cómo se habla, es decir, con la discursividad en juego. En este sentido para el caso de los viajeros, aventureros, cronistas y bogotanos, por tratarse de literaturas de viaje, los imaginarios se han limitado a lo que tiene que ver con sus expectativas, supuestos, sorpresas y desilusiones, entorno a la ruta, a los otros y a si mismos, contextualizados y explicados a través de sus identidades, sus representaciones y sus ideales.

tomamos como referencia la perspectiva que Dongui tiene sobre el estudio de la historia de América latina: “la historia no es solo ciencia de lo que cambia, sino también de lo que permanece, ese descubrimiento es para el estudioso de la América latina incomparablemente más fácil: quizás por eso mismo puede también ser a menudo menos fructífero” (1985, p. 8). Es lo que de otra forma testimonia y sorprende al coronel del estado mayor de Bolívar y agrónomo francés Yean Baptiste Boussingault a su llegada en la década de 1820 a la ciudad: “La vida, aún en las clases altas de la sociedad, era de una simplicidad primitiva. Cuando llegué a la meseta eran las costumbres de los españoles de la edad media; ningún lujo, a no ser que fuera para los vestidos de gala” (1985, Sección Bogotá Parte 2, parr. 3).

Si una parte de la historia de América latina es comprensible y previsible desde lo que no cambia, esta característica en el caso de la Bogotá del siglo XIX se podría explicar en particular por su situación geográfica. Debido a su ubicación, y a la ruta especialmente abrupta que se debía emprender para llegar a la ciudad o salir de ella, uno de los ejes temáticos de los tres momentos literarios es el aislamiento, concepto entorno al cual se tejen en muchos casos los demás temas que en común tocan los textos: temas como el del sentimiento de ser forastero, a veces un escenario propicio para la observación de la otredad pero otras solo un juego de rol y prejuicios de época; o el de los ideales cultos, tan caros desde la perspectiva *civilizatoria* del siglo XIX como cuestionables en el siglo XX; o el de los imaginarios, que para el caso de los conquistadores, viajeros y aventureros, así como para el de los habitantes de Bogotá que los reciben, revela el tejido previo de fantasías, suposiciones y expectativas de cara a lo desconocido; o el de la *idiosincrasia*, muchas veces descrita y elogiada desde el exotismo y otras observada solo como “atraso cultural”; y por último el tema de las realidades o confrontaciones, que termina siendo en unos y otros el simple, amargo o dulce, sabor de boca resultante de todo lo anterior⁷.

⁷ Una Idiosincrasia es la escenificación en comportamientos y actitudes de los prejuicios y representaciones dominantes en una comunidad, tal escenificación puede darse tanto en lo estrictamente local como en lo mayoritario, pues la idiosincrasia está vinculada en el contexto latinoamericano con la idea de *pueblo*. En este sentido, se trata de una influencia del Romanticismo alemán y su idea de *Volk* (pueblo) y de lo *Volkish* (popular) como alternativa al discurso francés sobre lo nacional, inspirador de las independencias latinoamericanas, pero insuficiente a la hora de teorizar las semejanzas de sus *pueblos*. El discurso de la idiosincrasia y lo *popular* ganó fuerza primero con el americanismo de finales del siglo XIX y luego con los populismos del XX y su reconocimiento del folklor con lo popular más allá de las diferencias nacionales. En

Estos conceptos y/o temas son abordados desde las obras mismas, no hay una dependencia estricta de una teoría o autor, se parte solo de definiciones que sirven de referencia. En este sentido, las reflexiones que sobre el aislamiento tematizan los textos, se contrastan por ejemplo, no desde su sentido personal de soledad, que genera falta de identidad en términos psicológicos, sino desde su sentido colectivo, como una condición que crea una particular *identidad* o idiosincrasia, que en ocasiones puede restringir los imaginarios y con él la realidad de un grupo humano⁸. En el caso del aislamiento la realidad se restringe a un imaginario que no se amplía con otros, ni en espacio ni en tiempo, sino que genera una tradición que se teje sobre sí, donde el horizonte interpretativo de la cultura es reemplazado por los *ideales cultos*, los cuales por falta de intercambio terminan convirtiéndose en una suerte de “espejismos”, es decir, una imagen ilusoria de una necesidad particular. Visto desde la experiencia del viajero, el aislamiento geográfico y colectivo resulta en cambio una oportunidad peculiar, así parece adivinarlo el oficial de la Real marina sueca Carl August Gosselmann en su recorrido hacia la Nueva Granada en 1825:

El viajar en barco devora las distancias y hasta sus mínimas diferencias se nos hacen visibles, y así las impresiones para nosotros, que veníamos del norte, eran muy grandes pues no eran tan solo las diferencias entre dos países distintos en algunos aspectos; ¡no!, eran dos continentes ubicados a diversos lados del océano que ofrecían comparaciones debido a lo opuesto del paisaje, gente, idioma, y en muchos otros aspectos (1981, Sección Cartagena, parr. 18).

A su vez, cuando en la distancia miembros de una comunidad lejana ven frustradas sus expectativas y se cierran sobre sus imaginarios (caso de algunos cronistas, viajeros y aventureros), dejan de comprender lo nuevo y empiezan solo a “precomprender”, a

este punto, siguiendo a Cueva (2007), se hizo de un tipo de idiosincrasia como el folclor una *identidad latinoamericana*, es decir, se la fijó y sacralizó como patrimonio de los *pueblos* impidiendo una conciencia de la cultura y las costumbres comunes que posibilitara cambios o desarrollos colectivos.

Al ser una escenificación de costumbres, representaciones dominantes y prejuicios, la idiosincrasia de una comunidad aislada como la bogotana del XIX tiende a afianzarse y a defenderse de los cambios, del mundo, propiciando una inercia dentro de la mentalidad en la que los prejuicios solo permiten reconocer aquello que los confirma o idealiza, por ejemplo, la sobrevaloración cultural de lo europeo sobre lo americano entre los burgueses bogotanos.

⁸ El aislamiento, la soledad y su relación con la falta de identidad o con el mantenimiento de una identidad anacrónica y dogmática, han sido teorizados desde lo sociopolítico, entre otros, por Hannah Arendt (1993), para el caso bogotano por Ardila (1986).

prejuzar, estableciendo normatividades fijas en la que lo “correcto” e “incorrecto”, lo “incluido” o lo “excluido”, no dependen ya de los cambios o experiencias propias sino de lo que coincide o no con sus prejuicios, con el lugar desde el cual opinan, con su rol en la nueva sociedad, o simplemente con sus aspiraciones de clase, género, raza, etc⁹. Es frecuente notar esta actitud en las generalizaciones que los viajeros hacen de las formas de pensar, de sentir o de distintos comportamientos sociales o privados. Carl Gosselmann también nos da un ejemplo de ello:

Menciono esta anecdótica disputa, no por lo que significa en sí, sino por lo general y característico de la situación, pues posteriormente he comprobado que es aplicable a todas las gentes de color en este país, ya que con el solo uso de ropas nuevas se sienten personas mejores y distinguidas, o como dirían los ingleses con una expresión tan difícil de traducir: como un “gentleman” (1981, Sección Cartagena, parr. 4).

La mirada de los otros en tanto raza hace parte de la perspectiva de época, de los imaginarios y discursos que circulaban como contexto científico y humano. En línea próxima a Gadamer (1993) podemos añadir que un imaginario es el marco de “precomprensión” desde el cual una sociedad o un sector de ella, de acuerdo a sus variables culturales e históricas (clase, raza, género, época, etc), entiende y define lo que son o deben ser las características de sus miembros o las de otras sociedades, estableciendo de paso las formas cómo unos y otros se relacionan o se *deben* relacionar. Estos lugares preconcebidos pueden coincidir a veces con lo que denominamos estereotipo, como llegó a suceder con el rol del conquistador, o el de los viajeros ilustrados o militares del siglo XIX, o el de los hombres de la capital que buscaban aventuras exóticas o románticas lejos de la urbe. En esta línea, siguiendo a Baeza (2005) los imaginarios intervienen en la construcción de la realidad social a manera de marcos de referencia para la interpretación de los otros y de las vivencias, de las discursividades que utiliza el poder para producir y reproducir la realidad, y de los entramados culturales resultantes de la interacción entre discursos y prácticas sociales y los sistemas ideológicos o simbólicos de una comunidad.

⁹ Gadamer (1993) afirma que los prejuicios, mas que los juicios, revelan la realidad histórica de nuestro ser, ya que cualquier comprensión parte mas de prejuicios que de juicios. En este sentido los prejuicios, como resultado de la división tiempo - tradición, donde el tiempo divide a la tradición, delimitan no solo lo que cambia con las épocas sino de lo que permanece, es decir, constituyen la “precomprensión” con la que una sociedad se acerca al conocimiento de otras y de sí.

Todas estas distinciones, que solo buscan afinar conceptos antes de partir, constituyen las herramientas teóricas con las que se intenta aproximar un marco de comprensión y respuesta a la pregunta: ¿Cómo fueron vistos los bogotanos del siglo XIX desde la óptica forastera de los viajeros, y cómo los bogotanos a través de la literatura describirían y se sentirían a su vez como forasteros en otras regiones de Colombia? El análisis de las mentalidades de la ciudad (viajeros y personajes de novela) y las circunstancias históricas y culturales de su fundación (cronistas y viajeros), develadas a través de los testimonios sobre sus idiosincrasias, sobre los ideales cultos de su burguesía y sobre sus imaginarios con respecto a los otros, así como sus contradicciones con la realidad cultural de otras regiones, apunta a enfocar y responder la pregunta desde una perspectiva doble: doble porque aporta de un lado la distancia y/o asombro de quienes observan una realidad desconocida, a la cual le añaden marcos de referencia distintos que la cuestionan, legitiman o desprecian, y de otro la reflexión crítica sobre lo propio que acompaña el choque o la extrañeza ante una realidad inesperada. Se trata de una perspectiva que amplía desde lo literario la panorámica en las discusiones sobre la ciudad y sus gentes a través de un ejercicio de conciencia sobre la propia discusión, un juego de espejos: la mirada de aquel que mira y es mirado.

Por último, como se dijo, para los cronistas, viajeros y aventureros, la realidad o realidades se revelan en los momentos de confrontación externa con el mundo o de cuestionamiento interno con lo propio, se trata de las costumbres y hábitos en conflicto con lo que cada uno puede percibir o no de lo otro de acuerdo a lo heredado y aprendido. El trasfondo de la realidad o realidades de unos y otros, lo que permite contrastarlas, hace foco en la fundación mental y simbólica que constituye cualquier realidad. Al respecto se podrían citar opiniones desde Platón hasta Leibnitz, y si se quiere hasta la posmodernidad, pero lo importante aquí es que la comprensión de la realidad es un fenómeno de llegada y no partida, interesa solo como conjunto o resumen de lo demás.

1.2 Una aproximación a lo discursivo, lo autobiográfico y lo mental

Si tenemos en cuenta que en su sentido mas general las mentalidades terminan siendo *modos* colectivos del espacio y el tiempo desde los que se percibe, se siente y se actúa, se

comprende que es posible también realizar a través de ellas un trabajo de rastreo de las prácticas y los discursos presentes en una comunidad o en una dinámica específica dentro de ella, como la de los viajeros y sus textos. Un rastreo de los discursos y prácticas de los viajeros y de las de su público, así sea breve, o en este caso introductoria, se hace no solo posible sino necesaria antes de emprender la ruta que recorre sus testimonios, sus juicios, prejuicios e intenciones. Intentar situar a los cronistas, a los viajeros, a los novelistas y sus personajes, al público lector, tanto local como externo, y a los discursos y prácticas de época que operan entre unos y otros, contribuye a especificar el análisis comparado de las mentalidades, imaginarios, ideales y el cruce de realidades resultantes.

Aunque parecen análisis distintos, que en el mejor de los casos se complementarían, se parte de nuevo de la teorización que sobre el concepto de mentalidad realizó Vovelle (1985) donde ésta en términos de lo escrito y lo contado tiene que ver también con el cómo se vive y se cuenta lo que se vive¹⁰. En este sentido, los textos de los viajeros y de los novelistas, en los que ellos aparecen como protagonistas o testigos directos de los hechos, constituyen narraciones autobiográficas en las que se da cuenta, siguiendo unos órdenes y estilos discursivos de época, órdenes que situaban o jerarquizaban al autor y a su público en torno al conocimiento, de una serie de experiencias reelaboradas y tejidas a propósito en forma de una narración literaria y/o científica y/o político-social¹¹. No es así el caso de los cronistas, quienes a pesar de situarse en un marco de tiempo cercano a los hechos no fueron testigos ni protagonistas de lo que narran, solo escriben *crónicas* o *historias*¹² basadas en fuentes directas, historias o crónicas que solo se tornan biográficas cuando recogen los textos que se atribuyen a Gonzalo Jiménez de Quesada, el fundador de la ciudad.

¹⁰ El cómo se cuenta lo que se vive es lo que también se ha denominado en esta investigación, de la mano de Chartier (2007), una representación o discursividad.

¹¹ Si tenemos en cuenta que en una narración, a diferencia de un relato, priman las referencias acerca de sí y de la propia evolución como individuo en el tiempo, parecería mejor denominar a los relatos de los viajeros como narraciones o narrativas, pues construyen un personaje y contienen un carácter más continuo e integrador de las acciones entorno a una persona, cfr (Puyana, 2013).

¹² En tiempos de los cronistas estos dos términos son difíciles de diferenciar, de hecho éstos titulan sus textos indistintamente como *Crónicas*, *Historias* y/o *Noticias históricas*. Sin embargo, la crónica de entonces coincide más con el relato temporal de acontecimientos que hoy se llamaría historia, y ésta más con el relato del que se es testigo directo, como lo entendía Herodoto, o lo que hoy se podría denominar testimonio. Los textos que escriben los cronistas contienen y expresan los dos sentidos. En el siglo XVI solo las *Relaciones de Indias* tenían una definición precisa dentro de la literatura de conquista, pues se trataba de cuestionarios o encuestas puntuales realizadas por la Corona, al respecto ver (Franco, 1992).

No obstante, las crónicas o historias de Indias contienen también, como textos escritos para un público específico, y dedicados a un Rey y su gobierno, sus propias discursividades y prácticas asociadas con su tiempo.

Siguiendo a Norbert Elias (1989), el tiempo que incide y hace parte de los textos también se construye a posteriori derivado de las experiencias culturales y sociales de los sujetos. Esta observación vale especialmente para los viajeros y novelistas, cuyos textos son escritos años después de los acontecimientos, retomando a veces con 10, 20, 30 o más años de distancia sus envejecidas notas de viaje y empleando en la redacción de sus libros corpus completos de nuevas fuentes aparte de éstas. Es así como cada viajero y cada autor, además del tiempo interior cotidiano desde el que interpreta, transmite, resiste o padece, las discursividades y las prácticas asociadas a su época, lugar y condición, posee también una temporalidad interna de relativa larga duración que le permite contemplar críticamente su propia vida, ideas o discursos, formas de sentir y actuar (mentalidad), así como corregir u olvidar posibles desencantos y vergüenzas, e incluir nuevas perspectivas o reflexiones que no hicieron parte en principio de sus experiencias ni de sus expectativas. Aquí se hace importante conocer, de ser posible, las circunstancias que rodearon al viajero cuando partió, el entorno de su país y su época, la mirada panorámica de sus últimos recuerdos antes de convertirse en viajero. Al respecto el coronel y científico francés Yean Baptiste Boussingault nos ofrece por ejemplo un cuadro de la Francia que él recuerda:

Debíamos estar por los años de 1806 o 1807: no existían las industrias, no había comercio y los habitantes del barrio estaban apabullados por toda clase de miserias; apenas vestidos, generalmente sin qué hacer; me impresionaron a tal punto que todavía me parece verlos. Sus niños sufrían de hambre y de frío y venían a pedirnos pan y restos de comida, de la cual nosotros también carecíamos; los padres debido a las privaciones se enfermaban y Antonio y Jerónimo, los aguateros del barrio, los llevaban en la camilla al hospital, de donde no volverían a salir. Los niños se convertían en huérfanos y llegaba el comisario de policía del barrio, hacía un interrogatorio y los pobres chicos eran llevados al hospicio en donde se les conocía como “niños de la Patria”. A los 13 o 14 años se convertían en aprendices y apenas llegaban a ser obreros los enviaban al ejército (1985, Sección Mi formación, parr 8).

Una narración autobiográfica cuenta con la ventaja, a la hora de indagar discursividades y mentalidades, de develar en el acto sentimientos y prejuicios de época, costumbres y maneras locales, prioridades y gustos, formas de hacer y pensar, o lo que Foucault (1968) de un modo más general denomina como los “códigos fundamentales de una cultura”.

Los códigos fundamentales de una cultura –los que rigen su lengua, sus esquemas de percepción, su cambio, sus técnicas, sus valores, las jerarquías de sus prácticas- fijan de antemano para cada hombre los órdenes empíricos con los que tendrá algo que ver y dentro de los que se reconocerá (1968, p. 5).

La visión de Foucault, que bien podría resumir una perspectiva combinada de mentalidades y discursividades, pone de manifiesto, a través de los “esquemas de percepción” y el final “encontrarse a si mismo” de cada hombre, la importancia y papel que pueden jugar las narraciones autobiográficas a la hora de dar cuenta de los “códigos fundamentales de una cultura”. En este sentido, los textos de los viajeros del siglo XIX, justamente por no ser del todo “históricos” debido a su subjetividad o del todo “literarios” en vista de su propensión al análisis científico o social, brindan en su calidad de narraciones autobiográficas la posibilidad de explorar en detalle, mas que un acontecimiento histórico o un estilo literario, los tonos discursivos, las tendencias intelectuales y los modos de observar y observarse de una época y un lugar. Elementos en los que se hacen visibles discursividades y mentalidades, y sin los cuales cualquier análisis cultural o histórico estaría incompleto.

Para esta investigación, llevar a cabo un estudio de los “códigos fundamentales” sería plausible si se tratara de enfocar una cultura desde un solo lugar en una época restringida, pero el amplio marco tiempo tomado y la variedad de fuentes consultadas imponen como método, además de ordenarlas cronológica y temáticamente en una dirección, colocarlas en juego bajo sentidos distintos, matizarlas y sopesarlas para que se reflejen unas en otras y así esclarecer las discursividades que las atraviesan e intentar aproximar una descripción de la mentalidad que las funda. Se pierde quizá de esta forma la explicación pormenorizada y de primera fuente de distintos aspectos sociales e históricos que conforman los “códigos culturales” de Foucault, así como también la crítica literaria detallada para cada fuente, pero se gana en cambio foco en la compleja tarea de comprender el juego de múltiples espejos que constituye cualquier realidad, en este caso: cómo unos narran que observaron a otros en aquella ciudad ajena, cómo al escribir intentaron ser fieles al recuerdo de esa mirada o solo complacer el gusto de su público, cómo a veces en ese observar se vieron a si mismos en los otros, cómo fueron entonces conscientes o no de su propia mirada, cómo esos otros también los miraban a ellos y al decidir alejarse de su ciudad, al lanzarse a una aventura, quisieron también observar a otros, cómo al contemplarlos se vieron con extrañeza a si

mismos, y cómo todas estas miradas se encontraron o desencontraron o simplemente nunca se cruzaron.

1.2.1 Lo autobiográfico y las discursividades

Además de la procedencia y oficio, tiempo y misión del autor, es preciso establecer si en su texto se narra como un protagonista activo o pasivo, si el énfasis de sus aventuras y anécdotas están elaboradas pensando en un público determinado, o en una estructura o estilo de relato. Que su protagonismo sea activo o pasivo depende de su actitud frente al conocimiento, frente a los otros y frente al viaje mismo. Generalmente es activo en el caso de los naturalistas, científicos y etnógrafos, quienes en su afán de medir, trazar, calcular, dibujar y experimentar, protagonizan viajes cuyas rutas siguen un método de observación y cuyas metas son sus resultados: inventarios botánicos, cartografías, mapas humanos y hallazgos científicos. Se trata en cambio de un protagonismo pasivo cuando la ruta trazada es meramente descriptiva, ya sea porque las observaciones se limitan a la reflexión casual sobre lo social o cultural, o a una serie de aventuras novelescas cuya finalidad es el viaje mismo como experiencia.

Acerca de los discursos y sus estilos, vale la pena destacar que los 26 textos de viajeros escogidos para la investigación mezclan en diferentes proporciones lo político-social, lo científico, lo antropológico, y lo literario. No dejan por esto de ser textos de aventuras, reflexiones y en algunos casos de erudición. Debido al amplio marco de tiempo tomado, los discursos y prácticas generales que inciden en sus narrativas como telón de fondo van cambiando: desde los últimos estertores de la ilustración y su filosofía natural, pasando por las revoluciones y las independencias nacionales, el liberalismo y la paulatina secularización de los estados, los albores de la economía de mercado y el comercio global, las nuevas modas intelectuales (pragmatismo, positivismo, romanticismo), la expansión de la industria pesada y su idea de progreso, la irrupción de Estados Unidos como potencia económica y política, el apogeo de la idea de civilización occidental y el nacimiento del racismo como teoría política y social, etc, todo sumado a la perspectiva cultural y personal del autor y al cambio paulatino de la propia ciudad y sus gentes.

Aparte del contexto general, en cuanto a la relación particular España – América cabe citar introductoriamente que en el siglo XIX, tras la pérdida de sus colonias, España se ve enfrentada a volver a relatar su identidad, ahora no como un imperio sino como nación mas. Entretanto América latina se reimagina en la mirada de los europeos no españoles y los estadounidenses, y hace del romanticismo, sobretodo del alemán y su idea de pueblo, el espacio para un nuevo discurso sobre lo americano, donde lo criollo y no tanto de lo indígena, se convierte en el referente común desde el que América latina empezaba a hablar de si (Ferrús, 2011). Iniciando luego el siglo XX, tiempo de los novelistas, la recepción del libro “La decadencia de occidente”, marcó aun mas el viro de la tendencia intelectual hacia lo germánico, pues se interpretó que su discurso valoraba y justificaba las culturas emergentes (Cueva, 2007).

Otras discursividades sobre América latina son las contenidas en las polémicas académicas de época entorno a temas como: la leyenda negra, la inferioridad racial americana, la influencia negativa del clima tropical en el intelecto, la diferencia entre cultura y civilización aplicada a los pueblos indígenas, etc. Polémicas en las que una buena parte de los viajeros participaron, sobretodo los científicos e intelectuales. En este aspecto se hace imprescindible la bibliografía secundaria para poder comprender el sentido de los conceptos en su tiempo y los posibles problemas de traducción.

No obstante, aparte de los fenómenos del siglo XIX e inicios del XX, y de los debates académicos, en los relatos sobre Bogotá y en general sobre América latina continuarán incidiendo aquellas primeras explicaciones e imagerías de los conquistadores y sus Crónicas de Indias, aquellas que intentaron dar cuenta de que después de tantos siglos de historia y conocimientos la comprensión del mundo nisiquiera en términos geográficos se acercaba a la realidad, que de repente los españoles empuñando un Dios judío se toparon con la otra mita del mundo, y dándose cuenta entonces de que tenían las manos vacías solo pudieron aferrarse a sus cruces, a sus espadas y a sus biblias escritas en latín. En términos de conocimiento, en la Europa medieval la imagen era aún la imitación del mundo y la escritura lo era de la palabra, esto presupuso en La Conquista un orden de representación preciso: el divorcio platónico, que luego se volvió teológico, entre el ser y su apariencia, entre la esencia y sus copias, entre Europa y América (Rincón, 2007). En este sentido ser

vista también como el borde medieval de lo cristiano, la frontera antes del abismo de los mares y el fuego divino, le valió a la geografía y naturaleza americanas ser descritas desde lo mítico, lo extraño y lo monstruoso. Así unas veces se trataba del preludio del infierno y otras del escenario del paraíso perdido. Además, su lejanía de Europa significó asimismo su oposición a lo civilizado, a lo divino y a lo humano. Sus pobladores fueron clasificados como *bárbaros*, *hombres silvestres*, y otros tipos de *similitudine homines*. Jhon Hamilton Potter, coronel y comisionado inglés para el estudio de las instituciones políticas y la fauna colombianas, escribe asombrado sobre la naturaleza tras su llegada a Colombia, es decir, al nuevo mundo, en 1824:

Lo que más particularmente llama la atención del viajero al Nuevo Mundo es la condición gigantesca de la naturaleza: montañas de inmensurable altura, llanuras, selvas, ríos y lagos de extensión y espacio ilimitados; la mente se halla ocupada a toda hora con algo nuevo, en la forma y colores que presentan las aves, fieras, insectos, árboles y arbustos de este país extraordinario (1955, parte 1, parr. 29).

Treinta años después el químico norteamericano y pastor protestante Isaac Holton, quien se interesaría más por los temas educativos y religiosos, afirmaríase sobre la riqueza de la naturaleza todavía inexplorada del país:

Por todas partes había selva virgen, exactamente como cuando llegaron los primeros conquistadores. ¡Cuánta riqueza vegetal, para no hablar de mineral, ha quedado inexplorada por más de trescientos años! ¿Y cuánto tiempo habrá que esperar para que alguna industria progresista envíe maderas valiosas por el Magdalena y se empiecen a sembrar naranjales y platanales en las laderas? (1981, Sección Honda y Guaduas, parte 2, parr. 5).

En su acepción paradisiaca, las descripciones de una naturaleza pródiga y fantástica se asemejan a las hechas antes por los moros sobre la propia España. En términos de conquista y colonización, siguiendo a Martínez (2007, p. 25-33), entraron también en juego discursividades que ya habían sido empleadas con las sociedades africanas, las irlandesas y asiáticas. Los indios del Caribe fueron comparados por los españoles con las poblaciones canarias y así empezó a extenderse el discurso por América en capas de discursividad. Se apeló además a la semejanza, y a las expresiones “de la tierra” o “de las indias” para contar lo desconocido. Eran los llamados discursos de la semejanza o episteme preclásica, que en el caso del pensamiento europeo sobre otros pueblos estaba caracterizado por generalizaciones de rasgos psicológicos y por la suposición de que la naturaleza humana

era una en el tiempo. Creencia que hacía semejantes sus variables culturales, y justificaba que emplearan analogías que igualaban distintos y distantes “reinos indígenas”. En este sentido una categoría como “indio” o “indígena” usada para nombrar genéricamente a poblaciones muy disímiles, le permite hoy a los propios indígenas hablar de “indianidad”. Se trata del problema de la invención de América, de un continente inventado por el pensamiento occidental.

En el caso de los indígenas, a partir de la categoría “indio”, se pueden distinguir al menos cuatro momentos discursivos o capas de discursividad: el del primer reconocimiento y clasificación como *bárbaros* (Crónicas de Indias); el de su esclavización natural por ser considerados *inferiores* (Rubio & Sepúlveda); el del debate acerca de su condición humana, si tenían alma (Vittoria y Las Casas); y el del reconocimiento final de sus diferencias (Acosta). Este último tiene que ver con que a partir del siglo XVII se impone el modelo de registrar y clasificar las discontinuidades y particularidades (Martinez, 2007).

Todas estas discursividades o capas de discursividad sobre las que se superponen otras, aunque van a hacerse visibles solo de vez en cuando en opiniones, van a estar en cambio presentes en el tono cómo se habla en el siglo XIX sobre América.

Pero existen otras discursividades que también hacen parte de los textos antes y después de ser escritos. La forma de hilar las historias, las aventuras, las anécdotas, las peripecias de la ruta, los personajes y los diálogos, tanto en las novelas como en los textos de los viajeros, está imbuida por la expectativa de los lectores para los cuales se escribe. Los textos de viajes en el siglo XIX tenían en Europa su propio público, un circuito de lectores ávido no solo de lo exótico y pintoresco, sino de las reflexiones a partir de conceptos, discursividades, prácticas o ideales, de los que se sentían representantes o a los cuales aspiraban socialmente, por ejemplo: el desarrollo de las instituciones democráticas, de la ciencia y la educación, el progreso material y la producción de bienes, el orden público y la ciudadanía, la igualdad y la ley, la laboriosidad y las técnicas locales, los *tipos de razas* y sus comportamientos, etc. Igualmente, el público bogotano de las novelas, una minoría académica no muy dada a los viajes, valoraba lo exótico y pintoresco que les podía resultar

una narración sobre otras regiones de Colombia, en la que se veían reflejados como personajes *cultos* en contradicción con los demás.

1.3 Un autor, un viaje y un texto

Relacionar autor – viaje – texto, y ya no solo autor y texto, o autor y época, o autor y público, es el siguiente paso en el análisis de las discursividades y sus prácticas. Es una hermenéutica que debe partir en primer lugar, como lo indica Martínez (2007), del reconocimiento del sentido que anima el texto y del significado que tienen las acciones para el autor.

Se trata de entrever aquellas discursividades más específicas que anticipan la intención y el significado de lo escrito para quien escribe, es decir, el rol que asume quien escribe con respecto al viaje y a lo escrito, el lugar y la expectativa desde donde narra (sus identidades e imaginarios). Aunque la temática del viaje a Bogotá y su estadía en la ciudad los agrupa literariamente dentro de un corpus común, y la manera de narrarse como protagonistas del texto refleja la actitud pasiva o activa de su aventura, es el rol que revisten de acuerdo al tipo de viaje y expectativas el que clasifica sus textos según el énfasis de sus experiencias. En este sentido los 3 cronistas citados: fray Pedro Aguado, fray Pedro Simón y Juan de Castellanos, hacen parte de las expediciones de conquista y colonización de la Corona española, su misión como cronistas, aunque no llegan en calidad de tales, sino que se van haciendo cronistas en la medida en que protagonizan o recrean episodios de conquistas o evangelizaciones, es informar al Rey de las andanzas y *proezas* de sus soldados en el Nuevo Mundo, así como ganarse de paso el favor del soberano con las suyas propias. Aunque no escriben para un gran público lector, pues sus historias y crónicas están destinadas a funcionarios nobles, religiosos y algunos eruditos laicos, si lo hacen en ocasiones para un gran público oyente, ávido de escuchar los relatos fantásticos que se leían en las plazas públicas o los comentarios que de boca en boca iban circulando y deformándose entre la población española analfabeta de los siglos XVI y XVII.

De acuerdo a esta distinción de lugar y expectativas, en términos del viaje antes que de cronistas se trata de expedicionarios, no solo por el hecho trivial de que hacen parte de una expedición, que a diferencia de un viaje lleva una carga de equipaje más compleja y una misión de más largo aliento, sino porque como explica Gómez (1998, p. 21) en cuanto a la

perspectiva de sus escritos persiguen una visión global de sus temas sin renunciar por ello al detalle, a diferencia de los meros exploradores quienes priorizan el hallazgo y su búsqueda resultando reduccionistas a lo hora de aproximarse a su tema de estudio. Las Crónicas de Indias son textos mixtos que corresponden nominalmente al testimonio de un cronista, pero denotan la visión de un expedicionario.

Sin embargo, así como los cronistas pueden ser vistos como expedicionarios, la mayoría de sus compañeros de viaje, religiosos y soldados como ellos, no deseosos o no obligados a informar a la Corona, son mas exploradores que expedicionarios: sus búsquedas y hallazgos consistían en encontrar y atesorar riquezas y su visión del Nuevo Mundo se reducía al brillo del oro y las joyas que les permitieran regresar como hombres ricos. En su búsqueda desesperada no temían acercarse a los lugares más recónditos o difíciles, engañar o enfrentar a muerte a los indígenas, e incluso desafiar la autoridad de su Rey en medio de la soledad de un continente enorme y la imposibilidad final de retornar. Como exploradores sus hazañas correspondieron a sus ambiciones, y serían sus compañeros los cronistas los llamados a contarlas en el marco general de la historia de la Conquista de América y la fundación de Bogotá.

Todavía 3 siglos después de las expediciones españolas, tanto en América como en Europa, se podían percibir las huellas de que lo suyo, en términos de la experiencia de la mayoría, excepción hecha de los cronistas y los pocos ilustrados, se trató de una exploración que en pos de tesoros terminó en explotación y colonización; así lo constató en términos de conocimiento Humboldt:

El desconocimiento de la Geografía es en Madrid tan grande que en Quito se conserva una Cédula Real, ordenando que los canónigos fueran llamados a Santa Fé *-Bogotá-* para ser juzgados; estos viajaban hasta Popayán y desde allí objetaban que no podían continuar a causa de su edad... Venia la respuesta, de que eso les disculpaba y permitiera ir a Cartagena en vez de Santa Fé, como si la primera estuviera más cerca que la última (1982, Sección De Honda a Santa Fe, parr. 15)¹³.

¹³ El camino de los canonigos de Quito a Popayán, via Santa Fé, es el camino desde lo que hoy es Ecuador hasta el centro de Colombia, es decir, un camino de sur a norte. Para ir a Cartagena habría que, ya estando en Santa Fé, continuar hacia el norte hasta la Costa Caribe colombiana, trayecto que representa atravesar otra vez medio país.

Veinte años después de Humboldt, en 1824 el oficial sueco Carl Gosselmann, en su tarea de buscar posibilidades comerciales entre los dos países, veía incrédulo desde sus consecuencias sociales el olvido del saber territorial indígena y la carencia de una tradición geográfica española, a no ser que se tratara de caminos a minas y encomiendas desaparecidas, en una nación que se empezaba aún a trazar:

Acá no se encuentran otras vías de comunicación entre los poblados; por eso nuestra costumbre o el concepto que tenemos de los caminos es asociarlos a la idea de que a través de ellos las gentes en un país se movilizan de un lugar a otro, solas o con sus animales. Pero aquí no podemos llamarlos así. La facilidad de trasladarse es igual a la que pudiera ofrecernos cualquier línea recta trazada en la tierra para unir dos puntos tan deshabitados como el nuestro (1981, capítulo IV, parr. 70).

Por su parte, para los viajeros del siglo XIX, a pesar de detentar de entrada un rol de época que los investía, el de *viajeros*, ya se tratara de científicos, militares, diplomáticos, comerciantes, artistas o periodistas, la distinción entre expedicionarios y exploradores también aplica en principio para dar cuenta de su heterogeneidad y como es obvio del lugar y expectativas desde donde escriben. Viajeros como Humboldt, Boussingault, Hettner, son expedicionarios científicos que procuran tener una visión global y pormenorizada de sus objetos de estudio, a la vez que entretejen un contexto y una serie de circunstancias político-sociales que envuelven sus aventuras y explican sus experiencias. Otros viajeros científicos como Milliacan, Reiss, Stubel, enfatizan en cambio en su objeto de estudio y no le prestan demasiada importancia al contexto o a los detalles, a los que reducen a unos cuantos clichés de época que terminan por obstruirles otros tipos de conocimiento y experiencias. En este sentido se comportan como exploradores que asumen su viaje en función solo de un objeto de estudio o un hallazgo.

En el caso de los novelistas y sus personajes, la clasificación no es válida, pues aunque las novelas recrean viajes biográficos de sus autores, los personajes no parten hacia sus destinos como expedicionarios ni como exploradores, ni siquiera como *viajeros*. Los dos personajes huyen de Bogotá y de su vida en la ciudad, no tienen un plan ni un itinerario específicos, se trata de dos aventuras abiertas en las que ni siquiera el retorno figura de antemano. Es por esto que sus reflexiones no apuntan a una mirada global ni detallada, no están descubriendo ni dando a conocer nada, tampoco persiguen un hallazgo particular que describir. Son narraciones de vivencias *críticas* y autocríticas. Uno de ellos huye a los llanos

y a la selva amazónica persiguiendo una ilusión amorosa tan abstracta como obsesiva, y el otro simplemente anhela vivir lejos de los artificios urbanos y toma rumbo a la desértica Guajira. Nadie los espera, de nadie se despiden, en el mejor de los casos los otros los perciben con curiosidad y reserva como hombres llegados de la capital, o *cachacos*¹⁴. Se trata de *aventureros*, de viajeros sin meta cuyos sentimientos y decisiones revelan elementos de la mentalidad burguesa de la ciudad, de gentes poco propensas a los viajes y conocedoras de otras regiones de Colombia solo a través de la literatura, normalmente extranjera.

Esta clasificación, que parte de la relación de intención y significado con respecto a lo escrito y al viaje, del lugar y expectativas generales en tanto autores que cuentan un viaje y una estadía, diferencia tres tipos iniciales de perspectivas ante los textos: la del expedicionario, la del explorador y la del aventurero. Solo los viajeros del XIX van a superponer y combinar en una misma narración unas con otras, pues muchas veces el rol del *viajero del siglo XIX* consistía justamente en ser las tres cosas al tiempo. Estos roles y perspectivas, que van de la mano con discursividades y prácticas, constituyen a la vez la aproximación inicial al análisis de las primeras identidades e imaginarios. Es lo que de otra forma confiesa el viajero sueco Gosselman al final de su recorrido de dos años por la Nueva Granada (1825-1826) y su estadía en Bogotá:

Cuando uno ha estado por cierto tiempo en las tierras que se van perdiendo, dirige sus miradas con sentimientos muy diversos y además tiene vivo el recuerdo de algo que tal vez no vuelva a ver. Allí es donde radican las diferencias con el marinero que normalmente se despide de un puerto o de la costa donde ha permanecido corto tiempo y que siempre tendrá la posibilidad de ver de nuevo. Sus viajes rápidos le impiden quedarse el tiempo suficiente que le permita conocer la naturaleza del país, el verdadero carácter de sus habitantes y sus diversos modos de vida (1981, Capítulo XX, parr. 71).

No obstante, aunque una estadía prolongada como la de Gosselmann permite combinar las 3 perspectivas, el problema de situar a los autores, su viaje y su texto, va mas allá de su

¹⁴ El término "Cachaco" deriva de "casaca" que era el nombre de la prenda de moda entre los jóvenes burgueses de la ciudad a mitad del siglo XIX, prenda que los diferenciaba de los "ruanas" o gente del pueblo y del campo cuya vestimenta común era la "ruana", una prenda típica de elaboración artesanal. Con el tiempo el término se hizo extensivo a los aristócratas que habitaban las haciendas que circundaban la ciudad, como últimos representantes de su idiosincrasia conservadora. Finalizando el XIX y durante el siglo XX se amplió aun mas su uso llegando a identificar, fuera de la ciudad, a cualquier personaje procedente de ella y a los estereotipos asociados con sus comportamientos, ver (Ardila, 1986).

relación de intención con respecto a lo escrito, pues tanto los cronistas, como los viajeros y los novelistas, en su condición de forasteros, de gente que viene de lejos, detentan un lugar en la sociedad de la que parten, otro en la sociedad a la que arriban y uno más como autores ante sus lectores. Para develar estos lugares se debe acudir tanto a lo biográfico como a los textos y a la literatura secundaria sobre ellos.

Precisar el lugar o los lugares que detentan los autores, es aproximar la comprensión de quiénes eran y calcular que tan próximas o lejanas nos son experiencias vistas desde hoy. El mejor ejemplo, en este aparte introductorio, son los cronistas, quienes como ya se explicó no llegaron en calidad de tales, sino que conjugaron en el viaje y en su vida roles múltiples que hoy podrían ser vistos como contradictorios: fueron soldados, naturalistas, intelectuales, funcionarios públicos, teólogos, evangelizadores, encomenderos, maestros y sacerdotes. Estos múltiples roles difieren de los lugares más específicos ocupados por los viajeros del siglo XIX y los novelistas. En palabras de Gómez (1998) es como si los cronistas de indias hubiesen sido una extraña mezcla de lo que hoy es un periodista, un misionero, un antropólogo, un escritor y un funcionario.

1.4 Textos de viajeros: ¿Fuente para una *historia literaria* de las mentalidades?

Recurrir a los textos de los viajeros del siglo XIX como fuente a la hora de emprender estudios literarios o históricos sobre América y en particular sobre Colombia, es una opción académicamente discutible dada su amalgama de subjetividad, datos históricos pocos rigurosos y prejuicios de época. El problema de la subjetividad como fuente histórica, así se trate de una investigación con enfoque de mentalidades, se refleja en las diferencias que por ejemplo existen entre un testimonio fruto de una estadía fugaz o uno de larga residencia, donde entran más en juego afectos y emociones, simpatías o frustraciones.

La discusión acerca de su validez como fuente no es nueva, data del siglo XIX y se enmarca en sus inicios en las preguntas que tras las independencias se hacen las élites criollas, no ya como la nobleza americana en conflicto con España sino como los nuevos dirigentes de las naciones independizadas. Se trata de las preguntas por la identidad, por los mitos, héroes, anhelos, patriotismos, desde los que se van a empezar a escribir las historias nacionales. Son preguntas cuyas respuestas van a verse influidas primero por las ideas que precedieron

a las independencias o que las desataron, es decir, por la ilustración y revolución francesas, y por la nueva mirada que trazó Humboldt sobre el territorio, los recursos y los tipos humanos, mirada que brindó una perspectiva no española y moderna sobre el continente. Luego las respuestas se van a ver influidas y van a oscilar entre el liberalismo inglés, el costumbrismo, la tradición católica, el romanticismo alemán y el americanismo de finales del XIX. Dentro de cada una de estas influencias no faltará la voz de un viajero extranjero que estuviera de paso o residiera en Bogotá.

Muchos de los nuevos proyectos y relatos nacionales se escribían sobre la negación o el borramiento de lo hispano, a este respecto los textos de los viajeros servían de introducción a una nueva fabula para contar la historia de América (Ferrús, 2011, p. 24). Y es justamente por su distancia con respecto a lo español que se les reconoció autoridad y se los tomó como referentes. Además su aspecto literario era novedoso, moderno, y la falta de costumbre de leer testimonios extranjeros, debido al aislamiento comercial y humano, incidieron en la aceptación acrítica de sus opiniones. En este sentido ya para 1850 los textos de los viajeros hacían parte de las fuentes historiográficas. Al respecto José Antonio Plaza, citado por Calzadilla (2005, p. 49), así lo expresa cuando explica los motivos de su libro “Memorias para la historia de la Nueva Granada”.

Los textos de los viajeros cobraron una inusual relevancia en la historiografía latinoamericana y colombiana del siglo XIX, pues una vez viciados los debates entorno a lo legal, debido a la ausencia de una verdadera revolución popular y a la desigualdad heredada de la sociedad de castas, el peso de las costumbres coloniales hizo recaer los debates sobre lo nacional en lo exóticas, maravillosas y pintorescas, que resultaban las tradiciones locales vistas por los viajeros extranjeros. Para Gasquet (2006) este nuevo acento en el debate pasó por alto que el exotismo no tiene mucho que ver con lo nacional o con la identidad de un pueblo, pues como clasificación está referida a una comparación con lo contemporáneo, ya que lo histórico no es exótico.

Otras miradas críticas sobre el exotismo y los viajeros del XIX son la ya conocida de Strauss en su alegato inicial en *Tristes trópicos*, donde se queja de lo mucho de invención que tiene el exotismo; y la de Fernando Pessoa en *el libro del desasiego*, citado por Lucena (2006):

El tedio de lo constantemente nuevo, el tedio de descubrir, bajo la falsa diferencia de las cosas y de las ideas, la perenne identidad de todo, la semejanza absoluta entre la mezquita, el templo y la iglesia, la igualdad de la cabaña y el castillo, el mismo cuerpo que es rey vestido y el salvaje desnudo, la eterna concordancia de la vida consigo misma, el estancamiento de todo lo que, vivo solo puede moverse, está pasando (...) ¿Viajar? Para viajar basta con existir (p. 23).

Por otro lado, el uso de conceptos como “lo popular”, tanto por los viajeros como por los intelectuales criollos, contribuyó a ocultar la historicidad de los individuos de carne y hueso, de las poblaciones aun divididas socialmente en castas que se habían regionalizado y convertido en clases sociales.

Por su parte, a la élite criolla bogotana, heredera del poder español, la imagen de Humboldt como “sabio ilustrado”, además de su amistad con Mutis y su entonces ya famosa obra, les sirvió como un puente entre el pasado y el porvenir que les proveía de una nueva forma de nombrar la naturaleza y el territorio, de poseer las riquezas de zonas aun insospechadas a cambio de la eliminación de ciertos *tipos* humanos. En efecto, el esencialismo étnico de los criollos, hijos del sistema de castas y de las divisiones político- raciales del imperio español, encontró un sustento moderno en algunas clasificaciones o descripciones no sistemáticas hechas por Humboldt en su paso por el Nuevo Reino de Granada, clasificaciones en las que por ejemplo los Otomacos del Orinoco son descritos como “Comedores de tierra y salvajes que repugnan toda cultura” (Lucena, 2006, p. 156-160). Las opiniones sueltas de Humboldt son solo el caso mas sobresaliente de una lista amplia de referencias y comentarios en los que se descalifica y subvalora a ciertas comunidades indígenas. Y no serán otras, sino las élites criollas bogotanas quienes se justifiquen racialmente en ellas, no tomándolas como opiniones sino como argumentos.

Alrededor de ejemplos como éste, autores como Cañizares (2007) proponen desde la epistemología patriótica, que vindica el conocimiento producido hasta finales del siglo XVIII sobre los pueblos indígenas por los clérigos y la nobleza hispánica y prehispánica, ignorar los relatos de los viajeros del XIX, pues son en su mayoría autores que desconocen la historia y no han tenido el suficiente contacto con los pueblos indígenas (Arango, 2008, p. 6). La perspectiva de la epistemología patriótica intenta filtrar la postura antihispanista de siglo XIX, que terminó dando autoridad a los textos de los viajeros, y relegando sin otro

argumento los testimonios de funcionarios y religiosos que escribían acerca de las regiones más apartadas.

Pero no solo la desinformación y superficialidad son criticables en los textos de los viajeros, también el marco teórico que emplean hace parte de discursividades ampliamente superadas sobre América latina. Entre éstas cabe notar la explicación de fenómenos históricos por la influencia del clima o factores geográficos, o por las características psicológicas y culturales que se atribuían a las razas. Las explicaciones con un fondo más económico y social estaban apenas en desarrollo y sólo tendrían amplia difusión hasta finales del siglo XIX y comienzos del XX (Jaramillo, 2002). Los textos de los viajeros exaltaron la naturaleza y se prestaron a la crítica de las costumbres y lo físico, al hacerlo no solo dieron a conocer la opinión de sus autores, también sirvieron de mediadores en los debates académicos sobre la inferioridad americana (Chartier, 2005). De esta manera las respuestas de los intelectuales criollos a autores críticos como Buffon y De Paw, conocidos a veces a través de los viajeros, fundamentaron un primer patriotismo naturalista, y llevaron a revalorar lo indígena como fuente de civilización. En Bogotá el debate entorno al clima y su influjo cobró importancia a partir de 1808 con las obras de Caldas y Francisco Ulloa.

El papel de los textos de los viajeros como mediadores y divulgadores de ideas y tendencias, hace que también se piense en ellos cuando se habla de la modernidad o modernización de América latina, pues en términos de historia hablar de la modernidad en América también es referirse a libros sobre América (Chartier, 2007). En el caso de la presente investigación, retomando un poco lo explicado a propósito de los “Códigos fundamentales de una cultura” de Foucault, los textos de los viajeros del siglo XIX por no ser del todo “históricos”, o del todo “literarios” o de todo “científicos”, brindan en cambio en su calidad de textos autobiográficos y subjetivos la posibilidad de explorar en detalle los tonos discursivos, las tendencias intelectuales y los modos de observar y observarse de una época y un lugar. Es cierto que con los textos de los viajeros se pierde la explicación pormenorizada de aspectos sociales e históricos, así como también la crítica literaria específica, pero se gana en cambio nitidez a la hora de enfocar los distintos juegos de planos superpuestos que configuran una realidad.

Junto con los tonos discursivos, las tendencias intelectuales y los modos de observar, también las incidencias del tiempo, los climas, la luz, las atmósferas y los paisajes, van a hacerse muchas visibles en los textos y a configurar los juegos de planos y perspectivas que completan realidades, así lo hace notar en 1886 antes de partir de Bogotá el profesor de historia y viajero Ernst Rothlisberger:

Un especial encanto tiene el blanco y delicado resplandor de la luna llena; tan clara y nítidamente ilumina la ciudad, que, sin otra luz, resulta posible leer cómodamente y reconocer todos los objetos. De vez en cuando rompe la quietud de la noche un cohete que sube silbando hacia el firmamento y que, con la escasa resistencia del aire, se remonta a mucha mayor altura que en nuestros países (1993, Sección Vida y trajin en Bogotá, parr. 60).

2 Primera jornada: Preparativos

2.1 Diferentes épocas, escrituras y viajeros

Cuando en el horizonte agitado del Caribe se divisan apenas las naves de Colón, aquellos primeros hombres que las observan incrédulos no imaginan que ellas anuncian el crepúsculo de sus vidas y de sus culturas. De repente la antigua historia de sus civilizaciones tendrá que volver a ser contada de una forma incomprensible en el idioma de una desértica región de mas allá de las aguas, y los ancestrales nombres de sus inmensas tierras serán cambiados por el nombre común de un geógrafo italiano, en el mas extenso homenaje que se le haya hecho a un hombre cualquiera... En términos nominales, o del cómo se nombran las cosas, así se comienza a tejer el primer discurso sobre la parte del

mundo que hacía falta, sobre *América*, y así se la empieza a conocer a ella y a todos sus hombres y mujeres, los ahora *indios*. Se trata de la gran aventura del pensamiento medieval europeo, en la que lejos de descubrir un nuevo mundo, parece más descubrirse a sí mismo al intentar nombrar por la espada y la cruz a los reinos Aztecas, Incas y Muisca: el pensamiento medieval, imbuido de teología, teme y temerá lo que no se le parece. Ha nombrado a tientas un mundo que lo excede, no obstante ahora puede reescribirlo, renombrarlo, refundarlo y desconocerlo. Se inaugura entonces la era de los viajes trasatlánticos, y se le imprime primero a las crónicas y luego a los relatos de viaje su carácter de fuente histórica, a la vez que se legitiman sus métodos de conocimiento: el simple acto de ver será ahora observar, los dogmas y prejuicios se volverán de repente conceptos y teorías, la mera opinión se convertirá arbitrariamente en juicio, y cualquier acción cotidiana se tornará en heroica o ejemplarizante.

En estos textos que describen y cuentan a América, se transforma la visión de la historia occidental al colocar al europeo ante hechos, sociedades y culturas para las que carece de referente y a las que en principio no puede interpretar. Los viajes y la conquista de América pusieron de relieve la grandeza del Nuevo Mundo en el imaginario de una sociedad medieval atónita y analfabeta. El Nuevo Mundo resultó ser el escenario anhelado de lo que hasta entonces eran solo mitos, leyendas e imaginarias de las tradiciones religiosas y folklóricas; supuesto con el que curiosamente se le atribuía en tanto escenario mítico una existencia más antigua que la de Europa o cualquiera otra región del mundo conocido. Aun no se hablaba de un continente, y se estaba todavía a medio camino entre el Nuevo Mundo, las Indias occidentales y América. Los primeros textos que dieron cuenta de ello fueron las Crónicas de Indias, que evidenciaban la perplejidad de sus autores a la hora de nombrar y de forzar el límite de su idioma y sus creencias. Tras los viajes de descubrimiento y primeras conquistas, siguieron a lo largo del siglo XVI las expediciones para consolidar las cartas de navegación, controlar los territorios conquistados, y fijar las fronteras entre nuevos reinos y dominios, lo que significó guerras intestinas entre ejércitos de conquistadores. La primera cartografía del Nuevo Mundo no obedeció al conocimiento geofísico y astronómico que poseían los Aztecas, Incas o Muisca entorno a sus cielos, cordilleras y abismos, sino a los senderos sangrientos que dentro de sus montañas y ríos impuso la búsqueda del oro y la plata.

En la visión religiosa y militar de estas primeras Crónicas, Relaciones y Cartografías de conquista, se sientan las bases de las primeras actitudes y sentimientos con los que la futura América mestiza y española, e incluso las antiguas civilizaciones, éstas de acuerdo al grado de ruptura de sus culturas, empezarán a nombrar, habitar, sentir y conocer, el ahora nuevo mundo. Se han roto de repente las antiguas formas, las causas primigenias y las maneras del mundo hasta entonces conocido, y se ha empezado a establecer un primer ejemplo inédito pero temiblemente victorioso en el que lo sabido hasta allí, o lo aun por saber desde nuevos referentes, estará de sobra mientras no se encuentre al servicio de la obtención rápida de oro y plata, de tierras, de hombres y dominios, de cometerlo todo en nombre de un Dios desconocido y un rey lejano. Se inicia el desapego y la indiferencia hacia lo *propio*, categoría que en el caso de la América mestiza y criolla estará aun por formarse en la Colonia, igual que la idea misma de *lo americano* o *lo neogranadino* (hoy colombiano). Y será en los casi 3 siglos de colonia en los que se gestarán y preservarán los rasgos básicos de la mentalidad de un nuevo mundo. Ya el miedo, el caos y la lengua han sido sembrados.

Para el siglo XVII las cartografías y relaciones de los conquistadores y clérigos incluirían además de las líneas costeras y fluviales, de las fronteras mineras, los primeros intentos de sistematización botánica. La primera expedición en este sentido fue la de Francisco Hernández a la Nueva España entre 1571 y 1577, expedición en la que se elaboró un primer inventario de prácticas y medicinas indígenas publicado en 1594 (Nieto, 2006). Hernández encontró comunidades con sofisticados conocimientos de las plantas, sus usos, recetas y atributos: clasificaciones culinarias, medicinales y/o espirituales (estas últimas catalogadas como no válidas, o intraducibles). La botánica española de esta época fue un trabajo de traducción y apropiación, pero de poca aplicación y comercialización.

En lo que hoy es Colombia la crónica como género comenzó en 1526 con Gonzalo Fernández de Oviedo, "*Sumario de la Natural Historia de las Indias*" e "*Historia general y natural de las Indias*", son las dos crónicas inaugurales de la literatura americana en las que la preocupación principal del autor no fue la de componer una descripción poética de lo desconocido sino la de reflejar la extrañeza que sentía intentando informal *tal cual* lo que ocurría y percibía a su alrededor. Setenta años después un andaluz, Juan de Castellanos, quien sirvió como soldado conquistador en 1544 y fue el primero en describir las terrazas

de piedra de la ciudad perdida de los Tayronas, cuyo rastro desapareció luego durante tres siglos, sería el autor de la primera crónica escrita en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada, una crónica en verso que se demoró elaborando 30 años mientras se desempeñaba como sacerdote en la ciudad de Tunja. Titulada “*Elegías de varones ilustres de Indias*”, es el poema épico mas extenso de la lengua española y el tercero mas largo del mundo.

En 1640 Juan Rodríguez Freyle, autor nacido en el Nuevo Reino de Granada, escribió la primera crónica mestiza en la que relata los pormenores de la historia y la vida cotidiana de la Bogotá de su tiempo: en *El Carnero*, Freyle combina la crónica con el lenguaje novelesco dándole un tono literario a su obra. A pesar de que los textos de Oviedo, Castellanos y Freyle, así como los de los cronistas Pedro de Aguado y Fray Pedro Simón, están atravesados en parte por las fantasías propias de las novelas caballerescas, fantasías ajenas a la realidad del Nuevo Mundo, constituyen sin embargo el nacimiento literario y periodístico, en el sentido limitado de una relación de hechos, no sólo del Nuevo Reino de Granada sino de América entera. Son también el mejor testimonio de cómo una lengua lejana, arraigada en las creencias de un imperio de ultramar, se ve de golpe enfrentada a la increíble realidad de que el mundo no estaba completo, de que existía otro mundo. Ospina en su estudio sobre la obra de Castellanos explica entorno a los imaginarios creados por las novelas de caballería.

El nuevo mundo era la región de lo inesperado, y así como los jóvenes aventureros siempre llevaban en sus alforjas novelas de caballería, también veían flotar en sus mentes mapas fabulosos donde las ciudades tenían muros de oro, torres de plata, reyes con collares de esmeraldas, canoas llenas de perlas, y hacia esos destinos marchaban decididos a todo (1998, p. 51).

La antigua Novela de Caballería narraba hechos de armas y de amor en espacios remotos y fantásticos donde los ideales morales y la realidad coincidían en la gesta del héroe, pues tanto ideales como realidad hacían parte de un mundo ilusorio. En este punto el caso del Quijote es particular: sus batallas ficticias tienen lugar en el mundo común, por donde deambula sin gloria, circunstancia que no impide que al final sus ideales y la realidad coincidan gracias a la locura. El elemento ilusorio de la historia es él. En el siglo XIX con el Romanticismo los ideales morales y religiosos ya no se dramatizan en batallas y gestas

heroicas sino que se repliegan dentro de los escritores y sus personajes. Arturo Cova, protagonista de la *La vorágine*, se queja inmerso en la selva,

¡Sueños irrealizados, triunfos perdidos! ¿Por qué sois fantasmas de la memoria, cual si me quisierais avergonzar? ¡Ved en lo que ha parado este soñador en herir al árbol inerme, para enriquecer a los que no sueñan; en soportar desprecios y vejaciones en cambio de un mendrugo al anochecer! (Rivera, 1985, p. 138).

Arturo Cova no pierde oportunidad para hacer alarde de su sensibilidad culta y de la dura prueba que atraviesa, de las permanentes cavilaciones y contradicciones que amenazan conducirlo a la locura. Cova es la lectura romántica del Quijote, en la que el héroe lucha por un ideal desde la desadaptación al mundo; Cova persigue el amor ideal pero es consciente de que debe llevarlo en sí, pues el mundo no encaja con sus sentimientos (Morales, 1993, p. 92-95). Internado en la espesura de la selva, rodeado de una vegetación inextricable y de la violencia propagada por los empresarios del caucho, de la esclavitud y la barbarie, los arrebatos caballerescos y moralistas de Cova parecen estar al margen de la realidad, de la misma forma que la extrañeza incrédula y el estremecimiento que cuatro siglos antes experimentarían los primeros cronistas y las miradas cargadas de exotismo paternal de los viajeros del siglo XIX. El rasgo de lo caballeresco como forma sublime de expresar las emociones quedaría afincado en Bogotá por ser el epicentro literario en el siglo XIX, sería acogido como parte de lo considerado *masculino, honorable y decoroso* por las élites cultas y la burguesía comercial. Lo caballeresco, o lo que después se llamaría caballería, se confundiría en la segunda mitad del siglo XIX en Bogotá con lo que se entendía por el gentleman inglés, y sería uno de los orígenes de la forma de ser del cachaco.

Aparte del detalle histórico y literario sobre las relaciones, cartografías e inventarios, así como de las crónicas e historias de Indias, y la procedencia de sus imaginarios y sus discursividades heroicas a partir de la novela de caballería, interesa aquí también su conjunto como literatura de viaje. En este sentido Carrió de la Vandra (1773), excorregidor español que firmaba sus textos con el seudónimo de *Coloncorvo*, debido a las críticas que en ellos hacía de la Corona, la nobleza y sus anacrónicas doctrinas, defiende en *“El lazarillo de ciegos caminantes”* los saberes útiles entre los que cuenta a la literatura de viajes: “Los viajeros... respecto a los historiadores son los mismo que los lazarillos en comparación de los ciegos” (Franco, 1992, p. 52). Este reconocimiento de la literatura de viajes como saber

útil está enmarcado en las circunstancias económicas del siglo XVIII, en las que España debido a sus malas cosechas de cereales y las deficiencias técnicas de su agricultura, decide organizar las llamadas *Sociedades de amigos del país* para salir de su atraso e impulsar el comercio y la industria mediante el estudio y la experimentación. Se trataba de una ilustración de élites clericales y nobles en la que no hubiera conflicto entre la fe católica y la ciencia moderna. Autores como Bacon y Newton serán declarados no herejes por académicos católicos como Feijoo, y la ciencia servirá en adelante en España para explicar el poder y la sabiduría del creador. En este sentido el universo será el desarrollo de un conjunto de leyes preestablecidas por Dios.

Sin embargo, a la par con ésta tardía Ilustración, la inquisición continuará con sus edictos contra la herejía, sus persecuciones, y sus índices de obras prohibidas. De acuerdo a Nieto (2006) los conflictos que esto va a generar, entre los *philosophes*, el estado y la iglesia, deben entenderse como el proceso de consolidación de una sola autoridad con miras a ordenar la sociedad y la naturaleza. Es el nacimiento del absolutismo español, donde la ilustración procuró mantener al catolicismo y a la Corona fuera de crítica, y empleó las innovaciones científicas para consolidar económicamente un gobierno central. La ilustración, o mejor la educación como privilegio de élite, administrada y censurada por la iglesia, quedaría como un legado en la realidad y en la mentalidad no solo de Bogotá sino de Colombia entera. Un legado que contribuiría a convertir las antiguas diferencias coloniales entre castas en diferencias sociales de clase, es decir, en perpetuar el racismo en la forma de un clasismo, y en ocultar diferencias que terminarían siendo culturales por la falta de educación para unos en desigualdades meramente económicas a favor de otros.

Además de organizar las *Sociedades de amigos del país*, debido a la crisis de las cosechas España buscará sustituir productos: financiará viajes de exploración de médicos y botánicos a América, pues mientras se desconozcan las utilidades de las plantas nativas la industria no se puede establecer ni competir. No obstante, a pesar de los esfuerzos de la Corona española, la primera expedición científica del siglo XVIII a América va a ser francesa. Enmarcada en el debate entre cartesianos e ingleses (Jussieu – La condamine) en ella se llevan a cabo mediciones sobre la forma de la tierra, los polos y el ecuador. Felipe V autoriza la exploración a cambio de que compartan con los delegados españoles el uso de los

instrumentos y los resultados, pues las mediciones y el uso de nuevos instrumentos constituían un conocimiento clave para la navegación, el comercio y la resolución de problemas limítrofes.

A raíz de la política para sustituir importaciones por productos del Imperio, el rey Fernando VI invita a Linneo a hacer estudios de la flora española en 1751. Sin embargo, Linneo declina la invitación y envía en su lugar a Loefling, quien ya conocía a los botánicos españoles y podía instruirlos en los nuevos principios de la botánica linneana. De esta manera en 1777 Hipólito Ruiz y José Pavón, gracias a que los científicos franceses Turgot y Jessieu convencen al Rey de la importancia de explorar la flora del Perú, viajan en compañía de éstos a Chile y Perú con la tarea explícita de investigar y enriquecer el gabinete de historia natural y el jardín botánico del Rey.

Dentro de estas expediciones botánicas, se cuenta también la del Nuevo Reino de Granada entre 1783 - 1808, dirigida por José Celestino Mutis, quien ya se encontraba residiendo en Bogotá desde 1761, como sacerdote, médico y profesor, cuando el Rey aprobó los recursos para la expedición. Fue gracias a la expedición botánica de Mutis que se llevó también a cabo la primera mirada reflexiva sobre el país y sus gentes. Se trató de una mirada atravesada por la ciencia y el arte de su tiempo en la que los cuidadosos herbolarios de la expedición fueron vistos dentro de algunas historias del arte, según Muñoz (2010), como el comienzo de la apropiación del espacio, de la apariencia y de la realidad neogranadinas.

Casi al mismo tiempo que la de Mutis, se realizaron dos expediciones a América del Norte: una, la real expedición a Nueva España (1787-1800) a cargo de Martín Sesse, que buscaba dotar el Jardín botánico de México y preparar científicos para la exploración de Centroamérica, el Caribe y California; otra, la de Alessandro de Malaspina (1789-1794) quién debía unirse a Sesse y explorar Alaska, Filipinas y Australia.

Según Humboldt estas expediciones durante el reinado de Carlos III fueron el proyecto más costoso en botánica de toda la ilustración. Los españoles buscaban medicinas (quina, canela, te, etc), mientras que los franceses e ingleses se centraban más en colorantes y plantas de usos industriales. Los botánicos españoles atribuían a especies semejantes las mismas propiedades médicas, y sus descubrimientos dependían de los intereses comerciales y de las prácticas indígenas. En cuanto a los usos industriales de las plantas, los químicos

españoles se mostraban eclécticos ante las discusiones de las nuevas teorías químicas y su aplicación. España no aprovechó en términos de industria o comercio los muchos conocimientos inventariados en sus expediciones. Los logros de éstas fueron considerados mas como evidencias de soberanía, de territorialidad, que de mérito científico. Los jardines y los museos de historia natural terminaron siendo galerías públicas donde el imperio demostraba su poder. Esta perspectiva sobre la ciencia terminaría influyendo su desarrollo en Bogotá, la ciudad epicentro de la expedición botánica, donde se daría énfasis a una ciencia teórica y erudita, hecha mas por vanagloria que para solucionar necesidades prácticas, una ciencia de élites válida por si misma, que no tendría un contacto real con el progreso o las posibilidades prácticas de la nación en el siglo XIX.

La historia natural hace parte así de la literatura de viajes, aunque desde una perspectiva mas específica, visual y gráfica. Para los viajeros científicos del siglo XVIII la representación visual, sistematizada en un tipo de planos e imágenes, fue el medio por el cual las plantas americanas, desconocidas en sus variedades y usos, se hicieron accesibles y transportables. Una parte del otrora Nuevo Mundo viaja codificado por una mirada cuantificable que se asume objetiva, quedando intraducibles la mayor parte de las clasificaciones y saberes locales, sus representaciones y posibles ritualidades. América se vuelve objeto de estudio, se hace transportable a un centro donde se la decodifica, y empieza así a alejarse incluso de si misma en términos de conocimiento. A pesar de su inmensidad, el Nuevo Mundo comienza a ser periferia.

En este sentido, de acuerdo con Nieto (2006), la historia natural en tanto disciplina se construyó sobre redes y viajes, en donde las muestras fueron movilizadas al centro a través de técnicas de preservación y técnicas de representación. Y fueron justamente estas redes las que generaron la necesidad de sistemas universales, de códigos y reglas para poder acumular y decodificar conocimiento en los nuevos centros gracias al trabajo a escala de pequeños grupos.

En el siglo XIX junto con las plantas, los animales y la geografía, los hombres también se convertirán en objetos de estudio, ya no serán descritos con el pasmo y la incredulidad de los cronistas de Indias, quienes se preguntaban si en verdad eran hombres y si tenían alma,

sino que serán contemplados como parte del entorno natural por unos, como razas, culturas y/o civilizaciones por otros.

Los viajeros científicos respondieron a una fase de expansión imperial, no solo española sino europea iniciada en el siglo XVIII, que para el caso Hispanoamericano se vio fortalecida por los procesos 'independentistas' de las primeras décadas del siglo XIX. A diferencia de los tres siglos anteriores, esta nueva oleada de expansión no se restringió a las costas, ríos y minas, sino que se internó en la exploración detallada del interior. De acuerdo a Jaramillo (2002, parr.2) esta tendencia a explorar nuevas tierras y a conocer nuevas culturas se mantendrá e intensificará al progresar los medios de comunicación, sobre todo la navegación a vapor, y al producirse la revolución industrial de los siglos XVIII y XIX, que condujo a los europeos a la búsqueda de nuevos mercados y nuevas formas de inversión.

Pero no solo la ciencia, las independencias y la industria, fueron las causas y los temas protagónicos de estos nuevos viajes, tal como explica Garrido (2014) también la reflexión estética de autores como Burke, Gilpin, Payne y luego Kant, estimularían a los artistas e intelectuales a "descubrir" en nuevos países exóticos lo pintoresco y lo sublime. En el caso de los intelectuales y artistas la nueva oleada de viajes marca un cambio con respecto a los cronistas e intelectuales católicos de la Conquista y la Colonia americanas, se trata del tránsito entre la mirada del sabio o del teólogo renacentista y la del intelectual profesional o especializado: de una perspectiva general y teórica a una experimental. En este sentido, coincidiendo con Gasquet (2006, p. 54) el viaje comenzó a ser visto como un agudizamiento de la inteligencia, como el puente entre el filósofo errante de la antigüedad, el humanista del renacimiento y el científico experimental. En las ciudades el viajero se convierte entonces en paseante, en aquel que vaga y divaga mientras todo lo demás discurre, mientras la ciudad moderna cambia por su industria y es explorada por nuevos ojos.

Esta perspectiva sobre el viaje permite además distinguir sus cambios en tanto experiencia, conocimiento y narración. Según Ette (2001, p. 28-65) en términos de literatura significa el paso del diario de viaje al relato. En términos de epistemología las miradas de los viajeros o investigadores se amplían con las informaciones de otros; es importante observar aquí cómo la forma de la ruta del viaje incide en la epistemología de su narración: los viajeros de los siglos XVIII y XIX siguen una ruta que posee la forma de un círculo, es decir, vuelven al

punto de partida de su viaje, ya que navegaban de un continente a otro. Este círculo geográfico se convierte también en un círculo hermenéutico, pues presenta lo ya sabido, lo sistematiza mediante nuevas experiencias y saberes, y finalmente lo une de nuevo modificado y ampliado a los conocimientos sobre lo propio. En este sentido, una excepción es el relato del misionero que se escribe en el lugar de la misión misma, generalmente rural y poco habitado, donde no hay un tránsito o un desplazamiento, ni tampoco una vuelta a casa como objetivo.

En términos de cartografía representa que cada vez se tiende más a trazar una sola línea, como si todo fuera abarcable desde arriba o sistematizable; de esta manera, se entiende que el saber geográfico no es el resultado de una progresión, sino de una acumulación inconstante en la medida que se pierden los saberes locales.

2.2 La literatura de viajes y los viajeros

De acuerdo a Muñoz (2010) la literatura de viajes del XIX abarcaba una manera específica de narrar, que establecía una cierta relación entre el 'sujeto' europeo y lo que interpretaba como su 'objeto': las poblaciones americanas y su entorno geográfico. Se trataba del poder que le otorgaba el tener la capacidad de escribir y dibujar al 'otro' para difundirlo entre el público europeo. En este sentido, el viajero no escribía 'solo'. A menudo encontramos a los viajeros citando cronistas y otros viajeros, situándose dentro de un corpus documental que le daba los parámetros sobre la manera en la que se debía representar al 'otro'.

Dentro de éstas representaciones predomina la descripción sobre la narración, las situaciones de tensión narrativa no encuentran su desenlace al final del discurso como en la novela. La narración queda subordinada a la intención descriptiva que se expone en relación con las expectativas de la cultura y el tiempo al cual se pertenece (Albuquerque 2006). En buena parte de las descripciones prima la técnica, denominada por Germán Carreras (1985) en su prólogo a las memorias de Boussingault, "La función atisbadora del vecino de enfrente", donde se observa lo que se considera erróneo del vecino y se critica severamente.

En este sentido, una de las ventajas con las que cuenta el viajero en tanto escritor es la notada por Levis Strauss en cuanto a la movilidad que le es permitida entre las distintas

clases, gentes y a veces instituciones. Ésta circunstancia le posibilita entrar en competencia con el género de la novela histórica al estilo de Walter Scott o la novela realista de Balzac, pues el relato de viajes le permite al lector la entrada a una vida ajena y lejana que se hace comprensible gracias de un lado a la traducción de experiencias individuales en saberes colectivos, y por otro a la traducción de las formas culturales de otro en la propia lengua. Esta doble traducción es la que le hace posible al lector, según Ette (2001), reflexionar sobre sus propios hábitos de percepción y experimentar nuevas formas de apropiación.

El efecto de realidad de los relatos depende de la forma de escritura, de su capacidad para ser creíbles por un público determinado, tanto en lo sociohistórico como en lo sociológico. En este sentido *El Quijote* tiene la forma del viaje a través de la Mancha y de la sociedad española, circunstancia que lo hace creíble más allá de su ficción; asimismo sucede con *La Vorágine* y *Cuatro años a bordo de mi mismo* cuyos recorridos, jornadas y tiempos tienen un asidero real que hace creíble externamente su aventura.

No obstante, justamente por lo cronológico y lo topográfico, muchos textos considerados hoy de ciencia ficción fueron leídos bajo la perspectiva de relato de viajes o como tales. Esto tiene que ver también con que incluso antes de Humboldt, el relato de viajes fue la forma de escritura literaria y científica en la que se plasmó mejor la relación de la escritura con el espacio, su dinámica y su movimiento.

Precisamente la escritura, el espacio, el movimiento y sus dinámicas, van a tomar otro cariz luego de la perspectiva geográfica e ilustrada de Humboldt, ya que los primeros textos de viajes por el Nuevo Reino de Granada, aparte de los del propio Humboldt, van a ser los relatos de los jóvenes soldados ingleses y franceses, integrantes de las legiones enviadas a Bolívar para luchar contra España entre 1810 y 1819, quienes en sus textos anhelaban como autores no solo ser protagonistas heroicos de campañas y batallas sino además ser personajes auténticos y en ocasiones extravagantes. En este sentido el espacio, el movimiento, sus dinámicas y las escrituras quedan supeditadas a la fabricación de un personaje. Luis Mendez y Francisco Antonio Zea fueron los criollos comisionados por Bolívar para reclutar a los legionarios, el primero estuvo a cargo de la legión británica que llegó a contar en 1817 con 5088 soldados; el segundo se encargó en secreto de reclutar en Francia a los científicos y académicos, quienes llegarían a Colombia contratados como

militares de alto rango para justificar sus sueldos. Viajeros como Boussingault y Roulin son reclutados por Zea por recomendación de Humboldt, aunque de esto no se tenga mas prueba que los comentarios de uno y otro y un texto del que no se tiene certeza si fue escrito por Humboldt. Zea tenía para su misión cartas de presentación escritas por Bolívar, una de estas es citada por Marguerite Combes (1942) en su libro *“Roulin y sus amigos: burguesía desvalida y arriesgada”*:

Al señor Barón de Cuvier: Señor Barón, permítame que me atreva a contar con la benevolencia particular que usted me dispensa y con el interés muy legítimo que le inspira el desarrollo de las ciencias, cuyo campo ha ensanchado usted con sus brillantes trabajos, asegurando de ahora en adelante sus progresos con su dirección luminosa y paternal. El país que tengo el honor de representar merece la atención de los observadores de la naturaleza; ofrece un vasto campo de acción. Se me ha recomendado especialmente que me dirija a la propia fuente de donde surge la luz, que envíe de Francia a Colombia a hombres capacitados para fundar en nuestro país establecimientos consagrados al estudio de la Historia Natural; hombres que, después de haber iniciado a mis compatriotas en el estudio de los conocimientos útiles, puedan a su regreso a Europa enorgullecerse de haber dejado en el Nuevo Mundo profundos recuerdos de estima y de gratitud para la nación francesa (1942, p. 25-26).

Otros viajeros como Brown, Hamilton, Cochrane, Mollien, Duane y Rensseelaer, llegaron también en las décadas de 1820 y 1830 representando los intereses comerciales de los británicos, franceses y estadounidenses. La llegada en 1843 de Edward Mark, el famoso acuarelista, como cónsul británico y el comienzo en 1850 de las expediciones de la Comisión Corográfica, dirigidas por Agustín Codazzi, son indicadores, de acuerdo a Muñoz (2010), de una nueva fase de expansión centrada en el libre comercio y en la idea de nación. Tiempo después Saffray, Stübel y otros extenderían esta oleada hasta finales de siglo y comienzos del XX.

Los viajeros reclutados por Zea, como Roulin y Boussingault, tendrían la tarea al cabo de la guerra de reconstruir económica y educativamente la nueva nación independiente. Sobre Boussingault, Germán Carreras (1985, Sección Memorias de un científico, perr. 5) asegura, en su prólogo a la edición en español de sus memorias, que se trataba de un soldado decidido y valiente, intolerante con la propia flaqueza y crítico con los demás, y, de acuerdo al gusto del público francés, indiferente ante lo monárquico y lo napoleónico, observador asombrado de la naturaleza pero no así de los hombres a quienes ve con benevolencia desdeñosa. Debido a esta postura prefirió narrar lo pintoresco que detenerse en análisis sociales de mas aliento, característica que lo aleja de Humboldt. La descripción de Carreras

sobre Boussingault está basada sobretodo en las memorias de éste, las cuales fueron escritas 60 años después de los hechos cuando ya el autor había tenido el tiempo y la distancia para hacer de sí un personaje deseable por los lectores franceses de finales del siglo XIX. Esta circunstancia y el hecho de que de su libro se hayan impreso solo 300 ejemplares hizo que su viaje pasara inadvertido en su tiempo y también después. Boussingault intentó complacer lo que el gusto francés esperaba de los viajeros de finales de siglo, que parece no ser muy distinto de lo que esperaban empezando el siglo: juicios con conciencia de superioridad cultural, galantería, paisajes escabrosos que dieran cuenta del estereotipo de la naturaleza americana y observaciones científicas.

Luego de la campaña de Independencia, y de las guerras internas en la Gran Colombia (1819-1830), dejan de llegar soldados y militares, y empieza una nueva oleada de viajeros diplomáticos, banqueros, políticos y representantes de firmas europeas y estadounidenses interesados en firmar tratados o en hacerlos cumplir. En sus textos generalmente la escritura se reduce a unos enunciados concretos, a unas órdenes o cláusulas, donde el espacio es visto como territorio nacional o regiones por explotar, no como recorrido, desplazamiento o descripción, sino como una cartografía posible para el comercio o la industrialización. El tiempo por su parte deja de ser subjetivo y medible en jornadas de viaje, en aventuras y hallazgos, y comienza a ser resumido en fechas que se prolongan a futuro en forma de plazos y compromisos financieros, fechas en las que el autor se diluye en un formato y en una serie de intereses nacionales o extranjeros. Por último, las dinámicas de tiempo, espacio y escritura, tienen que ver aquí con el trámite espacial y temporal de los tratados o acuerdos, con la burocracia involucrada y sus firmas y sellos. Como tal son documentos que escapan a lo que se podría entender por literatura de viajes y cuyos autores no son del todo viajeros, por lo menos si nos atenemos a la definición de viajero que brinda Muñoz

Lo que hacía al personaje *viajero* no era, entonces, únicamente el acto de transportarse, sino la relación que establecía con el lugar que visitaba y su posicionamiento dentro de unas estructuras de significación basadas en lo europeo. El *viajero* salía con ciertas intensiones, *miraba* de cierta manera y se ubicaba con respecto al entorno en condición de 'europeo'. El trayecto de un africano esclavizado durante la Colonia o las primeras décadas del siglo XIX podía ser un desplazamiento geográfico, pero estaba lejos de considerarse un *viajero* (2010, p. 179).

Para 1850 retornan los profesores y académicos franceses y alemanes, quienes vuelven a fijarse en el desarrollo político y social, en las costumbres, geografía y tipos de la Nueva Granada (Fischer, 1999). Entre estos viajeros se cuentan igualmente viajeras, aunque su repercusión a nivel de producción de textos ha quedado oculta, pues la mayoría de ellas en el caso de Colombia viajaron en calidad de cónyuges o religiosas, y sus textos adquirían la forma del diario íntimo o de correspondencia, es decir, de obras privadas no publicables en su tiempo. Como explica Gasquet (2006) mientras los hombres viajeros definían su propia identidad en el viaje y su entorno público, las mujeres en cambio lo hacían con respecto a la casa, el hogar y la tierra natal. No obstante, a pesar de su carácter privado, en el caso de las mujeres, fue la literatura de viajes, a través justamente de los diarios íntimos, junto con la poesía, los géneros que en el siglo XIX fueron reservados a las mujeres tras el triunfo de la novela en occidente, fueron también el lugar de sus discursos individuales, tanto de los privados como de los de exploración social y rebeldía colonial. La literatura de viajes escrita por mujeres en el siglo XIX hace parte de los primeros momentos de profesionalización de la escritura femenina, sin embargo en el caso de Bogotá no se conservan mayores testimonios ni obras representativas.

Otra variante de la literatura de viajes es la desarrollada a partir de la tecnificación del siglo XIX, tanto por la capacidad y velocidad de los desplazamientos como por su extrapolación. Se trata de los viajes imaginados y los viajes imaginarios: los unos corresponden a aquellos autores que sin desplazarse escriben relatos de viaje basados en las experiencias de otros viajeros o en las descripciones ya conocidas; los segundos son los viajes de ficción a los extremos del mundo, ya fuese a la luna, al centro de la tierra, al pasado o al futuro. Los primeros no son exclusivos del siglo XIX, pues ya en el contexto de la conquista de América autores como Alonso de Ercilla, Lope de Vega y Tirso Molina, sin cruzar el océano, escribieron poemas sobre América ambientando sus textos en paisajes europeos, gestas griegas y héroes al estilo de Virgilio solo para complacer el gusto español más refinado. Este refinamiento justamente los aleja de autores como Juan de Castellanos, quien más allá de la extensión de su poema, tuvo el mérito de no rehuir con artificios lo perturbador que resultaba el nuevo mundo y combinar la mera relación de hechos con una clara intención poética haciendo uso de un español enriquecido con palabras de las lenguas indígenas. Un caso más reciente de viaje imaginario es referido por Muñoz: “Algunos, como Joseph

Laporte, ni siquiera recorrerían las tierras que describían ni conocerían a las personas que dibujaban, sino que a partir de bibliografía secundaria construirían relatos de tierras lejanas basados en el estilo de la literatura de viajes medieval” (2010, p. 197).

2.2.1 Viajeros de todo tipo: Lo humboldtiano

De acuerdo a Wolfzettel (2005) desde el Renacimiento el viaje ha sido recetado como remedio contra la melancolía: como una experiencia iniciática del otro. Los románticos transformaron el motivo terapéutico en mítico: el tema de la huida sin motivo, del yo y las peripecias, de la juventud y la trivialidad de la vida. La diferencia estará en que los románticos del XIX no podrán ya igualar lo encontrado con lo imaginado, tal como lo analiza Reinstadler (2010) al comparar los diarios de Colón con los textos de viaje del XIX. En efecto, a los viajeros del siglo XIX les queda solo revalorar las tradiciones, los mitos y los enigmas, en un afán arqueológico y cabalístico de que lo legendario coincida con lo reciente para poder descubrir de nuevo un mundo.

Ese afán arqueológico y cabalístico, ese redescubrimiento, es lo que subyace en lo que Ette (2001) denomina *modelos plásticos de comprensión espacio-temporal*, cuando intenta responder la pregunta ¿Qué es lo que fascina aun en los textos de viaje? Ette (2001) explica cómo el texto de viaje es un modelo flexible para la comprensión en términos de espacios y tiempos, no solo geográficos y cronológicos, sino vivenciados.

Según Humboldt su amigo Georg Foster fue quien inauguró en lengua alemana la nueva era de los viajes científicos que consistía en el estudio comparativo de los pueblos y países, y en el manejo plástico de la lengua para tal fin. Sin embargo, es el propio Humboldt quien terminará siendo el referente tanto del discurso científico como del tono narrativo de los viajeros que visitaron América en el siglo XIX. Así lo hace ver Ette (2009).

So betonte er nicht nur den “Zauber” der von ihm erstmal erfahrenen Tropennatur, sondern auch die tatsache, (dass) die beiden europäischen Forscher “seit gestern auch noch nicht ein einziges Planzen – oder Thierprodukt aus Europa gesehen” hätten. Das Beobachtete wird von Humboldt stets auf den Beobachter zurückbezogen und mit seinen jeweiligen Beobachtungsbedingungen, mit seiner Herkunft, seinem Vorwissen, seinen Vergleichpunkten, ja seinen jeweiligen Gemütszuständen in Beziehung gesetzt” (2009, p. 175).

Humboldt con su *Ensayo Político sobre el Reino de Nueva España* y con su *Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Mundo*, creó el modelo del texto de viaje científico gracias a una excepcional pero aislada autorización que le otorgó el gobierno español para viajar por América. Hasta vísperas de las independencias, la América hispana seguía siendo un orbe cerrado para los europeos que no fueran súbditos de la Corona española. El viajero del XIX es un personaje nacido gracias y a pesar de España, inspirado por Rousseau, las revoluciones y el romanticismo, e impulsado desde la ilustración por Humboldt, quien va escribiendo y dibujando a pie, a caballo o en canoa, y para quien la rapidez del apunte acuarelado no requiere de un estudio confortable, y cuyo reposo es posible a pesar de los mosquitos y en los peligros de la selva. Humboldt encarna la máxima de Herder de que para conocer el mundo hay que recorrerlo con el lápiz en la mano.

El prestigio de Humboldt originó una proliferación de excursiones científicas del tipo de las que habían surgido con la Ilustración. A través de la botánica linneana, el arte y la ciencia se hermanaron en las publicaciones y las enciclopedias; el periodismo descubrió el valor comercial de las memorias de los viajeros y los acuarelistas. A partir de entonces los viajeros tomaban apuntes y gráficos, otras contrataban un pintor local o compraban los dibujos a otros viajeros (González, 2000).

En medio de la proliferación de viajes inspirados por los textos de Humboldt, uno de los casos mas anecdóticos es de los vulcanólogos alemanes que decidieron seguir sus huellas, historia resumida así por Stüttigen:

Después de 80 días no había en las islas del Pacífico ninguna huella de los vulcanólogos -como tampoco nueve años después- cuando habían regresado a Alemania, sin haber puesto un pie sobre Hawai. Para su viaje de ida habían planeado una pequeña excursión por Suramérica, que debería seguir las huellas de Humboldt por los Andes (1996, introducción, parr. 1).

Esta aventura de exploración es justificada por uno de sus protagonistas, el vulcanólogo Alphons Stübel, en la pobreza de información botánica que existía sobre la Nueva Granada, una región a su juicio tan rica en plantas que despertó su interés y de la que desde la visita de Humboldt no se había publicado ni siquiera el catálogo de un coleccionista (Stuttingen, 1996).

2.3 Los viajeros y la industrialización

Los viajeros europeos de los siglos XVIII y XIX, aunque se mueven en el tiempo de su país de origen, creen que hay un eje de tiempo que permite comparar linealmente las realidades, eje que se completa cuando lo visto es puesto en relación con los íconos culturales de occidente. En este sentido, Ette (2001) traza la diferencia con los viajes de postguerra desde y hacia USA donde se trataba más de observar las posibilidades que ofrecía lo propio a futuro. En la literatura de viajes el descubrimiento de los tiempos particulares comienza en el siglo XX, como también la conciencia plena de lo mucho que hay de lo propio en la percepción de lo distinto, lo que puede haber de prejuicio y lo que podría constituir una preimagen. Es lo que Muñoz dice de otro modo: “Los actos *salvajes y desordenados* del *negrillo* se convierten en un espacio de *contemplación*, que el viajero *ordena* y explica con la mirada. No es gratuito, entonces, que el viajero no aparezca en la imagen. Él es el ‘punto de vista’, él es quien mira y explica” (2010, p. 172).

Desde esta perspectiva solo cuando un cambio abrupto de paisaje sucede en el viaje implica a veces una toma de conciencia de las propias posiciones teóricas, el cambio de paisaje le brinda un nuevo escenario a la teoría. Se trata de cambios muchas veces rastreables no solo en los textos por los lectores sino en sus imágenes gracias a los avances técnicos del siglo XIX, avances como el uso de prensas movidas a vapor (1814) y la impresión con cilindros múltiples (1827) que permitieron producir a gran escala mapas, dibujos, periódicos y revistas ilustradas a bajo precio para el público europeo. Revistas como *La Tour du Monde* eran traducidas y publicadas para los lectores hispanoamericanos por revistas españolas.

El interés por la naturaleza, heredado de la Ilustración, sumado a la sacralización del viaje por el romanticismo y el crecimiento del consumo de imágenes, dieron a su vez sustento a un tipo de arte enfocado hacia el entorno, un arte *paisajista* que en los viajeros estuvo al principio influenciado por Humboldt. En el caso de América latina, la emancipación política y la paulatina desaparición de usos coloniales que trajo consigo la apertura comercial, acentuaron el deseo por conocer y dar a conocer al mundo la propia geografía, gentes y costumbres a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Se trata de los inicios de la cultura de viaje y de la segunda oleada imperialista.

Además de Humboldt, un ejemplo de este arte se deja ver en el viajero alemán Alphons Stübel quien realizó a lápiz vistas panorámicas de paisajes de hasta cuatro metros de ancho, empleando la reproducción a escala con gran fidelidad en los detalles. De acuerdo a Sttutingen, Stübel llegó a ordenar talar toda una falda de montaña para garantizar a su pintor una vista óptima del paisaje. Stübel parecía consciente de lo extravagante de su empeño, por lo menos así lo escribe: “Nadie ha emprendido antes de mí un torneo gimnástico con cuadros de más de un metro de ancho a través de los Andes” (Stuttgarten, 1996, Sección Introducción, parr. 5)

Además del desarrollo del arte paisajista, el cuidado en la ejecución de las láminas quedó como legado y tradición a partir de los herbolarios de Mutis y los dibujantes de la expedición botánica. Es así como en 1853 las láminas de la expedición corográfica (1850-1859), elaboradas con gran cuidado, eran revisadas por Codazzi y los miembros de la comisión, no solo para verificar que fueran fieles y bellas sino para observar la armonía entre los argumentos geográficos y las imágenes que los representaban, todo con el fin de atraer al lector-viajero europeo a Colombia. Pero no solo se trataba de atraer viajeros sino inmigrantes e inversionistas extranjeros como una política de estado, en la que figuraban prebendas y garantías para los inmigrantes que quisieran establecerse en Colombia.

Al igual que sucede con los desarrollos técnicos y su especificación en procesos, la diferencia entre los viajeros ilustrados y los viajeros naturalistas del siglo XIX es su especialización, no solo en imágenes sino en temas. Así lo explican Schrader hablando de los viajeros alemanes Stübel y Reiss:

Nos hemos acostumbrado a denominar científicos como Alexander von Humboldt a “hombres de conocimientos universales”, a personas que todavía eran capaces de manejar todo el saber de su tiempo. Desde entonces hay que constatar, también en la ciencia, aquél proceso que Max Weber llamó la evolución hacia el “hombre experto” La ciencia era para Stübel ya una “profesión”: “Las ciencias naturales como por ejemplo física, química, astronomía (Max Weber pudo haber añadido a lo que se dedicaban Stübel y Reiss, o sea geología, vulcanología, geografía, arqueología, etnología) presuponen evidentemente que las últimas leyes del suceder cósmico hasta donde alcance la ciencia merecen la pena ser conocidas, no sólo porque se pueden obtener con estos conocimientos éxitos técnicos, sino, en el caso de ser profesión; por sí mismos. (Schrader, 1996, parr.9).

En este sentido Humboldt es el último de los viajeros ilustrados por lo amplitud temática de su mirada pero a la vez es el primer especialista por el nivel de detalle que logra en muchos

de ellos. Una mirada que terminó convirtiéndose en un estilo de escritura y de viaje, un estilo capaz de vincular al hombre y la naturaleza mediante la descripción del paisaje y la geografía. Sin embargo, la perspectiva del especialista enfocado en su tema o en su misión y dependiente de ciertos avances técnicos también se impondría. Es el caso de los botánicos, jardineros y agentes comerciales que trabajaban para coleccionistas de flora exótica. Éstos dependían como afirma Deas (1991) de la popularización de los avances que hacían mas rápida la navegación, mas barata la producción de vidrio y mas accesibles y de moda los invernaderos (glasshouses o casas de cristal). Los coleccionistas famosos como el duque de Devonshire y grupos de comerciantes que abastecían a las casas de subastas, en especial una londinense especializada ya en 1840 en flora exótica, comenzaron a enviar a sus expertos y exploradores entre otras a distintas regiones de Colombia para recolectar orquídeas. La fiebre duró hasta el encarecimiento del carbón y el cambio de modas y costumbres a raíz de la primera Guerra Mundial.

El viaje, que en la antigüedad solía ser un medio para un fin, que en la edad media comienza a ser un fin de por si, que a partir del renacimiento será una forma de promoción social o de libertad, pasa a ser en la modernidad algo turístico. En este sentido los nuevos exploradores del siglo XX serán, como afirma Gómez (1998), profesionales disfrazados de periodistas que cubren eventos masivos o buscan elaborar la lista de lo que desaparecerá.

2.4 La literatura, lo colombiano y lo bogotano

En el contexto netamente colombiano el lapso comprendido entre 1810 y 1862, el periodo formativo de la nación, los primeros escritores e intelectuales fueron terratenientes jóvenes y aristócratas urbanos, como Julio arboleda y José Eusebio Caro, quienes nunca escribieron novelas. Durante esos años, debido al centralismo político encabezado por el partido conservador, la poesía patriótica fue utilizada oficialmente como el género literario adecuado para inculcar en el pueblo la literatura grecolatina y la gramática; la novela, entretanto, fue relegada al plano de la discusión ideológica, sin reconocérsele como tal ingenio ni arte, dejándole en el mejor de los casos la temática de los cuadros de costumbres. Existían entonces dos visiones de lo que debería ser la nación en el futuro: una era la Utopía Liberal, de corte progresista, y la otra era la Arcadia Conservadora, un progreso afincado en

la tradición. Para 1863 los liberales retoman el poder político e implementan su Utopía de nación, entonces las novelas escritas por los aristócratas y terratenientes jóvenes adquieren un tono nostálgico que rechaza los cambios y evoca el pasado. Entre 1863 y 1885 los intelectuales escriben novelas pero no se destacan como novelistas, sus obras están más cerca aún de la proclama política que de la obra literaria. En estos años la novela *María*, de Jorge Isaacs, constituye una excepción, aunque en su época fue juzgada por los críticos como “deplorable”, su atmósfera de romanticismo tardío coincidía con la Arcadia católica de los conservadores, de un estado único y unificado bajo la tradición, razón por la cual fue publicada. De 1886 a 1909 convergen lo arcádico y lo utópico, lo liberal y lo conservador, en el movimiento de Regeneración política liderado por Nuñez, es el tiempo de la Atenas Suramericana: entonces a una inédita coalición de grupos económicos se suma el interés de la oligarquía burguesa por cultivar las letras y las artes, se incentivan los grupos literarios y la importación de textos al tiempo que se populariza la literatura a través de la Biblioteca popular: una colección de 179 títulos, 69 de ellos colombianos, entre los cuales no se contaba ninguna novela. El periodo comprendido entre 1910 y 1929, la primera y única vez que el país gozó de paz política, fue la época del surgimiento de las pequeñas editoriales, del lanzamiento de las separatas dominicales de los diarios El Tiempo y El Espectador, del debate acerca de la posibilidad de una literatura nacional, difícil entonces por falta de contacto entre los intelectuales y el regionalismo.

José Eustasio Rivera, en respuesta al crítico Eduardo Castillo, reflexiona acerca del ambiente intelectual de Bogotá:

(...) Todavía creemos en nuestra condición sobrenatural de poetas, y convencidos de que, literariamente, somos ciudadanos principalísimos de la Atenas Suramericana, la de Caro, Cuervo, Isaacs, Fallón, Pombo, se nos ocurre pensar que, desaparecidos ellos hemos surgido para reemplazarlos, sin que el cambio le menoscabe a Bogotá la soberanía mental de otros tiempos. (...) Siendo los atenienses de hoy reclamamos atributos iguales a los de nuestros antepasados, si no mayores. Todos pertenecemos a una casta olímpica que, pomposamente, se denomina la de los intelectuales; ninguno acepta elogio que no equivalga a la consagración suprema; todos somos grandes poetas, excelsos artistas, celeberrimos escritores (Pachón, 1993, p. 102).

La vorágine (1924) fue escrita por un novelista que aspiraba ser poeta y, de hecho, había cimentado su fama como poeta antes de lograr celebridad como novelista. José Eustasio Rivera, con *La vorágine*, escribió una de las obras más autoconscientes en su época de la

literatura colombiana, utilizó hábilmente la imagen de poeta y esteta que el público se había forjado de él, imagen que le sirvió en su novela para caracterizar al protagonista (Williams, 1991). Por su parte Eduardo Zalamea inaugura, con *Cuatro años a bordo de mí mismo* (1932), la novela de personaje cuya visión explica el mundo y los acontecimientos mas allá de los hechos, siguiendo un esquema similar al de *La vorágine*.

No obstante la importancia de la tradición literaria desarrollada en el siglo XIX y principios del XX, Colombia continuará siendo un país donde la tradición oral sigue fundando lo cotidiano y lo cultural; esto tiene que ver no solo con el peculiar desarrollo de la subjetividad en el que no se incentivó el ideal de la lectura, sino el de la asimilación del dogma, tanto en lo religioso como en lo político, a través del sermón, el memorial, el panfleto y el pasquín, difundidos gracias a las arengas y la lectura a voz en cuello por parte de los curas en las iglesias y los pregoneros en las plazas de mercado, quienes por lo menos hasta la mitad del siglo XX se dirigían a un público mayormente analfabeta y devoto (Tabares, 2014). Esto influyó en la orientación religiosa y abstracta de la educación pública, y a su vez determinó las condiciones restringidas de acceso a la cultura escrita.

El que en Colombia haya imperado la tradición oral sobre la escrita significó un proceso mas lento en el desarrollo de la subjetividad (sociedad civil) de la mano con un afianzamiento de la *intimidad colectiva*¹⁵ (comunidad religiosa). Como conceptos y desarrollos sociales la subjetividad individual y la intimidad colectiva son igualmente reflejos de la realidad; sin embargo, como medio de expresión, en la primera prima lo escrito, en la segunda, lo oral (Tabares 2014). La escritura posee una distancia reflexiva (artificio) que la oralidad difícilmente alcanza, y lo oral supone una pureza emotiva que lo escrito apenas consigue imitar.

¹⁵ El concepto de intimidad colectiva deriva en parte del análisis que sobre el desarrollo de la subjetividad en Colombia realizó Rubén Jaramillo (2005) en su texto *La postergación de la idea de modernidad en Colombia*, donde expone cómo en la mentalidad colectiva colombiana ha primado social y políticamente el vínculo de moralidad religiosa basado en los buenos sentimientos y las tradiciones más que un espacio de opinión pública fundado en los derechos ciudadanos.

3 Segunda jornada: La ruta

3.1 Llegadas y partidas: conquistadores y viajeros

Apenas tres años antes, cuando regresó de las áridas guerras del sur abrumado por la mayor cantidad de gloria que ningún americano vivo o muerto había merecido jamás, fue objeto de una recepción espontánea que hizo época. (...) Nadie hubiera creído que el fuera el mismo de entonces, ni que fuera la misma aquella ciudad taciturna que abandonaba para siempre con precauciones de forajido. En ninguna parte se había sentido tan forastero como en aquellas callecitas yertas con casas iguales de tejados pardos y jardines íntimos con flores de buen olor, donde se cocinaba a fuego lento una comunidad aldeana, cuyas maneras re/amidas y cuyo dialecto ladino servían mas para ocultar que para decir. Y sin embargo, aunque entonces le pareciera una burla de la imaginación, era ésa misma la ciudad de brumas y soplos helados que él había escogido desde antes de conocerla para edificar su gloria, la que había amado más que ninguna otra, y la que había idealizado como centro y razón de su vida y capital de la mitad del mundo (García Márquez, 1987, p. 48).

Huyendo de la muerte en 1830, Simón Bolívar partiría de Bogotá a lomo de mula escoltado por un séquito de sus oficiales y soldados mas leales, se embarcaría luego con ellos en el río Magdalena rumbo a la ciudad costera de Santa Marta, donde las espadas de sus hombres no podrían defenderlo de la muerte natural que lo esperaba junto al Mar Caribe. Tres siglos antes, en 1537, también huyendo de la muerte que lo perseguía, llegaría extraviado a la sabana de lo que hoy es Bogotá, donde habitaban entonces mas de un millón de indios Muiscas, el conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada escoltado tan solo por 173 de los mas de 600 hombres¹⁶ que habían partido con él desde Santa Marta buscando abrir un camino, a lo largo de las riberas del río Magdalena, que comunicara el Mar Caribe con el Perú, para poder saquear por el norte el oro de los Incas, cruzar con él de nuevo el océano, y regresar algún día a España antes de que el hambre y la enfermedad los terminaran de vencer. Habían partido de Santa Marta en 1536, después de que la primera expedición europea al Nuevo Reino de Granada arribara a la ciudad en 10 naves que transportaban mas de 1000 personas, entre las que se contaban ellos, todas con la ilusión y la necesidad de conquistar en un nuevo mundo la fortuna que su tierra a diario les negaba. Al mando de Pedro Fernández de Lugo, quien sería nombrado gobernador de la provincia de Santa Marta, esta primera expedición desbordó la capacidad de la ciudad, que entonces era todavía una aldea:

¹⁶ Debido a los diferentes datos que manejan los cronistas, y también los viajeros, las cifras de la historia de la expedición han sido tomadas del estudio *La expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada*, de Ignacio Avellaneda, que elabora un cotejo de distintas fuentes.

la falta de alimento, de vivienda, y la acumulación de la mierda de nativos y extranjeros, provocaron una serie de epidemias, que sumadas a la falta de costumbre a los climas tropicales, diezmaron en pocos meses la población de la ciudad. La mortandad llegó al punto de que las campanas de la iglesia no volvieron tañer anunciando los sepelios de cada día por consideración a los enfermos quienes al oírlos se deprimían (Avellaneda, 1995). Entonces improvisaron una excursión de 900 hombres, comandados por Luís de Lugo, el hijo del gobernador Pedro Fernández de Lugo, para conseguir pertrechos, alimentos y oro, guerreando contra las pequeñas tribus de los alrededores; al regreso de la excursión, Luís de Lugo entregó a la ciudad los muchos pertrechos y alimentos que había encontrado pero no el oro ni las piedras preciosas con los cuales luego se fugaría a España, huyendo de las enfermedades que aun padecía la ciudad, mientras su padre planeaba con Gonzalo Jiménez de Quesada una expedición en la que irían mas de 600 hombres, contando 50 a caballo y 30 en barco por el Magdalena, con el fin de abrir una primera ruta desde el Atlántico hasta el Perú y de paso despoblar Santa Marta de 600 almas para reducir así la acumulación diaria de mierda y evitar que la epidemia los matara a todos. Se trataba de una expedición de conquista mas no de colonización, su meta era trazar un camino, no fundar pueblos ni constituir provincias. Entonces, con los ideales de las novelas de caballería metidos en su cabeza y en su corazón, con sus pies puestos sobre las costas del océano Atlántico pero pensando en el oro que hallaría en el Pacífico, y con 600 hombres mal pertrechados y enfermos, Jiménez de Quesada emprendería una ruta improbable y desconocida con la cual se iniciaría también una buena parte de la historia de lo que sería Colombia.

299 años después, casi tres siglos, en 1836, siguiendo una ruta parecida a la del conquistador Jiménez de Quesada, el comerciante estadounidense de origen escocés, John Steuart Cochrane, contemplaría a lo lejos una gran sabana rodeada de cerros y una pequeña ciudad clavada en una ladera, la ciudad de Santa fé de Bogotá: el destino final de su viaje. Entonces se preguntaría:

Qué pudo haber inducido al gobierno español a seleccionar un sitio tan singular y desfavorable para la capital de una gran provincia, cuando el entendimiento más nebuloso habría escogido a Honda, cabeza de la navegación?. Se evitarían así 24 leguas (120kms) del peor viaje en el universo: ¿por qué entonces?. Hasta la fecha los solos impuestos indirectos por el transporte de bienes habrían proporcionado una suma suficiente para construir una

ciudad de palacios, dos veces el tamaño de la actual ciudad construida en muros de barro (1990, p. 57).

La respuesta que él mismo Cochrane encuentra, apelando a sus conocimientos sobre las colonias españolas, adquiridos en los textos de historia de autores ingleses que circulaban por entonces en Estados Unidos y Europa, pero cuya lectura había sido prohibida por España en sus reinos¹⁷, incluso con la pena de muerte, tiene que ver con la estrategia militar y política que implantó la Corona para hacer inexpugnables sus colonias y truncar el intercambio de ideas de sus pobladores con extranjeros, en especial con sus enemigos ingleses y franceses. Los intereses económicos de Francia e Inglaterra en América hacían que apoyaran y reconocieran los movimientos de independencia en contra de España. La ubicación de Santafé de Bogotá, en el centro de la actual Colombia, a 2600 metros de altura en medio de una cordillera, la aislaba militar y políticamente del mundo y le garantizaba al gobierno español un centro de poder invulnerable: tanto para quien intentase una improbable incursión extranjera como para quien quisiese cambiar las estructuras de gobierno y el arraigo de las tradiciones españolas.

John Steuart Cochrane viviría entre 1836 y 1837 en Bogotá, tiempo suficiente para que su pequeña fábrica de vestuario masculino y sombreros quebrara, pues la lógica económica que acompaña sus cuestionamientos sobre la ubicación de la ciudad, aunque le indicó que su clima frío sería un buen aliado para vender trajes de paño, no le alcanzó para anticipar que en una capital andina la demanda de ropa de alta costura era limitada, no solo por el número restringido de ciudadanos que podían adquirirla, sino sobretodo porque ese mismo frío les ayudaba a conservar mejor sus prendas del desgaste cotidiano. Sin embargo, al margen de que su lógica comercial fallara para hacer negocios en la Nueva Granada, las explicaciones político-militares que aduce Cochrane para justificar la inaccesible ubicación de la capital, coinciden en parte con las observaciones del coronel Francis Hall en 1821, otro estadounidense que recorrió las colonias suramericanas, quien añade que la cultura y el comercio externo de la Nueva Granada fueron descuidados a propósito por España para mantener el monopolio de la ley y los impuestos, a través del aislamiento, impidiendo el desarrollo de la industria y haciendo infructuoso el trabajo de la tierra. Hall cita como

¹⁷ Cochrane hace referencia aquí a *La Historia de América*, escrita por Robertson.

ejemplo la prohibición de la siembra de la vid y el olivo, con los que se fabricaba cerveza y vino, cuyo cultivo en América habría significado la ruina para la industria española (1991, p. 48). A este respecto, el médico y botánico francés Charles Saffray observaría aun con sorpresa tres décadas después, en 1869: “La industria de Bogotá es casi nula: hasta los artículos que sería más fácil fabricaren el país, tales como el papel, el jabón y las bujías, se traen del extranjero a gran costo” (1990, p. 168). Saffray constataría además que aparte de las cartas y encomiendas el comercio exterior carecía de productos para la exportación, las importaciones se hacían desde la costa norte por el río Magdalena hasta Honda y de allí a lomo de muía atravesando la cordillera hasta Bogotá, donde las mercancías europeas eran preferidas a las estadounidenses. La falta de industria fue una de las causas por las cuales las vías de comunicación entre las ciudades no se desarrollaron, pues el comercio interno se limitaba a la producción agrícola, que en cada región terminó volviéndose autosuficiente.

La economía dependía de la minería y la exportación de tabaco, no de la industria ni de un mercado interno de productos. Las vías de transporte se dirigían mas a los puertos que a comunicar ciudades entre sí. Solo a partir de 1881, con la crisis del tabaco, se incentiva el mercado nacional a partir del cultivo del café y su comercialización. Esta circunstancia llevaría al geógrafo alemán Alfred Hettner a concluir, luego de recorrer en 1882 los andes colombianos, que resultaba mas barato pagar el transporte de los productos desde Europa hasta el occidente del país que traerlos desde Bogotá (1990, p. 245).

Sin embargo, la abundancia de alimentos y artesanías en los mercados de Bogotá, traídos de los alrededores de la sabana, sin tener que cargarlos por caminos difíciles desde las provincias, le haría escribir con pasmo al ministro brasilero Miguel Lisboa en 1852, “ De manera que tal vez no exista en el mundo un lugar que tenga en sí todos los elementos necesarios para gozar de una tan absoluta independencia y aislamiento del resto del globo, como Bogotá” (1990, p. 125) Esta misma impresión la tendría el escritor argentino Miguel Cané tras visitar en 1882 los barrios pobres de la ciudad:

Así, todas las frutas de la tierra ofrecidas simultáneamente, todas frescas, deliciosas y casi sin valor venal. ¿No es un fenómeno único en el mundo? Un indio de la sabana puede darse en su comida el lujo a que solo alcanzan los más poderosos magnates rusos a costa de sumas inmensas y mas completo aun (1990, p. 178).

En términos de mentalidad este aislamiento autosuficiente marcó una falta de interés e incluso un desdén hacia otras regiones, no hubo una necesidad de intercambio y los bogotanos se refugiaron en el centralismo cultural y político definiendo lo demás como periferia.

Seis décadas antes, en 1823, uno de los primeros viajeros testimoniales, el periodista estadounidense William Duane, quien defendería la independencia de las naciones suramericanas desde el periódico *Aurora*, escribió al cabo de su travesía por la Gran Colombia: “No hay otro país en el mundo que adolezca de peores vías de comunicación, ni que al propio tiempo disponga de tanta abundancia de los materiales más apropiados y baratos para construirlos; y la urgencia de buenas carreteras es también aquí mayor que en cualquier otra nación” (1990, p. 27). Duane fijó su atención en el desinterés político por erigir obras públicas de envergadura, que propiciaran el desarrollo económico y civil de las ciudades, desinterés contrastado con una lucha constante por el poder político, justificada en parte por lo inmenso del territorio y la ausencia del gobierno y el ejército en la mayoría de regiones, que llevaba a que el país erigiera instituciones liberales acorde con los tiempos pero fuera incapaz de construir una infraestructura para hacerlas efectivas. Esta actitud de los criollos del gobierno y de los militares regionales tuvo una de sus raíces justamente en la forma cómo España administró el Nuevo Reino de Granada, desinteresándose por fortalecer las instituciones y el desarrollo académico, y colocando en cambio su atención en la exportación de minerales y algunos productos agrícolas hacia la península. El poder político fue entendido entonces como un privilegio de dominio económico y social sobre los recursos y las gentes pero no como una instancia de administración común de los recursos y la ley. En este contexto la ubicación de Bogotá terminó siendo para los españoles y después para los criollos un obstáculo con miras a controlar política y militarmente el territorio y la población.

La perspectiva de Chrocane, Hall, y Duane, corresponde a la interpretación que en su tiempo (1820 —1840) hicieron los autores ingleses y estado unidenses sobre la historia de la colonización española, interpretación que sería revaluada en algunos aspectos políticos y culturales. La España que conquistó América no solo fue el imperio conventual de la contrarreforma católica, con su lastre de intolerancia y dogmatismo, sino la España judía y

árabe, cuyos ecos se dejaron oír en el mestizaje final de las lenguas, en el mestizaje de los hombres y sus culturas, en el arrepentimiento y salvación católica de las almas de los últimos sobrevivientes, en la aventura inesperada y sangrienta de fundar un nuevo mundo mas allá de los mares; asimismo, su visión acerca de la causa politico-militar que llevó a España a fundar y elegir a Bogotá como capital del Nuevo Reino de Granada, ignora las circunstancias de fatalidad que rodearon aquella campaña de conquista que terminó encontrándose con los Muisca, apropiándose de sus frías tierras y erigiendo templos en sus cumbres para que otros dioses ascendieran y ocuparan también sus cielos.

3.1.1 Conquistadores vistos por los viajeros del XIX

Abriendo trochas con espadas y cuchillos, o valiéndose de los indios para que les indicaran los caminos, cuando llegaron al caserío de Sampollón eran ya solo 500 hombres pues 100 habían muerto de hambre. Casi ninguno estaba acostumbrado a comer los frutos y raíces que el bosque tropical les ofrecía, y eran pocos los que sabían cazar monos y aves en la espesura. Debido al hambre hubo la necesidad de imponer la pena de muerte para quien fuera descubierto comiéndose los cadáveres humanos o matando los caballos para consumirlos. Habían salido de Santa Marta en mayo sin calcular que era el mes del inicio del invierno en el Caribe, y durante toda la travesía les tocó combatir contra la lluvia y la humedad que les podría las ropas y les oxidaba las armas. También tuvieron que luchar contra el nuche, unos gusanos diminutos que se les metían por los poros de la piel hasta devorarlos vivos en medio de fiebres e infecciones. La única forma de combatirlos, en aquella selva, era taponar con cera el agujero que su incursión dejaba en la piel para que no pudieran respirar y se murieran dentro antes de poder reproducirse. Cuando continuaron la marcha hacia el poblado que Jiménez de Quesada bautizaría como La Tora, nombre que le acarrearía después la acusación de ser judío converso¹⁸, otros 100 hombres morirían en el

¹⁸ Confinado en el páramo de Pasca, por acusar a Quesada de judío converso, el capitán Fonte consiguió la libertad tras avisarle al mismo Quesada sobre la llegada del conquistador Federmann, cuya expedición venía de Venezuela hacia Bogotá. Quesada se apresuró entonces a fundar la ciudad para asegurar su posesión, junto con la del Nuevo Reino de Granada, antes de que la Real Audiencia de Panamá decidiera quien debería heredar la gobernación tras la muerte de Pedro Fernández de Lugo. Sin embargo, la fundación no lo salvó de que le embargaran el oro y las esmeraldas cuando retornó a Sevilla por una demanda del heredero de Pedro Fernández de Lugo, Luís de Lugo, su hijo, con quien debió acordar el traspaso de la gobernación del Reino de la Nueva Granada. En 1539,

camino o serían abandonados a su suerte para que sirvieran de alimento a los insectos y a las fieras; Jiménez de Quesada, consciente de que se encontraba aún a mitad del camino, con solo las dos terceras partes de su ejército, de las cuales la mitad estaba también a punto de morir de escorbuto debido a la desnutrición, decidió renunciar al oro de los Incas y seguir el rastro de la sal y las mantas de colores que algunos indígenas muisca llegaban a comerciar en La Tora. Aquellos panes de sal y aquellas telas multicolores se le habían atravesado de repente en el camino como su única salvación: la oportunidad de encontrar una civilización capaz de suministrar comida, abrigo y medicinas para sus soldados. Tenía que salvar la expedición no solo del fracaso, que ya era un hecho, sino de la muerte, que les impedía devolverse. Dejando atrás la ilusión de las ciudades de oro de los Incas, Jiménez de Quesada partió de la Tora con unos pocos hombres, remontó las cumbres de la cordillera oriental, y llegó a la sabana de Bogotá¹⁹ guiado por los propios indios quienes querían que ellos conocieran a sus caciques, sus minas de oro y esmeraldas, pues los habían confundido con los hijos del Dios Sol. Con los años, las guerras, el sometimiento y el exterminio, los Muisca entenderían que no se trataba de los hijos enviados desde el cielo por el Dios Sol sino de unos conquistadores llegados desde la otra mitad del mundo en nombre de un nuevo imperio y de otros dioses.

No obstante, según relata Jiménez de Quesada en la transcripción de Aguado, antes de entender que se trataba de hombres de otras tierras, los muisca los continuarían viendo como hijos del sol, solo que ya no como sus hijos benévolos sino como sus castigadores, los abanderados de la furia de los dioses. Los muisca, hijos del sol y de la luna, debido a la fiereza de los españoles terminaron creyendo que éstos habían sido enviados por aquellos para castigarlos, creyeron que se trataba de una ira divina que se desplegaba sin mas sobre su pueblo, una ira que solo se apaciguaría si subían corriendo a las sierras y desde allí lanzaban en sacrificio a sus pequeños hijos a los españoles para que se los comieran, pues

Quesada regresaría a España con Federman y Belalcazar para terminar de aclarar el dominio de los nuevos reinos, (Bernal, 1996, p. 71-75).

¹⁹ "Sante fe" fue el nombre original con el que Quesada bautizó la ciudad. Solo en el siglo XVIII la rebautizarían como "Santa fe de Bogotá". El nombre "Bogotá" proviene de la lengua indígena y significa: límite de los campos en cultivo. Así lo refiere Alfred Hettner (1990, p. 201).

también los creían antropófagos. Pero no solo ofrecían a sus pequeños hijos, también dejaban a los mas ancianos a la vera de los caminos para ver si los españoles se saciaban y se iban.

Viajeros como Humboldt, Hamilton, Gosselmann, Réclus, Saffray y Rothlisberger, se interesaron en reconstruir la historia de la conquista de la sabana de Bogotá como un episodio necesario de contar a la hora de hilar o justificar sus afirmaciones acerca de la ciudad y sus gentes. Para estos viajeros los hechos de la conquista todavía se hacían sentir en la división, mas que en clases, en castas que la ciudad y la nación conservaban ya en tiempos republicanos. Humboldt va ser unos de los mas interesados en los pormenores de la cultura Muisca, al punto de que en la palabra Cundinamarca, nombre con el que los muisca denominaban antes los territorios del Nuevo Reino de Granada que ellos habitaban, escucha ecos de acentos nórdicos. Cundinamarca, o Cundirumarca, la región que enmarcaba la sabana de Bogotá, significaba en chibcha: altura donde habita el cóndor. Humboldt va a resumir así los hechos que llevaron a la fundación de la ciudad:

En esta planicie se encontraron por casualidad, sin acuerdo, 3 Conquistadores en 1535, Federman y Belalcázar desde el sur y el osado Gonzalo Jiménez de Quesada desde el Opón, este último por caminos ahora desconocidos y que no han vuelto a ser pisados, después de que saliendo de Santa Marta, había pasado 6 meses sobre barcos de quilla en el Río Magdalena, y ya al querer abandonar la expedición, fue animado a continuar en el Opón, debido a esta sal gema que anunciaba la presencia de minas, y por malinterpretadas noticias acerca del Dorado y de la Laguna de Guatavita. La mayoría de sus acompañantes murieron de hambre en el camino entre Opón y la elevada planicie de la sábana de Bogotá, ellos se comieron los cueros sobre los que dormían (1982, Sección Arribo a Santa Fe, parr. 2).

Mas allá de la campaña y su mortandad, la llegada a la sabana y las batallas contra los muisca van a marcar el destino de una cultura, que ya se encontraba en guerra interna, y de un nuevo reino aun sin bautizar. De acuerdo a la transcripción de fray Pedro de Aguado, Jiménez de Quesada advierte la costumbre de guerra de los muisca de llevar consigo al campo de batalla las momias de sus antiguos héroes guerreros, cargadas a las espaldas, para hacer entender a sus hombres que debían pelear como aquellos. También advierte como algunos muisca pelean con una sola mano pues en la otra llevan lo que el llama un ídolo, una figura de oro rellena de esmeraldas o de palo con oro por dentro dependiendo el rango o la riqueza del portador. Pero no solo lo religioso aparecía en las estrategias de

batalla de los muiscas, también su conocimiento de las plantas, como lo explica de nuevo Humboldt:

Los indios preparan una bebida mágica con la semilla del Borrachero, unas veces para ver arder las Guacas (túmbas que esconden tesoros de los antepasados indígenas), a veces para narcotizar una muchacha y violarla. La bebida se llama Tongo. Cuando Quesada llegó a Nemocón en el Llano de Funza con sus guerreros, los indios dieron maliciosamente a los españoles la bebida embriagante del Borrachero. Quesada, (así lo dice el mismo en la Historia de sus expediciones. Véase Piedrahíta, quién utilizó el Manuscrito), se asustó cuando vio a todos los suyos, todo el ejército enloquecido y aletargado, sin encontrar la causa. A la mañana siguiente recuperaron el sentido; sin embargo (agrega en sus Manuscritos), me parece, “como si nos hubiera quedado a todos una buena porción de locura, pues que otra cosa puede ser sino locura guerrear contra indios inocentes, y abandonar su patria para robar objetos sobre los cuales no se tiene el menor derecho”. Una singular confesión en boca de un conquistador (1982, Sección Arribo a Santa Fe, parr. 12).

Enviado por su hermano Gonzalo Jiménez de Quesada, Hernán Quesada advierte a Belalcázar que no siga el camino al mar del norte porque está lleno de maleza y dificultades; los soldados de Belalcázar se burlan entretanto de los vestidos indígenas que luce Quesada. Este advierte sin embargo que el reino es posesión de su hermano y Belalcázar le da su palabra de no entrar, pero a la postre sus soldados lo presionan y cruza el río grande a Tibacuy. Federman por su parte ya había dado su palabra a Quesada y entra con sus hombres a Bogotá donde es celebrado como invitado. Quesada se entera de la proximidad de Belalcázar y envía a Céspedes para que lo advierta de nuevo, pero Belalcázar saca una cédula de la princesa que lo autoriza a descubrir y ser gobernador de lo que haya entre el mar del sur y el del norte. Casi al tiempo, Belalcázar se entera de que Federmann ya está en Bogotá con sus hombres y pierde la esperanza de conquista. Se reúnen finalmente los tres y acuerdan que el rey dirima el asunto en España a donde a la postre viajan (De Aguado, 1989, p. 90-92).

De acuerdo al viajero y catedrático Rothlisberger tiempo después del pleito ante la corona Federmann muere ahogado en alta mar camino a España, Belalcázar es acusado y preso en Cartagena donde finalmente fallece deshonrado y Jiménez de Quesada, ya de regreso en Colombia, muere en 1597 pobre y enfermo de lepra, después de vanos intentos de dar con El Dorado. Sin embargo, estos Intentos estarían lejos de ser los últimos, pues la fiebre del Dorado tocó muchas más frentes y atravesó la conquista y la colonia llegando hasta el siglo XIX, como lo refiere en 1824 el coronel John Hamilton, ministro plenipotenciario inglés,

quien además de interesarse por las instituciones, también terminó volviéndose experto en fauna tropical, especialmente en loros y micos. Hamilton cuenta la historia de Pepe París, uno de los empresarios criollos que intentó drenar la laguna de Guatavita, lugar donde se halla el dorado, para hacerse con el tesoro de figuras de oro arrojadas por los caciques indígenas durante sus rituales, Hamilton escribe:

Más tarde supe que le había ocurrido una desgracia inesperada, de modo que temo que al pobre señor Pepe París, si no consigue un buen ingeniero de Inglaterra para dirigir sus excavaciones, le pasará como al perro de la fábula que arrojó el pedazo verdadero que tenía en la boca para coger la sombra en el agua. Yo deseo cordialmente que tenga éxito al fin; él merece poseer una buena fortuna, siendo un hombre tan liberal y de buen carácter, especialmente atento con los extranjeros y un gran amigo de Bolívar, como también lo fue del difunto capitán Cochrane, R. N. que tenía acciones en este proyecto, y había residido casi un mes en el pobre rancho construido por el señor París (1955, parte 4, parr. 11).

Los múltiples proyectos para drenar la laguna fracasaron, logrando solo de vez en cuando tomar algunas figurillas que aparecían en las riveras. Los buenos deseos de Hamilton para que el señor París tenga fortuna pues “se la merece” contrastan hoy con las ideas de preservación del pasado indígena y la visión de tales proyectos como un hurto del patrimonio. Se trata de la subvaloración que la mayoría de viajeros detentan acerca del pasado indígena, no obstante su intención de reconstruir su historia. Las reconstrucciones del pasado indígena, que para el caso Muisca ya en el siglo XIX se asumía como una cultura muerta, fuera por parte de españoles, criollos o viajeros, obedecen a las expectativas y discursividades de cada grupo y época: es así como la historia de los muisca ha sido escrita de diversas formas y con distintos intereses. Por ejemplo, las versiones de sus mitos que hoy se conocen son cristianizaciones del siglo XVI elaboradas por fray Pedro Simón y por Piedrahita; asimismo los sacrificios humanos, que no constan en las crónicas del siglo XVI, se vuelven habituales en los textos de finales del siglo XVII, tiempos en los que se empieza a reconstruir su historia y su cultura como idolátrica y pagana bajo el propósito de la evangelización (Langabaek, 2005). A finales del siglo XVIII y principios del XIX, conforme la élite criolla afianzaba su poder económico y político, se extinguían las investigaciones sobre las comunidades indígenas que otrora hicieran los misioneros y los primeros ilustrados. El interés reaparece a mitad del siglo XIX con la expansión del capital extranjero, la llegada de viajeros europeos y estadounidenses, y el desarrollo de teorías de evolución social en Europa.

También a mitad del XIX los liberales reemprendieron trabajos sobre el pasado indígena, en particular con la expedición corográfica y la reglamentación del museo nacional. Para los liberales eran valiosos en esta historia los valores de la resistencia y la lucha contra la opresión, una historia como liberación, mientras que para los conservadores se trataba de la evangelización y el triunfo contra la idolatría. En este sentido la novela histórica se convirtió en un recurso valioso para justificar en el pasado proyectos políticos que buscaban crear una identidad nacional, un pasado común y un sentimiento colectivo influidos por el romanticismo y un renovado interés por el costumbrismo (Guarín, 2005). Entre estas obras se cuentan: *Sulma*, de José Joaquín Borda, que recrea la práctica del sacrificio humano en el templo del sol en Sogamoso; y los dramas *Aquimin* y *Sugamuxi*, de Luis Vargas Tejada, representados en el coliseo de Bogotá en 1858.

De otro lado la historia de los muisca como el tercer imperio indígena de América, después de los Aztecas y los Incas, obedeció a un discurso con intereses políticos que ubicaba a Bogotá como centro de un supuesto estado andino civilizador, un discurso que glorificaba a los indígenas del pasado pero excluía del proyecto nacional a los contemporáneos (Guarín 2005). Una de las obras que mejor reflejaba esta mirada es la de Joaquín Acosta: *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo décimo sexto*, publicada en París en 1848, que se convirtió en texto fundamental para establecer la historia oficial de los muisca y en el manual para inventar el imperio muisca en el siglo XIX.

Esta visión, aunque no sus consecuencias de exclusión, decae con la llegada del positivismo que empezó a ver en las antigüedades y las huellas arqueológicas objetos de estudio, objetos que inauguraban un discurso distinto al de la retórica patriótica. No obstante, uno de los grandes obstáculos para la reconstrucción del pasado muisca, era la gran variedad de lenguas que existían entre ellos, solo los denominados bogotae, habitantes de la sabana, no se podían entender con los de los poblados cercanos de Suesca ni con los de Nemocón, además de que los jeques hablaban una lengua distinta a la del pueblo. No obstante, a pesar de su diversidad o quizá por ella, para el siglo XVIII ya las lenguas muisca estaban extintas por demografía y por prohibición.

La conquista y colonización de la sabana de Bogotá, donde habitaban distintas comunidades, con lenguas y tradiciones diferentes, es un ejemplo de cómo una idiosincrasia

y mentalidad particular, la del conquistador español del siglo XVI, se impuso a muchas otras distintas y desconocidas dejando su impronta en la representación del tiempo y el espacio a través de la fundación de una ciudad.

3.1.2 Empieza el siglo XIX: parten los primeros viajeros

Fue desde esta última ciudad, a orillas del río Orinoco, cuando casi todo el territorio colombiano estaba todavía en poder de los españoles, que Bolívar envió a Europa a don Antonio Zea en calidad de plenipotenciario (...) Antonio Zea tuvo además una misión especial: la de enviar a Colombia jóvenes instruidos para fundar en Santa Fe de Bogotá, la capital, un establecimiento científico, una escuela particularmente destinada a formar ingenieros civiles y militares (Boussingault, 1985, Sección Mi formación, parr. 32).

Las proposiciones de Zea fueron hechas en secreto a todas las personas a quienes se dirigió por intermedio de diversos hombres de ciencia. Sin esta precaución la policía hubiera impedido la salida de esas personas, salida que se hubiera asimilado a un acto político. La comisión quedó integrada por cinco jóvenes: Boussivannngault (agronomo), Maríano de Rivero (alumno de la Real Escuela de Minas de Francia), Goudot, Roulin (médico) a quien acompañaba su mujer, y Manette Blin quien llevaba a su hijo Luisito. Humboldt alcanzó a entrevistarse con dos de los viajeros en Francia, a uno de ellos, a Boussingault, le obsequió un sextante de bolsillo, una brújula de prisma y un planisferio de Flamsteed, que este le dejó antes de partir de Colombia al coronel Hall. El otro viajero con quien se entrevista es Roulin, a quien le confiesa:

Mi proyecto, caballero -le dijo-, es volver un día allí, para fijar mi residencia en alguna de las grandes ciudades de la cordillera, en la que haré edificar un establecimiento científico, dotado por los gobiernos de diversos países de los instrumentos y de los aparatos más apropiados para el estudio de la meteorología y del magnetismo. Le asociaré a usted a mis trabajos con esa independencia absoluta que, a mi juicio, sólo puede conseguirse en el nuevo mundo (Combes, 1945, p. 31).

El proyecto de Humboldt estaba lejos de ser una ambición romántica pues llevaba él mismo en su cuerpo las marcas del trópico: cicatrices de viruelas en su cara debido a unas fiebres contraídas en Cartagena y un brazo inmóvil por un reumatismo que contrajo en el Orinoco. Los viajeros reclutados por Zea debieron embarcarse en un corsario en vista de las guerras de independencia libradas entre la Nueva Granada y España. La travesía primero hasta Venezuela debía durar 35 días, pero en realidad duró 2 meses. Una vez en el Caribe el

Corsario cambió la bandera de Estados Unidos por la de Colombia y su nombre por el de “Patriota”, y en las Antillas se enfrentó en combate a la fragata española “María Francisca” antes de entrar en la Guaira venezolana. Así lo recuerda Boussingault:

Una vez efectuado el trasbordo, el capitán Maitland rodeado de su estado mayor, apareció sobre el puente. Nos hallábamos uniformados y a un silbato de un oficial la bandera de la Unión (Estados Unidos) fue reemplazada por el pabellón colombiano de colores amarillo, azul y rojo y nosotros, empujando nuestras espadas, gritamos tres veces: “¡Viva la República!” Yo apenas tenía 20 años y gritaba muy fuerte (Boussingault, 1985, Sección Mi formación, parr. 45).

Desde que Roulin puso pie en Venezuela se preguntaba sin cesar el papel que haría un profesor de fisiología y de anatomía en aquellas provincias sublevadas que no pensaban más que en guerrear, y en medio de una población profundamente ignorante (Combes, 1942, p. 40). Pronto la pregunta pasaría a un segundo plano cuando a Roulin y a su esposa les tocó resignarse a perder parte de su equipaje a bordo de la polacra y quedarse con los 1200 francos que llevaban encima.

3.1.2.1 El último mar del viaje: El Caribe

Por fin llegamos al tan deseado paisaje, ese Canaán de nuestros largos paseos en el desierto y consuelo durante los viajes por el Mar del Norte que siempre mirábamos como un premio por todo lo difícil y azaroso que resultó lograr alcanzarlo (...) Respondió y hasta sobrepasó nuestras esperanzas. Es imposible contarle a alguien que no haya hecho este viaje, porque hasta la más elocuente descripción de esto siempre sería pobre (Gosselman, 1981, Sección Embarque, parr. 14).

La emoción de Gosselman en 1825 al llegar a las Antillas, su comparación con Canaan, y el hecho de que se quede sin palabras para describirlas, recuerda los textos de los viajes de Colón y los primeros cronistas que se enfrentaron al Nuevo Mundo. A pesar de que han pasado más de trescientos años, el sentimiento de sorpresa y extrañeza pareciera seguir vigente en los viajeros, como si esa primera literatura y esas primeras leyendas paradisiacas sobre el Nuevo Mundo no hubieran podido aun ser superadas en los imaginarios de los lectores y viajeros europeos del siglo XIX. De América y sus naciones, ya en trance de independencia, todavía se espera que sea el Nuevo Mundo, no obstante el conocimiento de su historia y sus culturas milenarias. Es algo que se debe también en parte

al aislamiento al que la corona española sometió al continente para impedir la influencia política y económica de sus enemigos, para obstaculizar el mutuo conocimiento y su divulgación. De hecho viajeros como Gosselmann y los científicos reclutados por Zea, incluso el mismo Humboldt, son también exploradores en el sentido de que asumen la tarea de adentrarse en lo nuevo, pues sus conocimientos acerca de América en general y de la Nueva Granada en particular no son detallados ni exhaustivos, dependen aun de los textos de los misioneros y los cronistas.

El Caribe y sobretudo las Antillas fueron el escenario de la diversidad y del encuentro de mundos y personajes. En Jamaica, Martinica, Trinidad, Barbados, Providencia, Curazao, se encontraron, se conocieron y se trataron hombres de América, Europa y Africa; se barajaron aventureros, visionarios, apóstoles, fanáticos, mercaderes, mercenarios, piratas, agentes de revoluciones, espías y comisionistas de armas, municiones y empréstitos. Sin embargo, a pesar de este comercio internacional, la falta de comercio interno entre las repúblicas suramericanas hacía que las rutas de pasajeros hicieran escala en Estados Unidos y el Caribe para ir por ejemplo de Colombia a Venezuela (Gosselman, 1997, p. 29). En 1825, al adentrarse en las Antillas, a bordo del buque Cristóbal Colón, el diplomático y oficial de la marina sueca Carl August Gosselmann, escribiría:

¡Cuánto entra en el solo nombre Antillas!; ¡Qué papel tan extraordinario ha jugado en el escenario mundial, tanto en el aspecto moral como en el mercantil!; cuánta riqueza ha sido extraída de sus tierras tropicales, tan ricas y fértiles, regadas por el sudor y las lágrimas de la explotada raza negra traída forzosamente de Africa, entre la cual y el codicioso hombre europeo se ha establecido una antinatural relación en esta para ambos desconocida parte del continente americano. Así, en el santuario de la esclavitud, las Antillas, uno de los dos está más abajo en la escala de la humanidad: uno es el Señor y el otro es el Siervo (1981, capítulo 1, parr. 42).

Al ser las puertas de entrada al comercio y al continente, un continente inaccesible, las Antillas cobraron fama y leyenda por si solas. Escenario de bucaneros y piratas, de traficantes y contrabandistas, poblaron los imaginarios sobre el continente con otras historias y personajes. Tuvieron un carácter mundial, como lo escribe Gosselmann, fueron teatro de guerras y venganzas, de robos y revoluciones, en sus mares se jugaron alianzas y traiciones, su influjo tuvo una vida propia en la Nueva Granada en ciudades como Cartagena y Santa Marta pero en el caso de Bogotá no pasaron de ser leyenda. La capital de la Nueva

Granada estaba geográficamente lejos de su influjo, incluso lejos de la esclavitud africana y su tráfico humano, aunque no así de la indígena y su mestizaje. Gosselmann, al no tener Suecia intereses en juego en el tráfico de esclavos, y estar a la búsqueda de posibles mercados para los productos suecos en las nuevas repúblicas independientes, se aproxima a la esclavitud desde una óptica autocrítica y liberal en términos morales. No obstante, ya antes con Humboldt y Bartolomé de Las Casas hay una conciencia crítica de lo que suponen en términos de codicia las nuevas realidades forjadas por el hombre blanco en América.

En la ruta hacia la Nueva Granada, después del Caribe y las Antillas, de Venezuela y la Guajira, siguen las ciudades costeras de Cartagena y Santa Marta, y la desembocadura del río Magdalena en el mar, último eslabón para emprender el camino montañoso hacia Bogotá. Humboldt aprovecha un incidente en alta mar, en el camino de Santa Marta a Cartagena, para acercarse al carácter de las gentes neogranadinas:

Quiso acercarse a la costa y echar el ancla, encontrándose asustadísimo con que ya se había lanzado el ancla y que estábamos encallados sobre un escollo. Qué griterío, qué zozobra, qué falta de decisión, qué diferente el cuidadoso carácter alemán y el perezoso español, el de los ingleses que se portan con serenidad (...) Al parecer el peligro no era inminente, pero el capitán estaba descontrolado. Con mucho griterío nos pusimos al fin bajo velas y pasamos la noche en un lugar donde el mar estaba apaciguado, y el capitán no perdía la oportunidad de alabarse personalmente sobre sus conocimientos de la costa, y maldecir el plano de Fidalgo que, según él, le había desorientado (2005, Sección Fin del viaje a Cuba, parr 2).

Cuidado, pereza y serenidad como opuestos a gritería e indecisión es una de las primeras comparaciones que en términos de carácter realiza Humboldt sobre las gentes de la costa caribe colombiana, es una comparación que en el caso de las gentes de Bogotá va a ser distinta pues los climas, la cercanía al mar, al comercio, la influencia africana, etc, van a marcar diferencias en las mentalidades y los comportamientos. Sin embargo, el mestizaje, lo hispano y la religión, van a permitir de otro lado hablar de algo en común, aunque todavía no de una mentalidad, pues en 1803 las regiones estaban todavía aisladas unas de otras, sin comercio entre sí, y sin una historia común como nación.

Los viajeros que toman la ruta y llegan hasta Bogotá generalmente describen la incidencia de la regionalización en el carácter diverso de los pobladores. Gosselmann (1981) se detiene en Santa Marta donde repara en la lentitud de la gente y en que para ser un puerto los negocios no son rápidos ni fluidos. Raras veces ve más de cuatro barcos en el puerto y es

normal no encontrar ninguno. Los pocos barcos que arriban son generalmente franceses, traen grandes cargas de telas finas, ropas, vinos y joyas de fantasía que son transportadas desde Burdeos y Marsella. En Santa Marta queda una parte y la otra se carga de nuevo en embarcaciones que la transportan por el río Magdalena a Mompós, a mil ochocientos kilómetros de distancia. Otra parte queda allá y el resto es embarcada hacia el interior del país. En ocasiones los barcos permanecían a la espera de una carga de retorno, que consistía habitualmente en árboles, pieles y algodón. Gosselmann tuvo ocasión de ver un barco francés al séptimo mes de varado, esperando, y cuando abandonó la ciudad continuaba su espera.

Sin embargo, a pesar de la diversidad de caracteres que van encontrando los viajeros, de los que son conscientes de acuerdo a sus recorridos, el tiempo de su estadía y sus intereses, como también a las discursividades de época, Gosselmann se ve gratamente sorprendido por una circunstancia que no queda claro si es casual o una mera pleitesía del autor con su rey y patrocinador:

La verdad es que no solo en la costa colombiana sino también en las alturas andinas se encuentra gente que pese a no saber que existe Suecia habla fervorosamente de Carlos XII como “el más valiente en todo el mundo”, conociendo a lo menos algunas “hazañas del Gran Rey” que se “leen en cientos de escritos (1981, capítulo II, parr 11).

6 décadas después del viaje de Gosselmann y un poco más del de los viajeros de Zea y de Humboldt, en diciembre de 1881 se encontraron tres jóvenes en La Guajira colombiana. Eran los argentinos Miguel Cané, quien había sido nombrado encargado de negocios de su gobierno, su asistente García Merou y Ernst Róthlisberger, un joven suizo de 22 años que se dirigía a Bogotá contratado por el gobierno como profesor y quien aun no hablaba bien español. Cané, de acuerdo a Rothlisberger (1993) viajaba en misión diplomática a Bogotá, tenía unos treinta y cinco años de edad, era hombre de mundo, chistoso, deferente, educado según las reglas de los salones de París y conocedor en particular de la literatura francesa, cuyo *sprit* se había asimilado. Cané, Merou y Rothlisberger continuarían su travesía desde la Guajira, en el extremo norte del Caribe Colombiano hacia Cartagena y Santa Marta para finalmente, remontando el río Magdalena y luego la cordillera dirigirse a Bogotá.

El Mar Caribe y obviamente la Guajira son descritas también por el viajero de *Cuatro años a bordo de mi mismo*, descripción que brinda una mirada bogotana de la ruta, en este caso una

mirada en la que a la inversa de la fascinación de la que son presa los viajeros en las Antillas y en el Caribe, la esperanza está puesta en lo que hay mas allá de ese mar, esas islas y esas leyendas, en lo que a través de ellos se dice y llega del Viejo Mundo:

Aparece a proa, con el sol, el Cabo de la Vela. Solitario, desierto, encubierto por las nubes y por el cielo. Está saliendo de la costa. Faro sin luces, negro, donde llegan las naves a orientar sus rumbos; las naves que llevan a las ciudades de las luces y de la voluptuosidad. A París, a Berlín, a Londres y a Génova. Allí van todas, al Cabo de la Vela, al cabo maravilloso que viera Juan de Castellanos, y donde escribió sus cartas y sus versos (Zalamea, 1966, p. 157).

El cabo de la Vela, en el extremo norte de la Guajira, es maravilloso porque allí confluyen las naves que zarpan a sitios muy lejanos donde el viajero ha oído e imagina que las luces y la voluptuosidad son pródigas. Es maravilloso también porque allí estuvo y escribió el cronista Juan de Castellanos. No obstante, en la visión del viajero bogotano es casi como si la Guajira, el mar y sus gentes no existieran mas allá de su papel de servir de puente para salir de allí. Es una visión que choca con las de los viajeros extranjeros para quienes justamente allí empieza la aventura y lo nuevo, lo paradisiaco, frente a lo cual se ubican desde una posición de conocimiento y/o descubrimiento que muchas veces desconoce los discursos locales o los da por supuestos. El viajero bogotano continúa diciendo sobre su viaje:

Dos libros pongo en mi maleta. Los dos únicos libros que me han acompañado aquí. 'Los trabajos y los días' de Hesiodo y 'El viajero y su sombra' de Nietzsche. Este último aun no lo he leído. En el viaje me acompañará. Lo leeré en los largos días de sol en la goleta. En la goleta que ha de llevarme para nunca más volver (Zalamea, 1966, p. 295).

El joven viajero no quiere regresar, y acompaña su itinerario con obras literarias europeas que hacen parte de los ideales cultos de la burguesía bogotana de principios del siglo XX. Viaja, pero lleva consigo lo mas caro de su mentalidad urbana y burguesa, no hay referencias a obras ni a autores colombianos, su aparente actitud de renuncia a todo, de aventura, tiene un límite intelectual que lo ancla a la ciudad como la fuente de su perspectiva y de sus experiencias.

3.1.2.2 La Tierra firme: Santa Marta, Cartagena y el rio Magdalena

Aparte de la navegación por las costas de la Guajira y su cabo de la Vela, la primera ciudad a la que arribaban los viajeros en su ruta a Bogotá era Santa Marta, su primer contacto amplio

con población caribe colombiana, con sus rutinas, tipos y costumbres. También el escenario de las primeras discursividades de época, como la del progreso y lo considerado industrial, además de los prejuicios de raza. Gosselmann escribe sobre Santa Marta:

La población blanca era muy poca, en las calles se notaba más gente de piel negra y oscura. La provincia de Santa Marta tiene mala fama en todo el país a causa de su población de color, que resulta ser peor y más mala que la de Cartagena. Incluso los blancos son considerados peores republicanos que los de otros lugares. Muchas veces es posible oír decir “Los Royalistas” o Amigos de la Patria Vieja (1981, capítulo III, par. 12).

Con “los royalistas” Gosselmann hace referencia al enfrentamiento entre Santa Marta y Cartagena durante las guerras de independencia, Santa Marta luchó a favor de la Corona española, es decir de los realistas, contra Cartagena que era proindependentista y liberal. De acuerdo al coronel Hamilton, quien también estuvo en la ciudad por esos años (1824-1825), la guerra diezmo la población en Santa Martha a menos de 3000 habitantes. Cuando Gosselmann califica a su gente de “mas mala” que la de Cartagena hace referencia a que en Santa Marta primó la mezcla entre negro e indio, debido a la proximidad de las poblaciones indígenas de la Sierra Nevada, a diferencia de Cartagena donde hubo más mestizaje con blancos. Este tipo de juicios permiten ver dónde se ubica el discurso, en este caso donde solo lo parecido, lo blanco, es objeto de reconocimiento a pesar de las demás circunstancias, por ejemplo, de que los blancos de Santa Marta no sean republicanos. Se trata de una discursividad que parece atravesar el siglo XIX, pues todavía 40 años después de Gosselmann, los alemanes Stübel y Reiss afirmarían: “Los habitantes de Sta. Martha son una mezcla de negros, blancos e indios, en una palabra, chusma, y de increíble pereza. Todo servicio tiene que ser pagado muy caro, porque a la gente le cuesta demasiado esfuerzo hacer cualquier cosa” (Schrader, 1966, parr. 1).

Santa Marta fue derrotada en su enfrentamiento contra Cartagena, su sociedad nobiliaria y fiel a la corona tuvo que dejar paso a valores mas liberales. Santa Marta luchó a favor de la Corona en parte por su componente indígena, los indígenas no solo en algunas regiones de la Nueva Granada sino en varios lugares de América permanecieron fieles como comunidades al rey de España, que era su rey desde hacía mas de 300 años, no así a los criollos que lo intentaban reemplazar. Lo que los viajeros califican como pereza puede deberse a la falta de estímulo por los valores liberales (industria, comercio, trabajo) no solo

tras la derrota contra Cartagena sino como una condición material por ser un puerto de segundo orden en relación con Cartagena, centro del tráfico de esclavos durante la colonia. De otro lado, aparte del clima tropical, que aseguraba la subsistencia, la mezcla de culturas (español, indígena y africano) hacía que el poco trabajo existente no fuera visto como acumulación, ni como un camino al progreso, sino como algo prescindible en aras de otras rutinas y ritualidades. Debido a esto a Gosselmann el tiempo se le hace largo y tedioso, ya que los nativos se quedan todo el día en la hamaca, soñando acerca del mañana, sin leer durante el día y mucho menos en las noches pues lo consideran peligroso para la vista y un atentado contra la conversación: “Aunque resulte extraño sentir fascinación por el modo de hablar de un nativo, casi sin educación, es cosa propia de casi todos los que venimos del norte, donde sentimos verdadero placer al escuchar el melodioso acento de los naturales de esta América” (1981, Capítulo IX, parr. 47).

La fascinación de la que habla Gosselmann recuerda la distinción que Rousseau trazaba entre las lenguas nórdicas y las mediterráneas, las primeras surgidas de la necesidad de pactar para sobrevivir debido a lo adverso del clima, es decir, lenguas en las que era mas importante la gramática que la melodía, y las mediterráneas o lenguas surgidas mas de la pasión que de la necesidad, gracias a que las necesidades primeras estaban suplidas por un clima benigno, es decir, lenguas en las que primaba la melodía sobre la explicación, la persuasión sobre el argumento. No obstante, es específicamente el acento del castellano hablado en América el que seduce a Gosselmann, así lo reafirma luego durante su travesía por el rio Magdalena:

Como siempre, el timonel asumía la palabra y nos narraba sus aventuras durante la guerra, las que a pesar de ser poco importantes, yo escuchaba con gran atención. Este indígena hablaba con una facilidad y una capacidad y fuerza oratoria que realzaba la belleza del idioma castellano (1981, Capítulo IX, parr. 48).

Además del acento y la melodiosidad del idioma, el juego es otro de los elementos que mas cautiva de las sociedades hispanoamericanas, elemento que combinado con la fé y el heroismo caballeresco conforman tres pilares esenciales de la mentalidad latinoamericana, también presentes en Santa Marta como lo observa de nuevo Gosselmann:

La clase inferior, compuesta en su mayoría por negros y descendientes de negros-indígenas, constituye lo peor que es posible imaginarse. Flojos, orgullosos e indomables, solo saben

fumar tabaco y jugar a las cartas, ya que no necesitan trabajar demasiado para satisfacer sus necesidades..., de un estilo tan fácil y fructífero. Si fuesen menos apuestos y más harapientos serían unos verdaderos Lázaros. El modo de demostrar sus aptitudes es robando, para lo cual tienen una habilidad natural y una aptitud increíble. ((1981, Capítulo IX, parr. 71).

Después de Santa Martha la siguiente jornada en la ruta a Bogotá se detiene en Cartagena. Cartagena es el último paso antes de la ardua navegación por el río Magdalena hasta el centro montañoso de Colombia. Sobre su paso por Cartagena en la década de 1850 el químico y naturalista estadounidense Isaac Holton escribe sus primeras impresiones acerca del carácter de los habitantes:

En nuestro país los hombres se desesperan si pierden un día a causa de la pleamar, o por la negligencia de un sirviente, especialmente si el invierno está cerca, si llega la primavera, o si se aproxima cualquier otro cambio que exija mucho trabajo. En cambio, el granadino ve tranquilamente un día seguir a otro, como fluyen las aguas del río, sin preocuparse, porque piensa que dispondrá de un número indefinido de días. La ausencia total de relojes refuerza esta ilusión (1981, Sección la Nueva Granada, parr. 20).

Es algo parecido a lo que había notado Gosselmann en Santa Marta. Para la época (1825-1850) Santa Marta y Cartagena son aun ciudades sin una burguesía importante, son poblaciones todavía señoriales y nobiliarias en las que interesan más los títulos y la raza que la acumulación de riqueza a través del trabajo. No hay un referente claro de horarios ni de premura por cumplirlos, el clima es el mismo todo el año y no hay que prepararse para el invierno, por esto tiene sentido pensar que se dispone de tiempo y no medirlo con afán, con exactitud. Es esta una actitud visible no solo entre las clases populares, sin acceso a los cargos burocráticos, sino entre los funcionarios mismos, como lo observa Gosselmann:

Los días festivos que seguían a la Semana Santa, sumados a la pereza y curiosa lentitud de los habitantes, evitaban que lográramos realizar muchas cosas en ese tiempo. Puedo decir con razón que los colombianos durante la mitad del año tienen días de fiesta y el otro medio año no hacen nada. No se necesita ser muy exaltado para perder la paciencia cuando después de haber corrido durante largos días detrás de un tal señor, éste, moviéndose en su hamaca, pronuncie su palabra favorita: "Vuelva mañana"; y al insistir en un nuevo retorno recibe la categórica respuesta: "Hoy es día de fiesta", pronunciada con alegre seguridad, como si hubiera estado esperando todo ese tiempo para decirla, ya que en este día nada puede decirse acerca de su inactividad (1981, Capítulo II, parr. 64).

La tradición de los días de fiesta data de la colonia, y en su mayor parte se trata de celebraciones religiosas. Durante los 3 siglos de Colonia las únicas manifestaciones culturales que se permitieron fueron las celebraciones (procesiones, llegadas de obispos y

virreyes, fechas santas, matrimonios, etc.), pero fueron desestimuladas o prohibidas las manifestaciones académicas, políticas y artísticas, lo que limitó la esfera de lo público a la expresión repetitiva de una catarsis religiosa y folklórica (Tabares, 2014). Al ser una de las pocas manifestaciones permitidas de lo público y de la cultura, se reforzó como tradición dejando la esfera de lo cultural en el campo restringido de la celebración, que con el tiempo y la secularización perdió su sentido y quedó convertido en un día de no trabajo.

De otro lado el afán de dejarlo todo para después, de crear incertidumbre a punta de decisiones arbitrarias genera desconfianza y una actitud de no apertura, no se puede confiar en los demás y es mejor ocultar las propias debilidades, es una actitud que para Cueva (2007), ampliado al caso latinoamericano, obedece a una reacción a la impunidad y la humillación padecidas en la conquista y la colonia.

Cartagena, a pesar de su inactividad burocrática y comercial, es la ciudad preferida por los viajeros, en especial por aquellos que viajan de Estados Unidos y las Antillas buscando mejorar su salud, sobretodo por problemas respiratorios para los que el aire tibio de su mar es curativo. También el viajero de *Cuatro años a bordo de mi mismo* ha esperado llegar a Cartagena, tiene en su mente una imagen hecha de la ciudad que va contrastar con la realidad:

Cartagena no causó en mí ánimo una impresión extraordinaria. Había pensado tanto en esa ciudad, rodeada por todas las leyendas galantes y heróicas, que se me había anticipado casi totalmente en la imaginación. (...) Pero lo que más me gustó de Cartagena fueron los nombres de las calles: Calle de la Media Luna, Calle de las Ventanas de Hierro, Calle de los Santos de Piedra, Calle del Estanco del Tabaco, Calle del Candilejo, Calle de la Moneda, calles llenas de mujeres, de turcos comerciantes, de negritos impertinentes, de gritos de vendedoras de pescado (Zalamea, 1966, p. 28-29).

Para la época en la que el viajero de *Cuatro años a bordo de mi mismo* viaja a Cartagena (1924-1928) la ciudad ha sufrido fuertes cambios: su comercio se ha expandido y ha recibido migraciones turcas y árabes producto de la desintegración del imperio turco-otomano tras la primera guerra mundial. Sin embargo, el viajero, dada su condición de intelectual bogotano, repara sobretodo en los nombres de sus calles, circunstancia en la que no se detiene ningún otro viajero antes que él. Otros viajeros como Saffray reparan en la cotidianidad de la ciudad (ver Fig.1).



Fig.1. Mercado en Cartagena²⁰

(De Neuville, A; Saffray, C. / *Marché à Carthagène* (1869) / Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/exposiciones-itinerantes/jose-padilla/2>)

De Cartagena se sigue rumbo a Bogotá por el río Magdalena. Los testimonios acerca del recorrido por el río son muy variables, dependen de las condiciones del viaje, el tipo de embarcaciones, la época del año, etc. Aquellos viajeros que emprenden la ruta iniciando el siglo XIX, como Humboldt, van a navegar en embarcaciones llamadas bongos, o en champanes, que eran de fabricación artesanal, hechos de palma y estaban impulsadas por bogas (esclavos africanos con remos y pértigas), mientras que los viajeros de finales de siglo, como Rothlisberger y Cané, van a remontar el río en barcos de vapor, lo que les agiliza el viaje en términos de tiempo y comodidad. Además de los medios de transporte y el clima, que marcan el viaje mismo como experiencia, va a pesar mucho en las percepciones sobre la ruta y la ciudad las expectativas y las metas cada viaje. Para Humboldt la expectativa tenía que ver con las colecciones botánicas de Mutis y no tanto con la ciudad, para Roulin, Cochrane, Mollin, Rothlisberger, Lisboa, Cané y Saffray la ciudad en cambio es un destino de residencia donde ejercerán sus profesiones y vivirán un tiempo, para Boussingault, Hall, Hamilton, Holton, Gosselmann y Hettner, Bogotá es un destino

²⁰ Todas las figuras incluidas en este texto son dibujos elaborados por viajeros.

posible entre otros, pues sus actividades científicas, militares o diplomáticas los llevan a recorrer el país sin una residencia fija.

Al llegar al Magdalena escribe Gosselmann:

Cerca del amanecer llegamos a este río majestuoso, con sus diez kilómetros de ancho, extendido en línea recta de sur a norte, que lentamente transporta su masa de agua gris-amarilla hacia el mar ubicado ciento cincuenta kilómetros más abajo; pasa por bajas playas adornadas con árboles inmensos y plantas impenetrables, luciendo en sus orillas una exuberante vegetación tropical y adornado por una cantidad infinita de distintas y coloreadas flores (1981, Capítulo IV, parr. 29).

El río ocasiona admiración entre los viajeros de principios y de finales del siglo XIX. Al coronel y pastor protestante John Hamilton le llama la atención el ver tantos perros en los puertos, donde los aldeanos los crían para que en las noches sus ladridos espanten al jaguar y al leopardo rojo. Según Hamilton en 1825 todavía no se conocía la rabia canina en Suramérica.

La fauna silvestre hacía parte de los souvenirs de cualquier viaje, souvenir del que es partícipe Hamilton en puerto Corvo: “Compré un bonito loro verde en este lugar por tres dólares, que hablaba algunas frases en español con bastante claridad y era un buen patriota, pues se le oía gritar “Bolívar” y muy a menudo decía “viva Colombia”, “viva la patria y nada para los españoles”” (1955, Parte I, parr. 43).

En el principal puerto sobre el río Magdalena, Mompox, viajeros como Gosselmann toman nota de que allí quien no responda un saludo es considerado persona inculta. Solo basta que alguna vez alguien haya visto a otro, para que el saludo quede protocolizado, siendo obligatorio tanto para nobles como para nativos e indígenas. Gosselmann se queja de lo aburrido que le resulta el viaje dado lo invariable de la naturaleza y lo apacible del río, además de los frecuentes encallamientos del barco, describe cómo los negros, indios, zambos, mulatos y criollos se divertían apostando dulces en juegos de cartas a la luz de la luna como si apostaran enormes sumas. También relata los temas de conversación con sus compañeros de viaje:

Lo que más les entretenía era la descripción de las estaciones, ya que las nuestras tienen el triple de duración que las de acá, en tanto que los días del verano son tres veces más largos que los del invierno, y el hecho de que en ciertos lugares no hay noche en verano o en invierno, según corresponda. Ante tales narraciones exclamaban: “Jesús..., tan particular...,

válgame Dios..., qué tierra tan maravillosa”. Sin embargo, no envidiaban esa situación, pues siempre acababan diciendo: “Es mejor aquí”. Les agradaba más pelear con los mosquitos (1981, Capítulo IX, parr. 54).

Los viajeros en su ruta por el Magdalena son atormentados día y noche por los mosquitos. Así le ocurre a también Hamilton quien termina por comprobar la eficacia del remedio local contra la hinchazón de las picaduras que consistía en tabaco empapado con ron para bajar la inflamación. No obstante los mosquitos y sus picaduras, el recorrido también es experimentado de diversas formas de acuerdo a las aventuras ocurridas y los compañeros de viaje. Algunos viajeros salen de caza, otros exploran los alrededores en los puertos, unos mas se van de fiesta o juegan a las cartas con los habitantes o con la tripulación. Hamilton por ejemplo descubre en el pueblo de Plato un conjunto de muchachos negros que interpretan valeses con violín, tambor y triángulo, con gran gusto a su juicio, siendo acompañados por la población que bailaba entorno a ellos. Al salir de Plato y después de la fiesta Hamilton cuenta: “Por la mañana temprano una muchachita mulata le trajo al coronel Campbell de regalo una taza de leche fresca y algunas frutas. El coronel había estado charlando con ella la noche anterior y le había regalado una chuchería; y para ella demostrarle su gratitud le hizo este regalo” (1981, Parte 1, parr. 53).

A pesar de la percepción del tiempo y de los horarios como mas laxos, tanto en la costa caribe como en el Magdalena, el servicio de correos se destacaba en tierra y agua por su cumplimiento y celeridad. Empleaban los mejores bogadores y realizaba relevos al menos dos veces por viaje, sus canoas eran mas livianas y prácticas, y sus capitanes habían hecho de su oficio una profesión, como lo afirma Gosselmann:

Observarle causaba admiración, ya que había hecho de su oficio una profesión, yendo constantemente de un lugar a otro por el Magdalena, tostado por el calor abrasador, picado por los mosquitos, padeciendo sed, sin otra compañía que sus dos bogadores. Grande fue mi satisfacción al comprobar que en verdad me había traído a mi destino en los tres días fijados (1981, Capítulo IV, parr. 49).

Los bogas son personajes que no pasan desapercibidos para ningún viajero, es mas debido a su fuerza, raza, modo de vida y oficio, constituyen un buen punto para el análisis de las discursividades, imaginarios y percepciones de los viajeros (ver figura 2). En 1803 Humboldt dice respecto a los bogas: “No es que estos hombres despertaran compasión, pues aunque mal pagados (la comida y un sueldo de 1 ½ real de plata diarios) son hombres

libres, y al tiempo muy insolentes, indómitos y alegres. Su eterna alegría, su buena nutrición... todo esto disminuye el sentimiento de compasión” (1982, Sección Sobre los bogas y remeros, parr. 1). Mas adelante añadía con respecto al viaje con ellos:

El estruendo que se oye ininterrumpidamente durante 35 días hasta llegar a Santa Fé es tan molesto como el pisoteo de los remeros sobre el toldo, que pisan tan fuertemente que a menudo amenazan traspasarlo. Nuestros perros necesitaron muchos días para acostumbrarse a este descomunal estruendo. Sus ladridos y sus aullidos aumentaban el escándalo (1981, Sección Sobre Los bogas y remeros, parr. 2).

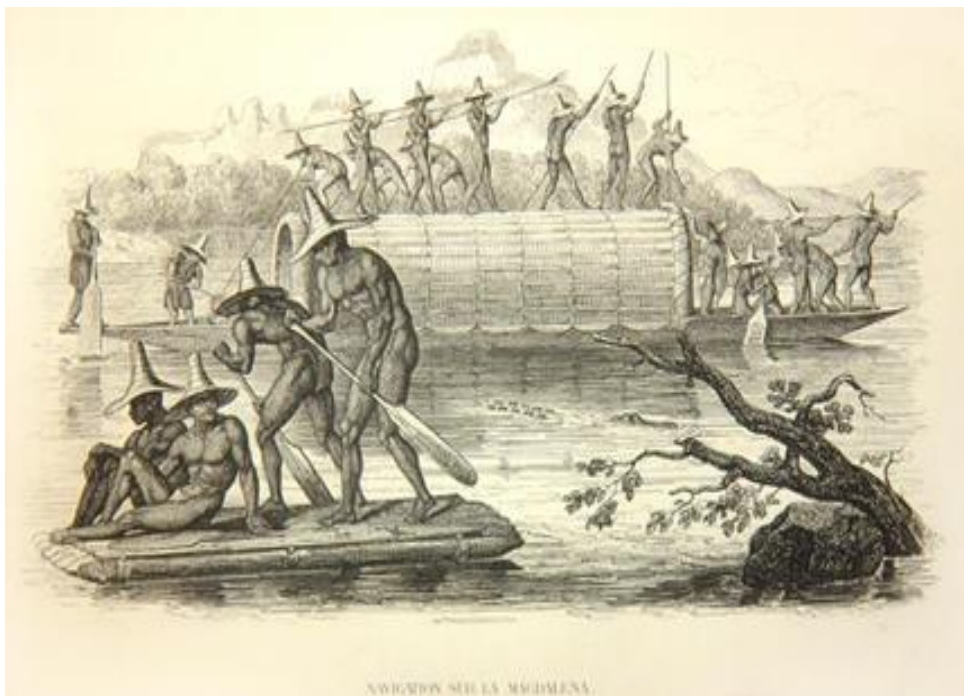


Fig.2. Bogas del Magdalena

(Orbigny, A/ Navigation sur la Magdalena (s.f.) / Recuperado de <http://www.banrepultural.org/blaavirtual/exhibiciones/candelario-obeso/bogas.html>)

Por su parte Hamilton, coronel y naturalista inglés, observa en 1825:

A los bogas, a causa de sus esfuerzos y constante caminar sobre las cubiertas calientes, se les hinchan las piernas y con frecuencia vimos en las aldeas a jóvenes inválidos por esta clase de trabajo y por falta de atención médica adecuada, constituyendo así una carga para sus familias (1955, Parte 1, parr. 61).

Los tripulantes, con sus largas pértigas sujetas en la popa, reman hacia abajo y van cantando alegres canciones. Esta alegría se comprende fácilmente, pues los bogas regresaban a ver a sus familias en Mompox y la navegación río abajo, con su corriente, es simplemente un pasatiempo para ellos (1955, Parte 2, parr. 23).

Gosselman, marino y diplomático sueco, también en 1825 escribe acerca de los bogas:

Estos medio seres humanos resultan más fáciles de manejar en embarcaciones pequeñas que en las grandes, ya que al encontrarse en grupos numerosos les hace sentirse bravos y su indocilidad crece junto con el número de asociados (1981, Capítulo VIII, parr. 42).

Tan solo asustándolos se logra afectarles, ya que ni aun con oro se puede convencerles de dar un paso más allá del que ellos hayan decidido. Se podría llamarlos indolentes, ya que en muchas ocasiones se quedan acostados sin hacer nada; pero no sería justo (1981, Capítulo VIII, parr. 36).

No tienen respeto por sus superiores, a los que solo envidian por tener el mando, y las relaciones que establecen con ellos son las de individuos obstinados, y entre sí no se ayudan ni apoyan mutuamente. Nunca se hacen confidencias ni consultas de tipo personal, por lo cual no vuelven a averiguar los unos por los otros al terminar el viaje (1981, Capítulo VIII, parr. 38).

Isaac Holton, pastor protestante y naturalista estadounidense, escribe a mitad del siglo XIX:

La verdad es que el boga es sobre todo un ser sensual. Le encantan los adornos y las camisas bordadas y no puede prescindir de los bailes y las borracheras. Es fácil imaginar lo que sucede cuando regresa a casa con más plata en el bolsillo que la que nunca verá el indio de tierra fría: las viejas deudas y un par de juergas lo dejan sin centavo. Entonces tiene que volver a prestar hasta que agota ese recurso y no le queda más remedio que buscar trabajo otra vez en un champán (1981, Sección El Champán, parr. 13).

El machete, la canoa, los anzuelos, el sedal y la red son sus herramientas de trabajo, y si se añaden una camisa y una hamaca, se tendrá la lista completa de todas sus riquezas. Y no desea nada más. El pescado le cuesta menos trabajo que al campesino desenterrar papas con azadón en una loma, y los plátanos los consigue todavía más fácilmente (1981, Sección El vapor del Magdalena, parr. 15).

El profesor de historia y filosofía Ernst Rothlisberger escribe en 1881:

En la indolencia, sin religión, sin educación social, en total ignorancia, van viviendo estas gentes, no sujetas a autoridad y, sin embargo felices a su manera. (...) en un estado primitivo, verdaderamente rousseauniano, pasan su existencia estos hombres, sin formación, instrucción ni ilustración, cosas de las que nosotros tanto nos envanecemos, y no trabajan más de lo necesario... (1993, Por el Magdalena parte I, parr. 11).

Finalmente Miguel Cané, diplomático argentino opina:

La resistencia de aquellos hombres para los trabajos agobiadores que se les impone, especialmente bajo ese clima, su frugalidad increíble, la manera como duermen, desnudos, tirados sobre la cubierta, insensibles á los millares de mosquitos que los cubren, su alegría constante, su espontaneidad para el trabajo, me causaba una admiración á cada instante creciente (1907, Sección en el río Magdalena, parr. 15).

La perspectiva con que los viajeros miran a los bogas, con quienes comparten un trayecto difícil que podía durar hasta dos meses, varía según la época, el personaje y su procedencia. Para Humboldt es importante que se trata de hombres libres, bien nutridos, insolentes y alegres, que como tales no deben ser compadecidos, pues aunque pobres, no están sometidos a otro hombre, no son esclavos. Su compañía le resulta tan alegre como ruidosa, esto último lo dice sobre todo por sus perros, pero no llega a explicarnos en qué radica su insolencia, tal vez en su extrema libertad. Hamilton, por su parte, indaga más por los bogas y sus condiciones de vida en los puertos, sobre sus enfermedades, y parece deducir la causa de su alegría, que no le molesta, por lo menos en el viaje de regreso. Gosselmann es de los viajeros al que más le incomoda la libertad sin dios ni ley de los bogas, los compara con salvajes y se refiere a su conducta en términos de indomables e indóciles, palabras que recuerdan el discurso esclavista; también aventura ideas sobre su comportamiento social, habla de obstinación y falta de ayuda entre ellos lo que hace que después de cada viaje se dispersen y no vuelvan a preguntar el uno por el otro. En verdad no podría haber algo como una asociación de bogadores, ni estaría tampoco permitida, en Colombia la esclavitud se desmontó paulatinamente a partir de la independencia siendo oficialmente abolida del todo solo hasta 1851. A pesar de que los bogas eran hombres libres, y de que compartían su origen africano y sus circunstancias sociales, es posible que no tuvieran nada más en común, pues culturalmente el viaje desde África, la repartición en haciendas y la esclavitud los había fraccionado. En la época solo en los palenques los cimarrones y algunos negros libres lograron aislarse y reconstruirse social y culturalmente. Lo que Gosselmann observa obedece a un modo de vida libre, no exento de gran sociabilidad y cultura, que él en su empleo de categorías como salvaje e indomable no puede entrever.

A Holton entretanto le preocupa no tanto hacer suposiciones sobre la sociabilidad de los bogas sino observar los modos y utensilios con los cuales viven. Nota el gusto por el color y lo vistoso que contrasta con la simplicidad y cantidad de sus utensilios, tan solo los imprescindibles para vivir. Holton adivina detrás de sus gustos una sociabilidad fiestera y derrochadora, donde el diario vivir está asegurado, una forma de relacionarse que contradice la tendencia solitaria y desconfiada que supone Gosselmann. Los pocos utensilios con los que cuenta el boga hablan de frugalidad y de una ausencia real de acceso a la propiedad, pero en cambio no así a la celebración. Por su parte Rothlisberger, en línea

próxima a Gosselmann, observa a los bogas desde categorías como primitivo y les niega cualquier cultura o educación social, resalta su alegría y se admira de encontrar a hombres en tal estadio. Los califica de indolentes y les niega cualquier religiosidad. Para Rothlisberger los bogas no hacen parte del discurso progresista del siglo XIX y su ignorancia supone casi un salto atrás en términos de educación y civilización.

Además de los bogas durante el viaje para Gosselmann resultaban pintorescas las conversaciones que se daban a voz en cuello entre embarcaciones cuando se cruzaban en el río, haciéndose preguntas y respuestas y lanzándose groserías hasta que se perdían de vista en el horizonte.

Los bogas y sus costumbres, aunque parezcan lejanos de la realidad bogotana, como efectivamente lo estaban, son importantes justamente por ello, son los últimos y casi los únicos personajes negros y zambos descritos en detalle por los viajeros en su ruta hacia Bogotá, donde en el siglo XIX no se los encuentra y donde el mestizaje se ha dado entre blancos e indios.

Siguiendo el camino por el Magdalena, luego de Mompos el siguiente puerto importante es Barranca, la población bautizada por Jimenez de Quesada como La Tora, desde donde iniciaría su persecución de la sal muisca hasta llegar a la sabana de Bogotá. Humboldt escribe sobre Barranca: "En ningún lugar del mundo americano hay tantos zambos como aquí, porque las mujeres indígenas, hastiadas de los fríos indios, buscan voluptuosamente a los negros, y porque aquí (venidos del Chocó) muchos negros han comprado su liberación de la búsqueda de oro" (1982, viaje por el río de la Magdalena, parr. 10). Humboldt no menosprecia, como si lo hacen Gosselmann, Stübel y Reiss, a los zambos en particular, sino que se enfoca en el origen de la población que le llama la atención por la especificidad de su mezcla.

Otro aspecto importante de la ruta es la economía de las poblaciones, así como la de los viajeros y en general el comercio por el río. El estadounidense Isaac Holton, empezando la década de 1850, ve con sorpresa como en su recorrido el barco atraca solo para cargar leña, permaneciendo las fértiles riberas del río sin cultivo y casi deshabitadas, sin comercio, en contravía de la máxima que afirma que el tráfico genera intercambio. Holton mismo se lo

explica en su viaje de vuelta, cuando pasan mas de 20 dias sin que zarpe un barco y el que lo hace sale con solo 8 pasajeros. El poco comercio que encuentra lo describe de esta forma:

El camarero intentó comprar algunos cocos, pero al dueño de estos le pareció más agradable quedarse acostado en la hamaca que subir a la palma a cogerlos. El problema lo resolvió uno de los bogas trepándose a ella y permitiéndole al indolente propietario obtener ganancias sin sacrificar el *dolce far niente* (1981, Sección el vapor del magdalena parte 2, parr. 20).

Por su parte, 30 años mas tarde, Miguel Cané es testigo de un intento de comprar huevos en la ribera durante su viaje: “Con una calma desesperante, con apatía increíble contestan: “No son para vender”; y es necesario renunciar á toda insistencia, porque el dinero no tiene atractivo para esa gente sin necesidades (1907, Cuadros de viaje, parr. 8). El tipo de casas y vestido de los rivereños es descrito gráficamente en la figura 3.



Fig.3. Casas y habitantes del bajo Magdalena

(André E. / Cases et habitants du bas Magdalena (s.f.) / Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/imagenes-viajeros/artistas/Andr%C3%A9,%20Edouard%20Francois,%201840-1911>)

3.1.2.3 De Honda a Bogotá

Tras uno o dos meses de navegación se llegaba a la ciudad de Honda, que los primeros viajeros del siglo XIX encuentran pobre y semidestruida por el terremoto de 1805. De allí se emprendía el ascenso de la cordillera oriental hasta alcanzar, al cabo de un penoso viaje de varios días, la ciudad de Guaduas, donde algunos viajeros encontraban la cordial acogida del Coronel Joaquín Acosta, hombre culto y hospitalario. Luego, tras cuatro días de viaje, se llegaba a la Sabana de Bogotá, que ofrecía un paisaje semejante al europeo.

De acuerdo a Gosselmann la medición en días de viaje o jornadas era indefinida por las dificultades del camino, que exigía subir o bajar continuamente, lo que sumado al clima y a las demoras hacía que un cálculo exacto del recorrido fuera impredecible. Aun así, debido a los rodeos y serpenteos del camino, la medición del viaje se hacía en jornadas y no en kilómetros. Humboldt lo describe así:

Más adverso que el mismo viaje son los preparativos. La apacibilidad de los españoles, la tendencia de todos los criollos de convertir los aspectos más comunes en algo prodigioso y monstruoso, y el interés de los sectores más populares de describir el camino como excesivamente largo y peligroso - eso ocasionó interminables y no solicitados consejos, contradictorios (1982, Sección Viaje por la cordillera de los Andes, parr. 1).

Acerca del vestido y lo indispensable para emprender la ruta de Honda a Bogotá ver figura 4.



Una de las escenas de Honda a Bogotá (p. 7-36). — Detalle de Hiss, España en el siglo de Oro.

Fig.4. En el camino de Honda a Bogotá

(André, E. / Sur le chemin de Honda à Bogotá 1869) / <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/galeria/274.htm>)

El encuentro con los Andes marca el ánimo de los viajeros, pasar de las tierras bajas, del calor y la vegetación tropical a los picos de las montañas y a una atmósfera fría, les trae recuerdos y sentimientos que unidos a la grandiosidad del paisaje hace que el tono de sus descripciones se haga en ocasiones más nostálgico. Gosselmann escribe: “Este tramo parece ser el prólogo del gran drama que la naturaleza quiere entregar al viajero, mostrar la belleza de los Andes, como la obertura gigantesca, donde se pueden encontrar las características más sublimes de los sentimientos y sensaciones humanas” (1981, Capítulo X parr. 133). Por su parte el coronel Hamilton describe: “Nada hay que sea tan hermoso como el panorama alpino al subir las montañas desde el Magdalena; las colinas interrumpidas estaban por todas partes cubiertas de árboles hasta la cima y diversos riachuelos diáfanos cruzaban el sendero” (1955, Parte 3, parr. 12).

Así como en el Magdalena los bogas y las embarcaciones son protagonistas junto con los viajeros de la ruta por el río, en los Andes serán los arrieros, cargueros, silleteros y mulas (mezcla de burro y caballo), los que acompañen con los utensilios a cuestas las caravanas que van hacia Bogotá. Personajes como los cargueros y los arrieros con sus mulas protagonizan el entorno de la ciudad, son indígenas o mestizos que habitan Honda o la periferia fría de Bogotá, son gente de montaña. Una de las primeras cosas que impactan al viajero es la forma como son cargadas las mulas con baúles en los que pueden llevar hasta 100 libras de peso, puestos uno a cada lado de su lomo, pues les parecía imposible que pudieran llevar tal carga. Debido a lo difícil de los caminos y a su resistencia las mulas cobraron un gran valor, Isaac Holton a mediados del siglo XIX comenta al respecto:

El valor que se le da a esta raza híbrida fomenta la práctica repugnante de enana, cosa que estuvo prohibida en la ley mosaica. El asno es un animal privilegiado en la hacienda. Al propietario le dolería muchísimo cualquier golpe que recibiera la piel suave del animal. El asno va donde le place, entra a la casa, pasa por el comedor a la cocina en busca de maíz o de sal (1981, Sección La vida del hacendado Parte 2, parr. 17).

Las vías de comunicación tardaron mucho en ser mejoradas, no había una consciencia sobre la prioridad que tenían para el país, de hecho las noticias sobre posibles mejoras en los

caminos ocasionaban protestas entre los arrieros y cargadores pues temían quedarse sin trabajo. La incomunicación se convirtió también en un negocio, el de aquellos que mantenían vigentes los antiguos caminos como una tradición que a la postre sería insostenible. Una tradición no exclusivamente colombiana, sino española según lo explica el mismo Holton:

Las mulas, cuando el esfuerzo les puede afectar la salud, son tan escrupulosas como un político: hágaseles lo que se les haga, no violan la sagrada constitución. Así las mulas forman una institución semibárbara al lado de la de los cargueros, la cual sí es completamente bárbara; y tal como estos se han opuesto con éxito a la construcción de caminos de herradura, la institución española de las mulas se ha enfrentado a las carreteras, y cuentan que en la madre patria ¡se opusieron a la inauguración de un ferrocarril ya construido! (1981, Sección Bailes, parr. 6).

Los pocos esfuerzos del estado colombiano por mejorar los caminos durante el siglo XIX encontraron no solo las trabas de la geografía y la falta de presupuesto sino la de la oposición de algunos gremios. Para los viajeros resultaba increíble que el camino a la capital del país fuera aquel y estuviera en tales condiciones, y mas que camino fuera un verdadero obstáculo para llegar o salir de la ciudad. A esto se sumaba que en ocasiones no era fácil conseguir las mulas y tocaba esperar un par de días o una semana entera a que estuvieran disponibles. Si se alquilaban mas de 5 animales el dueño (el arriero) pagaba el peón que iba con ellas, pero si se alquilaban menos de 5 tocaba pagar el peón como si fuera otro animal (Holton, 1981, Sección Cartagena, parr. 15). Hamilton escribe sobre las virtudes de las mulas:

Sus esfuerzos al subir bordeando los peldaños o bajando, son verdaderamente sorprendentes, rara vez ellas lo tumban a uno y la mejor seguridad consiste en dejarle la rienda suelta al cuello de la mula y dejarles seguir su propio sendero, el cual recorren con gran maestría, nunca tratando de caminar en línea recta pero siempre siguiendo el serpenteo de los caminos con mucha paciencia. Una buena mula es de valor incalculable en este país (1995, Sección 3, parr. 9).

Humboldt añade sobre el camino a Bogotá y las mulas:

Casi nunca tiene más de 14 a 10 pulgadas de ancho, serpentea sobre rocas desnudas, a veces en escalones sobre roca saliente, a veces sobre cantos rodados. Uno tiene que admirar la inteligencia de las mulas cuando trepan de escalón en escalón (2005, Sección Orinoco, parr. 2).

Según Gosselmann el uso de espuelas solo lastimaría y estorbaría a las mulas. A Gosselmann le causa admiración que “En estos lugares un indígena sobre su pequeña mula realiza saltos infinitamente más bellos y seguros que los que ejecuta un experimentado oficial de caballería sobre su caballo favorito y entrenado para ello” (1981, Capítulo XIV, parr. 72) En el camino a Bogotá se podían encontrar gran cantidad de mulas cargadas de frutas y legumbres de clima tropical, los indígenas y los campesinos que vivían a cinco o seis días de distancia de la ciudad llevaban sus productos de las pequeñas fincas al mercado de la plaza principal (ver figura 5)

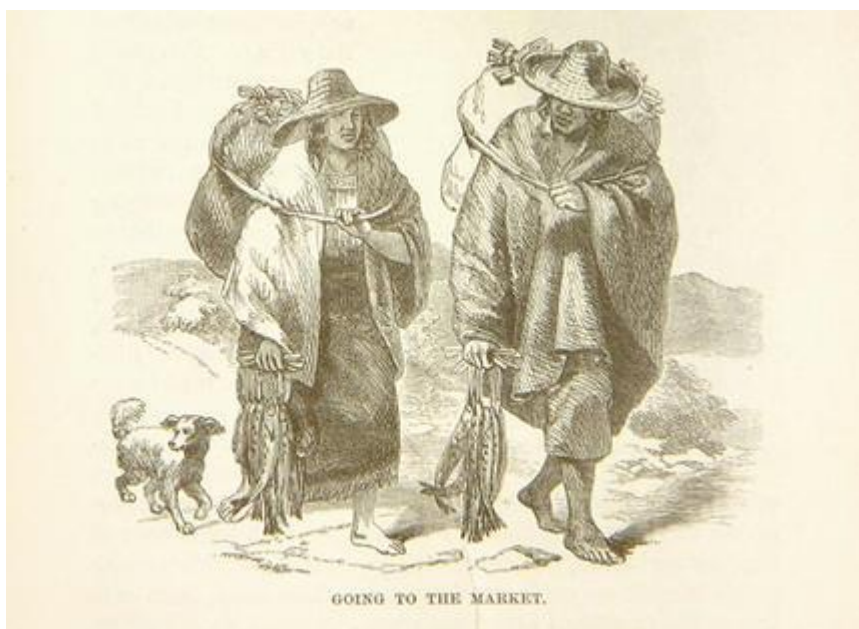


Fig.5. Yendo al mercado

(Curtis, W. / Going to the market (s.f.) / Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/node/44693>)

A pesar de la precisión de sus mulas, adaptadas a los difíciles caminos y a los climas cambiantes, los arrieros, personajes de montaña y sabana, son vistos bajo la misma óptica que los habitantes de Cartagena y Santa Martha. Hamilton escribe:

Los arrieros no tienen en cuenta para nada el valor del tiempo, creo con toda sinceridad que están blindados contra toda persuasión bondadosa que se les haga. Recomiendo a todas las personas impacientes el viajar seis meses por Colombia sí desean aprender a adquirir paciencia. (1955, Parte 5, parr. 4).

Pareciera que la laxitud, la ausencia de compromisos con respecto al tiempo y la postergación de las actividades, no tienen ya que ver con el clima o la idiosincrasia de una ciudad específica, también en los personajes de clima frío y de montaña, en medio de sus rutinas de trabajo, constituyen actitudes cotidianas que hacen parte de los plazos y modos de ser, ya no de una región, sino de toda una ruta a través de Colombia.

Acerca del trazado de los caminos, que los viajeros también destacan, hay que decir que los testimonios se quejan tanto del continuo zigzagueo como de la falta de este. Isaac Holton escribe a mediados del siglo XIX que los colombianos trazan caminos en zigzag subiendo y bajando consecutivamente las montañas, en lugar de simplemente bordearlas como hacen los estadounidenses, por no hablar de la construcción túneles para lo cual era claro que no había presupuesto. Curiosamente la centralización del poder político en Bogotá no trajo aparejado la mejora en los caminos que conducían a la capital ni menos de los que acercaban a las provincias periféricas entre si. De acuerdo a Humboldt la distancia en línea recta entre Honda y Bogotá no pasaba de 10 miriametros, sin embargo debido a su continuo zigzagueo las recuas de mulas necesitaban de 6 a 7 días para recorrerlo y los cargueros indios entre 12 y 15 para llegar con sus cargas de hasta 75 kilos a la capital. 80 años después de Humboldt, el profesor de historia Rothlisberger escribiría acerca de los caminos:

En tales situaciones indaga uno si realmente sería necesario subir por los flancos de dos cordilleras a una tercera cadena montañosa para ir del Magdalena a Bogotá. Entonces se sabe que desde la primera cadena encima de Honda se podría abrir un camino que, pasando por crestas transversales alcanzara casi hasta el mismo tercer tramo de la Cordillera Oriental. Y entonces se entera uno también, con sorpresa y hasta con cierta indignación, de que hace ya treinta años un ingeniero francés, un tal Poncet, trazó una carretera desde el Magdalena (bastante más abajo de Honda) hasta Villeta, (...) Pero, ¿de qué sirven los mejores planes cuando han de enfrentarse con la rutina, con las costumbres viejas y con la falta de dinero y tiempo a causa de tantas revoluciones? No obstante, en 1886 fue inaugurado el camino. Pero como entretanto se las habían arreglado con el nuevo ferrocarril de la Dorada, cerca de Honda, se continuó haciendo el recorrido por carretera desde Honda a Bogotá. El Camino Poncet está prácticamente abandonado (1993, Sección Por el Magdalena, parte 2, parr. 14).

Aparte de las costumbres y las viejas tradiciones como la arriería y los cargueros, Rothlisberger menciona la falta de tiempo y dinero por las revoluciones. Durante el siglo XIX Colombia tuvo mas de 100 guerras o levantamientos armados que hacían difícil el llevar a cabo con éxito obras de envergadura. El reclutamiento de hombres y niños y el empleo de

las herramientas para la guerra hacían que los proyectos quebraran o fracasaran. Mas adelante, Rothlisberger menciona además el costo adicional que tuvo traer los rieles desde Europa hasta facatativa, en parte por tan malos caminos, que al final hubiera dado lo mismo mandarlos fundir en oro. De acuerdo a Gosselmann en 1836 el coste del transporte de Honda a Bogotá, era la mitad o incluso mas, si tocaba contratar mas indios a falta de mulas, que el coste Cartagena – Honda. Antes de llegar a Bogotá se paraba en la población de Guaduas, en cuyo trayecto a Bogotá se podían ver las primeras mediciones talladas en roca sobre la distancia a la cual estaba la ciudad y su altura con respecto al mar, estas mediciones se repetían cada media legua a partir de allí.

Los cargueros o cargadores iban y venían por la ruta de Honda a Bogotá transportando equipaje o objetos aparatosos en cuadrillas de hasta 16 hombres: partes para máquinas, grandes muebles o los codiciados pianos eran generalmente los pesos que llevaban a sus espaldas. Los pianos eran una de las mercancías mas apetecidas por las familias burguesas de Bogotá, constituían todo un símbolo de distinción y estatus, asi su transporte terminara haciéndolo costar el triple de su valor normal. Para llevar un piano de Honda hasta Bogotá se necesitaban por lo menos dos semanas. Miguel Cané cuenta sobre esta peripecia.

Vamos encontrando á cada paso caravanas de indios portadores, conduciendo el eterno piano. Rara es la casa de Bogotá que no lo tiene, aun las más humildes. Las familias hacen sacrificios de todo género para comprar el instrumento que les cuesta tres veces más que en toda otra parte del mundo (...) A veces las fuerzas se agotan, el piano viene al suelo y queda en medio del camino. Así hemos encontrado calderas para motores fijos, muebles pesados, etc. Nadie los toca y no hay ejemplo de que se haya perdido uno solo de esos depósitos (1907, Capitulo VI, parr. 6).

Gosselmann (1993) comparaba la complexión atlética de los cargueros con la de Hércules y describía su piel como de un amarillo sucio producto del clima, la intemperie y la falta de mezcla con negros. Detallaba sus rostros como alargados, los rasgos muy expresivos con un aire de bondad y melancolía que contrastaba con el orgullo porfiado de su ascendente nativo. A pesar de fijar su atención en ellos, Gosselmann está lejos de compadecerse de los hasta 75 kilos que arduamente debían cargar, al respecto invoca solo razones económicas y de conveniencia del viaje: entre menor sea la caravana el camino se entorpece menos.

El carguero era oriundo de tierras altas y frías, y de acuerdo a Isaac Holton de una raza mas trabajadora que la africana. Este es un prejuicio de la mayor parte de viajeros, en el que se

valoraba a los indígenas como trabajadores pero no así a los africanos, a pesar de ser estos últimos esclavos y estar expuestos a los excesos de los amos, de las plantaciones y de las minas. Los cargueros eran hombres libres como los bogas, pero a diferencia de estos no siempre eran pobres, Holton cuenta la historia del coronel Santamaría quien yendo sentado a espaldas de un silletero (hombre que cargaba a sus espaldas a otros, (ver figura 6) éste le mostró desde una cima una finca que tenía arrendada.

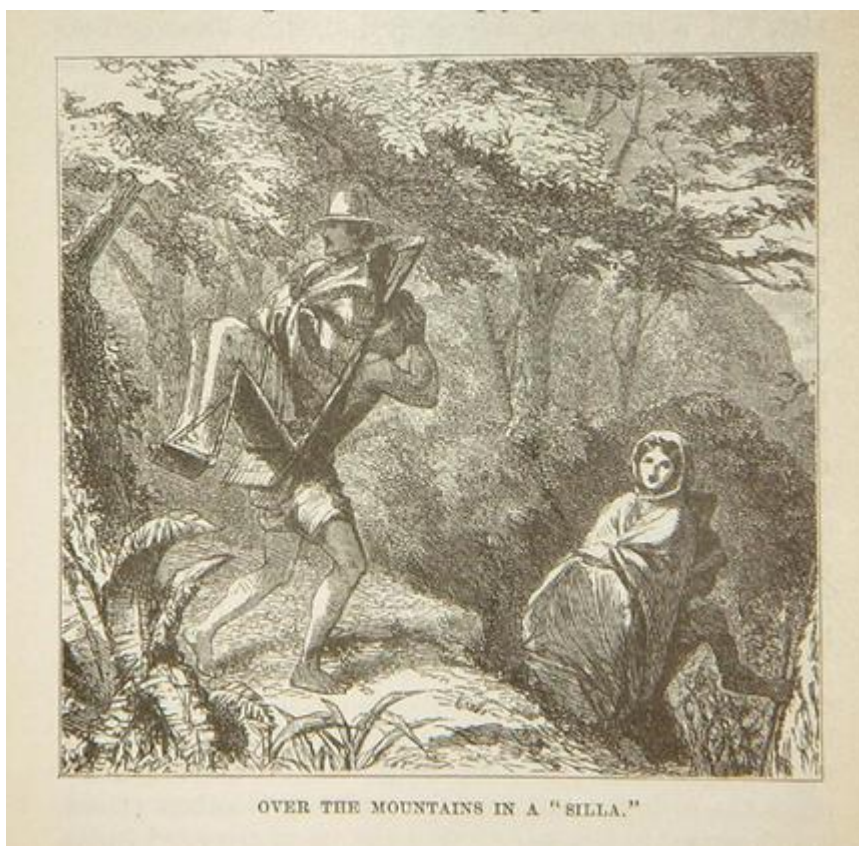


Fig.6. Sobre las montañas en una 'silla'

(Curtis, W. / Over the montains in a 'silla' (s.f.) / <http://www.banrepcultural.org/node/44696>)

No solo las costumbres y la economía de Bogotá se van a ver afectadas por el aislamiento que supuso una vía de acceso tan accidentada cuyo único transporte eran los cargueros y las mulas, buena parte de la región andina colombiana va a sufrir las mismas consecuencias de atraso económico producto de la falta de caminos y transporte. Circunstancia de la que también es testigo Isaac Holton a mediados del siglo XIX:

Cerca de la bodega y debajo de un árbol vi seis o siete piezas de una caldera inmensa para la destilería de Cuní, que queda en las montañas, a dos días de camino. El trabajo de transportar una sola de ellas hasta Cuní es apenas comparable a la proeza de Aníbal o de Napoleón cruzando los Alpes, el primero con los elefantes, y el segundo con la artillería. Pero lo increíble es que toda la región por la que han traído estas piezas es excelente para el cultivo de la caña de azúcar, y sin embargo aquí están oxidándose desde hace años, tiradas como una ballena abandonada en la playa. El transporte hasta el interior es a veces tan complicado como una maniobra militar (1981, Sección Honda y Guaduas, parr. 11).

Además de la dificultad de los caminos, no siempre los cargueros estaban dispuestos a cumplir lo pactado o buscaban sacar alguna ventaja para compensar la rudeza de su trabajo. Stübel y Reiss, los científicos alemanes, se quejan de ello en su recorrido por Colombia en 1868:

Apenas se ha formado el grupo [de cargadores] y se pone en camino, empiezan otras dificultades. El primero desea regresar, el segundo está muy cargado, el tercero finge estar enfermo, el cuarto no tiene alimentos, etc., y todos los días inventan nuevas mentiras, para impedir continuar adelante. Si uno cede una vez está perdido. Lo peor es cuando escasea el alcohol. Tuvimos que enviar dos veces a uno de nuestros servidores a Pasto, a traer nuevos peones y aguardiente en garrafas (1996, Sección Las sociedades latinoamericanas, parr. 12).

En sus escritos Stübel y Reiss se caracterizan por su menosprecio de la sociedad que encuentran, como tal son exploradores científicos que van tras hallazgos y aquello que no coincida con lo que desean o con sus metas es desdeñado o criticado, críticas de las que no se salva ni siquiera Humboldt. Pero el tema de los cargueros y sus costumbres quedaría incompleto sino se aborda aparte un último personaje de la ruta: el silletero (o cargador de hombres). Al igual que los cargueros, los silleteros eran hombres de contextura muy atlética, iban desnudos de la cintura para arriba y llevaban arremangados los pantalones. A decir de Holton todo su equipo consistía en una rústica silla de guadua con un pedazo de tela blanca de algodón para proteger al viajero del sol y la lluvia. Entre la espalda y la montura colocaban una tela de lana doblada. Por provisión para el viaje llevaban amarrado a la cabeza un pañuelo con pan de maíz seco, un trozo de queso, uno de panela y algunas bolitas de chocolate (ver figura 7). Humboldt recuerda así su encuentro con los silleteros:

Dado lo afeminado de los americanos, el que no quiere caminar a pie se deja cargar, lo cual constituye una vergüenza para hombres blancos (porque pasar los Andes sobre mulas ahora es casi imposible). Se dice montar sobre gente, como sobre caballos; andar en carguero, como andar en bestia. (...) Las personas jóvenes y fuertes se dedican a ese menester, no sólo porque es lucrativo sino por el general apego a la vagabundería, al andar por ahí, ¡la vida libre! (1982, Sección viaje por la cordillera de los Andes, parr. 6).



Fig.7. Carguero del Quindío y su silleta

(André, E. / Carguéro du Quindío et sa silléta (s.f.) / Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/imagenes-viajeros/artistas/Andr%C3%A9,%20Edouard%20Francois,%201840-1911>)

25 años después Gosselman encambio escribe:

Muy a mi pesar, tuve que aceptar el llamado de mi peón, que decía: “Monte ahora, señor, su merced no irá a pagarme por nada”. El término “su merced” es muy usado por los sectores sociales más bajos cuando uno de ellos se dirige a una persona de estado superior, y forma parte del legado cultural español que da mucha preferencia a expresiones de esta índole (1981, capítulo XI, parr 51).

Lo que para Humboldt constituye una vergüenza comenzando el siglo XIX, es algo a lo que Gosselmann no solo a su pesar accede sino a lo que termina por acostumbrarse. Tal como lo relata mas adelante en su travesía por Antioquia:

Después de que el peón ha cargado al viajero durante el camino y descrito las particularidades de éste como pasatiempo e información, en cuanto llegar al lugar de descanso se saca su montura y sale corriendo en busca de las bebidas del lugar para ofrecerlas al “señor”. Enciende fuego, cocina el chocolate, despluma el pollo, lo prepara y al cabo de media hora está en condiciones de decir: “Su merced, ¿quiere comer un poquito?”. Cuando la cena ha terminado, alista al viajero un lugar para dormir. Por la mañana se le observa temprano levantarse silenciosamente, preparar el chocolate y luego acercarse a despertar al patrono diciendo: “Todo está listo, señor”. Mientras uno se viste y desayuna, él ya ha empacado la frazada y la colchoneta de paja y preparado la montura para adosar a sus espaldas (...) Es imposible negar la importancia de una persona de tales características. Su compañía, por lo demás, resulta muy grata, y así, existen motivos suficientes al finalizar el viaje, para dar algunos centavos extras a este hombre tan esforzado y servicial (1981, Capítulo XI, parr. 62).

Parte de su viaje por Colombia termina haciéndolo Gosselmann en silletero, a quienes elogia también por su honradez. El viaje de Honda a Bogotá se hacía en varios tramos, se trataba básicamente de un camino de ascenso que iba de 160 metros a nivel del mar a 2600 metros. El primer tramo iba de los 160 metros a nivel del mar de Honda a los 1400 metros de las primeras mesetas como Mariquita. Augusto Lemoyne, secretario de la legación diplomática francesa en 1828 y quien viviría en Colombia hasta 1839, hace énfasis en los sorprendentes cambios de vegetación, en los continuos cambios del clima por la altura y en lo colosal de la cordillera (1997, p. 48-63). Conforme el camino ascendía los cambios de clima se tornaban peligrosos, sobretudo en el cruce de los páramos donde se procuraba no parar. John Hamilton los describe así en 1827: “En este tiempo nadie se atrevería a sentarse para descansar un rato apenas a orillas del camino, pues de seguro quedaría “emparamado” y moriría en pocos minutos aun en el acto de comer o de tomar un sorbo. En estos casos sobreviene una especie de aterrimiento súbito del cual es casi imposible recobrase” (1955, Parte 5, parr. 72).

Otro riesgo de la ruta lo constituían el sol y el viento del altiplano, ya llegando a Bogotá, sol y viento de altura contra los cuales Isaac Holton encuentra que la mejor protección es la grasa, aunque la encuentra ya un poco tarde pues sus labios le han sangrado semanas enteras tras haber estado expuesto al viento de la sabana, que considera muy seco.

La llegada a la ciudad significaba no solo un descanso del viaje sino un espectáculo pues a los viajeros les parecía imposible que después de tanto subir se pudiera llegar a tierras planas sin antes haber tenido que bajar horas enteras. Además hacían énfasis en la transparencia del aire, el marco de montañas que la circundaban y en el contraste entre la amplia meseta y lo escarpado del camino recorrido para poder llegar. La sabana con su clima frío y su vegetación les recordaba a los viajeros el paisaje europeo. A Holton le llama la atención las poquísimas cercas que encuentra por el camino, circunstancia por la que pregunta y a lo que le responden que no se usan porque la gente se las robaría para hacer leña. Otro objeto poco frecuente en la ruta son las camas, prácticamente fuera de las ciudades no existen, Holton escriben al respecto en 1868:

La cama, hasta donde he observado, es un artículo desconocido fuera de Bogotá y Cartagena. Por lo general, para acostarse el viajero tiende la ruana y el bayetón en el poyo, que es una tarima puesta a lo largo de las cuatro paredes de la sala o cuarto principal de la casa; en el mejor de los casos le dan un bastidor con un cuero tan templado como el de un tambor, sobre el que extiende una estera, idéntica a las que utilizan como alfombras (1981, Sección Cartagena, parr. 31).

65 años antes de Holton, Humboldt escribía agotado por el viaje “Mutis... Eso nos alentaba. La esperanza de utilizar su biblioteca, de comparar nuestras plantas con las de él... A pesar de que nos lo habían descrito como reservado y de muy mal humor... Pero confiábamos vencer todo eso” (1982, Sección Entrada a Santa Fe, parr. 2). A pesar de las incomodidades del viaje, la hospitalidad de los campesinos y los hacendados compensaba en parte las penurias. Entre los viajeros que hicieron el trayecto Honda – Bogotá en las décadas de 1820 y 1830 se hizo popular el nombre del Coronel Acosta, funcionario y hacendado de la población de Guaduas, quien acogía en su hacienda a los viajeros fueran estos nativos o extranjeros. El coronel Acosta fungía como primer intermediario entre los viajeros y los funcionarios de Bogotá, también era considerado como el patriarca de la región en quien se depositaban decisiones y querellas. August Gosslemann, quien conoce y elogia a Acosta,

tiene encambio otra mirada sobre la hospitalidad que brindaban los campesinos y los posaderos:

Sinceramente creo que por el clima imperante, la hospitalidad que se brinda no reviste mayor sacrificio ni solidaridad, como ocurriría en nuestro país. No tienen la necesidad, ante la llegada de una visita o la petición de algún forastero, de asear la cámara azul ni la amarilla, cambiar sábanas, ropas de cama o preocuparse con qué atender a la hora de la cena, debido a que el viajero lleva consigo todo lo indispensable para sus necesidades. (1981, Capítulo IV, parr. 33).

Opinión que contrasta con la de Isaac Holton en su paso por el Valle del Cauca a mediados del siglo XIX

Pasé la noche en la hacienda de Arroyohondo, donde me recibieron (siendo un extraño a quien había cogido la noche) con toda la hospitalidad que siempre se encuentra en cualquier casa o choza en esta nación, donde prácticamente se desconocen las negativas, la dulce *tierra* del sí, como alguien la ha llamado (1981, Sección Cali y viajes, parr. 31).

3.1.2.4 Último tramo: La sabana de Bogotá

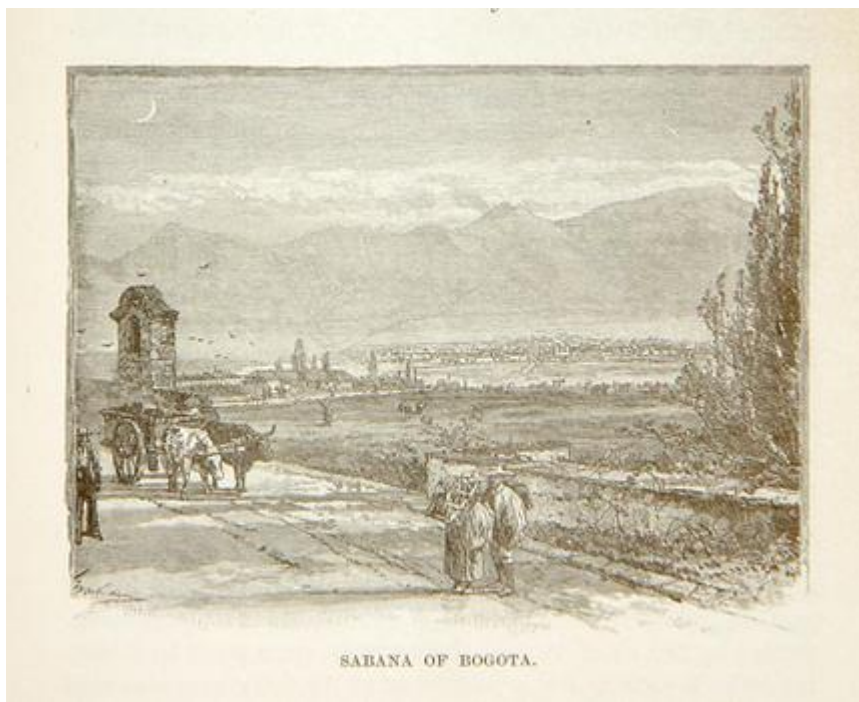


Fig.8. Sabana de Bogotá

(Curtis, W. / Sabana of Bogotá (s.f.) / Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/imagenes-viajeros/artistas/Curtis%2C%20William%20Eleroy%2C%201850-1911>)

Además de la tierra fría y plana, uno de los indicadores de que ya se estaba en el último tramo de la ruta era la vestimenta de las gentes, quienes iban más cubiertas y con prendas más parecidas a las europeas, a excepción del calzado y las medias que eran privilegio solo de unos cuantos, los más adinerados entre los campesinos y los bogotanos. Los indios con mejores recursos y los criollos utilizaban el típico calzado nacional o alpargata hecha de pita de fique, calzado elogiado como ideal para viajar por Gosselmann y Hamilton.

En la sabana la última población antes de emprender la recta final hacia Bogotá es Facatativá, a doscientos kilómetros, desde donde se inicia un amplio sendero para coches tirados. En 1825 Gosselmann escribe con nostalgia “Extensos pastizales donde pacían grandes manadas de reses y ovinos; vastos campos de trigo, maíz y avena; pueblos y caserones solitarios rodeados por sauces y manzanos; el clima templado y una fresca brisa, todo, todo recordaba a mi Europa” (1981, Capítulo XIV, parr. 97). La entrada a la capital por un sendero plano e inalterable, rodeado de pastizales y cultivos contrastaba con lo abrupto y grandioso, en términos de diversidad climática y vegetal, del camino desde el Magdalena. Humboldt escribe llegando a la ciudad:

En Santa Fé, la expectativa por nuestra llegada fue singularmente excitada. Yo había escrito desde Turbaco al famoso Mutis que el sólo deseo de verle y de admirar su obra me habían movido a preferir el camino por Popayán al inmensamente más corto por Panamá y Guayaquil. Este sacrificio (y en realidad a causa del río Magdalena, no fue pequeño) movió al Señor Mutis y a sus amigos a movilizar todo para proporcionarnos un recibimiento honroso (...) De hecho, uno se asombra de encontrar en la cumbre de una montaña de unas 1870 toesas de altura, coches de Londres con resortes, y en la ciudad una cantidad de barómetros, termómetros, máquinas de electrización, en la casa de Mutis telescopios acromáticos, que fueron enviados a Londres en reparación y los cuales recorrieron felizmente el enorme camino dos veces (1982, arribo a Santa Fe, parr. 3).

La sorpresa de Humboldt con los coches y los instrumentos, después de haber experimentado él mismo el viaje, habla de la dificultad del camino y de lo absurdo de la ubicación de la capital. Es algo que de otro modo da a entender Miguel Cané 80 años después de Humboldt: “El extranjero vive mal en Bogotá, sobre todo cuando su permanencia es transitoria. Los hoteles son deplorables y no pueden ser de otra manera. Bogotá no es punto de tránsito para ninguna parte” (1907, Sección La sociedad, parr. 34). Bogotá era el final del viaje, de un viaje difícil y largo que no conectaba con ningún otro punto de intercambio importante o por lo menos reconocido, era como decía Humboldt un

desvío que significaba grandes sacrificios. Sobre los hoteles y las posadas de la ciudad, negocios poco importantes dado el bajo número de viajeros que llegaban o que tenían que hacer escala en Bogotá para ir a otra parte, y las cartas de recomendación de muchos que hacían que se hospedarán en casas de familias, Gosselmann en 1825 escribe:

Allí me fue indicada la habitación, la cual era tan pequeña que, después de una cabina de barco, se me antojaba el más pequeño dormitorio que pudiera existir. No tenía ventanas y su aspecto no era muy superior al de un estante que cubriera las paredes. Recordé al sabio pastor que decía: “La gente no acostumbra vivir en muebles” (1981, Capítulo 15, parr. 3).

Después de un viaje tan exigente y largo los viajeros, a no ser que tuvieran cartas de recomendación, esperaban encontrar mejores lugares de alojamiento y mejor comida. Les resultaba en general decepcionante la gastronomía cuando debían alojarse en hoteles o posadas.

El aislamiento geográfico de la ciudad es visto desde otra perspectiva mediados del siglo XIX por Isaac Holton, quien en una primera impresión describe a la ciudad como decadente debido a la falta de comercio regional, pues la única ruta importante, la de los productos que iban y venían de Quito ya no buscaba el río Magdalena ni abastecer a Bogotá. Humboldt no tuvo que padecer los malos hoteles en Bogotá, fue recibido por los mas altos dignatarios de la ciudad además de Mutis, como una de sus primeras impresiones escribe “Alrededor de Santa Fé las rosas europeas se han vuelto salvajes, y en ninguna parte encontramos rosas más olorosas que las de aquí” (1982, Sección Ciudad de Santa Fe, parr. 1)

3.2 Llegadas y partidas: viajeros y aventureros

La llegada a Bogotá está enmarcada para los viajeros por la panorámica de la ciudad recostada contra las montañas y las cúpulas de la catedral sobresaliendo entre los techos de teja, ver figura 9.

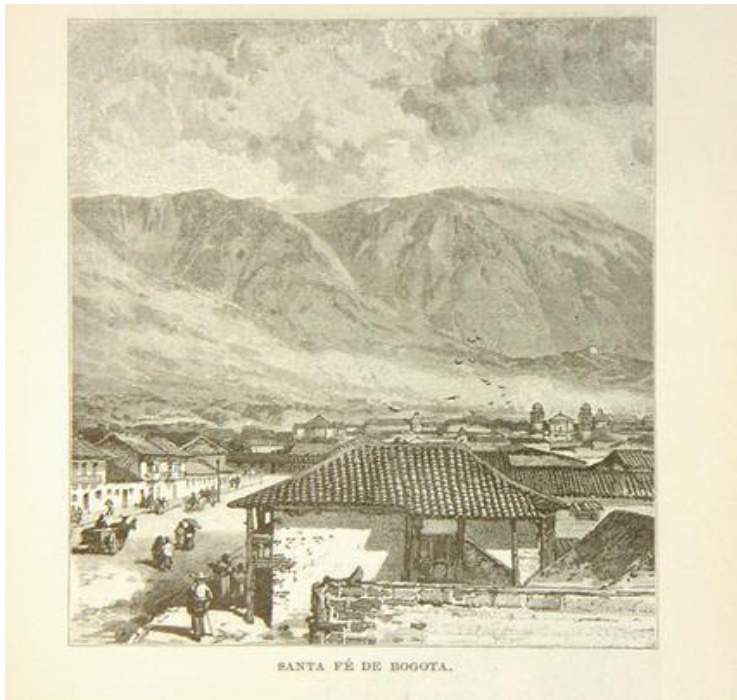


Fig.9. Santa fé de Bogotá

(Curtis, W. / Santa fé de Bogotá (s.f.) / Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/imagenes-viajeros/artistas/Curtis%2C%20William%20Eleroy%2C%201850-1911>)

En los primeros días, me creí transportado a la España del tiempo de Cervantes. Las calles estrechas y rectas, como las de todas las ciudades americanas, por lo demás; las casas bajas y de tejas, con aquellos balcones de madera que aun se ven en nuestra Cordoba” (Cané, 1990, p. 178).

Escribe en 1882 el diplomático y escritor argentino Miguel Cané impactado por el esmero en la conservación no solo de la arquitectura sino de las tradiciones coloniales en una capital que fuera cuna de la independencia de las naciones suramericanas. Circunstancia atípica que también notaría desde otra perspectiva el ministro plenipotenciario del Brasil, Miguel Lisboa (1852), quien culparía al clima y a la localización de la ciudad del hecho curioso de que los bogotanos hubieran conservado los trajes antiguos de la época colonial colocándose al margen de las últimas e incluso de las viejas modas (Cané, 1990, p. 138). Los trajes clasificaban a la población en dos grupos básicos: los ruanas (gente del pueblo que usaba poncho) y los Casacas o cachacos, jóvenes de la burguesía o hacendados de la sabana. También el periodista estadounidense William Duane había notado ya de otra manera en 1822 aquel arraigo colonial al llegar a los cerros que enmarcan la ciudad y contemplar

como dos de sus cimas, desde donde se domina el horizonte completo de Bogotá, estaban coronadas por monumentos religiosos: una por un gran templo bautizado con el nombre de Monserrate y la otra por una inmensa estatua de la virgen de Guadalupe, ambas obras visibles desde cualquier lugar de la ciudad, que le hicieron recordar los castillos feudales de las historias de la Edad Media que erigidos en sitios prominentes anunciaban a los vasallos el predominio moral y militar que pesaba sobre ellos (Duane, 1990, p. 31).

Durante el lapso que va de 1870 a 1920 los antiguos criollos de la Colonia y la Independencia se convierten en los nuevos aristócratas y en los primeros burgueses. En Colombia los criollos conservaron en principio las estructuras sociales y de gobierno de la Colonia para evitar un vacío de poder que podría haber generado otra revolución; sin embargo, décadas después, ya no como criollos sino como burgueses, como una minoría ilustrada dentro de las ciudades en crecimiento, entrarían en conflicto con aquellas estructuras coloniales que ellos mismos, o sus padres, intentaron primero preservar. Existía entonces una contradicción entre los propios sentimientos, afincados en lo español, y las tendencias modernas y progresistas de origen francés e inglés:

- A una cultura popular, analfabeta y católica, se le enfrentaba entre las élites el sensualismo y el vitalismo franceses.
 - Al honor y la hidalguía españolas (cuna y buen nombre) se contraponía el placer y la felicidad del pragmatismo económico inglés (utilidad).
 - A la caridad y salvación católicas se enfrentaba el ahorro y la acumulación del comercio.
- Mientras las tradiciones españolas eran personalistas, las ideas de la modernidad eran individualistas, ej: la riqueza era vista como una fuente de pompa y prestigio, no como un medio de bienestar; la honra y el honor estaban por encima de los derechos políticos y la lealtad personal regía sobre la economía liberal (Jaramillo, 2005). En Bogotá, a pesar de la influencia de la minoría burguesa, los elementos de la tradición española prevalecieron dentro la población debido al aislamiento externo del país y al aislamiento interno de la ciudad. A partir del siglo XX, con el surgimiento de la industria, hubo cambios en las estructuras económicas y políticas pero no en la mentalidad religiosa de los habitantes, se apropiaron técnicas y métodos, no ideas. Bogotá tenía en 1920 alrededor de 200.000

habitantes, era una ciudad culta pero tradicional cuyas costumbres y creencias seguían ancladas en la Colonia.

En esta época, entre 1920 y 1932, los protagonistas de las dos primeras novelas de personaje de la literatura colombiana (*La Vorágine* y *Cuatro años a bordo de mi mismo*), pertenecientes a la burguesía Bogotana, anclada en los ideales de la cultura española y francesa del siglo XIX, emprenderían expediciones ficticias hacia las zonas apartadas del territorio colombiano experimentando también la sensación de ambivalencia de los primeros conquistadores y viajeros, aunque esta vez no se trataría del sentimiento de ser forastero y a la vez fundador de un mundo, o redescubridor de una ciudad colonial del siglo XIX, sino de la extrañeza de sentirse como un forastero que descubre trágicamente su propia realidad. El aislamiento histórico de las regiones, y en especial el caso de Bogotá, es observado por los personajes de las dos novelas no como la llegada a una ciudad remota después de una travesía sino como una aventura de descubrimiento subjetivo y geográfico que empieza justamente con la partida de ella.

Cuál es aquí la poesía de los retiros, donde están las mariposas que parecen flores traslúcidas, los pájaros mágicos, el arroyo cantor? ¡Pobre fantasía de los poetas que solo conocen las soledades domesticadas! (...) ¡Nada de ruiseñores enamorados, nada de jardín versallesco, nada de panoramas sentimentales!” (Rivera, 1985, p. 142).

Exclama y se pregunta sorprendido Arturo Cova, protagonista de *La Vorágine*, en medio de la selva. Arturo Cova huye de Bogotá desengaño de los ideales románticos, anclados en su caso en lo caballeresco y lo burgués, hacia un escenario selvático del cual posee solo una imagen poética y falsa, que nada tiene que ver con la realidad que encuentra, persiguiendo absurdamente la realización de aquellos ideales y valores a los que pretendió haber renunciado tras su fuga de la ciudad. La huida de Cova, resultado no de un plan sino de una casualidad y una decisión desesperada, es el primer paso hacia la descripción de lo desconocido. Poeta y literato, Cova representa un sector específico de la sociedad urbana, con sus propias imágenes de lo que es la ciudad y las zonas apartadas, que eran vistas entonces solo como territorios. Será este imaginario culto y refinado el que se enfrente por casualidad a la selva y sus hombres, pues aunque se trata del extremo opuesto a ella, es a la vez el único que la puede hacer consciente y pública mediante la escritura.

Arturo Cova es un personaje de corte romántico, de acciones erráticas, cuya conducta imprevisible determina que el drama de la novela no se desarrolle de manera centrada, las acciones dependen de su ambigüedad psicológica y de su voluntarismo (Morales, 1993, p. 76). Es un héroe que fracasa y sabe de antemano que está perdido, sin una causa real. La búsqueda de un motivo que justifique su odisea a través de los llanos y la selva determina que la narración no esté dividida en capítulos sino en episodios de aventuras. Este rasgo particular de la novela y del protagonista ya había sido observado por el viajero Francis Hall (1991, p. 47) en la burguesía bogotana del siglo XIX, en su conducta impredecible que estaba sujeta a sus sentimientos e intereses más inmediatos.

La ruta de Cova, del héroe caballeresco y señorial, no tiene dirección ni meta, las acciones suceden por casualidad o voluntarismo. La descripción geográfica suele ser solo de nombres y la de tiempo resulta imprecisa. La selva queda referida de esta forma a sensaciones internas y a la consciencia de lo que se siente. (Morales, 1993, p. 81-87). Se empieza a trazar así el primer imaginario literario, al margen de los mitos y leyendas nativos, de la selva colombiana: es decir, la primera relación de las sensaciones e impresiones que la selva infringe sobre un colombiano capaz de traducirlas al lenguaje escrito, sensaciones de las que dependerá también la descripción de la selva misma como escenario de los hechos que narre.

Eduardo Zalamea, por su parte, en *Cuatro años a bordo de mi mismo*, elabora un personaje que aunque también pertenece a la intelectualidad bogotana de la época, compartiendo los mismos anhelos y frustraciones, que motivan a la vez su viaje a la desértica Guajira, al extremo norte de la Costa Caribe colombiana, no emprende sin embargo su aventura persiguiendo ideales o metas que otorguen sentido a su existencia y a su travesía. Busca solo conocer y vivir, salir de Bogotá, con la esperanza incierta de retornar. Antes de partir el joven aventurero reflexiona: "(La Guajira) Es una tierra árida, de sol, de sal, de indias y ginebra. Y yo voy ahora hacia ella, como fueron Colón en su tercer viaje, Alonso Ojeda en 1499 y Las Casas. Yo voy también a la manera de los conquistadores; voy a conquistar la vida, el pan y el amor" (1966, p. 22).

Contrario a Arturo Cova, quien se interna en el Amazonas y los Llanos, el aventurero de *Cuatro años a bordo de mi mismo*, que yace en una región desértica, al lado de la playa y el

mar, trabajando en las salinas con los negros y los indígenas Wayu, compartiendo sus penurias y afrontando sus violencias, posee como aventurero una ruta y una medida del tiempo más específicos. Sabe que en caso de sobrevivir debe volver y cuenta el tiempo que lleva y el que le hace falta para conseguirlo o para emprender otro itinerario. No está huyendo de nada, es solo un viajero. La autoconciencia del relato no se origina entonces en la confrontación de los ideales, sino en el paulatino abandono de ellos. De esta manera se elabora el primer imaginario literario sobre la Guajira: las descripciones de un viajero andino que intenta dejar de lado sus costumbres para adaptarse sin ilusiones y sin metas a lo que encuentre. Una descripción que encaja con lo que es un desierto peninsular cercado por el Mar Caribe. “Este ver cómo los días se suceden, pasan los meses vacíos de un dolor y de una alegría. Así ¿qué sentido, qué significación tiene la vida? Y menos mal que aquí estoy dentro de la aventura, rodeado por la muerte, cerca del mar, del amor, bajo el cielo claro y soy libre” (Zalamea, 1966, p. 214) En contraste, en medio de aquella soledad y desamparo, donde solo la ley del desierto rige entre los hombres, el aventurero describe así la Bogotá que dejó atrás: “Yo vivía en una ciudad estrecha y fría, desastrosamente construida, con pretensiones de urbe gigante. Pero en realidad no era sino un pueblo de casas viejas, bajas, y personas generalmente antipáticas, todas vestidas con trajes oscuros” (1966, p. 18).

Esta descripción de la Bogotá de la década del 20, coincidiría sin embargo con la impresión que la ciudad causaría en el joven García Márquez a finales de la década de los 40, a quien le asombraría la ausencia de mujeres en las calles, los trajes oscuros y el semblante melancólico de los hombres que hacía que todos parecieran poetas. Serían justamente los poetas bogotanos, León de Greif, Rojas, Miranda, herederos de la tradición iniciada por Florez, Pombo y Silva, los que le brindarían en tertulias de café una parte importante de su formación literaria.

Durante el siglo XIX predominó en Colombia la poesía sobre la novela, no sólo entre los académicos sino también entre el naciente público lector. Se trataba de una influencia española que consideraba a la novela un género no oligárquico, no crítico, ni académico. A principios del siglo XX con el modernismo la novela fue vista como un género menor, como un elemento de crítica a la tradición clásica salvaguardada por la iglesia y los académicos conservadores. La secularización visible en las novelas modernas supuso una distancia

crítica de la realidad; entretanto la poesía dejaba de ser un oficio culto para convertirse en un asunto existencial donde el poeta debía apartarse de la realidad para poder afirmarse como poeta (romanticismo). En Colombia las tradiciones cultas que fundaban “lo nacional” chocaron contra el modernismo que fue asumido en general como un exotismo de ideas y sensibilidad (Jimenez, 1994). La tradición de Bogotá y su apego a la poesía, en detrimento de los demás géneros, hacían aun en los años 20 que el mérito como poeta fuera inmediato e inmerecido. La novela no triunfaba todavía entre los intelectuales por su tendencia a analizar el entorno y su carencia de normas. En ésta atmósfera, una novela como *La Vorágine*, pudo constituirse sin embargo en un éxito comercial gracias a que fue leída por un público neófito —no académico- que buscaba pasatiempos (Pachón, 1993, p. 107). Refiriéndose a la atmósfera literaria de Bogotá, confiesa el aventurero de *Cuatro años a bordo de mi mismo*: “Me aburría profunda y concienzudamente en esa corta ciudad, leyendo libros estúpidos y acaramelados de Ricardo León, Jorge Ohnet y Henri Bordeaux. No llegaban libros de otros autores y todos los ciudadanos se creían grandes poetas y literatos. La ciudad era pintoresca, a pesar de todo” (Zalamea, 1966. p. 18-19).

A pesar del Índice de obras prohibidas impuesto por la iglesia católica y los aranceles a la importación de libros, llegaron a ser populares entre los intelectuales modernistas las ideas del positivismo inglés y las obras de literatura francesa. Existía un circuito cerrado de la cultura, donde los intelectuales producían y consumían sus propios productos, ante la falta de un público amplio que sólo aparecería en las primeras décadas del siglo XX. Las ideas y las opiniones, a causa del analfabetismo, circulaban desde los púlpitos y en las plazas de mercado donde eran leídos en voz alta pasquines y folletos políticos. La idea de intelectual estaba asociada a la de clase dominante, cuyos miembros podían apropiarse más fácilmente de las lógicas y los saberes de la cultura escrita. Solo tras el afianzamiento de los mercados internos y externos, y de una incipiente industria, el capitalismo modificó las relaciones económicas y políticas, dando origen a unos intelectuales burgueses y de clase media que hicieron suyas las ideas socialistas a través de la crítica y la opinión en los periódicos. A partir de 1920, la generación posterior a los modernistas, los criollistas, se caracterizaron por un sentimiento nacional exacerbado a raíz de las intervenciones estadounidenses en el continente, por una necesidad de autodefinición de lo nacional basada en el marxismo y la revolución francesa. Los criollistas exigían una ampliación de la educación, se pronunciaron

en contra del arte por el arte de los modernistas y apoyaron la implementación de la idea de una “cultura nacional” a través de los primeros debates sobre la música folklórica y la inauguración de una empresa nacional de cine. En este contexto de la búsqueda de lo propio en la cultura, aparecen *La Vorágine* y *Cuatro años a bordo de mí mismo*, al tiempo que la pequeña capital aislada empieza a convertirse en urbe, como la describe el aventurero de la novela de Zalamea:

(vida en Bogotá) Ilusa vida en espiral de ideas y en ángulos de humo. Con recortes sentimentales y románticas taraceas. Con malos poetas. Con literatos imaginativos, que construyen un mundo arbitrario dentro de su cuarto Con gramáticas y retóricas y sintaxis. Con tinterillos, ingenieros trotamundos, bailarinas, rufianes, tratantes, monjas, chóferes, petroleros. Vida, a pesar de todo, amable. Mujeres que se suicidan. Vértigo de los vehículos, de los alcoholes y las drogas heroicas, de las mujeres besadoras, de los invertidos, de las lesbianas, Vida cinematográfica, rápida, rápida, como un pensamiento, como un arrepentimiento (1966, p. 77).

De la zona andina colombiana la sabana de Bogotá fue la menos afectada por la oralidad debido al exterminio y al desprecio de las culturas nativas. Su tipo de lenguaje introspectivo y auto consciente, cuyo acento proviene del derecho y la filosofía escolástica al ser ésta la región donde se erigió el centro académico y político, y se asentaron los ideales burgueses que entrarían en contradicción con la realidad del resto del país, terminó influyendo también en la tradición literaria. Los protagonistas de las dos novelas inician su recorrido en Bogotá, desde la ciudad de los ideales de la cultura oficial, en un viaje lleno de introspección que los lleva hasta las zonas mas apartadas del territorio en las que se hace patente la contradicción. La figura del aventurero supone una distancia narrativa con los hechos y lugares, una autoconciencia que aspira a describir y a hacer creíbles las contradicciones que observa. Pachito, un hombre ya anciano, saluda al joven aventurero, “- Yo también soy bogotano. Ahora trabajo aquí en la pesca de perlas. Por ahora no tenemos nada qué hacer y me aburro mucho entre esta negrería... Es una desgracia esto de vivir como los animales, sin periódicos, sin noticias, sin nada. Todo son borracheras, peleas con los indios, ¡una vaina!...” (Zalamea, 1966, p.115).

Los personajes de las dos novelas responden a experiencias reales vividas por sus autores. Rivera, como Jefe de la Comisión de Fronteras, viajó a los Llanos y al Amazonas donde presencié la cotidianidad de las caucherías y los abusos a que eran sometidos los indígenas

y los colonos colombianos por parte de los empresarios peruanos y brasileros. Rivera presentó entonces al Congreso de la República, en su calidad de Senador, un informe detallado donde denunciaba las atrocidades y la destrucción de la selva, informe que no fue atendido y quedó archivado debido a los intereses económicos que estaban en juego. Tres años mas tarde ese informe se convertiría en *La Vorágine*. Por su parte, Eduardo Zalamea articula su novela a partir de las experiencias de un viaje de juventud, en el que anduvo cuatro años por La Guajira (1924-1928), y antes del cual intentó suicidarse en la mesa de un restaurante a orillas del río Magdalena cuando partía. Años mas tarde, encallaría en ese mismo puerto un barco que llevaba, entre otros estudiantes costeños, al joven García Márquez a buscar una posibilidad de estudio en Bogotá; el barco debió permanecer una semana encallado y a los jóvenes tuvieron que enseñarles como única atracción turística aquella mesa en la que un famoso escritor, apodado ‘Ulises’, había intentado pegarse un tiro. A su llegada a Bogotá, sería ‘Ulises’, como redactor del diario El Espectador, quien publicaría y descubriría a García Márquez como escritor. La crónica del viaje de Zalamea fue publicada primero por entregas en el periódico La tarde (10 de mayo-5 de junio de 1930) bajo el título Cuatro años a bordo de mí mismo (Memorias de Uchí Siechi Kuhmare) que sirvió de base a la novela (Castro, 2010)

Antes de retornar al frío de su ciudad el aventurero se pregunta:

¿Qué será de la vida de las personas que dejé en Bogotá? ¿Habrán muerto? Aquí es tan fácil la muerte y allá no llega sino muy de tarde en tarde, como si le hiciera daño subir a la altura. Allá no se muere nunca como aquí, repentinamente, inopinadamente. Mueren las gentes de largas enfermedades, rodeadas por inmensas nubes de parientes y de médicos que elevan las murallas de la ciencia, murallas que siempre salva la muerte. Pero aquí se muere solo, o acompañado por unos hombres, que son mas o manos cómplices de nuestra muerte (Zalamea, 1966, p. 265).

José Eustasio Rivera proviene de la cultura oral del departamento del Huila, tradición abundante en mitos y leyendas, donde alcanzó a ser reconocido en su infancia como trovador y coplero. Su educación primaria la realizó en un seminario bajo la influencia de la teología tomista y los idelaes católicos de la castidad; sin embargo, debido a su acervo campesino y espontáneo, fue expulsado por divulgar coplas sobre historias sexuales del campo. En su juventud, gracias también a su origen rural, se opuso a la idea conservadora de escritor y al esteticismo bohemio de las ciudades por considerarlos artificiales. Como

Inspector de Educación fue destituido de su cargo a raíz de un discurso en el que criticaba la educación tradicional porque inhibía el saber y el actuar de los jóvenes. Fungiendo como Secretario de las Comisiones de Fronteras, en 1922, viaja por el Amazonas y la Orinoquía, elabora artículos de denuncia y propuestas de desarrollo que contribuyen a la unidad nacional al dar a conocer regiones ignoradas. En 1923 viaja al Casanare para enterarse de los avances limítrofes de los caucheros peruanos sobre la frontera colombiana. El informe que redacta al respecto insiste en la defensa de las gentes, de la soberanía y las riquezas nacionales; recalca asimismo la necesidad de una construcción de nación bajo ideales colectivos. Rivera era consciente de que en Latinoamérica se constituyeron primero los Estados que las naciones, por esta razón sus textos literarios y políticos revelan un ideal de pertenencia nacional propio de las sociedades sin economía de mercado, en el que no hay un ataque a los fundamentos aristocráticos del Estado sino a las formas de gobierno. Arturo Cova grita desde la selva:

¡Santa Isabel! En la agencia de los vapores dejé una carta para el cónsul. En ella invoco sus sentimientos humanitarios en alivio de mis compatriotas, víctimas del pillaje y la esclavitud, que gimen entre la selva, lejos de hogar y patria, mezclando al jugo del caucho su propia sangre. En ella me despido de lo que fui, de lo que ahnelé, de lo que en otro ambiente pude haber sido. ¡Tengo el presentimiento de que mi senda toca a su fin, y, cual sordo zumbido de ramajes en la tormenta, percibo la amenaza de la vorágine! (Rivera, 1985, p. 199).

Este testimonio último de Cova, con toda la carga dramática de quien pide un auxilio incierto por sus compatriotas, apela como último recurso a los sentimientos nacionales antes de saberse él mismo también perdido, sin poder ayudar a nadie y sin recibir tampoco auxilio. En este mismo sentido, antes de sentirse perdido, Cova es consciente de que se está adentrando en una ruta cuya única guía es su heroísmo caballeresco y su sentimentalismo burgués y bogotano, y de que en ese supuesto destino romántico y poético está arrastrando consigo a otros que no sienten igual, Cova clama en la selva: “(...) ¡Y arrastrarlos a ellos en la aventura de un viaje mortífero, para alegrarme de que perecieran trágicamente! ¡Todo por ser yo un desequilibrado tan impulsivo como teatral” (Rivera, 1985, p.103). La constante idealización de los valores dentro de un entorno adverso, raíz de las crisis existenciales de los protagonistas, que le brindan a las páginas de *La vorágine* el elemento autoconciente, propicia que el vínculo emotivo entre los personajes se extreme al punto de llevarlos a guardarse lealtad a la hora de buscar y acometer empresas absurdas que le den sentido a su

travesía. Arturo Cova, luego de escuchar por primera vez la historia de Clemente Silva, sin importarle los largos padecimientos que él y sus compañeros habían también sufrido ya en la selva, le confiesa emocionado:

(...) Su redención encabeza el programa de nuestra vida. Siento que en mí se enciende un anhelo de inmoción, mas no me aupa la piedad del mártir, sino el ansia de contender con éstos hombres de presa, a quienes venceré con armas iguales, aniquilando el mal con el mal, ya que la voz de paz y justicia solo se pronuncia entre los rendidos (Rivera, 1985, p. 138-139).

La discursividad de Cova, la del burgés romántico de Bogotá, pasa de la exaltación a la pesadumbre cuando cae en cuenta de que su enemigo, representado por la selva y sus inclemencias, es en verdad él mismo y sus fantasías. Cova es un forastero que paulatinamente se da cuenta que lo es, pero no quiere creerlo. Su tragedia consiste en querer ser uno mas en la selva cuando no pertenece a ella. Sus imaginarios de lo que le aguardaba en ella han sido rotos, por esto se siente ajeno y perdido; su mentalidad, representada en sus sentimientos y actitudes parece artificial y afectada frente a la simpleza e inmensidad de la selva y sus hombres. Cova escribe:

‘Andamos perdidos’. Estas dos palabras, tan sencillas y tan comunes, hacen estallar, cuando se pronuncian entre los montes, un pavor que no es comparable ni al ‘salvese quien pueda’ de las derrotas. Por la mente de quien las escucha pasa la visión de un abismo antropófago, la selva misma, abierta ante el alma como una boca que se engulle a quienes el hambre y el desaliento le van colocando entre la mandíbula” (Rivera, 1985, p. 150).

Lo inexorable de la naturaleza y el destino, el peligro de sucumbir ante ellos, es visto de otra manera por Zalamea. El aventurero de *Cuatro años* está en un desierto pero no se enfrenta a él, solo intenta vivir de acuerdo a sus reglas, no quiere salvar a nadie nisiquiera a él mismo. Sus imaginarios sobre La Guajira no se han roto, pues estaban abiertos al conocimiento y la experiencia, esperaba en esencia arena, mar e indígenas; su mentalidad burguesa está hastiada de si, huye de si misma e intenta adaptarse sin éxito a la vida de las salinas, al calor y a la voluptuosidad que lo circunda. Lo inexorable y el destino aparecen mas como una experiencia para la que el desierto y el mar sirven solo de marco, y en cambio los habitantes de ese desierto y ese mar pasan a ser los protagonistas de todo aquello que parece inexorable y obra del destino: “ – Cuéntame, cachaco, ¿po qué te vinite pa la Guajira? Aquí nunca podrá hacé ná. Se lo tiran a uno la india... Son mu mala y le dan a

lo blanco y a lo negro un bebedizo que sacan de lo animale y de la yerba. Tú no volverá nunca a Bogotá” (Zalamea, 1966, p. 86).

Influenciado por Ibsen, Rivera le otorga prioridad a la observación minuciosa antes que a la cultura libresca: considera al autor como un estudioso de su entorno, un develador de la esencia, mas no como un intelectual romántico aislado del mundo. Elige describir entonces la naturaleza de la que proviene y estudiar la sociedad urbana a la cual llega (Pachón, 1993, p. 71-76). Cova, como escritor ficticio de *La vorágine*, explica sobre su obra:

Va para seis semanas que, por instrucción de Ramiro Estevénez, distraigo la ociosidad escribiendo las notas de mi odisea, en el libro de caja que el Cayeno tenía sobre el escritorio como adorno inútil y polvoriento. Peripencias extravagantes, detalles pueriles, páginas truculentas forman la red precaria de mi narración, y la voy exponiendo con pesadumbre, al ver que mi vida no conquistó lo trascendental y en ella todo resulta insignificante y perecedero (Rivera, 1985, p. 174-175).

La actitud de Cova como autor no corresponde a la postura de Rivera como intelectual, es en este punto donde se encuentra la escisión de fondo que separa el personaje de novela del escritor real. Los rasgos autobiográficos que Rivera usa para construir la personalidad de Cova corresponden a una tradición afianzada en Bogotá acerca de las características típicas que un poeta debe poseer para ser reconocido como tal. Sin embargo el poeta Rivera ya se ha alejado de esa tradición gracias a su contacto con la geografía apartada de Colombia, y ahora lo emplea para tratar de forjar un héroe cotidiano y nacional ante la carencia de un personaje propio de la selva que sea representativo dentro de la tradición escrita, aquí radica entonces el fracaso de su empeño, pues Cova con su romanticismo urbano y tardío tampoco puede ser un representante típico de lo nacional. En este sentido, al inicio de la novela, reflexionando sobre lo que le ha sucedido, Arturo Cova se pregunta desilusionado de sí y de su aventura:

(...) ¿Qué has hecho de tu propio destino? ¿Qué de ésta jovencita que inmolas a tus pasiones? ¿Y tus sueños de gloria, y tus ansias de triunfo, y tus primicias de celebridad? ¡Insensato! El lazo que a las mujeres te une, lo anuda el hastío. Por orgullo pueril te engañaste a sabiendas, atribuyéndole a ésta criatura lo que en ninguna otra descubriste jamás, y ya sabías que el ideal no se busca; lo lleva uno consigo mismo (Rivera, 1985, p. 8).

De igual modo, en un momento dado de la obra, Cova trata de conciliar su personalidad, las tradiciones de los llanos y la cercanía de la selva en una sola visión de lo que podría llegar a ser su existencia:

(...) Allí de tarde en tarde se congregarían los ganados, y yo, fumando en el umbral, como un patriarca primitivo de pecho suavizado por la melancolía de los paisajes, vería la puesta del sol en el horizonte remoto donde nace la noche, y libre ya de las vanas aspiraciones, del engaño de los triunfos efímeros, limitaría mis anhelos a cuidar de las zona que abarquen mis ojos, al goze de las faenas campesinas, a mi consonancia con la soledad. ¿Para qué las ciudades? Quizás mi fuente de poesía estaba en el secreto de los bosques intactos” (Rivera, 1985, p. 59).

La contradicción esencial para Zalamea no está en la incongruencia entre la psicología (imaginarios, mentalidad y discursividades) del protagonista y su articulación dentro de un escenario inédito, sino en la simultaneidad de lo moderno con lo primitivo en un mismo territorio, en el ritmo industrial de las ciudades y la soledad violenta de las fronteras. Antes de partir de La Guajira, el joven aventurero piensa:

Se abren como una baraja todas las rutas. Allá París y Berlín y Bahía Honda y todas las ciudades y los pueblos del mundo. De la tierra llegan gritos y músicas mecánicas. Aquí está la civilización que ya no conozco. La civilización con sus mecánicos vuelos, con sus alas, con sus ruedas. Aquí está la vida hipócrita y cubierta y escondida tras la educación y los prejuicios (...) Aquí está la civilización, llena de números, de fechas, de marcas. Allá estaban las mujeres desnudas, los hombres francos, los peligros simples con los dientes descubiertos (1966, p. 302).

En *La Vorágine* hay entretanto un enfrentamiento de lo absoluto contra el mundo, donde la consciencia actúa como un testigo sombrío de la ambivalencia psicológica entre lo que se anhela y se piensa y lo que se ve: no hay una refundación del mundo o de los ideales, sino solo una serie azarosa de acciones e introspecciones: una enajenación que se conjuga con una actuación sobre sí mismo (teatralidad) donde la primera no es una verdad interior pues está elaborada por fuera de la realidad, y la segunda es una ficción que reemplaza la locura en la que la valentía se vuelve violencia, así como el amor ideal una seducción promiscua, y el honor un negocio (Morales, 1993, p. 97) La violencia de Cova obedece a la fantasía, no a una psicología desplegada. El lenguaje narrativo asociado a Cova como personaje es descolorido y de voz malograda debido a su falsa interioridad, sin embargo sus visiones como héroe mítico de la selva compensan y le dan a la obra vida literaria.

No obstante, lo que de falso tiene la interioridad de Cova, es algo que se le criticó en su tiempo a La vorágine en tanto obra literaria, se dijo que padecía de un lirismo exacerbado, pues se la asumió como un texto testimonial o en el mejor de los casos como una novela de folletín. Sin embargo, la novela logró un alto nivel de difusión, al final de los 40 se había reeditado 34 veces y había sido traducida al inglés, francés, alemán, portugués y ruso. Entretanto *Cuatro años a bordo de mi mismo* fue catalogada como regionalista porque describía la vida en La Guajira, una región apartada donde predominaba la naturaleza. Para Zalamea parte importante de esa naturaleza la constituía la desnudez de los indígenas y en general de los habitantes de La Guajira, la desnudez era la metáfora de la experiencia auténtica tras la cual iba el joven aventurero, una experiencia en la que se fundían arte y vida a lo Henry de Montherlant de quien Zalamea tradujo el artículo “Reflectores sobre la vida” (Castro, 2010). Una experiencia de la desnudez que entonces solo aparecía descrita en el discurso ascético e higiénico y en el de los criminalistas que ejecutaban el control de las enfermedades venéreas y la prostitución en Bogotá.

Cuatro años a bordo de mi mismo busca la afirmación del individuo en sí, acogiendo al cuerpo como instrumento y fin de la experiencia, en contra de la idea religiosa de lo inmutable. Se trata de una sensorialidad que busca realzar lo específico –como diría Jaramillo Zuluaga citado por Castro (2010). En este sentido *Cuatro años a bordo de mi mismo* es la primera novela colombiana en ofrecer un tratamiento abierto y directo de lo erótico. Por esto su papel es secularizador y modernizador. Su antecesora y la primera en reñir con el principio del “decoro” de la crítica sería *De Sobremesa* de Silva. Al darle primacía al cuerpo, *Cuatro años a bordo de mi mismo* supera la dicotomía moral del catolicismo, el pecado deja de ser una noción relevante y el amor carnal deja de ser identificado con la prostitución cuando se da fuera del matrimonio, es decir, fuera de la procreación legítima (Castro, 2010).

El ideal romántico de Cova no aparece en el aventurero de *Cuatro años a bordo de mi mismo*, lo que para Cova es uno de los hilos conductores de sus acciones y sus aventuras es reemplazado en el aventurero por descripciones detalladas de una sexualidad promiscua en la que los encuentros se suceden con simpleza y naturalidad. Zalamea escribe: “(...) Veo cómo se unen sus bocas ávidas, urgidas por el deseo. La lujuria hace temblar los senos de la

negra, que vacila sobre sus piernas robustas. Se aman, se desean, van a poseerse” (1966, p. 85).

El realce del erotismo como parte de la experiencia auténtica, implica la exaltación de los impulsos que amenazan con romper lo racional, el curso normal de la vida. La dicotomía impulso- razón, que desaparece en la racionalidad burguesa ligada a la promesa de tecnificación, según la cual el hombre ganaría el control de su vida, de su bienestar y felicidad, siempre y cuando se ciñera a los valores de la productividad, era la panacea para los países del tercer mundo en los años veinte (Castro, 2010). *Cuatro años a bordo de mi mismo* es visionaria al formular la inquietud acerca del éxito de la promesa de bienestar material y progreso, en la Guajira el joven comprueba que la vida se alimenta de muerte, que la civilización es una barbarie maquillada. Vivir el instante y el presente, a lo que lo invita la Guajira, significa abandonar la lógica de utilidad del mundo burgués. La huida de la cosificación y la alienación es una crítica a la modernidad que parte de una conciencia igualmente urbana y moderna, en un efecto curioso la modernidad le abre espacio a la interioridad pero luego se vuelve un obstáculo para su despliegue.

La vorágine constituyó por su parte un giro en la novelación de espacios fijos. También de lugares distintos a la sabana de Bogotá cuya altura era entendida como signo de elevación espiritual, intelectual y moral (lo blanco y lo señorial). El desplazamiento geográfico posibilitó el planteamiento de nuevos problemas, la validez del paradigma cultural bogotano, la legitimidad de las retóricas civilizadoras y el potencial de violencia que genera la exclusión del margen (Castro, 2010). El protagonista de *Cuatro años a bordo de mi mismo* se ha desecho de prejuicios de superioridad, mientras que Cova detenta una mentalidad señorial con rasgos burgueses observable en su ideal hogareño, su afán de riqueza, su aspiración a lo trascendente. El extrañamiento de Cova en la selva asume la forma de rechazo o desconfianza, de subvaloración, en cambio el viajero de *Cuatro años* encuentra en lo marginal el escenario para realizar su búsqueda.

3.2.1 Primer encuentro con la ciudad y su historia mas antigua

Cuando partió de Sta Marta, Jiménez de Quesada imaginaba con fe que podía alcanzar en algunas cuantas jornadas a caballo, siguiendo el curso del rio Magdalena, las inexploradas

costas del Mar del Sur pues creía que Suramérica tenía la forma de una isla ovalada, quizás la más grande del Caribe (Friede, 1966, p. 60). Sin embargo, gracias al azar de ser vencido por la lluvia y los insectos y de toparse moribundo con los Muisca, encuentro que le permitió sobrevivir, se dio cuenta de que estaba caminando sin fin a través de un continente. Una revelación trágica que ya no le serviría para nada, pues no le quedaban fuerzas ni hombres para emprender una campaña hasta el Perú. Se encontraba entonces en las altas tierras de los Muisca, resguardado de las lluvias y conforme con las esmeraldas y el oro que ya había comenzado a arrebatarse a los caciques. Cuando cesó por fin el invierno y decidió retornar al poblado de La Tora para recoger al resto de sus soldados, los halló a casi todos muertos, casi 200 hombres esparcidos por la tierra, víctimas de los aguaceros que les habían apagado el fuego, cuyos cuerpos desechos tuvieron que arrojar al agua para que los caimanes se los comieran pues no tenían alientos para enterrar tanta gente. La falta de fuego les había impedido continuar con su dieta de hierbas, raíces, murciélagos y ratones (Friede, 1966, p. 66). Los caimanes se cebaron al punto de que empezaron a salir de las ciénagas a perseguir por el monte a los perros y a los hombres sanos, razón por la cual decidieron acatar la súplica agónica de los que padecían escorbuto quienes les rogaban que los dejaran morir tranquilos al lado de los árboles. Así lo hicieron, no por piedad, sino para entretener a los caimanes y regresar en calma a las tierras de los Muisca donde Quesada, todavía hijo del sol y amigo de los indígenas, marcharía con sus hombres hacia unos cenagales en la ladera de una montaña, allí se encontraba la aldea de Bogotá, el límite de los campos en cultivo.

En el Caribe, en Venezuela, en Colombia, la Conquista tuvo que hacerse palmo a palmo, triunfar sobre un poblado no equivalía a tener dominada una región pues los territorios no estaban estructurados como imperios. La Conquista se reveló entonces como una serie de batallas interminables, donde la naturaleza cobró un papel protagónico y las largas campañas comenzaron también los largos mestizajes, donde conquistar a América terminó siendo un sinónimo de conocer a América, de interpretar a América. Es a esta Conquista, distinta a la de los grandes imperios, a la que dedicó su tiempo Juan de Castellanos, su trabajo no fue una mera crónica sino un testimonio de complejos procesos culturales. Aquí cabe preguntarse con William Ospina:

(...) Por qué esa lengua que España nos trajo no solo se quedó con nosotros sino que se convirtió en una lengua americana. Varias comunidades españolas se reconocen menos en ella que en sus lenguas regionales, mientras que en América, sin dialectos, la sienten propia mas de 200 millones de seres humanos, y ha producido en el último siglo una de las literaturas más influyentes del mundo (1998, p. 81).

Tras vencer a los caciques y a los zipas de la sabana en cruentas batallas, y tras enterarse de que por el norte venían los hombres del alemán Federmann y por el sur los de Belalcázar, Gonzalo Jimenez de Quesada decide fundar la ciudad para no perder lo único que había conseguido en su fracasada expedición, quería asegurarse los derechos de conquista ante el rey y eso lo obtendría si demostraba haber llegado primero y fundado una población, a lo cual no estaba autorizado.

Y estando todos juntos, el Gonzalo Jiménez se apeó del caballo, arrancando algunas yerbas y paseándose por él, dijo: que tomaba la posesión de aquel sitio y tierra en nombre del invictísimo emperador Carlos Quinto, su señor, para fundar allí una ciudad en su mismo nombre. Y subiendo luego en su caballo, desnudó la espada diciendo, que saliesen si había quien lo contradijese a aquella fundación, porque él la defendería con sus armas y caballos, y no habiendo quién saliese a la defensa, envainó su espada (Simón, 1989, p. 76).

En 1540 la Villa de Santa Fé fue elevada oficialmente al rango de ciudad. Desde finales del siglo XVIII se llamó para diferenciarla de las muchas ciudades con el mismo nombre Santa Fé de Bogotá.

El conquistador es un personaje que parece dispuesto a la vida azarosa y sin esfuerzo continuo, la enfrenta con impulsividad y se acomoda a la precariedad. En los orígenes no solo de la mentalidad bogotana sino de la latinoamericana confluyeron la resignación y el fatalismo indígenas con el azar y la contingencia del español: dos precariedades que impidieron el imperio de la racionalidad. El antiguo orden indígena fue reemplazado por archipiélagos de poder donde la familia apareció cual refugio de un mundo despiadado, mientras que otros espacios de individuación eran limitados, y el individuo era ajeno al destino de los demás por el sistema de castas (Cueva, 2007). Al germen de esta mentalidad fatalista e impulsiva se le añade que los indígenas fueron vistos de acuerdo a la discursividad que en la época se usaba para dar cuenta de los bárbaros, discursividad que ya para el siglo XV los asociaba con la ferocidad, la brutalidad, la deslealtad, la traición y la maña (Martínez, 2007). Del germen de una mentalidad fundada en un proceso de conquista y colonización y las discursividades empleadas para asimilar lo desconocido, queda en una

capital andina y aislada como Bogotá la impronta de una dicotomía entre lo culto y decente y lo bárbaro y salvaje, entre lo piadoso y virtuoso y lo pagano y malévolo, una dicotomía que se verá reflejada en el sistema de castas y en la partición social de la ciudad colonial que mas tarde será la herencia simbólica de la ciudad republicana, de sus aristócratas y sus burgueses.

La preponderancia de lo señorial, y también el temor a que esa preponderancia se disolviera y generara mas caos y violencia, luego de la independencia, fue una de las causas por las cuales se consolidó y mantuvo como rasgo de mentalidad. Dentro de lo señorial otro elemento que tiene su origen en la lógica de la conquista es la desmesura, de la cual Cova es representante con sus reacciones exageradas y su disposición sentimental a inmolarse por cualquier causa.

Los orígenes de una mentalidad de conquista y colonial, y la influencia de las discursividades sobre el continente y sus habitantes, sumado a la ubicación de la ciudad, nos dan los primeros elementos de lo que caracterizará los modos de sentir y actuar de los bogotanos, en este caso de sus primeros burgueses e intelectuales. Humboldt escribe entorno a la localización de Bogotá y sus consecuencias:

Los primeros aventureros (grosera chusma), en lugar de elegir sitios donde se pudieran ubicar grandes poblaciones, pensando en un comercio futuro, se radicaron en los grandes caseríos de los indios. Por eso surgieron grandes ciudades donde uno menos lo espera en Santa Fé (Bogotá), Caracas, sobre los terrenos más accidentados. (...) La localización de Quito, Santa Fé y Popayán, en la alta montaña, tiene dañosas consecuencias políticas y morales; necesitan suministros desde lejos, por la aspereza del clima. De ahí que muchos centenares de hombres están únicamente ocupados en el transporte de los víveres y perdidos para la producción en un pobre y menesteroso país. De ahí el amor a la "vagabundería", por una vida nómada (1982, Sección Viaje a Turbaco, parr. 6).

La geografía colombiana no es difícil por lo sinuosa sino porque ha estado sometida a fuerzas centrifugas (regionalismos), que solo hasta el siglo XX se actualizaron en pro del turismo pero no del conocimiento mutuo. El contacto de las regiones entre si contó no solo con los obstáculos de la ruta hacia Bogotá sino también con los propios de acceso a cada región. Es lo que de otra forma explica Miguel Cané 80 años después de Humboldt

Desde que he pisado las costas de Colombia, he comprendido la anomalía de haber concentrado la civilización nacional en las altiplanicies andinas, á trescientas leguas del mar.

La raza europea necesita tiempo para aclimatarse en las orillas del Magdalena y en las riberas que bañan el Caribe y el Pacífico (1907, Sección En el río Magdalena, parr. 6).

Cómo comprendo hoy el afecto tenaz y duro de los montañeses por su patria! Hay allí indudablemente una comunidad más íntima y constante entre el hombre y la naturaleza, que en nuestras pampas dilatadas, solemnes y monótonas, llenas de vigor al alba, deslumbrantes al medio día, tristes al caer la tarde, jamás íntimas y comunicativas (1907, Sección Las últimas jornadas, parr. 27).

Lo repito; feliz Colombia si consiguiera levantar su capital en las orillas del mar, el eterno vehículo de la civilización, en vez de mantenerla perdida en la región de las nubes, sin contacto con el mundo y sin acción directa con su progreso colectivo (1907, Sección Una ojeada sobre Colombia, parr. 12).

3.2.1.1 Los pobladores: hijos de muiscas y españoles

A pesar de que el catolicismo, con su sistema de santos y vírgenes, conservó la estrategia de Roma de adaptar la religión a los pueblos conquistados, flexibilidad que le garantizó a España el mantenimiento de un imperio religioso más vasto que el romano, en la conquista de la sabana de Bogotá reinó sin embargo el desprecio por los Muisca y su lengua quedando la cristianización finalizada del todo a mediados del XVII (Ceballos, 2002, p. 58-91). Incluso el capítulo acerca de la cultura Muisca, escrito por Fray Pedro Aguado para su obra *Recopilación Historial*, fue eliminado por la censura católica en el siglo XVI. En la sabana de Bogotá la destrucción de la cultura Muisca fue ejecutada por los primeros conquistadores, no por los agentes inquisitoriales, quienes llegarían después al Nuevo Reino de Granada y se encargarían de vigilar los puertos y las fronteras como una punta de lanza para el control político y religioso del Caribe, para detener y castigar a los portugueses y judíos que llegaran buscando una mejor suerte lejos de España. Por esta razón el tribunal de la Santa Inquisición del Nuevo Reino de Granada tendría su sede en Cartagena y no en la aislada Bogotá (Ceballos, 2002, p. 53) Algunos viajeros se interesaron también por la historia de las antiguas culturas que habitaban el altiplano de Bogotá antes de la Conquista, sobre este tema el médico y botánico francés Charles Saffray escribiría en 1869: “Por otra parte, los frailes y sacerdotes que seguían a los conquistadores, desplegaron un celo iconoclasta terrible; los templos, las imágenes, los objetos sagrados, y los pocos que

existían, fueron destruidos como obra del demonio y el nombre mismo de los Chibchas²¹ estuvo a punto de ser suprimido” (1990, p. 157). La convicción basada en el miedo y la destrucción de lo propio, que propagó la iglesia católica en América, originó que la fe fuera vivida a partir de la culpa y la contrición y no desde la alegría característica de naciones católicas como España e Italia, produciendo en cambio en las colonias americanas fenómenos de crueldad y violencia unidos a una tradición idolatra y rezandera (Ospina, 1998).

En este sentido se entiende la actitud de la que es testigo el propio Saffray por parte de los indígenas que aun poblaban la sabana de Bogotá, Cundinamarca y Boyacá, los descendientes de los Muisca: “Los indios de Boyacá son pesados de cuerpo y de espíritu e indolentes; no tienen pasiones ni virtudes; son enemigos de/trabajo, y muéstranse rebeldes a la civilización. Sus cabañas son pequeñas y sucias; sus campos están mal cuidados; su única industria consiste en tejer sombreros y cestas” (1990, p. 171). La indiferencia de los indígenas hacia la “civilización” y el descuido de sus propias condiciones de vida, incluso el hecho curioso de que aun cuando se enriquecieran prefirieran seguir viviendo rodeados de miseria, como lo nota Cochrane, es una reacción cultural de auto exclusión frente a un sistema económico y social impuesto, que no sienten propio, y en el que no tienen poder ni aceptación a pesar de que consigan riqueza. El encadenamiento de ideas como Civilización, Cultura Universal, Progreso y Riqueza, propia de la época industrial dentro de la cual están inmersos los viajeros, a pesar de que les brinda los elementos críticos necesarios para señalar la destrucción de las culturas nativas durante la Conquista y la Colonia, oscurece a la vez su visión a la hora de apreciar el estadio presente de esas culturas y sus respuestas de apatía. En este contexto se debe leer una opinión como la de Hettner (1882), “El peón bogotano está satisfecho con su ruana y sin anhelos de mejorar su alojamiento. Así que muchas veces es mera falta de aspiraciones lo que teníamos por pobreza extrema, originándose a su vez tal ausencia de necesidades en el bajo nivel cultural” (Romero, 1990, p. 229).

²¹ Saffray confunde aquí el nombre de la cultura con el de la lengua, la cultura era la Muisca y su lengua el Chibcha. Muisca, en lengua Chibcha significa “persona”.

El concepto de Hettner sobre cultura tiene que ver aquí con el nivel educativo de las gentes, con las nuevas tradiciones y conocimientos que les deben enseñar en las escuelas, pero no con las tradiciones propias que aun conservan como pueblo. Pareciera que una cosa son los *indios* y otra muy distinta y lejana la cultura. Una visión que coincide en el fondo con la actitud de los primeros soldados de la Conquista, cuyos ojos nublados por el resplandor cierto o falso del oro no podían detenerse en aquello que no brillara de alguna forma. Atravesaron América a pie pero no la conocieron, pues se sintieron pequeños ante lo desconocido. Sobre la travesía de los primeros soldados Ospina escribe “No veían casi nada de lo que había ante ellos porque iban de prisa. Las selvas eran obstáculos, los caminos eran extravío, los animales eran peligros, los insectos eran modificaciones, los indios eran barbarie, las culturas eran superstición” (1998, p. 59).

Sin apartarse de las ideas siglo XIX, pero desde la perspectiva de los ideales demócratas de los Estados Unidos, William Duane tiene una mirada comprensiva de la situación histórica de la población indígena:

Pero no puede esperarse que los pobres indios, quienes apenas acaban de ser rescatados por la República de la ínfima condición en que vivían como si fuesen reses de un hato, restaurándolos al estado social que corresponde a libres seres humanos, hayan adquirido tan pronto hábitos de circunspección que son la consecuencia y la prueba de una vida más civilizada” (1990, p. 34-35).

En el Nuevo Reino de Granada lo vasto de los territorios hizo que la ley y la autoridad estuvieran repartidas a nombre del Rey en unas cuantas manos que administraban arbitrariamente las regiones. La acción de gobierno fue así entendida como una institución privada: una primacía de los intereses particulares de quienes detentaban el poder militar o económico, un militarismo regional que se ocupó de asegurar la apropiación de tierras y la explotación agropecuaria de los grandes propietarios: la política en la mayor parte de los territorios de la Nueva Granada, aun después de la Independencia y durante la República, se redujo a una administración violenta de los recursos: primaron en las provincias las figuras del patriarca y el patrón como referentes políticos (obediencia - sobrevivencia) mas que la de una institución estatal que salvaguardara un régimen de deberes y derechos. Se dificultó de esta manera la articulación de un concepto o sentir de nación al estar las instituciones políticas centralizadas en las nacientes urbes, la ley y la justicia no fueron entendidas como

un bien común, como la garantía constitucional de la igualdad, sino como un saber abstracto y remoto que tenía poco que ver con la arbitraria realidad de las provincias y los campos. La ausencia de una experiencia común de nación, explica en parte la dificultad que tendría la República para conformar una sociedad en la que la confianza y la lealtad forjaran vínculos civiles entre las clases y entre las etnias. Circunstancia de la que sería testigo Cochrane: “Nunca conocí antes un sólo pueblo en el que el tratamiento benévolo y los salarios liberales no produjeran de alguna forma entre los servidores una adición a los intereses del empleador, ¡Salvo este!” (1990, p. 102). Hettner lo observa desde otra perspectiva, “Por poética que se pueda considerar esta inclinación hacia la independencia de una residencia f del trabajo estable, de la profesión escogida y toda disciplina severa, ciertamente no contribuye al progreso social” (1990, p. 228). La misma actitud es observada por Hall con respecto a la ley y a los negocios: “La facilidad con que rompen una promesa o un contrato puede ser igualada solamente por la sofisticada ingeniosidad con que se defienden por haberlo hecho. En este aspecto parecen una nación de abogados, quienes, con facilidad, desfiguran las palabras y significados a su antojo” (Hall, 1991, p. 48). El sentimiento de lealtad, por no estar amparado en una instancia superior que invocara imágenes o anhelos patrióticos, sino sólo en circunstancias de mera sobrevivencia y conveniencia (servilismo), no cumplió el papel de fundar lazos colectivos que sirvieran para cohesionar culturalmente a la nación. Los elementos indígenas, las culturas negras, las tradiciones campesinas y las realidades de la población marginada económicamente, sólo fueron incluidos y valorados en los ideales acerca de “lo colombiano” hasta la segunda mitad del siglo XX gracias a las revoluciones y protestas inspiradas en el socialismo: se inició entonces una revisión académica de la historia cultural y política.

A pesar de la ausencia de sentimientos e intereses comunes para cohesionar la nación, para crear industria o incentivar el desarrollo económico entorno a un empleador o patrón que actuara dentro de la ley, no se gestó un movimiento de rebeldía armada por parte de los indígenas, por lo menos en lo que respecta a la sabana de Bogotá. Hettner afirma:

(indios) Los de aquí son bonachones e inofensivos, de idiomas y costumbres dejados muy atrás y capaces de dirigirse al viajero en lengua española. Acostumbran arrodillarse humildemente ante el crucifijo. Han cambiado el adorno de plumas por el sombrero de paja. Llevan ruana coloreada encima de la camisa y pantalán común y corriente, tal vez manufacturados en Alemania (1990, p. 211).

El sometimiento y aculturación de los indígenas, que Hettner ve con buenos ojos en aras del “progreso económico” y la participación activa en la “civilización”, es también valorado positivamente por el brasilero Miguel Lisboa, quien critica incluso la conducta de los indígenas venezolanos en comparación con la de los bogotanos:

La altivez y cierto espíritu de insubordinación que la debilidad de algunas administraciones han alimentado y desarrollado en Venezuela, no se ven en la sabana de Bogotá. Allí los hombres del pueblo se quitan el sombrero, ceden el paso y dan el tratamiento de su merced (trato que en Venezuela solo dan los esclavos a sus señores) a todos los que les son superiores en jerarquía social (Lisboa, 1990, p. 140).

A este respecto, el argentino Miguel Cané, no solo elogia la sumisión de los indios de la sabana de Bogotá, sino que culpa a sus bebidas tradicionales, en especial a la llamada chicha con la que los indígenas celebran y se emborrachan, del hecho inexplicable de que con sus talentos y virtudes no hayan podido aun escalar mas en la “civilización”:

Si no fuera por la influencia terrible de la chicha, que ya he mencionado, el pueblo colombiano, hablo de la masa proletaria y errante, con su maravillosa predisposición artística, se elevaría rápidamente en la escala de la civilización, Como raza indígena, la considero no sólo superior a la nuestra, que es la primera en barbarie y atrofia intelectual, sino también a la del Perú, que no tiene los instintos de dignidad que caracterizan a la colombiana (Cané, 1990, p. 194).

Conviene aquí hacer claridad con Hettner sobre lo entonces se entendía por indio, que no se restringe solamente a los miembros de una comunidad indígena sino de manera despectiva a los pobladores de las clases populares y a los campesinos pobres, generalmente descendientes de aquellos. El desprecio hacia los indios en Bogotá es evidente en el olvido paulatino de sus nombres y apellidos tradicionales, los cuales terminan siendo reemplazados por cualquier nombre y apellido español, preferiblemente de la Biblia o de la literatura clásica.

Los apellidos son de origen español y, a veces, vasco. Los de origen indio, muy frecuentemente para denominar lugares, no parecen existir como apellidos humanos (...) Los nombres por lo general son derivados de los santos del calendario o de personajes notables griegos o romanos. Al efecto, no deja de parecernos curioso oír llamarse a los tipos más comunes Don Milciades, Don Arístides, Don Cesar, etc (Hettner, 1990, p. 214- 215).

A pesar de la pérdida de la propia cultura, la exterminación total de indígenas, como una meta mas de la conquista, llevada a cabo en Estados Unidos por los ingleses, no llegó hasta sus últimas consecuencias en Centro y Sur América gracias a la influencia católica: a los

nativos se les reconoció alma y en vista de su sobreexplotación física en las nuevas labores (minas, construcción, etc) fueron reemplazados por negros africanos quienes a pesar de serles reconocida también un alma eran traídos como esclavos. Una parte de los indígenas sur y centro americanos consiguieron sobrevivir pero debieron antes convertir, camuflar o sincretizar, los componentes míticos y religiosos de sus culturas. España no destruyó así la realidad del nuevo mundo, sólo se limitó a superponerle otra.

El imperio español no fue en su origen un imperio planificado para serlo, ni militar ni jurídica ni ideológicamente: el imperio español fue algo con lo que la España monacal, todavía en trance de ser unificada del todo como nación por los reyes católicos, se topó de pronto. España, víctima también de su propio azar, intentó controlar los nuevos territorios y sus recursos a través de misiones virreinales y religiosas: los indios americanos fueron reconocidos como habitantes del nuevo mundo pero no como parte política o cultural del nuevo imperio.

“Nada había mas extraño para los viajeros extranjeros que el aspecto de esta baja población indígena, doblegada por la miseria, llevando a sus espaldas pesos abrumadores, con sus asnos éticos y miserables cargados hasta las orejas” (García Merou, 1997, p. 179) escribe sorprendido Martín García Merou, asistente de Miguel Cané, tras su llegada a Bogotá y su primer encuentro con una población indígena numerosa. Luego de una ruta mas bien desolada por el río Magdalena y solo acompañada por los cargueros y silleteros en el ascenso de la cordillera, encontrarse con las pequeñas muchedumbres indígenas de la sabana y la curiosidad general de los pobladores hacia ellos, va ocasionar en los viajeros sentimientos encontrados. Humboldt por ejemplo dice: “Es sumamente extraño ver a tantas personas usando ruanas; uno cree estar frente a pordioseros metidos en un costal del que sólo sobresale la cabeza” (1982, Sección Entrada a Santa Fe, parr. 3). La ruana llegó a ser la prenda criolla mas popular, su hechura era artesanal y se adaptaba bien al frío de la sabana y de los páramos, es de las pocas prendas populares colombianas que sobrevive el siglo XIX y la importación de trajes y de estilos foráneos. La ruana constituye hoy uno de los referentes obligados cuando se habla del traje típico colombiano.

De acuerdo a Rothlisberger los extranjeros gozaban en Bogotá de una excelente acogida y se les trataba del modo mas servicial si sabían corresponder amablemente a las personas, esto

en parte porque los extranjeros no eran numerosos en Bogotá. A mediados de la década de los 80 su cifra en la ciudad no pasaba de 200: Alemania estaba representada por investigadores y comerciantes; Francia por una unida colonia de comerciantes, peluqueros, confiteros, hoteleros y algunos aventureros; Italia por arquitectos, modelistas y zapateros.

Acerca del recibimiento y expectativas de los bogotanos sobre los viajeros Humboldt escribe:

Se me obligó a entrar en uno de los carruajes; de todos los lados hacían discursos sobre el interés de la humanidad, sacrificios por las ciencias y cumplimientos en nombre del rey y del arzobispo... Todo eso fue enormemente grande; sólo a mí personalmente se me consideraba muy pequeño y joven. Me habían imaginado un hombre estirado de 50 años... Desde Cartagena se difundían sobre nosotros informaciones contradictorias, que no hablábamos español; que siempre observábamos las estrellas en un profundo pozo; que me acompañaban un capellán (Bonpland en saco negro y pelo recortado) y una puta (la Manuela, querida de Rieux) La última noticia había hecho perder un tanto la serenidad del pobre Mutis, tan orgulloso por nuestra llegada; ésto hasta que se aclaró el enigma. Todo se desarrolló muy estiradamente (1982, Sección Entrada a Santa Fe, parr. 4).

Y añade:

Todas las ventanas estaban llenas de cabezas; los pelafustanillos y escolares corrían gritando y señalándome con los dedos, acompañando el carruaje en el trayecto de $\frac{1}{4}$ de milla. Todos aseguraban que en la muerta Santa Fé, desde hace 20 años no se ha visto semejante movilización y amotinamiento. En Caracas eso hubiese sido imposible. Allí están acostumbrados a ver extranjeros y no españoles; pero en el interior de América del Sur se cree ver maravillosos herejes que recorren el mundo para buscar plantas, ¡y que ahora han llegado acá para comparar su heno con el heno de Mutis! (1982, Sección Entrada a Santa Fe, parr. 4).

Humboldt es uno de los pocos viajeros que goza no solo de un recibimiento oficial sino multitudinario. Tanto él como su comitiva llegan precedidos de una fama acrecentada por Mutis, quien en Bogotá era autoridad científica, sacerdotal y educativa. Mutis movilizó sus mejores recursos para recibir a Humboldt, pues aquel gran desvío de éste hacia la aislada Bogotá era en verdad excepcional. Un desvío o un destino que con los años se va volver poco a poco mas frecuente, aunque la ausencia de visitantes dejara sus huellas en la permanencia de ciertas costumbres pasadas por alto por los bogotanos y que el coronel John Hamilton Potter observara en 1825, entre otras: la permisividad policial con los enfermos de elefantitis (ver figura 10) y los idiotas que se arrastraban en las calles por una

moneda, la mansedumbre de los gallinazos por la costumbre de comer los desperdicios en las calles, y la tradición española de ofrecer lo que el visitante admire.



Fig.10. Paperas y elefantiasis

(De Neuville, A., Saffray, C. / *Goître et éléphantiasis* (s.f.) / <http://www.banrepcultural.org/node/44439>)

De acuerdo a Boussingault a principios del siglo XIX la plaza principal de la ciudad no obstante su tamaño carecía de árboles, plantas o jardines, y presentaba la triste aridez que tanto gustaba a los castellanos. A pesar del tamaño de las construcciones, la ciudad no se extendía en la medida en que la población crecía, circunstancia que agravaba las condiciones higiénicas; para 1880 Miguel Cané observa el hacinamiento y la estrechez en la que vivían las clases mas bajas, salvándose la ciudad de una epidemia gracias al clima frio de la sabana. Según Isaac Holton de los 30000 habitantes con que contaba Bogotá en la década de 1850 apenas un puñado de gente tenía los medios suficientes para vivir bien. Ninguna casa era de mas de dos pisos, la mayoría era de uno, tenían el frente muy grande y el portón feo y enorme, las ventanas pequeñas, escasas y enrejadas, por donde las mujeres se la pasaban mirando a la calle como prisioneras.

Los viajeros, mas allá de la época de su estadía, se admiran del mercado de la plaza principal (ver figura 11). De acuerdo a Stubel y Reiss gracias a las especiales relaciones climáticas había pocos así en el mundo, en los que los productos de tierra caliente y los de las zonas frías se conjugaran tan idílicamente: papas, manzanas y fresas yacían al lado de plátanos, piñas, granadas, etc. Y así como se diferenciaban los frutos, así también los compradores y vendedores en los rasgos de la cara y el color de la piel. Para Rothlisberger el mercado se hallaba en buen estado de limpieza, pero para poder acabar del todo con las sobras y desperdicios echaba de menos a los gallinazos que pese a su mansedumbre habían sido ahuyentados del sitio por las pedradas de los niños. García Merou escribe: “En esos días (de mercado), de todos los puntos del horizonte llegan a la cita comercial, las unas con sus bestias vacilantes, las otras con su humilde mercadería y su numerosa familia. Se diría una peregrinación inmensa que va a llevar al altar de no se sabe que dios oscuro y vengativo” (1997, p. 179).

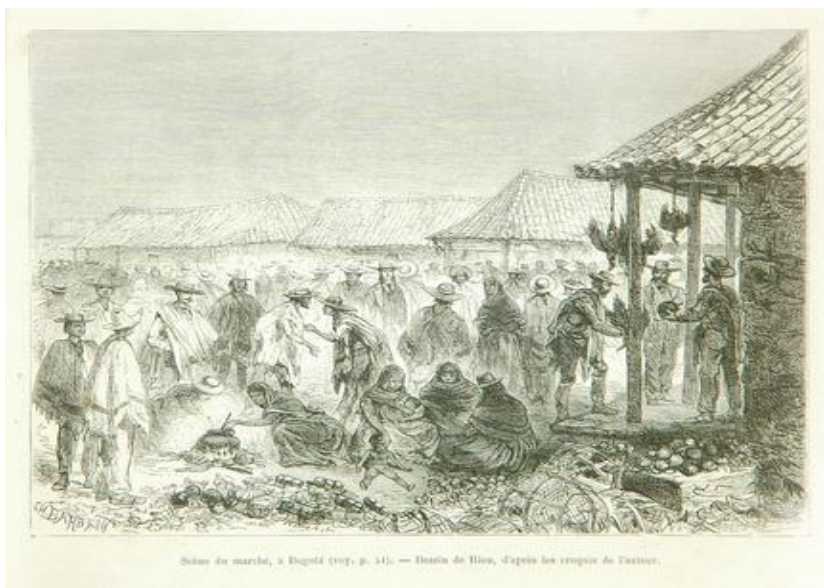


Fig.11. Escena del mercado en Bogotá

(André, E. / Scène du marché, à Bogotá (s.f.) / <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/imagenes-viajeros/artistas/Andr%C3%A9%20Edouard%20Francois%201840-1911>)

Ademas de los gallinazos, afirma Hamilton en 1825, los perros eran muy numerosos en las calles de Bogotá. Muchos de ellos no tenían amo y se comían toda la basura que podían encontrar, tanto que el alcalde tenía que de vez en cuando enviar hombres por la noche

armados con lanzas para matar los que encontraran. Las basuras en la ciudad eran un tema frecuente entre los viajeros, quienes no entendían por qué una ciudad atravesada por dos ríos y situada en las faldas de una montaña no tenía alcantarillas y dejaba toda la labor de limpieza al agua que rodaba gracias a las lluvias.

Con el advenimiento de las clases emergentes en las ciudades, la sociedad tradicional entra en crisis y comienza el enfrentamiento de la modernidad con la naturaleza y la despedida de las antiguas verdades morales: “La modernidad devora la tradición y esta reverdece como literatura” (Morales, 1993). La literatura de la nueva época intentará resolver el enfrentamiento colocando a la naturaleza como mito y arquetipo. En este sentido las culturas indígenas y sus tradiciones entrarán a hacer parte de la naturaleza, parte del arquetipo, en medio de los conflictos que generan la economía y el ascenso de una nueva clase dirigente de estirpe comercial. Cambios económicos y políticos de los que ya no se podrán sustraer, en los que tendrán junto con la naturaleza el papel de víctimas, o de victimarios.

Rivera narra: “(...) Sin gritos ni lamentos, las mujeres se dejaban asesinar, y el varón que pretendiera hacer vibrar el arco, caía bajo las balas, apedazado por los molosos. Mas con repentina resolución surgieron indígenas de todas partes y cerraron con los potros para desjarretarlos a macana y vencer cuerpo a cuerpo a los jinetes” (1985, .85).

El explorador de Zalamea reflexiona: “La mujer no se entrega sino por amor, o por dinero, Sobre todo aquí. En otros lugares tal vez lo hagan por vicio, por tedio, por curiosidad, ¿Pero, aquí? Por amor o por dinero. ¡O por hambre! ¡Sí, como las indias!” (1966, p. 202).

Las tradiciones indígenas, al estar inmersas en la oralidad y lo ritual, por fuera de la cultura escrita, no son tenidas en cuenta a la hora de definir y clasificar a los indígenas como iguales entre los demás hombres. Sus creencias y costumbres caen dentro del concepto positivista de superstición, son reducidas a una lógica primitiva, y así no logran ser valoradas como elementos culturales dentro de una nación diversa y heterogénea sino que se quedan relegadas al plano de las curiosidades selváticas. Explica el Vaquero, personaje de *La Vorágine*: “- A él le consta que si me vine no fue de miedo sino por no ‘empuercarme’ matando al Funes. Busté sabe que ese bandido debe más de seiscientas muertes. Puros racionales, porque a los indios no se les lleva número. Digale a su paisano que le cuente las

matanzas" (Rivera, 1985, p. 176). Según el Vaquiro, colono de la selva que esclaviza a los indios, éstos no hacen parte de los racionales, es decir, de los hombres, y por esta razón no vale la pena contar sus muertos. No obstante, Cova maneja una visión distinta de la del Vaquiro, en la que reconoce a los indios como hombres, pero desprecia sus saberes y costumbres. Cova no consigue nunca deshacerse de sus "ideales cultos", mediante los cuales ve y siente la realidad, a pesar de la gran frustración que le infringen, situación que le impide observar a los indígenas, y a otros personajes de la obra, como a hombres equiparables a él. Existe aquí una diferencia entre la forma como Rivera asume la caracterización de las tribus nómadas del Amazonas y los Llanos, desde la perspectiva de Cova, y la manera como Zalamea describe su encuentro con la cultura Wayu, mas numerosa y legendaria en el imaginario intelectual, ante la cual intenta ser consciente de sus propios prejuicios:

Es estupendo este indio (el Chulo), siempre lleno de burla para todo, sin darle importancia a nada ni a nadie. Parlotea un español lleno de guajirismos, que tienen en las frases tanta elasticidad como los arcos de su raza (...) Odia a los venezolanos y a los capuchinos. Dice que los roban unos y otros, dándoles por los miserables cueros pedazos de panela que no valen ni la centésima parte de lo que ganan en cada libra. Además los capuchinos son aficionados, según él, porque yo no he visto uno solo desde que me encuentro en La Guajira, a las indias.

(...) (al Chulo) Le damos de todo y se pone muy contento al ver que lo tratamos como a un compañero y no como a una bestia" (1966, p. 242).

Colombia fue una patria fundada en una nostalgia de lo foráneo debido a la destrucción de las estructuras culturales y políticas de los nativos, a esto se sumó además que en el territorio de lo que hoy es Colombia, aunque hubo culturas sobresalientes en varios ámbitos, no existió un gran imperio aborígen que dejara una estructura política perdurable, situación que no permitió un tránsito o una apropiación de la misma heredando la nueva República un tipo de administración colonial que carecía de legitimidad a la hora de fundar una nación. El patriotismo, nacido y entendido en el enfrentamiento contra España, una vez vencido el enemigo, no generó por si solo cohesión entre los diversos componentes de la población; el idioma por su parte tampoco sirvió para este efecto, pues es el mismo para muchas países que se definen básicamente por sus fronteras. Colombia es una patria territorial donde el Estado no ha cumplido la función de referente de soberanía, es decir, de responsabilidad social por sus habitantes.

3.2.2 Una ciudad de iglesias



Fig.12. Catedral de Bogotá

(André, E. / Cathédrale de Bogota <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/imagenes-viajeros/artistas/Andr%C3%A9%20Edouard%20Francois%201840-1911>)

Una influencia árabe dejada por España en América es que por tiempos de la conquista España era el territorio más urbanizado de Europa, el islam carecía de planificación urbanística y daba prioridad en su arquitectura a los intereses particulares (Cueva, 2007). La ciudad no crecía sino que se apiñaba entorno al centro evitando la periferia que era el hogar de los campesinos y los indígenas. Todavía en 1882 Ernst Rothlisberger escribía: “En los barrios extremos las casas no son sino cabañas, de modo que el que hace su entrada a Bogotá por cualquiera de sus cuatro costados no puede substraerse a la penosa impresión que provocó la exclamación del señor Cané: “¡Mais c’est un faubourg indien!” (1993, Sección Colombia y capital, parr. 31).

Lo mismo ocurría según García Merou cuando se observaba la ciudad a distancia, recostada contra los cerros de Monserrate y Guadalupe, contra cuyo horizonte no se destacaba debido a lo achatado de sus edificios y a lo homogéneo de sus techos de teja de barro, donde solo sobresalía la fachada amarilla de la catedral que con sus amplias proporciones dominaba el

panorama. Es el paisaje que visto mas de cerca Rothlisberger describiría como melancólico debido a su confusión de calles estrechas y plazas pequeñas. A Humboldt en cambio le resultaba singular, mas allá del paisaje, el hecho de que la ciudad hubiera sido establecida en una montaña a 1370 toesas de altura, una altura que sobrepasa las crestas de los Pirineos. Tal altura hacía que la sabana tuviera un aspecto otoñal y nebuloso, con poca vegetación y casi sin frutos por la ausencia de sol.

De las primeras cosas que notaban los viajeros era la ausencia de chimeneas en las casas de una ciudad fría, la causa de esto eran creencias religiosas que les atribuían poderes maléficos (Bermudez, 2001). También era común la observación de que las casas eran en su mayoría de un piso y de muros anchos, una posible explicación para esto la constituyen los numerosos temblores de tierra que acontecían en la sabana, Rothlisberger hace mención de dos durante su estadía.

De acuerdo a Holton por lo menos hasta mediados del siglo XIX no existían en la ciudad hoteles, solo una pensión propiedad de unos ingleses donde se hospedaban los extranjeros. Aunque no existían hoteles y había solo una pensión en la ciudad, se contaban en cambio algunas posadas, que Gosselmann equipara con las hospederías europeas, y algunas fondas donde se vendían comida y refrescos.

Sobre el conjunto arquitectónico de la ciudad dice Holton en 1850: "Bogotá es sobre todo una ciudad de iglesias; con una población de 29.649 habitantes no tiene menos de treinta iglesias, mientras que París con un millón de almas tiene solamente cincuenta" (1981, Sección las iglesias de Bogotá, parr. 1). Gosselmann aumenta los números a 32 iglesias y 35000 habitantes. Holton hace notar además que casi todos los edificios públicos de la ciudad fueron antes conventos o edificaciones propiedad de las distintas órdenes religiosas. Durante el siglo XIX se van a suceder, de acuerdo al gobierno y sobretodo al partido que tuviera el poder, diferentes expulsiones y expropiaciones de las órdenes religiosas, y de la iglesia católica en general, en medio del proceso de secularización del estado.

Según Miguel Cané, a diferencia de Caracas, que ostentaba su Calvario y su linda plaza de Bolívar, Bogotá no tenía paseos de ningún género, la plaza principal era un cuadrado de una manzana, sin un árbol, sin bancos, frío y desierto, tal como Boussingault describe 60 años antes que le gustaba a los castellanos. Esta carencia de zonas verdes, de árboles y parques

en la ciudad no afectaba a las élites pues sus casas poseían amplios jardines y solares donde pasear, descansar y cultivar hortalizas (Bermudez, 2001). Holton notaba en la década de 1850 que no había aceras de ladrillo y que muy pocas eran de piedras planas; además solo tenían dos pies de ancho y eran el camino favorito de las mulas que se apoderaban de ellas siempre que tenían la oportunidad. Acerca de los animales en la ciudad y su estrecha relación con los habitantes Holton continúa:

Dos o tres cerdos entraban por la puerta principal hacia el patio de atrás siempre que les venía en gana; el zaguán servía de establo al caballo del visitante nocturno, y el animal gozaba de la misma libertad que tenían los cerdos para entrar y salir. Las gallinas salían volando por las ventanas de la sala cuando algo les llamaba la atención en la plaza. Es decir, reinaba la libertad, excepto para un gallo de pelea que estaba amarrado a una piedra en el patio (1981, Sección Ibagué, parr. 46).

A pesar de la libertad con la que se movían los animales por la ciudad, y en muchas de las casas, había otras que a pesar de su insignificante aspecto externo, a decir de Rothlisberger, su interior se distinguía por la comodidad y pompa de la instalación construida según el modelo de la villa romana, cuyas estancias principales se agrupaban entorno a un gran patio. Los pobres y parte de la servidumbre vivían en los pisos bajos de las casas altas, en cuartos sin acceso al patio, sin los servicios ni las comodidades indispensables, en espacios húmedos y sin desagües. Los mestizos y los blancos pobres constituían la mayoría de la ciudad (Dueñas, 1996). Con respecto a las casas y las familias finalizaba Holton:

Pero no toda casa es un hogar. Tengo la impresión de que el verdadero hogar solo se encuentra entre las razas del norte de Europa; la palabra española casa es la traducción más cercana que conozco a nuestra palabra "home". Pero en todas mis andanzas no encontré que en ninguna parte se le diera al vocablo casa la acepción de cariño que nosotros le damos a la palabra hogar. Es posible que la falta de chimeneas tenga algo que ver con esto, porque en ese sentido nuestra choza más humilde es superior a la residencia más elegante de Bogotá (1981, el acueducto, parr. 8).

El uso indistinto de las palabras casa y hogar, y la preponderancia del uso de casa sobre el de hogar, parece no ser entendido por Holton quien le atribuye una falta de cariño a la expresión, en comparación con el inglés home, y en últimas le hace esgrimir una explicación racial donde el "hogar" y los sentimientos que implica pasan a ser una potestad de las razas europeas nórdicas. Así según el prejuicio racial de Holton en Bogotá no hay hogares sino solo familias que habitan casas.

A las seis caía la noche sobre Bogotá. Se cerraban los comercios y concluía la jornada. Las calles principales brillaban ya en 1882 con la luz eléctrica. Rothlisberger describe cómo la variedad de luces que se ven en Bogotá en un solo día son las mismas que están repartidas en las distintas estaciones del año en las tierras del norte, cosa que a su juicio compensaba un poco el desagradable espectáculo de una ciudad rodeada por bosques talados.

Uno de los placeres que los viajeros disfrutaban en Bogotá eran los paseos matutinos después de una noche de lluvia, ya que sus sentidos se recreaban con la fragancia de los arbustos aromáticos silvestres de los setos de la carretera, mezclados con rosas rojas que florecían casi todo el año. Algo que ya en 1825 impresionaba a Hamilton era la variedad de claveles sembrados en los balcones de Bogotá, de gran tamaño y de un colorido no visto por él en Europa. Es algo que hace exclamar también a Gosselmann: “La mejor muestra de Bogotá se puede descubrir desde sus balcones... Allí se nos ofrece la verdadera Colombia” (1981, Capítulo XV, parr. 76).

Holton por su parte a mediados del siglo XIX tuvo la oportunidad de asistir en diversas ocasiones al palacio de gobierno, del que escribió que estaba amoblado cómodamente pero sin lujo, con muebles que se podrían encontrar en la casa de un hombre medianamente rico. Sobre las recepciones en palacio acota que eran modestas y sencillas, acordes a la tradición republicana. A Holton le sorprende que la prisión provincial se encuentre en la misma manzana donde funciona el congreso y a menos de 200 pies de la curul del presidente del senado.

Acerca del cementerio de la ciudad Holton escribe:

El cementerio está cubierto de maleza y ya no se ven los caminos entre las tumbas. En el centro se encuentra la de un embajador británico rodeada de una verja de hierro, cuyos barrotes han ido quebrando o arrancando para llevárselos. Dicen que los ladrones saltaban el portón, por el espacio debajo de la arcada (1981, Sección Bogotá parte 2, parr. 14).

Holton considera que a los bogotanos y en general a los granadinos no les interesa construir sus cementerios en el campo, en sitios amplios o parajes románticos, sino que lo hacen en la ciudad en lugares estrechos debido a que creen más en la conservación de los monumentos sobre la tierra que en la sacralidad de los huesos bajo ésta.

Un edificio que causaba admiración, por lo inesperado, es el observatorio astronómico, así lo refiere entre otros Boussingault: “Pero un edificio que nadie esperaba encontrar a una altitud absoluta de 2.650 metros cerca al ecuador, es un observatorio astronómico; éste se debió a la iniciativa y al entusiasmo de un ilustre sabio español, convenido más tarde en americano, el doctor Mutis” (1985, Sección Bogotá parte 2, parr. 66).

Cuando parte el viajero de *Cuatro años a bordo de mi mismo*, también tiene una primera impresión de la ciudad que deja: “Yo vivía en una ciudad estrecha y fría, desastrosamente construida, con pretensiones de urbe gigante. Pero en realidad no era sino un pueblo de casas viejas, bajas, y personas generalmente antipáticas, todas vestidas con trajes oscuros” (Zalamea, 1966. p.18). No se trata aquí de una visión de asombro sino de cansancio, que coincide con las de los viajeros extranjeros entorno a la estrechez, la poca altura de las casas (casi todas de un piso), y los trajes oscuros de la gente. También cuando llega a su destino, La Guajira, el viajero – aventurero de *Cuatro años a bordo de mi mismo* tiene una primera impresión del lugar, al cual compara con Bogotá:

Si no fuera por las indias éstas, buenas, fáciles, generosas, sería imposible vivir en La Guajira. En esta tierra llena de cortes y de aristas, espinosa y terrosa y ventosa. Tierra de sed, de sol, y de sueño. Tan distinta de mi Bogotá, tierra fresca eternamente, con su clima invariable, que no oscila en el termómetro; que permanece inmóvil con sus nubes situadas en los mismos lugares, con las mismas formas que se deshacen en un tiempo medido (Zalamea, 1966 p. 210).

A pesar de su arquitectura, su gente y su clima, que ahora aparece no como frío sino como fresco, el viajero añora Bogotá por lo que tiene de predecible como ciudad. Esta es una impresión que contrasta con la de Cova en La vorágine, para quien la selva es algo distinto de lo que había supuesto y esperaba. Cova padece una selva que está fuera de sí por la incursión de fuerzas extrañas a ella, del comercio, los caucheros, la violencia, en suma de la modernidad que abre paso entre sus ramas.

4 Tercera Jornada: Viviendo en la ciudad

4.1 Distintos tipos de gente

Todavía persisten las costumbres ridículas españolas en Colombia de ofrecer al visitante cualquier cosa que admire en la casa; ya que los colombianos han asumido un nuevo carácter, deben abandonar estos cumplidos vacíos de sentido y ofrecer únicamente lo que ellos tengan

intención de regalar. El señor Cade y yo nos divertimos mucho una mañana al recibir una tarjeta impresa del Subsecretario de Relaciones Exteriores con la siguiente leyenda: "La señora de..... tiene el honor de ofrecer a la disposición de usted una niña que ha dado a luz". Yo tengo media docena de hijos en Inglaterra y decliné el atento ofrecimiento de recibir un nuevo bebé (1955, Parte 4, parr. 75).

La costumbre de ofrecer por cortesía lo que el visitante admire es criticada por varios viajeros a lo largo del siglo XIX. Se trata de un protocolo que todavía puede observarse no solo en los pueblos sino en las ciudades de Colombia. Otro tipo de cortesía que es criticada por los viajeros, en especial por Rothlisberger, es la de las visitas protocolarias:

A su llegada, el extranjero recibe la visita de las personas que desean tener trato con él. La mayor o menor rapidez con que devuelve la visita, da la medida de la confianza concedida a la relación que se acaba de establecer. El forastero comienza por hacer sus visitas, y ello sólo los domingos por la tarde, entre la una y la tres. Esto constituye un tormento para la persona necesitada de descanso, y yo me substraigo lo antes posible a tal compromiso, aun a riesgo de que se me atribuyeran tendencias de misántropo. Estas visitas, por otro lado, no aprovechan en nada al espíritu y son demasiado formulistas y rígidas. Se habla del tiempo y siempre hay que responder a las mismas preguntas: "¿Se encuentra a gusto en Bogotá?" "¿Tiene usted noticias de su familia?", etc. Si se ha establecido algo más de confianza, se inquiere: "¿Cuántos son ustedes en la familia?". Cuando se tiene la impresión de que las visitas no resultan desagradables en una casa, se las repite con mayor frecuencia, y entonces, como testimonio de confianza, se recibe la invitación para tomar por la tarde el refresco, al que sigue una horita de charla (1993, Sección vida y trajines en Bogotá, parr. 16).

Ya Humboldt empezando el siglo XIX había criticado el excesivo protocolo de Mutis quien había destinado los primeros 8 días de su estadía en Bogotá a comidas y agasajos en los que se no se hablaba de botánica, lo que constituía un desperdicio de tiempo para Humboldt. No obstante lo protocolarios que les resultan los bogotanos, los viajeros también extrañan sus propios protocolos, como le sucede a Rothlisberger quien lamenta que las hijas de las familias bogotanas se decidan a intervenir sin preámbulos en las visitas antes que dejarle ese papel a sus madres. El protocolo, pero sobretudo la amabilidad y hospitalidad, es algo que por el contrario hará escribir a Cané: "En tierra colombiana, todos los obstáculos que la topografía de aquel país ofrece al viajero, se me han hecho leves por la incansable amabilidad de cuanta persona he encontrado, desde la gente culta hasta el indio miserable" (1907, Sección Cuadros de viaje, parr. 30). Ser extranjero en Bogotá, y en general en Colombia, era sinónimo de ser objeto de pleitesías y prebendas. No obstante, a lo largo del siglo XIX, también llegaron aventureros y estafadores que se encargaron de enlodar el buen nombre que tenían los extranjeros, sobretudo en el caso de la costa atlántica. Otra muestra

del protocolo de los bogotanos nos la ofrece Margerite Combes en su libro sobre los pasos de Roulin en Bogotá:

El día que envié, lleno de ilusiones (Roulin), la obra concluida a casa del cliente, recibí por respuesta un caballo con una esquila que terminaba así: "Había en un principio pensado pagar a pintor tan hábil; pero al fin de aquellas agradables sesiones donde él se había hecho poco a poco amigo de toda su familia, pensaba que era del todo imposible enviarle una suma de dinero sin ofenderle. Por tanto, tenía el gusto de ofrecerle el caballo que figuraba en el cuadro." (1942, XIV).

De acuerdo a Rothlisbeger Bogotá era para la mayor parte de colombianos, a quienes les faltaban puntos de comparación, el verdadero El Dorado, la más atractiva de todas las ciudades de la tierra. En parte por esto, y por la idea de que la civilización se cultivaba en la ciudad – mas exactamente en su centro- y no en los campos adyacentes, tierra de campesinos e indígenas, a los habitantes de la ciudad no les agradaban mucho las excursiones a los alrededores sino que preferían limitar sus paseos en lo posible a la calle Real (ver figura 13) o transportar en caravanas de mulas sus casas ("la civilización") a las haciendas y casas de campo en complicadas travesías, circunstancia en la que se diferenciaban de la simplicidad viajera del resto del país. Esta falta de gusto por los viajes, incluso por los cortos a las afueras de la ciudad, fundada en la creencia de que lo propio es lo civilizado, en ser la heredera de lo español pero también de lo republicano, en ser la capital y el centro del país, va a determinar una falta de interés y un aislamiento voluntario de otras regiones y ciudades y a la vez una pleitesía con todo lo extranjero que constituía en últimas aquello de lo que se sentía representante. Una tendencia que va a marcar el carácter ensimismado de la ciudad y sus tradiciones en diálogo consigo mismas.

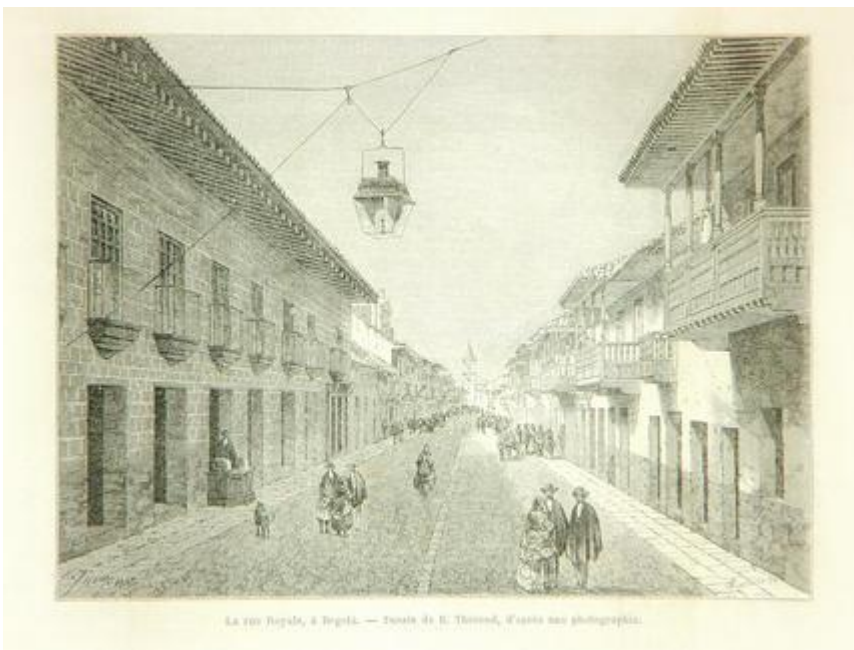


Fig.13. La Calle Real en Bogotá

(Saffray, C. / La rue Royale, à Bogotà (s.f.) / Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/imagenes-viajeros/artistas/Saffray%2C%20Charles>)

Isaac Holton es un viajero que, quizá por su oficio como pastor protestante, va fijarse mucho en el ámbito familiar, en la crianza, los niños y las mujeres. A decir de Holton el trato a los niños era mucho menos cariñoso en la Nueva Granada que en Estados Unidos, pues la única caricia que se les permitía era besar la mano de los padres, tipo de beso que es de los pocos que ve en la ciudad y en el país. Para Holton los habitantes de la ciudad al saludar mas que besarse se abrazaban, el saludo con beso a no ser que fuera en la mano era poco frecuente, tanto en el pueblo como entre la élite. Holton criticaba además la falta de respeto filial y el hecho de que los niños fueran insolentes y agresivos con los padres, la falta de castigo para tal conducta y la ausencia de disciplina. Como era su costumbre, Holton a la vez que citaba causas educativas insinuaba también explicaciones raciales:

Ya me había despedido de todos y estaba al pie de las escaleras del corredor cuando la adorable monita me agarró de las piernas y declaró que yo no debía irme. Esta chiquilla es una excepción entre los niños granadinos porque aquí son muy pocos los que saben qué es querer o que los quieran. Nunca conocí otro niño como la Mona, parecía más bien de raza nórdica (1981, Sección Roldanillo y la ley parte 2, parr. 27).

De acuerdo a Rothlisberger las jerarquías sociales en Bogotá estaban construidas sobre diferencias raciales y económicas. En este sentido una de las primeras circunstancias que notaban los viajeros era la ausencia de negros en Bogotá, ciudad donde el mestizaje se daba básicamente entre indígenas y blancos. Según Hamilton los criollos, o descendientes de españoles, trataban a sus esclavos y servidumbre con mucha más bondad e indulgencia que los ingleses. Los criollos constituían la oligarquía bogotana, una oligarquía proveniente de una sociedad de castas en la que prevalecía el interés privado sobre el general, donde los vínculos de lealtad y confianza se preferían a los de eficiencia y talento, y donde las identidades de los grupos dominantes se encontraban más en el exterior que en el interior. Una de esas identidades, que marcó en buena parte la mentalidad de la burguesía y la oligarquía fue la tradición caballeresca española que tuvo su origen en el islam, en la *futuwa* o nobleza del alma que incluía las virtudes del denuedo, la magnanimidad y la generosidad. Estas virtudes, que terminaran volviéndose ideales, al no estar ancladas en lo local sino en lo externo, van a ayudar a forjar un extrañamiento en la burguesía y la oligarquía, quienes ven la precariedad y la lucha por la sobrevivencia entre los pobres como si se tratara de un país extranjero. No obstante el referente externo, la identidad caballeresca también va a contener un apego hacia la tierra, un arraigo hacia la cultura de la hacienda, del señorío y la hospitalidad: “Dar es señoría, recibir es servidumbre” (Cueva, 2007, p. 232). A pesar de lo urbanizado del mundo colonial las mentalidades conservaron el arraigo a la tierra, circunstancia que no significó una valoración de lo indígena ni de las tradiciones campesinas. En Bogotá los máximos herederos y representantes de lo caballeresco fueron los cachacos, personajes con los que a la postre se terminó también identificando a la ciudad. Holton escribe sobre ellos a mediados del siglo XIX: “Mi amigo era un cachaco, nombre que aquí dan a los jóvenes que usan saco y cuyo significado exacto incluye el sentido de la gama de palabras que en inglés va desde *buck* (lechuguino) pasando por *dandy* hasta *gentleman* (caballero)” (1981, Sección Posada en Bogotá, parr. 31).

Rothlisberger en la década de 1880 anota:

El cachaco encarnaba el risueño y espontáneo gozo de vivir, la constante disposición a la broma y a la chanza, pero todo ello unido a una fina discreción y lleno de dignidad. En cambio, el pepito es el pisaverde de capital, aburrido de todas las cosas, sentimental e infatuado, que sólo en la moda y en el lujo refinado es capaz de hallar alguna diversión, y que huele de

continuo a perfumes. El pobre, el triste “joven viejo” (1993, Sección Vida y trajines en Bogotá, parr. 8).

Cané también en la década de 1880 escribe:

El *cachaco* es el tipo simpático, popular, bien nacido (como en todas las repúblicas, hay allí mucha preocupación de casta), con su ligero tinte de soberbia, mano y corazón abiertos. Pero el *cachaco* se va; yá los de la generación actual reconocen estar muy lejos de la *cachaquería* clásica del tiempo de sus padres (1907, Sección La sociedad, parr. 7).

Empezando el siglo XX escribe Walter Rothlisberger, el hijo de Ernst Rothliberger, en el prólogo al libro de su padre:

En cuanto a la descripción de los personajes típicos de la vida urbana, notaremos que el simpático cachaco, representante de la libre y desenfadada soltería, ha pasado a formar marcada minoría frente al pepito, el haragán de oficio. Por desgracia, la cifra de los que llenan todo el santo día de conversaciones ingeniosas o vanas, matando realmente el tiempo, es todavía muy grande en Bogotá (...) Por tal razón, el extranjero que fue testigo de la miseria reinante tras la guerra mundial, y que se lanzó por el mundo a ganarse duramente la vida y a cooperar en la forja de una nueva edad, podrá ser que se sienta separado por un profundo abismo de los muchos charlatanes que en Bogotá se encargan de esfumar la impresión de una seria voluntad de trabajo (1993, Sección Vida y trajines en Bogotá, parr. 61).

Hettner por su parte los encuentra no muy refinados. En sus residencias haya numerosos espejos y muebles, pero los cuadros que adornan las paredes son a su juicio de mal gusto, simples litografías populares en Europa. Röthlisberger da una visión más positiva y anota que en ninguna de sus residencias falta un piano y que durante su estadía en Bogotá disfrutó del trato culto y de la excelente atmósfera cultural existente en numerosas familias bogotanas (Jaramillo, 2002). Holton entretanto los destaca como maridos por encima de los franceses, mientras que Cané deplora por su parte la costumbre de que los hombres insultados en su honor o en su reputación adviertan a sus enemigos que se tienen que armar porque podrán ser atacados en cualquier parte donde se encuentren.

Cachaco y poeta, Arturo Cova suma a la tradición caballeresca la pose artificial del poeta romántico cuyos sentimientos yacen desadaptados al mundo. A pesar de que Rivera afirme que es el escenario de la selva el que le impone a su relato la forma intempestiva y episódica, es claro también que el conflicto interior de los personajes principales no nace en la selva, solo se fataliza en ella. Las historias de Clemente Silva, Franco y Arturo Cova, comparten una misma experiencia psicológica de la realidad, matizada de uno a otro por las

condiciones sociales y los escenarios rurales o urbanos de sus vidas, donde la idealización moral de los propios sentimientos y anhelos es la conducta vital con la que enfrentan al mundo y también la causa última de sus tragedias. Dice Cova: “Respecto de Alicia, el mas grave problema lo llevo yo, que sin estar enamorado vivo como si lo estuviera, con la convicción íntima de que mi idiosincrasia caballeresca me empujará hasta el sacrificio, por una dama que no es la mía, por un amor que no conozco” (Rivera,1985, p.17).

La idiosincrasia caballeresca a la que hace referencia Cova, además del sentimentalismo y la voluntad de sacrificio, lleva también aparejado el ideal de las buenas maneras. Para Ardila (1986) el ideal de las buenas maneras, tiene que ver con el de desarrollo de Colombia como país de ciudades y municipios, en el que los ideales de conducta han estado asociados a lo urbano como lo civilizado, lo culto. En este sentido, las buenas maneras han hecho parte del protocolo social en las ciudades, sobre todo entre las clases altas, que generalmente terminan por convertirse en el referente de las demás; también el buen uso del lenguaje ha hecho parte de estos ideales cultos, que han llegado a confundirse con el significado de cultura en la forma de una valoración de la gramática, las artes (poesía), la política (retórica), pero no así de la ciencia, de los oficios prácticos, ni de la investigación que podría replantear costumbres. La preservación de los ideales cultos se explica, según Ardila, por el aislamiento interno y externo del país que hace que se refuerce lo autóctono en la forma de una melancolía por el pasado, una tendencia atávica que al carecer de otros referentes se cierra sobre sí generando violencia frente a los cambios (dogmatismo) (Tabares, 2014).

La idiosincrasia, en este caso la caballeresca con sus ideales, se basa en el prejuicio, en el reconocimiento de lo igual por falta de otros referentes. Las identidades forjadas en la colonia terminaron por convertirse en idiosincrasias, en escenificaciones de modos de ser que no cambian, en parte debido al trauma fundacional de la conquista (miedo) que al no estar culturalmente elaborado puede repetirse por la inercia de las mentalidades (Cueva 2007), es decir, por simple resistencia al cambio. Las idiosincrasias cuando por repetición se vuelven patrimonio cultural, es decir una conducta a imitar y conservar, como la caballerosidad de los cachacos en Bogotá, impiden que haya una conciencia del así somos y del qué hay que hacer para cambiar, se transforman en un prejuicio que no solo no

transmite experiencia sino que la impide, la experiencia queda como privilegio de aquellos con acceso a ella, un privilegio social y educativo (clases altas).

A partir de 1830 se empieza a distanciar un sector de la sociedad bogotana gracias al consumo de productos importados, se da un exclusivismo y refinamiento del gusto, una reproducción de la desigualdad en términos del modelo de distinción de Bourdieu (Fischer 1999). Para Hettner y Rothlisberger este exclusivismo y refinamiento da lugar a nuevas conductas sociales en lo referente a la intimidad, tal y como estaba en auge en la cultura europea. No obstante no sucede lo mismo con el concepto de ciudadanía, en el que pesaban todavía prejuicios y barreras interétnicas entre las antiguas castas ahora clases sociales. Para 1850 se da una bonanza de las exportaciones que amplía más las diferencias entre clases, la clase alta se acerca a la iglesia y la clase media se convierte en la compradora de las tiendas de los ricos. Solo 150 familias conformaban en 1884 la clase alta (Fischer, 1999).

La caballerosidad y sus ideales eran solo unas de las características del cachaco, características que no se limitaban a la burguesía y la clase alta bogotanas, se trata de unas conductas que se extendieron a lo largo de América latina tomando sus matices en cada región. Esto, sumado al influjo de la iglesia católica, al idioma y a los puntos en común de la historia de la conquista y la colonia en los distintos países latinoamericanos, hace posible hablar de mentalidades e idiosincrasias comunes o por lo menos paralelas en el continente. Es lo que de otro modo señala Cané:

Debía nuestro idioma tener otra palabra para designar los pueblos idénticos á nosotros. No puedo conformarme en designar con la misma voz a un uruguayo ó á un colombiano, que á un alemán ó a un ruso. En el corte moral, somos iguales, como en el tipo físico, en las maneras, en el calor de los cariños, en la rapidez del entusiasmo, y lo diré? en la ligereza con que nos formamos opinión sobre las cosas y los hombres. Concebimos bajo las mismas leyes intelectuales, como aspirarnos á la fortuna con idéntico propósito, como con igual desenfado la echamos por la ventana una vez conseguida (1907, Sección El receso, parr. 12).

Otra de las características del cachaco y en general de los bogotanos era su afición por la política y la retórica. Rothlisberger y Thielmann coinciden en el hecho de que la política ocupaba las mentes de los bogotanos en la forma de intrigas, rebeliones, fraseología vacía, y en el anhelo de obtener cargos públicos para señalar o perseguir a sus enemigos. Rothlisberger escribe: "Aquí es textualmente cierto que la política corrompe el carácter. Ella es quien implanta aquella vacuidad y aquel vicio de la fraseología que sientan tan

desagradablemente al que llega de fuera. Así, por ejemplo, me decía una vez un partidario de la incineración de los cadáveres que ésta era “su sueño dorado” (1993, Sección Vida y traines en Bogotá, parr. 21)

No obstante, en cuanto al anhelo de obtener cargos públicos, Holton en 1850 es testigo de otra actitud:

Para el ciudadano son una verdadera pesadilla pues la mayoría de los puestos oficiales de segunda categoría no tienen salarios ni honorarios que compensen el trabajo y la responsabilidad, y la única manera de evadir el nombramiento es presentar un certificado médico (...) Vi a un hombre que no quería ser juez de distrito, rogarle a un médico que le diera un certificado a fin de poder rechazar el nombramiento, y es así como este importante cargo ha caído dos veces, hasta donde yo sé, en manos de hombres que no saben leer ni escribir (1981, Sección Extranjeros en Bogotá, parr. 13).

4.2 El juego y la celebración

El gusto por la retórica y la fraseología entre los cachacos va a tener otro escenario aparte de la política, será el de la conversación casual y las veladas literarias llamadas también Mosaicos. Cané escribe: “El sprit chispea en la conversación; una mesa es un fuego de artificio constante; el chiste, la ocurrencia, la obsevación fina, la quarteta improvisada, la décima escrita al dorso del menú, el aplastamiento de un tipo en una frase; la maravillosa facilidad de palabra... no tiene igual en ninguna otra agrupación americana” (Fischer, 1989, p.51).

Junto con el gusto por la retórica y la fraseología estaba la afición al sofisma producto de la educación que se impartía en los Colegios Mayores y las Universidades donde todavía en el siglo XIX dominaba la teología y la jurisprudencia, aun no los saberes prácticos ni las ciencias. El tipo de hombre que así se producía era dado a las discusiones fútiles, al ingenio verbal, y a los temas especulativos y poco concretos, este era el patrón a imitar dentro de la población pues era lo considerado culto en la ciudad.

Trátese de cachacos, burgueses, sirvientes, estudiantes, etc... la capacidad de observación de las diversiones de la gente va a depender en buena medida de la adaptación y los círculos sociales en los que se muevan los viajeros, de su habilidad e interés para socializar. Por

ejemplo, de los viajeros solo Cané refiere este tipo de celebración cotidiana entre los cachacos:

La intriga se arma en la Calle de Florián, preguntando á éste y á aquél, si están invitados á la tertulia en casa de X. ..y cuando llega la hora del *altozano* toda la cachaquería no habla de otra cosa. Al fin, la especie llega á oídos de la víctima elegida, que, si es hombre de buen gusto, sonrío e invita (...) Cuando la maquinaria no da resultado, entra á funcionar la gruesa artillería y se organiza un *asalto*. Se elige una casa de confianza, se pasa la voz entre diez o doce familias y todo el mundo cae de visita, á una misma hora, por casualidad. Mientras la dueña de casa se toma la cabeza entre las manos (...) En los últimos tiempos se ha introducirlo una ligera reforma al sistema de asaltos: se avisa un par de horas antes al propietario ó á la señora de la casa designada, no para darle tiempo de defenderse, sino por pura cuestión de sibaritismo: es para que el champaña esté helado y los *sandwichs* frescos (1907, Sección La sociedad, parr. 11).

Mientras Cané da testimonio de las diversiones cotidianas de un sector de los bogotanos, Rothlisberger intenta buscar los sitios de diversión de la juventud, y en su esfuerzo encuentra solo un café: “La rosa blanca” donde los jóvenes se congregaban a jugar billar, conversar, comer y beber; encuentra además algunas tabernas donde se debía beber de pie y muchos salones de juego, que juzga demasiados para una ciudad como Bogotá. Rothlisberger culpa a la ausencia de otras diversiones el hecho de que los salones de juego proliferen en la capital. Pero no solo Rothlisberger finalizando el siglo XIX, también Boussingault, Hamilton y Gosselmann empezándolo ya hallaban excesiva la afición al juego en la ciudad. Hamilton escribe:

Esta pasión ha demostrado ser la ruina de Suramérica, si no se toman medidas firmes por el Senado y el Congreso para detener su desarrollo, y si fuere posible, extirpar este veneno de la mente de todas las clases sociales; pues los antiguos grandes de España, los caballeros, los mecánicos, los indios y los negros son todos igualmente adictos a este vicio fascinador. Uno de los juegos predilectos entre la clase baja, se denomina “Más diez” (1955, Parte 1, parr. 15).

Los viajeros en general se quejan de la afición al juego extendida no solo en Bogotá sino en toda Colombia. Ya en el siglo XVI España se destacaba por su afición al juego y al azar, los conquistadores y soldados errantes y desempleados, habitantes de poblaciones indias, no tardaron en aficionarse a los naipes, las peleas de gallos, etc (Cueva, 2007). Además en un mundo altamente jerarquizado como el de la colonia eran la suerte y el azar los que parecían conferir alguna movilidad a la gente y los bienes. En un mundo inmenso como el americano, donde el poder del rey español se diluía, donde la naturaleza predominaba sobre las leyes, los juegos de azar daban una ilusión de conquista y merecimiento. La suerte,

sin desligarse de lo natural, permitía imponerse a la precariedad. Cuando las circunstancias son precarias, en términos de lo que se puede predecir y hacer, cuando la autoridad y la ley no funcionan o simplemente se imponen con violencia, la mentalidad asocia la precariedad con la astucia para la mínima sobrevivencia, lógica que el juego reproduce, pues sus expectativas incluyen las excepciones a la regla o la violación de estas con impunidad. Por otro lado, donde la creencia en la riqueza fácil surge por la prodigalidad de la naturaleza y el privilegio improductivo sobre la tierra, sobre la disponibilidad de tiempo y espacio en un continente vasto, el juego cobra mayor sentido aunque en si no produzca nada mas allá de un desplazamiento de propiedades. Igualmente el derroche y la dilapidación no son raros allí donde el azar y la precariedad se combinan, siempre pueden encontrar una excusa para la impotencia de dominar los recursos naturales y humanos. Boussingault cita un ejemplo:

La pasión del juego llevada al extremo, como sucede en toda sociedad ociosa e ignorante y que no tenga ninguna aspiración hacia cosas más elevadas; hombres y mujeres jugaban de una manera desenfrenada: yo me encontré alguna vez en una tertulia en donde se comenzó por jugar una peseta y el ánimo llegó a tanto que en el curso de la noche el general Urdaneta perdió 20,000 pesos. Durante las fiestas nacionales se apostaba en la plaza pública y las señoras del mejor mundo arriesgaban sumas considerables y tal era su entusiasmo que su juego no tenía interrupción; nada las habría hecho desplazarse (1985, Sección Bogotá, parte 2, parr. 20).

Al igual que los bogotanos, las bogotanas también disfrutaban del juego. Algo que impacta a los viajeros es que las damas de Bogotá fuman a la par con los hombres. Boussingault cuenta de fiestas organizadas con este fin, donde hombres y mujeres departían con juegos dispuestos en mesas, cigarros, chocolate, dulces, apuestas y tertulia. Se fumaban especialmente puros (tabaco), que las mujeres encendían y ofrecían a los hombres, costumbre que también se practicaba en Santa Martha y Cartagena. Los puros eran valorados no solo por los fumadores y las fumadoras sino como moneda de cambio por negros e indígenas cuyas apuestas en las mesas de juego eran pequeñas y coincidían muchas veces con el precio de una unidad: un cuarto de real. También eran usados para transacciones comerciales, según cuenta Gosselmann. Pero no era así en todo el país, en la provincia de Antioquia los puros eran considerados objetos de lujo.

Entre las diversiones de Bogotá se contaban los domingos por la tardes las riñas de gallos, espectáculo muy elegante, de acuerdo a Hamilton, que sin embargo estaba abierto a todas

las clases sociales, y en el que se apostaban fuertes sumas de dinero. No era de sorprender encontrar en los patios de algunas casas una o dos docenas de gallos de pelea ingleses, que eran transportados por los cargadores indígenas en pequeñas jaulas a sus espaldas. Entre 1825 y 1826 Gosselmann anota:

(...) ingresan los dueños de los gallos con estos bajo el brazo. Al encuentro les salen dos tipos que con un limón rebanado, primero, y luego con agua y una toalla secan cuidadosamente las patas y el espolón o arma del gallo para así evitar las posibles puntas envenenadas. La pasión por este espectáculo es tal que puede verse a un esclavo negro llevar una gran bolsa repleta de onzas, con la que los dueños de los gallos hacen sus apuestas, así como también a señores del mejor linaje sacar su gallo favorito, oculto bajo unas mantas. Aparte de esto los habitantes de Bogotá no tienen ningún posible espectáculo, y aunque existe un teatro grande y bien decorado, desde la salida de los españoles no se hacen representaciones. Las únicas que pueden realizarse están en manos de grupos de estudiantes. (1981, Sección Viaje por Colombia, parr. 17).

En cuanto a la danza en las celebraciones, Rothlisberger se queja de que en la capital, en las fiestas de la burguesía, suelen bailarse casi exclusivamente danzas foráneas, relegándose cada vez más el pasillo y otras aires andinos. No obstante esta circunstancia solo es propia de Bogotá pues en ciudades como Cartagena y Santa Martha, a la par de los vales europeos entre las clases altas, se bailaban los aires típicos, también sucedía así en Cauca y Chocó, sobretodo en esta última región donde los bailes y la música africana dominaban la escena.

La Navidad coincidía con la temporada de toros, diversión que según Holton estaba prohibida en Bogotá debido al gran número de heridos y muertos que dejaba. No obstante se llevaba a cabo en Fusagasugá, un poblado cercano a Bogotá, promediando la década de 1850 Holton escribe:

A pesar de haber oído hablar de la crueldad de ese deporte, estaba decidido a conocerlo; pero después de asistir, quedé convencido que de deporte y de cruel no tiene nada (...)Al toreador ya no lo llaman matador porque ya no sacrifica al toro; en cambio, a veces este último por accidente si mata al torero. El diestro no lleva armas y en ocasiones tira la ruana sobre la cabeza del toro, cubriéndole los ojos y entonces es divertido ver cómo el animal se la quita de encima sin romperla. Es obvio que antes del espectáculo liman las puntas de los cachos de los animales (1981, Sección Bailes y toros parte 2, parr. 4).

Ya 30 años antes Gosselmann había notado que las corridas de toros en Bogotá estaban pasando de moda y quedarían con el tiempo en el olvido. A pesar de que Holton diga que su prohibición se debió al número de muertos y heridos que dejaba, no es claro que fuese así,

pues de acuerdo a Gosselmann ya 30 años antes del viaje de Holton las corridas no eran espectáculos sangrientos: el toro era controlado por medio de una soga amarrada a sus cuernos y el torrero iba desarmado. Margerite Combes (1942) también hace un comentario al respecto: “Roulin y su mujer, a veces hacían excursiones en compañía de sus amigos. Con éstos asistieron a las corridas de toros, que eran tan poco sangrientas que hubieran hecho la desesperación de un español auténtico, pues los toros de Nueva Granada, como los indios de Bogotá, no llegaban nunca a enfurecerse” (1942, p. 79).

La tauromaquia introdujo sin embargo todo un lenguaje donde la suerte se fundía con la bravura y la fiereza, cualidades del toro de lidia.

En navidad, la época de los toros, en alguna gran sala de la ciudad se exponía el pesebre. De acuerdo a Rothlisberger este representaba propiamente el lugar del nacimiento de Cristo como podría mostrarse en un teatrillo de feria. En primer término aparecían en la escena toda clase de figuras automáticas, o bien se ofrecía al fondo una pequeña embocadura de teatro de títeres. Los comediantes que allí intervenían eran gentes del pueblo. Todo cuanto de chiste y humor palpitaba en las capas populares de Bogotá se hacía patente allí. Todos los sucesos cotidianos salían a relucir en forma cómico-satírica, lo mismo el congreso que las altas personalidades, y también tipos extranjeros.

4.2.1 Un licor local: la Chicha

La adaptación de la cultura muisca fue mas una resistencia que la preservación de un corpus mágico, debido a esto la cantidad de quejas sobre sacrificios y borracheras con chicha obedece mas a la conquista misma, a sus violencias y asimilaciones dentro de una cultura que, a decir de Jiménez de Quesada, era muy religiosa (Langabaek, 2005). La chicha como licor local de los Muiscas estaba reservada para las celebraciones oficiales y los ritos, no era una bebida de consumo cotidiano como terminó convirtiéndose en la Colonia. El alcoholismo de los indígenas, del que se quejan los viajeros, es algo que tiene mas bien que ver con los drásticos cambios y sufrimientos que trajo la conquista y el sistema de castas todavía imperante en el siglo XIX. Los descendientes de los indígenas eran los nuevos labriegos y campesinos pobres sin posibilidad de promoción social ni oportunidades,

dentro de sus pocas diversiones estaba el consumo de chicha. Rothlisberger veía así a los descendientes de los muisca:

Ni pendenciero ni vengativo, ni comunicativo ni servicial, ni cobarde ni emprendedor, ni depravado ni vicioso (a lo sumo, un tanto propicio a entregarse al quitapesares de la embrutecedora chicha), el muisca es todavía un incompleto elemento de civilización, una roca a la que queda aún por arrancar el agua mediante la varita mágica de la inteligencia (1993, Sección Conquista del país parte 2, parr. 14).

A pesar de ser profesor, Rothlisberger no ve la situación de los muisca en un contexto más allá de su idea de “civilización”, cree que el problema es simplemente educativo cuando en verdad se trata de un problema social, de un asunto que no se resolverá hasta que los descendientes de los muisca reelaboren su cultura y desde ella, en condiciones de igualdad, demanden o exijan lo que les ha sido quitado. En la opinión que Rothlisberger tiene sobre los muisca hay otros dos puntos que llaman la atención: uno es el adjetivo de “embrutecedora” que le da a la chicha y el otro es la descripción de los muisca como “ni depravado, ni vicioso”. Entorno al primer punto la fama de “embrutecedora” que tenía la chicha se debía a que era el licor tradicional del pueblo, por ende todos los problemas sociales anexos al alcoholismo eran a la postre problemáticas generadas por la chicha y su “capacidad degenerativa”. Esta mala fama de la chicha fue aprovechada empezando el siglo XX por la naciente industria cervecera para desacreditarla publicitariamente y reemplazarla en el gusto popular por la cerveza, que tomada en iguales proporciones causaba los mismos efectos. En cuanto al segundo punto “ni vicioso ni depravado” es una observación general de los viajeros que la ingesta de chicha o de cualquier otro licor no excitaba la libido de los indígenas, que podían beber a la par hombres y mujeres sin que por esto hubiera hechos obscenos que lamentar, así lo describe entre otros Boussingault:

Asistí a una borrachera y me di cuenta de lo que cada indio tomaba, tanto hombres como mujeres y era algo increíble. Estas gentes silenciosas hasta el punto de que uno podría creerlos mudos, bajo la influencia del alcohol, hablan sin parar, se agarran del cabello, luchan y caen como muertos y se duermen; las mujeres se emborrachaban a la par con los hombres; pero no había durante este episodio, ningún acto obsceno; lo que no habría faltado si fuera en Europa; realmente son más castos los indios desnudos que los que están vestidos (1985, Sección Viaje a la región aurífera parte 4, parr. 31).

Miguel Cané anota por su parte sobre los efectos atribuidos exclusivamente a la chicha::

En Bogotá he notado con asombro la viveza chispeante de los *cachifos* de la calle (pilluelos), cuyas respuestas en nada desmerecerían de las ocurrencias de un *gamín* del *boulevard*. Entretanto, los indios adultos tienen la fisonomía muerta y el espíritu embotado. Los estragos de la chicha son terribles, sobre todo en las mujeres, aglomeradas siempre en las puertas de los inmundos almacenes donde se expende la bebida fatal. Abotagadas, sucias, vacilantes en la marcha, hasta las más jóvenes presentan el aspecto de una decrepitud prematura (1907, Sección Las últimas jornadas, parr. 8)

A la par con los indígenas bebían los campesinos los días de mercado en Bogotá, muchos de ellos regresaban si un cuartillo de dinero a sus hogares, después de protagonizar escenas violentas y repugnantes, a decir de Holton. Las tiendas donde bebían eran llamadas chicherías y eran las únicas que quedaban abiertas después de la puesta del sol. Aparte de las borracheras de indígenas y campesinos, los criollos son descritos como bebedores moderados. Holton escribe que los granadinos (criollos) se emborrachan hasta el punto que quieren hacerlo y generalmente se sacian antes de emborracharse, a diferencia de los europeos que lo hacen hasta que no les cabe una gota más. Para Holton la diferencia no está en el tipo de bebida, pues pasa lo mismo con licores fuertes que con suaves. Se sorprende además de que queden tan pocos borrachos después de veladas en las que se bebe tanto, y que no se susciten peleas, especialmente entre gentes en quienes la embriaguez no merma la reputación, y en un país con una guerra civil cada 10 años

La de Holton, promediando el siglo XIX, es una opinión con la que ya 30 años antes está de acuerdo Gosselmann, quien critica el mal ejemplo de los extranjeros residentes quienes consumían cantidades superiores de bebidas fuertes en parte gracias al clima que les era favorable.

Los domingos y días festivos por la noche, aparte de la popular chicha, otra diversión era el teatro. Para los viajeros del siglo XIX el teatro era una referencia que les permitía colocar la cultura propia en relación con la ajena; y para los bogotanos (criollos) el teatro les daba la ilusión de sentirse europeos. A diferencia de lo que ocurría en el Caribe, donde hasta la mitad del siglo XIX las compañías europeas dominaban las carteleras y el teatro se convirtió en vehículo de las modas, gustos, músicas, modelos burgueses y estéticas contemporáneas (Reinstadler, 2010), en Bogotá la ausencia de tales compañías determinó que el teatro fuera un esfuerzo local y poco profesional. No hubo entonces, como en el Caribe, una articulación entre lo autóctono, los viajes y los viajeros, donde el personaje del viajero terminó siendo

protagonista de dramas o de comedias muchas de ellas ligadas con el tema de la identidad o la independencia.

4.3 La música local y la música ideal

Mucho más frecuente era, en cambio, el martirio de escuchar el desconsiderado aporreo de piezas de ejecución realmente difícil. Hasta las interpretaciones que salían del abominable organillo de un italiano que vino a dar en las alturas de Bogotá, merecían allí arriba el honor de ser presentadas como música, y cuando un día apareció por Bogotá uno de esos tipos célebres que tocan a la vez diversos instrumentos, se veía siempre rodeado de un apretado auditorio, no sólo constituido por la propicia juventud, sino por toda clase de gentes, con lo que hacía pingüe negocio. Precisamente por esta causa, el pobre tuvo un funesto fin, pues su acompañante lo asesinó y se dio a la fuga con todo el dinero reunido (Rothlisberger, 1993 Sección Vida y trajines en Bogotá, parr. 11).

Ya 50 años antes, Gosselmann se había quejado de la costumbre de comprar costosos pianos en Europa y luego pagar su transporte hasta Bogotá, cosa que los hacía doblemente costosos, solo por exhibir el instrumento como símbolo de estatus mas que por aprender a tocar música. Entre los viajeros Holton también se va quejar de la música que escucha en Bogotá, solo Cané va a admirar la afición por la música que hay en la ciudad, donde no hay casi una niña que a su juicio no toque bien el piano. El concepto que los viajeros tienen aquí de música está referido exclusivamente a la música europea de salón, que era uno de los ideales de cultura en la Bogotá burguesa. Durante el siglo XIX solo la iglesia católica se encargó del cultivo de la música coral y de órgano en la ciudad, aunque no pasó de ser un esfuerzo hecho para acompañar los ritos.

Sin embargo, las quejas y críticas por la mala música europea que los viajeros encuentran entre la burguesía bogotana, va a contrastar con la sorpresa y el elogio de las músicas locales que hallan en Santa Martha, Cartagena, Chocó y Mompo, lugares donde con instrumentos improvisados tocan y danzan aires locales con gracia y maestría. Del mismo modo, el transporte del pesado piano va a contrastar con la abundancia de tiples en los pueblos y caminos, instrumento típico que no costaba mas de tres reales. Entorno a músicas locales no idealizadas por la burguesía bogotana escribe Gosslemann:

(Santa Martha) La orquesta es realmente nativa y consiste en un tipo que toca un clarinete de bambú de unos cuatro pies de largo, semejante a una gaita, con cinco huecos, por donde escapa el sonido; otro que toca un instrumento parecido, provisto de cuatro huecos, para los que solo usa la mano derecha pues en la izquierda tiene una calabaza pequeña llena de

piedrecillas, o sea una maraca, con la que marca el ritmo. Este último se señala aún más con un tambor grande hecho en un tronco ahuecado con fuego, encima del cual tiene un cuero estirado, donde el tercer virtuoso golpea con el lado plano de sus dedos (...) Mezclados a las canciones un negro indígena, acompañándose con una pequeña guitarra, recitaba versos. Su uso era frecuente y el sonido bonito, pues la música lleva siempre una armonía, que se complementa con sus voces puras y profundas que tanto tienen de melancolía y tan bien se ajustan al clima de su patria y a la orgullosa grandeza que los cobija (1981, Capítulo III, parr. 51).

Rothlisberger, tan crítico de la música de salón bogotana, va a recibir un regalo antes de su partida:

A eso de las once llegaron ante mi hotel y me dieron una serenata que resonaba maravillosamente en el silencio nocturno. La elección de las piezas respondía a la vez a un gusto sentimental y clásico. Entre los músicos había un ciego, que tocaba la guitarra y cantaba, acompañado con voz de contralto por un muchachito hijo suyo; un dúo en verdad emocionante, enternecedor (1993, Sección Vida y trajines en Bogotá, parr. 56).

4.4 Viviendas nativas y viviendas *civilizadas*

En tiempos de la conquista Jiménez de Quesada escribió sobre las viviendas de los Muiscas:

Las maneras de sus casas y edificios, aunque son de madera y cubiertas de heno largo que allá hay, son de la más extraña hechura y labor que se ha visto, especialmente la de los caciques y hombres principales porque son a manera de alcázares, con muchas cercas alrededor, de manera que acá suelen pintar el laberinto de Troya (1989, p. 68).

Cerca a la ciudad, anota Gosselmann, las rozas o haciendas indígenas estaban formadas por pequeñas chozas con algunas casitas en sus alrededores y plantaciones adyacentes de maíz y plátanos. Los terrenos que ocupaban le habían sido arrebatados al bosque. La distinción entre roza y hacienda era que esta última comprendía plantaciones mayores.

A Gosselmann le sorprende encontrar cuadros de Napoleón y todos sus generales en una choza indígena, entretanto a Humboldt le sorprende el hecho mismo de que pueda haber chozas: “¡Cómo es posible la arquitectura en un país, donde de lejos traen la madera y donde el Thermes (Comején) que todo enmugra y devora, se come las casas casi antes de que sean construidas. Por lo tanto, se erigió una cruz con la exhortación de rezar ahí algunas plegarias, “que Dios nos libere del comején” (1982, Sección Viaje al volcán de Puracé, parr. 1).

En el siglo XIX Bogotá no crece por la lógica del espacio vacío o urbanización del campo. La ciudad se aglomera entorno al centro y desplaza sus fronteras en forma de haciendas. Se trata en últimas de un fenómeno de las ciudades latinoamericanas que guardan como esquema el eje central europeo, contrario a las ciudades estado unidenses que buscan quedarse vacías y convertirse en suburbios, en ciudades archipiélago (Cueva, 2007).

Entre 1820 y 1850 las casas de la burguesía bogotana se transformaron: a los muros de tapia y adobe se adhirieron papeles de colgadura. Se aplicaron moldaduras en yeso en los cielos rasos. A las fachadas lisas se añadieron portales y cornisas elaboradas. Se colocó vidrio en corredores y balcones (Bermudez, 2001). El uso del vidrio fue en verdad paulatino, en 1823 todavía no se usaba en las ventanas pero para mediados del siglo se había convertido ya en una necesidad entre las clases altas, una necesidad exclusivamente bogotana. También para los años cincuenta los burgueses traían de Francia la totalidad de sus salones, buscando tener hogares “modernos”. Alberto Corradine, citado por Bermudez (2001), explica que el patio se tornaría en un espacio donde crecerían inicialmente arbustos y se transformaría luego, en razón del seguimiento por el refinamiento europeo, en el ámbito destinado al cultivo de flores y plantas aromáticas. Gosselmann recuerda así su visita a una casa Bogotana entre 1825 y 1826:

Muy llamativos son los tapetes del piso, en su mayoría gruesos trenzados de paja, que son reemplazados, en las casas de los más pudientes y adinerados, por alfombras europeas (...) La sala de recepción de las visitas tiene un diseño de conjunto; se pueden ver sillones, un sofá, algunas mesas, un enorme espejo y posiblemente algunos cuadros pendiendo de las paredes color ladrillo, trmodo lo cual forma un esbozo que, sin ser fastuoso, es increíblemente grato para el forastero. (1981, Sección Viaje por Colombia, parr. 28).

Estos cambios en las viviendas tendrán su incidencia sobre lo que se entendía por intimidad y vida privada, nociones asociadas al proceso de consolidación de la burguesía, que fueron valoradas cada vez más por la cultura hegemónica bogotana, es decir, la cultura católica española. La naciente burguesía adquirió nuevos valores, discursos y rituales que buscaban recluir tanto la vida en pareja como la familia. Esto se comprueba en la distribución espacial en el hogar; los balcones y ventanas revestían gran importancia, especialmente para quienes pasaban la mayor parte del tiempo en la casa, como las mujeres, pues se convertían en el punto de encuentro entre la vida doméstica y la calle (Bermudez, 2001).

Aunque no todas las casas de la burguesía podían tener balcones y cristales, o portales y cornisas elaboradas, el esfuerzo por demostrar estatus se notaba en su interior, tal como lo describe Cané:

Llegaba al frente de una casa, de pobre y triste aspecto, en una calle mal empedrada, por cuyo centro corre el eterno *caño*; salvado el umbral, qué transformación! Miraba aquel mobiliario lujoso, los espesos tapices, el piano de cola Ehrard ó Chickering y sobre todo los inmensos espejos, de lujosos marcos dorados, que cubrían las paredes, y pensaba en el camino de Honda á Bogotá, en los indios portadores, en la carga abandonada en la montaña, bajo la intemperie y la lluvia, en los golpes a que estaban expuestos todos esos objetos tan frágiles. En Bogotá, para obtener un espejo, si bien se pide un marco, hay que encargar cuatro lunas, de las que sólo una llega sana (1907, Sección La sociedad, parr. 9).

En cuanto al decorado y distribución de las casas de clase alta se trataba en su mayoría de una fuente interior, un patio con flores y estatua, salón principal, salas y comedor, parque de juegos y las ventanas con cristal y rejas que diferenciaban a la élite bogotana de las élites de las demás regiones, consideradas atrasadas (Fischer, 1999). El patio interior y el parque de juegos suponían la idea de un espacio público interno, no externo, es decir, una débil noción de ciudadanía e igualdad. A pesar de la influencia francesa en los decorados y en la moda los máximos representantes del sector de clase alta eran anglófilos.

No obstante las modas y las importaciones, sectores importantes de la población no tenían acceso a ellas, así lo cuenta Margarite Combes: “Entraba en salones cuyo mobiliario no había sido renovado desde la época de la conquista: tapices árabes, paredes decoradas con cueros de Córdoba, pesada vajilla de plata que se guardaba en arcones de cuero o de roble como en los tiempos de Cristóbal Colón” (1942, p.57).

4.5 Una nueva preocupación: *la salubridad*

El clima de la capital, sin ser insalubre, es uno de los más peligrosos del país, en especial para los extranjeros, y no son pocos los casos que se cuentan de viajeros que acá encontraron el último de sus paseos. Por ello la enfermedad más común es la fiebre con escalofríos unida a una creciente dificultad para respirar, que, al fin de cuentas, afectará los pulmones. Una buena medida de precaución que para el cambio de clima han adoptado los viajeros es la de detenerse un par de jornadas en Guaduas o Villeta, que tienen una temperatura intermedia (1985, Capítulo XV, parr. 84).

Gosselman en 1826 afirma que los colombianos en general compiten con sus antepasados españoles en desidia y apatía frente a la mugre y la suciedad. Holton 30 años después se

queja en cambio de que la población, incluida Bogotá, carece de asistencia médica y de que por lo costosa les sale mas barato a la gente dejarse morir. A esta queja se sumaba que el nivel de la medicina era precario, faltaban médicos, conocimientos y medicinas para tratar enfermedades. Este era solo un aspecto dentro del atraso económico y científico de las colonias españolas, atraso que le haría decir en su tiempo al virrey Caballero y Góngora sobre las gentes del Nuevo Reino de Granada: “Lo mismo tienen donde mueren que donde nacieron, y en cualquier parte hallan lo mismo que dejaron” (Morales, 1957). Incluso a personajes como Mutis, quien ejercía también como médico, por bula de Clemente XIII le habían concedido su licencia a condición de que se abstuviera de operar, cauterizar o llevar a cabo el arte de la cirugía. Entonces la cirugía era considerada una profesión de segunda, hasta 1790 no se expidieron títulos de medicina debido al apego de los funcionarios al derecho castellano que despreciaba la cirugía como un oficio vil. El propio Mutis tuvo que enviar un informe sobre el estado de la salud en el Nuevo Reino donde alegaba que la solución era la institucionalización de una cátedra de medicina y de médicos con conocimientos de fisiología, química y anatomía (Ortiz, 2003, p. 101).

Pero no solo estaban las condiciones externas, también existía a consecuencia de éstas una falta de costumbre entre la población de buscar asistencia médica, esto a pesar de que en Bogotá existían hospitales:

En esta ciudad es posible encontrar pequeños hospitales que dependen de los conventos, entre ellos el más grande e importante es el de los hermanos franciscanos. Además existe un hospital militar, que es el más ordenado, hasta el punto de que para despachar cualquier receta de medicinas se necesita la autorización de un comisario de control (1981, Capítulo XV, parr. 83).

Aparte de los hospitales, una forma de curación mas popular era ir al balneario de Tocaima, cerca a Bogotá. Sus aguas minerales contenían sulfatos, hierro y azufre curativos. Las personas enfermas de reumatismo, escorbuto y enfermedades venéreas, muy comunes en Bogotá a juicio de Hamilton, iban a bañarse en allí. Estas enfermedades eran consideradas por los facultativos difíciles de curar en Bogotá, a causa del aire enrarecido de la atmósfera, que cerraba los poros e impedía la transpiración.

Otro aspecto tenía que ver con la mentalidad religiosa de la ciudad, que obstruía los adelantos y la racionalización de las enfermedades y las epidemias como problemas de

higiene y salubridad y no como castigos divinos por conductas poco cristianas. En términos de higiene solo hasta el período de 1880 a 1930 se dio el paso de la bacinilla y la palangana al cuarto de baño. El aseo personal pasó del diario lavado de manos y cara, o el baño semanal, a una limpieza de todo el cuerpo. Esto estableció ritmos cotidianos que alteraron tanto los horarios como el significado de las prácticas diarias del aseo y los tradicionales paseos a los ríos para bañarse el cuerpo. De esta forma las nuevas nociones de lo limpio y lo sucio cambiaron los ritmos cotidianos, pues el cuidado del cuerpo requería tiempo y un nuevo ritual en la intimidad (Bermudez 2001).

No obstante, aparte del baño diario y la idea de intimidad, la mentalidad religiosa imbuía a toda la comunidad, y los primeros en incentivarla y justificarlas eran los médicos y científicos como Mutis, quien explica una epidemia que azotó Bogotá de la siguiente forma:

Otros espectáculos públicos más tiernos y compasivos substituyó el Altísimo para el moderado castigo y escarmiento de estas gentes a sus alborotos y sediciones de otro tiempo. La ternura de ver al Santísimo por las calles día y noche; los continuos clamores y agonías de enfermos y moribundos en la casa; la multitud de cadáveres expuestos y conducidos a las iglesias son otros tantos de lativos y orgullosos pensamientos en otros tiempos verdaderamente más lastimosos, en que olvidaron estas por algunos momentos los debidos respetos a su Dios y a su Rey (Ortíz, 2003, p. 208).

Dentro de las enfermedades mas comunes en Bogotá en la década de 1850 Holton cuenta la disentería, aunque no puede dar cifras oficiales porque no existían estadísticas, afirma que por los menos la tercera parte de las muertes se debían a ésta. Le parece a la vez muy reducido el número de pacientes mentales, aunque juzga las condiciones de esos pocos como deplorables. Según Holton el hospital de la ciudad no recibía sifilíticos debido a la gran cantidad de enfermos que la padecían, quienes juntos podían llenar todo el hospital de nuevo. También el bocio o coto le parecía una enfermedad común. A Holton le sorprende que haya muy poca tuberculosis; no obstante, a pesar de que se pensaban que la tuberculosis no existía en la sabana de Bogotá, Rothlisberger cita el caso del veterinario francés Vericel quien en la década de 1880 descubrió en le mercado de la ciudad gran cantidad de carne infectada.

En la región del Cauca consideraban que el coto, como cualquier otra enfermedad física, era una desgracia personal, en cambio en algunas zonas al norte de Bogotá, cuenta Holton, la gente pensaba que tener coto era algo muy respetable. La cantidad de enfermos de bocio o

coto impacta a los viajeros no solo en Bogotá sino en el resto del país, Mollien afirma sorprendido que hasta los perros tenían coto. Humboldt observa sobre la enfermedad:

La raza blanca tiene una gran predisposición al coto. Los negros también pero en menor grado y su coto es siempre pequeño, más abotargado. Entre los indígenas el coto es casi desconocido. Su piel tirante resiste cualquier distensión. Es también curioso que en parajes donde todas las demás razas padecen horriblemente por las llagas (en el río Magdalena), de carate (Neiva) y de bubas, los indígenas permanecen libres de todo eso (1982, Sección Estadía en Pandí, parr. 10).

Otra enfermedad visible en la ciudad era la elefantitis, especialmente los sábados cuando, a decir de Gosslemann, había una inundación de mendigos que mostraban sus llagas y sus pies enormes y deformes a causa de ésta. Gosselman le echaba la culpa de la situación al clima y a la falta instituciones de beneficencia menos burocráticas.

A diferencia de Holton, quien encuentra reducido el número de pacientes mentales, Rothlisberger se queja de las escenas que protagonizaban estos en las calles. Holton, 30 años antes que Rothlisberger, atribuye la ausencia de enfermos mentales y lunáticos al bajo cubrimiento educativo y plantea que a medida que esta se incrementa aumentará el número de aquellos

4.6 Educación: de la escuela a la universidad

Hamilton, en la década de 1820, elogia al gobierno y en especial al vicepresidente Santander por el esfuerzo en términos de educación, por la fundación de escuelas lancasterianas en antiguos conventos a lo largo de la república. Por su parte Holton critica la iniciativa pues los maestros, ya en la década de 1850, todavía no sabían acerca del método y la pedagogía lancasterianos y la educación continuaba siendo la misma. Además puntualizaba que la profesión de maestro no tenía en el país ningún prestigio. Holton critica también los libros y textos en los que los niños aprendían a leer, en especial la cartilla, la Citolegia y los documentos oficiales, que juzgaba poco interesantes para los niños:

El gobierno ha puesto en circulación un panfleto en que se ataca en forma verdaderamente escandalosa al arzobispo desterrado, y dicen que en las escuelas lo están utilizando como texto de lectura. No lo dudo, así como estoy seguro de que en las mismas escuelas se debe encontrar el ataque todavía más descomedido que hizo el Papa al gobierno. Sería muy difícil publicar los cuentos españoles de la Tract Society que no sean ofensivos a la religión católica.

Uno de ellos, Theophilus y Sophia, gustó muchísimo en los colegios de Bogotá. En la Nueva Granada hacen muchísima falta libros para niños y el sistema escolar carece por completo de textos de lectura (1981, Sección Ibagué parte 2, parr. 6).

Holton cita el caso de Lewey quien llegó como profesor a Bogotá procedente de París pero tuvo que devolverse decepcionado debido a la poca afición que había hacia la investigación de hechos materiales y concretos. Es algo que de otra forma ve Rothlisberger cuando observa que los criollos son dados preferentemente a los temas filosóficos y religiosos, pero que los temas que reclaman mas paciencia y asiduidad como las matemáticas, la ciencia experimental y la historia estudiada en sus fuentes son dejados sistemáticamente de lado.

El panorama de las ciencias, tanto exactas como experimentales, a pesar de las reformas, solo va sufrir un impulso a partir de la fundación de la Universidad Nacional en 1867. Hasta entonces la tradición religiosa primó en los colegios y universidades de Bogotá, y el peripato y el silogismo continuaron siendo los métodos de enseñanza. Se trataba de una mentalidad religiosa que se resistía a los cambios, que se mantenía a fuerza de repetición y costumbre. Esta contradicción entre lo que se es y lo que se deseaba ser es patente en la anécdota que relata Cané en la década de 1880: “No es raro saber en Bogotá que tal caballero, liberal exaltado, ateo y casi anarquista, tiene sus hijos en la escuela de Carrasquilla ó en la de Mallarino, dos conservadores marca Felipe II. -¡Qué quiere usted! ¡Las mujeres!... -dicen. Y un poquito ellos mismos, agregaré; siempre es bueno tener amigos que estén bien con el cielo” (1907, Sección Bogotá, parr. 24).

La formación universitaria propiamente dicha se adquiría en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, en la Universidad Nacional y en la Universidad Católica. De acuerdo a Rothlisberger en cuanto al color de la tez había gran variedad dentro del alumnado: desde el blanco rosado de los jovencitos de Bogotá, hasta el negro más intenso. Los negros mostraban un ardiente afán de aprender, continúa Rothlisberger, quien afirma que aunque en general los alumnos tenían una gran inteligencia, según sus razas eran también diferentes sus capacidades. En tiempos de Rothlisberger a Bogotá llegaban estudiantes de toda Colombia, pues en la ciudad se concentraban casi todas las universidades y colegios mayores. Rothlisberger como profesor tuvo un contacto privilegiado con la academia y con los alumnos, elogiaba la memoria de la mayoría de sus estudiantes, memoria ejercitada desde temprano y continuamente gracias al método de enseñanza escolástico, pero a la vez

deploraba la falta de pensamiento propio. De los estudiantes afirma que eran engreídos entre si, sentimiento que impedía una verdadera camaradería:

Entre esos jóvenes no existen las asociaciones estudiantiles, que de modo tan duradero influyen sobre el carácter de sus miembros y donde se crean amistades indestructibles (...) Bebían menos que nosotros; pero en cambio el dios del Amor les martirizaba más con sus traviosos dardos, y, dada la poética disposición de aquellos jóvenes, se cometían infinidad de atentados en forma de canciones líricas (1993, Sección La vida cultural, parr. 21).

En los años en los que Rothlisberger fue profesor la iglesia católica tenía aun mucho poder sobre la sociedad y la educación, es así como un eclesiástico del templo de San Carlos previene a las mujeres que estaban asistiendo a sus conferencias en la Universidad Nacional de no hacerlo mas, perdiéndose de este modo uno de los pocos escenarios educativos abiertos para ambos sexos que la ciudad tenía.

Además de los jóvenes estudiantes y del escenario universitario, había otro tipo de jóvenes en la ciudad, se trataba de los gamines quienes por lo general trabajaban de limpiabotas, de vendedores de periódicos, de mandaderos, y finalmente de soldados. A decir también de Rothlisberger eran sumamente vivos y desenvueltos, de gran astucia e inteligencia, tanto que a su juicio constituirían un magnifico material pedagógico si se los educara, pues conocían bien el valor de la instrucción. Era raro el gamín que no supiera leer y al que no se le viera hacerlo cuando le quedaba un rato libre. Si así no fuera, los otros se reirían de él, y tenía que aprender por sí sólo ese arte.

Walter Rothlisberger, hijo de Ernst Rothlisberger, iniciando el siglo XX es testigo de la gran afición al cine de los bogotanos y del nuevo trabajo que en él tienen los gamines, quienes sacaban provecho de saber leer y se hacían pagar la entrada al cine a cambio de leerles los rótulos de las películas a las personas mayores. Pero no solo al cine se aficionaban los bogotanos, según Rothlsiberger acogían todas las innovaciones con entusiasmo: “La jubilosa acogida que a todo lo nuevo dispensa este pueblo, apenas contenido por el peso de las tradiciones, es también, acaso, un fenómeno propio del clima tropical, pues parece como si su monotonía despertara en el hombre el afán de cambios, poniendo en su vida y quehaceres una cierta inquietud e inconstancia” (1993, Sección La situación económica de Colombia, parte 2, parr. 3).

4.7 Lo intelectual y los intelectuales

La educación de los indígenas, o mejor su adoctrinamiento católico, no solo causaba el olvido paulatino de su cultura sino que iba de paso desnombrando el mundo, los antiguos nombres con los que se llamaban montañas y volcanes desaparecían, la geografía americana pasaba al olvido como si fuera realmente la geografía de un nuevo mundo. Humboldt se lamentaba de no poder ponerle nombre a los lugares cuando levantaba sus planos y sus mapas. De la misma forma lamenta que las gentes no conozcan los lugares y caminos, que hablen como si los conocieran, pero que una vez emprendida la expedición sepan tan poco como los extranjeros. Humboldt escribe “Pero en un país donde no se razona, lo que uno dice, durante cien años lo repiten todos, ¡especialmente si el primero fue un monje!” (1982, Sección Viaje por la cordillera de los Andes, parr. 1).

Eran los indígenas los artífices del conocimiento y las artes que poblaban América, sus civilizaciones se encargaron tanto de lo trascendental como de lo práctico, de mitificar dioses como de construir fortalezas, de ritualizar la naturaleza como de cultivar la tierra, de calcular almanaques como de impartir justicia, sus civilizaciones no rehuyeron el desafío de la fé ni el de la inventiva. En cambio los conquistadores españoles necesitaron rodearse de un halo trascendencia, de prestigio y de honra, y desdeñaron todo aquello que no tuviera que ver con ello. Las actividades mecánicas, comerciales o científicas fueron desestimadas y tratadas con desdén. Este fue uno de los elementos que influyó en el tardío desarrollo y valoración de las ciencias y los oficios prácticos en la sociedad colonial. Los españoles opusieron religión y filosofía a ciencias y oficios, así los dos primeros coparon la atención de los criollos aun en el siglo XIX.

A excepción de Bogotá, con sus conventos y universidades, los viajeros van observar que los colombianos en general no leen. En este sentido Gosselmann en 1826 va a destacar el gusto por la conversación y por ayudar a que el extranjero aprenda el idioma, la sonoridad del acento y lo variadas que resultan las conversaciones. Para Gosselmann lo variado de los temas se explica por el interés de los colombianos en aprender y entrarse de otras realidades, interés que se daba en todas las clases sociales.

Walter Rothlisberger cuenta en el prólogo al libro de su padre cómo un viaje a Europa solía ser para el colombiano y sobretodo para el bogotano la consumación del sueño de su vida y significaba para él un renacer a la cultura. Los Estados Unidos no entraban entonces en cuenta como meta de viaje, pues antes que nada se quería dar testimonio de descendencia de la Europa románica. Este deseo de salir de la aldea, de lo colonial y del anacronismo en el caso de los criollos ilustrados, era el fenómeno inverso al de personajes como Humboldt y Mutis, quienes salían por anhelo científico o por curiosidad, por contrastar el bagaje intelectual adquirido con el de pueblos menospreciados o sometidos.

En la década de 1880 lo que realmente placía al bogotano burgués, además de las novedades, era el aprendizaje de idiomas y la lectura de novelas, poesía y periódicos. También componer epigramas y estrofas, y dedicarse como aficionado a asuntos diversos. Así ocurría que la lectura y traducción de los pensadores europeos eran harto más frecuente que la creación de cosas originales. En esta recepción de la producción europea, los bogotanos tenían el auxilio de librerías como la Librería Colombiana, que tenía gran cantidad de títulos de las principales obras del mundo y contaba con todas las novedades bibliográficas, según cuenta Rothlisberger en la década de 1880.

80 años antes Humboldt opinaba que la extensión que alcanzó el idioma español por la conquista y la colonia llegaría a ser en el futuro una gran ventaja para España y Suramérica:

Si la nación española adquiere alguna vez libertad política y formación intelectual, la extensión del idioma de la nación le dará una gran ventaja sobre los otros países europeos. En América del Sur esto será especialmente notorio. Lo que se imprime en México puede ser leído en Caracas, Lima, Buenos Aires y Manila. Qué facilidad para la difusión de ideas y sentimientos! (1982, Sección De Monpox a Honda, parr. 9).

A pesar de su aislamiento Bogotá no sería una excepción de tal difusión de ideas y sentimientos. El anhelo con el que en la apartada Bogotá se esperaba el correo es algo que recalca Rothlisberger. No solo los extranjeros sino muchos bogotanos estaban pendientes de las últimas novedades bibliográficas y de las noticias políticas de Europa. Cuando el río magdalena se desbordaba y los vapores no podían transitarlo Bogotá perdía durante dos o tres semanas contacto con el mundo. La prensa local también tenía sus lectores, Rothlisberger en la década de 1880 cuenta de veinte a treinta publicaciones periódicas de las cuales solo una salía diariamente. Muchos periódicos políticos tenían una corta

existencia, no llegando al tercer número. Como los periódicos locales no podían solventarse del mismo modo que los europeos, es decir, a base de noticias del día y telegramas, se enfocaban más en artículos científicos, estudios literarios, traducciones, poesía y crónicas locales. 50 años antes de Rothlisberger, Gosselmann notaba ya que la libertad de prensa no conocía límites en la ciudad, existiendo gran cantidad de hojas-periódicos o panfletos que circulaban con un lenguaje encendido, que denunciaba o calumniaba a los personajes públicos; estos panfletos, que no existían más de uno o dos números, llevaban nombres como “El Criollo”, “La Zorra”, “El Toro”, “El Murciélago”, etc.

Pero no solo en panfletos, también en los muros de la ciudad proliferaban anuncios que denigraban o enaltecían a los funcionarios públicos, sobretodo al presidente de turno y sus allegados.

Para Cané el pueblo de Colombia y especialmente el de Bogotá se distinguía por sus dotes poéticas, y no dudaba en decir por esto que Colombia se encontraba “más cerca del cielo”. Describiendo a los bogotanos Cané resume: “No es posible imaginarse una espontaneidad semejante. Aturden, confunden. En una mesa, cuando a los postres el vino aviva la inteligencia y la alegría común hace chispear el cerebro, ¡qué irrupción aquella de quartetas, décimas, quintillas!” (1907, Sección La inteligencia, parr. 4). 60 años antes en la década de 1820 Hamilton ya se sorprendía de que: “Los criollos tienen un feliz acierto para expresar mucho en pocas palabras en sus brindis y su lenguaje es en general elegante y apropiado. Me sentí verdaderamente sorprendido al oír con cuánta libertad y propio dominio estos caballeros expresaban sus sentimientos” (1955, Parte 3, parr. 46).

Una obra que en su tiempo exploró los pormenores del español bogotano fue el libro de Rufino Cuervo *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Cuervo, representante junto con Caro de la tradición bogotana más ortodoxa y proclive a España, examina las locuciones vulgares, las adulteraciones que el pueblo, bajo la influencia de las cosas y de su propia estructura intelectual, ha introducido en el español, todas son allí, a decir de Cané, prolijamente estudiadas, corregidas, y *limpiadas*.

En términos de literatura para la década de 1880 había dos vertientes entre los bogotanos. Una clásica y rigurosa que mentalmente habitaba los tiempos de Felipe II, de estilo enfático

e imágenes rebuscadas, que se remontaba a los griegos o a los romanos para iniciar cualquier disertación. A esta vertiente llamaron con sarcasmo “literatura fósil”. La otra tendencia era aquella de los literatos jóvenes que querían dar expresión al pensamiento de la época, quienes se fijaban más en el contenido intelectual que en el verbalismo o el adorno.

Aparte de Cuervo, el otro gran representante de la vertiente literaria clasista fue Caro, cuya poesía es juzgada por el viajero García Merou, asistente de Cané, como suntuosa y poco espontánea, perfecta pero poco sentida, con gramaticalidad pero sin gran calidad. Esta corriente clasicista pecaba de inauténtica, en el sentido de que prefería lo externo a lo propio y hacía de las letras un asunto de “buen gusto”, de privilegio, de panoplias discursivas y vericuetos verbales que los viajeros difícilmente entendían o disfrutaban leer. García Merou impactado por la conversación, el juego y la literatura, increíbles en una ciudad tan apartada, argumenta que es precisamente ese aislamiento y la falta de diversiones más mundanas los que han generado esa tradición.

Stubel y Reiss por su parte afirman que no hay nación hispanoamericana con tantos autores como la Nueva Granada, no obstante las obras son pocas y de difícil adquisición. Hettner hace hincapié en cambio en la costumbre de los intelectuales de no devolver los libros prestados, de no contestar a las invitaciones hasta el último día, de no pagar las cuentas y de la impuntualidad que es indiferente a la clase social u oficio.

Por otra parte la religiosidad de la sociedad señorial se hizo presente en los temas de las novelas de inicios del siglo XX. El cultivo de lo literario tuvo entonces un carácter hispánico y romántico, carácter que los letrados colombianos denominaron humanismo: es decir, ser católico y dominar la lengua castellana (Castro, 2010).

Empezando el siglo XIX la ciencia se practicaba por placer o por altruismo, todavía se estaba forjando una tradición de pensamiento ilustrado y se trataba más de empresas personales que de instituciones establecidas. Holton destaca en la década de 1850 al coronel Joaquín Acosta, geógrafo e historiador, quien como embajador en París tradujo las memorias de Boussingault y empleó las medidas tomadas por el viajero Roulin en sus mapas sobre el Meta y el Orinoco. Excepciones como las del coronel Acosta, sumada a otros casos donde no solo se combinaban la falta de tradición sino también las carencias económicas, hacen del

panorama científico bogotano un escenario estrecho y minado de obstáculos. Además, por lo menos hasta la fundación de la Universidad Nacional en 1861, se trataba también de la consolidación de una élite ilustrada en la que el acceso a la “cultura” y las ciencias se entendían como un privilegio. La enseñanza universitaria, que se había alejado de la escolástica, el silogismo y el peripato durante el periodo liberal (1851-1863), sufrió un retroceso durante la Regeneración (1882-1898). Se descuidaron las ciencias naturales y se hizo énfasis en la medicina, el derecho y la ingeniería civil. Se obstaculizó el estudio de filósofos y científicos como Kant, Darwin y Hegel.

Un poco antes, en la década de 1830 los autores preferidos de los lectores bogotanos habían sido Bentham y Spencer, este último sobretodo entre la clase alta gracias a los elementos elitistas de su teoría evolucionista. No obstante, corrientes como el positivismo de Comte no tuvieron acogida, a diferencia de lo ocurrido en México y Brasil, por su negación de las causas sobrenaturales y valoración especial de la experiencia y la observación. La intelectualidad bogotana era en el siglo XIX una mezcla de neoescolástica, democracia cristiana al estilo francés y utilitarismo inglés. La pureza del español, que defendían autores como Caro y Cuervo, fue una defensa frente a idiomas como el inglés y el francés, idiomas de países que lideraban procesos de modernización.

El costumbrismo o los cuadros de costumbres fueron uno de los géneros literarios a los que se consagraron los literatos bogotanos finalizando el siglo XIX. El centro de la comunidad letrada colombiana era Bogotá, donde se validaba y legitimaba lo que era o no era literatura, la ciudad donde el modelo cultural paradigmático era el cachaco y el anhelo de la obra literaria era el moralizante.

En Colombia durante la Colonia la novela como género fue prohibida, pues era considerada peligrosa socialmente y poco ortodoxa como literatura, es decir, poco controlable en términos políticos. A pesar de la producción novelística del siglo XIX, posterior a la Independencia, la novela circuló solo en grupos selectos, igual que los textos científicos, sirviendo más como vehículo para el debate ideológico que como obra literaria. En el siglo XX, a pesar de los esfuerzos de difusión en los periódicos y de la creación de entes oficiales

de promoción de la cultura, solo hasta 1930 se logra un primer éxito de ventas con *La Vorágine* (Tabares, 2014).

Acerca del arte de novelar escribe Rivera en una carta de réplica a una crítica entorno a la caracterización del personaje:

(...) La novela, mi querido amigo, es el género más difícil de someterse a normas especiales. Narrar una acción fingida en todo o en parte, donde entren en juego personajes que si son reales pasen a legendarios, y si son imaginarios, adquieran ciudadanía en la realidad; infundirles pasiones y crearles por razón de ellas conflictos interesantes dentro del medio en que se mueven; poner en armonía o en oposición sus almas, entre ellos mismos y la naturaleza circundante, que influye en la vida humana como el 'fatum' de los antiguos; darles rostro, estatura, lenguaje, es algo tan complicado y a la vez satisfactorio, que aunque todos probamos a intentarlo solo a unos pocos les es dado cumplirlo porque el don de crear almas es un don de Dios (Pachón, 1993, p. 101).

En Arturo Cova, protagonista de *La Vorágine*, se reconocen gracias a su talante amargo y nostálgico los ademanes sentimentales que caracterizaron a la poesía de la gruta simbólica, en especial la de julio Flórez (1867-1923). Cova es el estereotipo del poeta romántico bogotano con su tendencia a la simulación, y aunque su vida psicológica no es diferenciada, el dibujo de su vida interior es en cambio eficaz (Castro, 2010). Cova como poeta bogotano asume la naturaleza como un paisaje, y su pose es la del contemplador, la de un patriarca de la sabana.

Cova sueña despierto. El trastorno de su vida interior se hace patente en los delirios y ensoñaciones que sufre conforme la selva se apodera de él. La ensoñación es una proyección pueril de si mismo donde el mundo interior intenta moldear el exterior (Castro, 2010). En *Cuatro años a bordo de mi mismo* la interioridad no depende en cambio de una pose romántica sino de una apertura sensible al exterior. Su lirica está hecha desde una intimidad con las cosas, por lo tanto su estilo no busca exaltar personas, objetos o paisajes sino capturar sensaciones. Cova exclama en la selva: "Mi sensibilidad nerviosa ha pasado por grandes crisis, en que la razón trata de divorciarse del cerebro. A pesar de mi exhuberancia física, mi mal de pensar, que ha sido crónico, logra debilitarme de continuo, pues ni durante el sueño quedo libre de la visión imaginativa" (Rivera, 1985, p. 38).

José Eustasio Rivera, al igual que otros escritores de la región andina, estuvo fascinado con los elementos autoconscientes del acto de la escritura, característica propia de las culturas

escritas, lo que le evitó interesarse por la oralidad predominante que lo rodeaba (Pineda, 1990). Cova, mas alla de sus lamentos y exclamaciones, carece de un acento específico. Por su parte, Eduardo Zalamea exhibe también su preocupación por la autoconsciencia narrativa pero logra cierta mezcla con la cultura oral costeña desde la perspectiva del protagonista.

Acerca de la *Vorágine* opina Ciro Alegría: “La *Vorágine* tiene la falta de lógica novelística de que el personaje principal y los dos que le siguen en importancia, no están vinculados psicológicamente al problema, como no sea de modo marginal. La presencia de Arturo Cova, intelectual romántico, frustrado y declamador, entre un turbión de hombres de presa, resulta un tanto estafalaria” (Morales, 1993, p. 110). En este sentido, a una crítica de Luis Trigueros por la falta de hilación y método en la novela, Rivera responde:

(...) ¿Olvidas que la tumultuosa independencia de la región se opone a la medida, a la línea recta, a la ordenación, y solo admite lo intempestivo, lo inesperado, y hasta lo absurdo? ¿Piensas que las gentes que viven en aquellos desiertos tienen almas semejantes a las que tú conoces, chiquitas, pacatas, catalogables? ¿Ignoras que la naturaleza se les mete en el corazón para contagiarles su violencia, su crueldad, su amargura?” (Pachón, 1993, p. 100-101).

4.7.1 Políticos e intelectuales

Entre 1810 y 1830 el personaje intelectual y político es Simón Bolívar. Viajeros como Boussingault, Gosselmann y Hamilton van a dar cuenta de ello, especialmente Boussingault quien lucha a su lado como coronel. Cuando Bolívar murió, Boussingault se encontraba en Bogotá, al respecto escribe:

Era en 1830 y acabábamos de enterarnos de la muerte del Libertador, la cual me causó grande pena. El partido demagógico se alegró de este triste suceso y sus miembros no tuvieron vergüenza de ofrecer un baile, actitud que me hirió, lo mismo que a uno de mis camaradas, además de que tuvieron la frescura de invitarnos. Por la tarde nos pusimos nuestros uniformes con una banda negra en el brazo para ir a la invitación; una vez dentro de la sala y habiendo dado francamente nuestra opinión sobre la inconveniencia de esta fiesta en un día de duelo público, desfundamos nuestras espadas y apagamos las velas. Las mujeres se pusieron a llorar y los caballeros a gruñir, pero en un instante la sala quedó evacuada (1985, Sección Paso de la cordillera central por el Quindío, parr. 6).

Bolívar nunca se sintió del todo a gusto en Bogotá, su temperamento mas caribe que andino y su condición de hombre de mundo chocaban contra el carácter conservador y confesional de la ciudad. En Bogotá llegó a ser mas apreciado Santander que Bolívar, tanto como

personalidad como por presidente. Bolívar, tras el atentado de muerte en su contra, terminará huyendo de la ciudad con rumbo a la costa caribe desde donde anhelaba partir hacia Europa antes de morir. Para los viajeros que llegaron a la ciudad en la década de 1820 era casi obligatorio visitar a los generales Santander y/o a Bolívar de quienes elogiaban sus cualidades intelectuales y humanas. Solo el viajero Mollien expresa sus dudas sobre la amplitud y consistencia de la cultura de Bolívar. No obstante las dudas de Mollien, Rothlisberger afirma que fue Bolívar quien puso en manos de los profesores universitarios de su tiempo el texto de Bentham sobre legislación y el de filosofía de Tracy, de la antigua escuela sensualista de Condillac, textos que sirvieron a la postre para robustecer el movimiento liberal.

Bolívar había vivido en la corte de España durante su juventud y se había relacionado, según Boussingault, con hombres como Gay-Lussac, Humboldt y Buch. En América sus éxitos contra las tropas españolas y sus proclamas enfáticas tuvieron, durante cierto tiempo, una gran resonancia en el mundo liberal. Boussingault escribe: “El prestigio fue inmenso durante corto tiempo y cuando miraba a su alrededor notaba la falta de recursos, aun la pobreza. Su palacio era una pobre casa y sus soldados harapientos. Su vanidad sufría y jamás tuvo la fuerza de aceptar su verdadera y gloriosa situación: un inteligente jefe de guerrillas” (1985, Sección Algunos de mis conocidos en Bogotá, parr. 16). Gosselmann también acota una anécdota sobre las condiciones en las cuales luchaba y gobernaba Bolívar.

Cuando ya casi se servía la cena, se presentó ante él un coronel británico, quien al hacer los cumplidos de rigor recibió de Bolívar la siguiente pregunta: “Usted es mi mejor coronel; ¿cómo es posible que tenga la camisa tan sucia en una cena de tanta esplendidez?”. El coronel respondió que lo lamentaba mucho pero que no tenía otra camisa. El Libertador se sonrió y ordenó a su mayordomo que le entregara una camisa a su oficial. El mayordomo dudó y miró avergonzado a Bolívar. Al notar éste tal duda, se molestó y preguntó por qué no se hacía lo que él ordenaba. El sirviente ya no pudo evitar dar una respuesta y balbuceó: “Su excelencia no tiene más que dos camisas: la que lleva puesta y la que está en el lavado (1993, capítulo XVIII, parr. 52).

Gosselman admiraba tanto a Bolívar que llegó a afirmar que comparar a Napoleón o a Washington con el gran libertador era un crimen de lesa majestad. Boussingault por su parte se asoció con otros amigos del general Bolívar y con el hierro de un meteoro caído en la población de Santa Rosa hicieron forjar una hoja de espada para el libertador, espada que

tenía una inscripción que decía que había sido forjada con hierro caído del cielo. Lamentablemente no resultó ser la mejor espada ni el hierro el más apto para forjarla calificándola el propio Boussingault como “detestable”.

Acerca del ambiente político de la ciudad en la década de 1880 Cané anotaba que el cultivo de las letras ayudaba a que las divisiones de partido, terribles durante la lucha y las discusiones en el congreso, no salvara nunca los límites de la vida social y se disiparan al día siguiente en curiosas conversaciones humorísticas. No obstante, las exigencias de la polémica y el talento desplegado en esta por liberales y conservadores había llevado a cada bando a aceptar las consecuencias más forzadas de sus sistemas, cayendo los primeros en el anarquismo y los segundos en el absolutismo. Cané se impresiona de las libertades que eran posibles en Colombia, donde no había pena de muerte y la condena mayor que un juez podía dictar eran 10 años de cárcel. También el derecho de reunión era absoluto igual que la libertad de palabra oral y escrita, circunstancia que hacía que los insultados o calumniados no iniciaran procesos legales sino que llevaran consigo un revólver para buscar justicia por su cuenta. Cané no elogia esta conducta, pero confiere a ella el hecho de que la prudencia y la cultura en el trato se hayan incentivado.

Cané también es testigo de las discusiones en el parlamento, donde aquel ciudadano que tuviera la palabra podía llevarse la sesión entera relatando las campañas de Alejandro, todo a propósito del establecimiento de una ferrería en Boyacá.

De acuerdo a Rothlisberger después de 1850 los estudiantes fundaron una asociación democrática en la que uno de sus dirigentes presentaba como un hecho la coincidencia de los principios democráticos con el más puro cristianismo, y predicaba que ya Cristo había padecido en el Gólgota por esas ideas, a causa de lo cual se bautizó al partido con el nombre de los Gólgotas. Los gólgotas pedían libertad para todos y que se aprovecharan con mesura las ventajas de la victoria liberal de 1851; se resistían contra los medios preconizados por los viejos liberales, entonces llamados los draconianos.

Para Rothlisberger la Colombia de la década de 1870 que se ganó la fama de ser una escuela y cuya educación estaba por encima de la de las demás naciones latinoamericanas, llegando su capital a ser llamada la Atenas suramericana, veinte años después ya no era lo que otrora

había sido. Rothlisberger culpaba de ello a la constitución de 1886 y a la Regeneración de Nuñez que habían dado un viro conservador a la política.

Pero así como los viajeros opinan acerca de sus contemporáneos bogotanos también éstos opinarán sobre ellos. Así sucede con las conferencias que en la Universidad Nacional dicta Rothlisberger, conferencias en las que hablaba de Historia universal y filosofía a partir de las teorías de Laplace y Darwin, y en donde discutía el método experimental inductivo aplicado al sistema de Darwin. Estas conferencias son criticadas por el conservador Marco Fidel Suarez en su artículo “Filosofía antifilosófica”, en el que llama la atención de los que piensan que tales temas no tienen consecuencias para la vida práctica y los destinos de las sociedades e individuos, Suárez acusa al sistema enseñado por Rothlisberger de ser pernicioso y falso, no adecuado para la juventud bogotana.

4.8 Bogotanas: género, oficios y moda

4.8.1 Mujer indígena

A su llegada a la sabana de Bogotá Jiménez de Quesada escribe: “La disposición de estas gentes es de la mejor que se ha visto en Indias, especialmente las mujeres, que tienen buena hechura de rostros y bien figuradas. No tienen aquella manera y desgracia que las de otras indias que hemos visto, ni aun son en la color tan morenos ellos y ellas” (1989, p. 68).

En la década de 1880 Rothlisberger coincide aun con Jiménez de Quesada y escribe sobre la hermosura de las indígenas que encuentra en Villeta, población cercana a Bogotá, con sus brillantes ojos negros, pelo abundante de un negro azulado y sus rostros verdaderamente bellos. Acerca de las que encuentra en la sabana de Bogotá las describe como de estatura media, de buena figura, si bien son algo toscas y torpes, de rostros regulares y hermosos.

El viajero Piere d’Éspagnat añade: “Sus hijas con frecuencia son bonitas, cuando al sonreír no se tapan la cara sus miradas están llenas de gracia ingenua; flores silvestres de los Andes que no estarían desprovistas de atractivo sin el abandono físico que, podría decirse, constituye la característica de toda su raza” (1989, p. 447) Según Humboldt el atuendo de las mujeres muiscas consistía de una camisa de algodón cuadrada llamada Chircate

(vestido), con un cinturón alrededor de las caderas que se llamaba Chumbe o Maure, sobre la camisa una liquira cerrada sobre el pecho con un alfiler de oro o Topo.

Existían además de acuerdo a Humboldt otro tipo de mujeres, no entre los Muiscas sino entre los Laches, otra de las comunidades indígenas que habitaban la sabana de Bogotá:

Los Laches. En la ribera occidental del río Sogamoso, única nación indígena en la que era permitida una clase de pederastia. Como en esta nación guerrera sólo trabajaban las mujeres, cuando una mujer paría 5 varones uno detrás de otro, ella (en la 12ava. luna de edad del varón) podía educar a uno de los varones como si fuera una muchacha. Así esta muchacha se llamaba Cusmo, con ropa femenina, e imitando con tal exactitud las maneras femeninas que el más sutil fisiognomista se habría equivocado. Los hombres se casaban con estas Cusmos, prefiriéndolas a las mujeres verdaderas, y apenas después del establecimiento (fundación) de la Real Audiencia en Santa Fé fue posible obligar a los Cusmos a vestirse como hombres. El legislador de los Laches trataba de aumentar la clase de las personas que trabajaban... (1982, Sección Ciudad de Santa Fe, parr. 9).

También el viajero de *Cuatro años a bordo de mi mismo* va a ser testigo de un comportamiento parecido entre los indígenas Wayu, y aunque desde su perspectiva bogotana los admira no puede alejarse de la sanción moral en su juicio:

Me sorprende extraordinariamente esto. Una raza que parece tan fuerte y tan poco degenerada permite estos matrimonios -¿se podrían llamar matrimonios?- entre individuos de un mismo sexo. Pero a eso llegará la civilización por el camino que lleva. En La Guajira son muy pocos estos casos, verdaderamente extraordinarios, sin que tengan para nadie ese carácter. Quizás por eso mismo. Es una raza extraña esta, con esa libertad sexual ilimitada y con todos los conflictos solubles por la indemnización" (Zalamea, 1966. p. 245).

En la ciudad las indígenas trabajaban como sirvientas y lavanderas, variando su vestido a una camisa que les dejaba libres los brazos y una saya de paño burdo y oscuro, y en la cabeza llevaban un pequeño sombrero de paja. Según Rothlisberger iban todas descalzas y las más viejas presentaban un aspecto de lamentable abandono y de suma fealdad.

Jhon Steuart Cochrane describe a las lavanderas golpeando y estregando la ropa contra las piedras, haciendo que los botones de los puños *caigan como granizo* en el arroyo. Holton critica esta afirmación de Cochrane tachándola de exagerada pues si bien es cierto que las lavanderas no escaldaban la ropa y la estregaban distinto que en Estados Unidos o Inglaterra tampoco lo era que la destruyeran. Holton no está seguro de cuál sea la mejor técnica, pero afirma refiriéndose a Cochrane que si alguien quiere que le laven la ropa tal como lo haría su madre es mejor que lo haga él mismo.

En cuanto al vestido indígena en general, Cané en la década de 1880 afirma que mirar uno era verlos a todos: sombrero de paja sobre la cabeza, poncho corto hasta la cintura, pantalones anchos (a media pierna) y descalzos. Algunos, no obstante con el par de alpargatas nuevas cruzado a la cintura. Las alpargatas eran un tipo de calzado tradicional usado por indígenas y algunos peones. Elogiadas en tanto calzado para caminar a campo traviesa por Gosselmann y Holton, van a ser preferidas por los viajeros al calzado europeo, Holton escribe: “Para caminar no hay nada que proteja los pies como el alpargate; no los calienta, se ajusta a sus movimientos y permite un paso más seguro porque se adapta mejor al terreno. Si tuviera que ganarme la vida caminando, lo más probable es que lo hiciera en alpargates” (1981, Sección El valle del Orinoco, parr. 4).

Pero entre los indígenas también ve a ver sus diferencias, Holton describe el traje de los cargueros: “van desnudos de la cintura para arriba y de la mitad del muslo para abajo. Sostienen la carga con dos correas que les cruzan el pecho y me dicen que la mujer del carguero sale a recibirlo el último día del viaje, le lleva comida y transporta la carga el resto del trayecto” (1981, Sección Honda y Guaduas, parr. 14).

En el siglo XIX el fracaso de las pequeñas empresas de vestido contra los géneros extranjeros incidió en el abandono de un estilo propio en el vestido popular colombiano en el que se hubieran integrado lo indígena y lo español. En el siglo XIX solo la ruana fue prenda indistinta entre clases y castas (Martínez, 1995). La ruana es un vestido surgido de la pobreza, en ella se suman la tradición de los tejedores indígenas y la de los labradores españoles. Viajeros como Hankshaw advierten que la mayoría, incluso en sus mejores ropas, van descalzos. La voz “china” proviene del quichua en el que significa doncella o muchacha del servicio.

4.8.2 Mujer campesina

Las muchachitas cuyos padres se desplazaron del campo a la ciudad desde hace una o dos generaciones, se distinguen por sus mejillas rojas y de suma delicadeza, que florecen como rosas sobre la tez blanca. Los ojos, siempre fascinadoramente bellos, amables y un algo burlones, son castaños o negros y muy brillantes. Las trigueñas y las rubias abundan menos (Rothlisberger, 1993, Sección Colombia y su capital, parr. 50).

De acuerdo a Holton en 1850 el atuendo de los campesinos consistía en el sombrero raspón, que en el caso del hombre iba acompañado no más que de los pantalones y la ruana, y cuando mucho una camisa. La mujer vestía entretanto una mantellina bajo el sombrero y una camisa que le llegaba algo más abajo de la cintura; fuera de esto, solo el chircate, que era un pedazo de tela, como un chal, con el que se envolvía de la cintura para abajo y que amarraba con el maure, especie de cinturón. Los chircates o faldas eran casi todos de color azul debido a la abundancia de añil en el país.

Los campesinos ricos, los hacendados y terratenientes sabaneros denominados orejones, no eran muy apreciados entre la clase culta de la ciudad, se los veía a decir de Holton como carniceros grandes y crueles. Se les llamaba orejones por su costumbre de amarrarse un pañuelo en la cabeza dejando delante las dos puntas de modo que parecían orejas.

Examinándolo con cuidado se ve escrita en cada rasgo de la cara la palabra Orejón y el pañuelo que lleva amarrado en la cabeza, debajo del sombrero, le da una apariencia todavía más lamentable. El sombrero ancho de jipijapa está cubierto con una funda de hule rojo y el orejón se lo amarra con una cuerda o barbuquejo debajo de la mandíbula. La ruana es de lana con fondo oscuro y rayas brillantes. Los zamarros de piel de cabra, con todo y pelo, son como las mangas de un pantalón unidas solo por una correa. Los pies están armados de espuelas terribles, metidos dentro de estribos de cobre rojo o amarillo, con la forma de una babucha, que cuestan entre ocho y doce dólares. El orejón nunca usa el estribo nuestro, de aro, como le dicen aquí (Holton 1981, Sección La Sabana de Bogotá, par. 14).

Los viajeros se quejan de lo “poco formados” que están los cuerpos de las campesinas de la Sabana de Bogotá, de sus humildes vestimentas, comparándolas con el porte y los atuendos mas sofisticados y limpios de las campesinas de las regiones de Mariquita, Neiva y el Tolima, cuyo aspecto les recuerda mas las facciones y tipos europeos. Los campesinos de estas regiones provenían de otro mestizaje y sus vestidos correspondían mas a las necesidades de climas mas templados. Hamilton lo describe así:

Encontramos por el camino muchos naturales de las provincias de Mariquita y Neiva a caballo y a pie, las mujeres cabalgaban en la misma forma que los hombres, su apariencia y rostro eran mucho más atractivos y sus cuerpos mucho más desarrollados que los de las campesinas de la sabana de Bogotá, aun cuando por lo general eran de tez pálida. Hay pocos negros en estas provincias y los rasgos del pueblo son más europeos que indígenas. La ropa es extremadamente limpia y bonita; las mujeres usan un bonito manto de tela de algodón sobre la cabeza, con el borde adornado de flores azules, un chal blanco con cenefa de colores, enaguas de color escarlata; las medias y los zapatos no están de moda; los hombres usan un sombrero de paja, ruana blanca, pantalones azules y alpargates en los pies. Las mujeres rara

vez le miran a uno al pasar, lo cual mortificó mucho a mí joven secretario, pero generalmente dicen: “buenos días caballeros” (1955, Parte 5, parr. 5).

Para Boussingault en la década de 1820 las damas importantes de Bogotá eran generalmente bellas, frágiles, delicadas y anémicas, a consecuencia de un régimen de alimentos poco substanciosos en el que se contaba mucho azúcar, frutas y poca carne. Su débil constitución contrastaba con la robustez de las mujeres del pueblo con su tez rozagante, con ojos y cabellos negros y músculos muy acentuados. Rothlisberger en la década de 1880 nota por su parte que la miseria era grande entre las clases bajas, pero especialmente entre las que tenían demasiadas aspiraciones sociales, y los pobres vergonzantes eran legión, a esto se sumaba el inconveniente de que en Bogotá había varios miles más de mujeres que de hombres, y las consecuencias eran fáciles de imaginar.

Entre las mujeres y campesinas pobres la prostitución tenía características especiales. Boussingault en la década de 1820 es uno de los pocos viajeros que sabe distinguirlas y que no se engaña ante su aspecto:

Las de vida alegre de clases bajas, diferían notablemente de las de su misma profesión, pero de clase más rica, siendo también hermosas, pero más mestizas. La misma vestimenta escandalosa, pero un prejuicio de casta les impedía calzarse, así que iban con los pies desnudos y se les daba el nombre de “descalzas” y se vengaban exhibiendo los pies más bonitos y más coquetos, cuyos dedos estaban adornados con anillos valiosos. Se asegura que en vista de este lujo, la autoridad hizo una concesión a las picantes descalzas, al permitirles el uso, no de medias de seda sino de medias de algodón, lo que éstas rehusaron con indignación (1985, Sección Bogota parte 2, parr. 49).

Hamilton y Gosselmann, también en la década de 1820, parecen en cambio no reconocer de qué se trata o por lo menos describirlo de otro modo:

Un extranjero, después de su llegada, se sorprendió de encontrar en las calles a una hermosa mujer muy bien vestida fumando tabaco con la mayor despreocupación; aun cuando la dama tenía un lindo sombrero colocado coquetamente a un lado de la cabeza, con un hermoso collar de perlas, los dedos llenos de anillos, una bata de seda negra adornada con numerosos abalorios cubriendo su hermosa figura, su sorpresa fue todavía mayor al mirar hacia abajo y descubrir que estaba sin zapatos ni medias; los pies, aunque estaba descalza, estaban muy limpios y aseados. A estas damas les disgusta ir calzadas tanto como a un caballo le gusta andar suelto hasta que tiene cinco o seis años de edad y muchos de los jóvenes elegantes admiran a estas demiselas sin medias ni zapatos (Hamilton, 1989, p. 442).

Veíamos, por ejemplo, venir algunas damas criollas de clase alta que con verdadero y orgulloso andar español avanzaban envueltas en sus ligeros vestidos blancos de manga corta y

delgada, como queriendo decir: “Si no admiran nuestra tez pálida, observen a lo menos nuestros hermosos pies (Gosselmann, 1981, Capítulo 2, parr. 47).

4.8.3 Mujer *criolla* (Clase media y alta)

La sobrerrepresentación de mujeres, el mayor número de mujeres que de hombres, fue una característica estructural que a finales del periodo colonial tendió a incrementarse. El matrimonio eclesiástico fue entretanto instrumento de discriminación racial, los reclamos por pureza de sangre cobraron fuerza también a finales de la colonia, estos servían para impedir el ascenso de las castas (Dueñas, 1996). Un hijo ilegítimo era aquel nacido fuera del matrimonio católico. Estar casada católicamente y *pertenecer* a alguien, es decir, estar bajo su protección, era sinónimo de doncellez y decencia.

El afán de diferenciar e individualizar un hijo como perteneciente a un grupo social o casta se deja ver en el arsenal de nombres que recibía de acuerdo a su apariencia: segundón, tercerón, cuarterón, quinterón, blanco de orilla, tente en el aire, salto atrás, etc... clasificaciones donde en muchas ocasiones no bastaba solo lo físico para distinguir mestizos de blancos, había que acudir al árbol genealógico de los familiares y a las partidas de bautismo. La mujer española nunca se preocupó mucho de la infidelidad a no ser que fuera pública y humillante para ella, de hecho España era en Europa el país de mayor cantidad de hijos ilegítimos (Cueva, 2007).

Las mujeres migrantes no eran las mas letradas, ni los conquistadores tampoco, la cohesión familiar no significaba necesariamente educación. Por su parte los españoles que migraron a Bogota finalizando el siglo XVIII se casaron con muchachas acomodadas cuya dote les proveía fortuna y para quienes casarse con un peninsular significaba ascenso social. Rothlisberger afirma sobre las bogotanas en la década de 1880:

Las jóvenes bogotanas de raza blanca que encontramos cuando van de compras o a la iglesia, pueden calificarse, en su mayoría, de muy hermosas. Son pequeñas, pero de elegante figura, la que, sin embargo, no se manifiesta suficientemente, debido a que la bogotana viste por la calle de modo muy sencillo; y de negro (1993, Sección Colombia y capital, parr. 50).

Holton coincide con Rothlisberger en elogiar la belleza de las bogotanas. Alfred Hettner en cambio tiene otra mirada acerca del vestir sencillo de las bogotanas por la calle: “La mantilla negra de tan extraña impresión para nosotros, que todas ellas acostumbran a ponerse... encontrando en la mantilla el mejor recurso para esconder en ella su tocado incompleto o su cabellera despeinada, sin impedir a la vez que su cara pintada y sus inquietos ojos negros se muestren lo suficiente” (Martinez, 1995, p. 171-2). Hettner, De Gabriac y LeMoyne emiten en general juicios negativos sobre la bogotanas, juicios que se ven resumidos en la afirmación de Hettner “Con catorce años ya han alcanzado la madurez, con treinta ya han superado lo mejor de su vida” (Fischer, 1999, p. 60). Miguel Cané, como hispanohablante, tiene otra perspectiva “Son pequeñas, pero muy bien formadas, atractivas por la pureza de su color y sobre todo, para uno de nosotros, por el encanto irresistible de la manera de hablar. Tienen una música cadenciosa en la voz, menos pronunciada que la que se observa en nuestras provincias del Norte” (1907, Sección la sociedad, parr. 12).

Para Rothlisberger los criollos bogotanos, hombres y mujeres, no se distinguían en modo alguno de los europeos, tampoco en su indumentaria en la que intentaban ser mas refinados que estos. Rothlisberger elogia lo que él considera que se le parece al tipo europeo, es así como afirma que entre los criollos abundan las figuras nobles, de complexión fuerte, de tez trasparente, bella nariz, abundante cabello negro y oscura barba, y que de cuando en cuando se ven tipos rubios de aspecto normando.

En cuanto al atuendo las primeras en tener negocios de ropa fina fueron las francesas madame Gautron de Convers, Genni de Jannaut, Eugenia Mouthon y la señora Villaret, quienes en los años treinta del siglo XIX introdujeron la moda romántica, que causaría la indignación de los curas. Estas francesas, también viajeras, a pesar de su influjo e importancia, no dejaron un recuento escrito de su estadía y actividades en la ciudad.

Un poco antes de la década de 1830, de acuerdo a Gaspar Mollien, el vestido de gala de las bogotanas estaba inspirado en la silueta francesa del periodo de la restauración (1814-1830), a imitación de las modas que introdujo en 1822 Mannon Roulin, la esposa del viajero mineralogista Roulin quien debido al naufragio de su barco en el Caribe vestía en Bogotá

una manta de flores al estilo de la vieja Francia. Sobre esta moda y madame Roulin escribe Boussingault:

Cuando la señora Roulin llegó a Bogotá usaba el vestido que se llevaba en Francia en 1822: sombrero de seda con flores artificiales, quitrín de seda, corsé, chal Ternaux, guantes y botines, o bien blusa de seda cruda y sombrero a la Pamela; permanecía elegantemente vestida y caminaba sin nunca olvidar levantar un poco la falda para mostrar una pantorrilla bretona irreprochable. Esto causó una revolución entre las señoritas y las preguntas que me dirigían sobre el atavío de mi linda compatriota eran agradables y muy indiscretas; lo que las intrigaba por encima de todo era la cintura de avispa de la señora francesa: “¿Don Juan, no es cierto que se necesita una máquina para disminuir tanto la medida?” —“Dígale por favor, ya que la conoce, que se vista ante Ud. y nos hace un plano de la máquina para mostrárnoslo”. El corsé fue rápidamente imitado y comenzó a usarse muy pronto (1985, Sección Bogotá parte 2, parr. 28).

Boussingault es uno de los viajeros que mas muestra interés en describir el atuendo femenino en la ciudad, aunque ridiculiza a la clase alta y cae del sprit en la chabacanería y la generalización. Su lenguaje es básico al referirse a las mulatas y no muestra mayor interés por los esclavos ni por los indios, ni por sus costumbres ni indumentarias. Con respecto a ellos solo toma nota de lo anecdótico. Boussingault es crítico del atuendo de los hombres criollos de quienes afirma que esconden debajo de los abrigos una vestimenta desaliñada. En cambio Gosselmann los elogia en tanto imitan la moda francesa o rusa, solo distinguiéndose de un francés o un ruso por la forma graciosa cómo fumaban sus cigarros. Gosselmann en la década de 1820 hace una comparación del vestido femenino de acuerdo a la clase social durante una procesión:

En sentido contrario veo venir grupos de mujeres que traen sus cabezas libres y llevan vestidos livianos, a pie descalzo o con alpargatas, las que parecen mirar con envidia el vestuario de las damas elegantes que caminan delante de ellas. Estas últimas traen sobre sus cabelleras un sombrero, visten falda negra de seda como las medias, una mantilla y zapatos. Miro más adelante y contemplo algunas señoras que se visten a la usanza europea. El sombrero tan tradicional ha dejado su lugar a uno de gran colorido y plumas teñidas del mismo color que éste, o bien usan sombreros con flores artificiales, al tiempo que la mantilla ha sido reemplazada por una vivaz pañoleta de colores que se anuda lo mismo que las mantillas, con una de sus puntas metida bajo el sombrero, la del medio mantenida sobre el pecho y la de más abajo colgando coquetamente por la espalda (1981, Sección Viaje por Colombia, parr. 33).

Las mujeres que podían pagarse el traje a la usanza francesa eran pocas en Bogotá. Entre estas, según Steinheil, había la necesidad de hacer patente la procedencia extranjera de los trajes de gala al punto de conservar lo mas que podían los dobleces de la envoltura para

pregonar su procedencia europea. Pero no solo en la adquisición de vestidos, también en la compra de joyas se hacían enormes sacrificios, de acuerdo a Hamilton las damas iban adornadas con profusión de esmeraldas de Muzo y perlas del Caribe. Por su cercanía las preferidas eran las esmeraldas, que se encontraban en la región boyacense de Muzo incluso en el buche de los pollos que picoteaban el terreno en busca de alimento. De acuerdo a Hamilton el párroco de Muzo tenía un chaleco con botones de esmeraldas que había encontrado en el buche de sus gallinas. En la década de 1880 Miguel Cane escribía sobre el estilo de vestir de los salones en Bogotá, “...Al entrar a un salón y contemplar las toilettes que parecen salidas la víspera del reputado taller de una modista de Paris, nadie creería que se encontraba en la cumbre de un cerro perdido en las montañas de los andes” (Martínez Carreño, 1995, p. 116).

Ya para comienzos del siglo XX el estilo a imitar no fue el europeo sino el estadounidense: se imitó el talente versátil, se subió la falda y el corte del cabello, se empleó el maquillaje ocular a lo Hollywood, y se empezaron a conocer nuevos ritmos como el jazz, fos-trot, charleston, cuplés, y luego los ritmos caribeños y las rancheras mexicanas en los treinta.

Aparte de los salones y las fiestas de gala, otro traje importante para los bogotanos y bogotanas era el de viaje. Se usaba básicamente entre los criollos; los indígenas y mestizos aparte del sombrero y la ruana no tenían una prenda especial para viajar. Miguel Cané lo describe así:

En la cabeza, el enorme sombrero *suaza*, de paja, de anchas alas que protegen contra el sol y de elevada copa que mantiene fresco el cráneo. Al cuello, un amplio pañuelo de seda que abriga la garganta contra la fría atmósfera de la Sabana al caer la noche; luego, nuestro poncho, la *ruana* colombiana, de paño azul é impermeable, corta, llegando por ambos lados sólo hasta la cintura. Por fin, los *zamarros* nacionales, indispensables, sin los cuales nadie monta, que yo creía antes de ensayarlos, el aparato más inútil que los hombres hubieran inventado para mortificación propia, opinión sobre la que, más tarde, hice enmienda honorable. Los *zamarros* son dos piernas de pantalón, de media vara de ancho, cerradas á lo largo, pero abiertas en su punto de juntura, de manera que sólo protejan las extremidades (1907, Sección El salto del Tequendama, parr. 6).

Como complemento se usaban unos estribos metálicos que cubrían la primera mitad del pie, como una pantufla, y evitaban los golpes que se pudieran recibir por las piedras salientes. Las monturas eran brillantes, las riendas con decorados y las espuelas

generalmente eran de plata, las portaban tanto los grandes señores como los de clase inferior. A decir de Gosselman los caballos eran pequeños como las jacas noruegas, pero fuertes y vivaces, entrenados en un paso común y siempre guiados con riendas cortas.

En la década de 1820 Gosselmann y Hamilton se van a detener en los uniformes militares que ven en la ciudad. No existía una norma que impusiera a las guarniciones el uso de una prenda homogénea, esta circunstancia era evidente en los oficiales quienes vestían casi como querían, con trajes mas adecuados para ir de paseo que para una campaña militar, sobretodo por el detalle de que no llevaban armas. Según Gosselmann, ante tamaña diversidad el gobierno se vio obligado a promulgar un reglamento mas estricto para los uniformes, reglamento unánimemente rechazado por los recién nombrados tenientes que discutían hasta los detalles mas insignificantes de los uniformes, pero no asi por aquellos que acompañaban en campaña al Libertador, ellos no discutían. Gosselmann escribe:

La guarnición no poseía medias ni zapatos; el calzado eran solo alpargatas. Y aunque todos usaban uniformes, era fácil ver que no correspondían a la talla de cada uno. Los sacos largos y rojos, con sus reversos azules y su corte inglés, daban al espectador la posibilidad de suponer que, con toda seguridad, anteriormente esos uniformes habían adornado los cuerpos de un regimiento inglés de mayor estatura para luego ser vendidos a los colombianos de menor cuerpo (1981, Capítulo XV, parr. 53).

Hamilton lo completa el cuadro describiendo los atavíos de la caballería en campaña:

Sus armas y avios constan de una larga lanza, algunas veces una pistola en un cinturón de cuero y un freno fuerte de hierro para su caballo, pues no tiene silla, un sombrero de paja adornado con una escarapela y unas cuantas plumas de guacamayo y loro verde, una ruana delgada, calzones azules y un par de espuelas de acero grandes de rodaja y sandalias hechas de cortezas de árbol, para proteger los pies (Hammilton, 1955, p. 443).

Boussingault es uno de los pocos viajeros que intenta describir el mundo de la prostitución en las distintas clases sociales. Obviamente, dentro de esta descripción también cuenta lo andariego y mujeriego que resultó el capitán francés, a quien al parecer las mujeres neogranadinas perseguían sin tregua. Entre sus amoríos se hizo popular su apasionada historia con una prostituta de Mariquita, conocida como "Quebrantacujas"²², quien en medio de su pobreza y sabiéndolo en la ruina le obsequió una cadenita de oro, al

²² Cuja era en la region una suerte de cama de hechura artesanal, que en lugar de tablas tenia una lona templada por soporte y cojines de paja en lugar de colchón.

entregársela le dijo: “Consévala es todo lo que poseo”. Según Boussivamgault las mujeres de vida alegre de las ciudades de la cordillera eran de gran belleza, pues todas eran blancas con muy poca sangre india, y competían en lujos con las damas de gran mundo de quienes eran rivales. Boussingault no ve belleza en las indígenas aunque si en las mulatas de quienes cuenta varias anécdotas y aventuras amorosas. Boussingault escribe:

Después de “Pepita de Oro” venía “Quebrantacujas”, menos llamativa por su fisonomía que por sus redondeces, ya que daba la impresión de tener delante de uno a la Venus de Nilo, pero con brazos. En ese entonces yo tenía la fama de ser el oficial más delgado del estado mayor, lo que fue un atractivo para la Venús y que a mí me trajo problemas: Venus me seguía como un perrito y vigilaba mis pasos sin la menor discreción; cuando salía de una casa la encontraba sentada en la puerta, esperándome para seguirme; ¿Qué hacer? Nada. Afortunadamente llegó a Bogotá un joven oficial poseedor de una talla más fina que la mía y de quien Venus se apoderó con toda mi satisfacción” (1981, Sección Bogotá parte 2, parr. 42)

4.8.3.1 Mentalidades y roles

En cuanto a las costumbres y gustos de las bogotanas, sobretudo de las de clase media y alta, va a ver diversas opiniones entre los viajeros. Hamilton elogia a la “buena sociedad granadina” donde si una mujer se conducía mal y se llegaba a saber su falta de virtud era expulsada de esta, a diferencia de lo que ocurría durante el gobierno español donde se desmoralizaba y corrompía la mente del pueblo para que terminara siendo insensible al propio yugo español. Hamilton en sus visitas a las damas de Bogotá las encontraba generalmente sentadas en cojines colocados sobre alfombras al estilo oriental, ocupadas bordando y conversando. En la década de 1860 Holton critica la falta de actividad de las damas bogotanas, se queja de que no las ve arreglando las camas, lavando las ventanas, barriendo ni haciendo tortas y bizcochos. El siglo XIX es un siglo de roles, no obstante las jovencitas bogotanas de clase alta no eran criadas en los oficios que demanda una casa sino solo en música y bordados, todo bajo la idea de que los oficios no eran actividades nobles sino serviles, idea que terminó por convertirse en una forma de mentalidad.

Le Moyne, citado por Jorge Orlando Melo, encuentra a las bogotanas inteligentes pero incultas, con una excesiva libertad de expresión en las visitas, libertad que acaba encontrando preferible a la gazmoñería europea. También le llama la atención la frecuencia de relaciones extramatrimoniales en la clase media y el elevado número de hijos ilegítimos

criados dentro de la familia legal. Por su parte Holton observa que, a pesar de su espontaneidad y libertades, las conversaciones de las bogotanas eran vacías pues no leían nunca. Muchas jovencitas lo único que hacían era asomarse por la ventana y saludar a sus conocidos, solo podían salir en compañía de sus padres o hermanos y cuando lo hacían generalmente era para ir a la iglesia. Además de la casa, el colegio también era otra prisión a la que terminaban por acostumbrarse. Esto explicaba en parte el gran número de jovencitas bogotanas que terminaba en los conventos, ya que en términos de encierro no tenían nada que perder.

Un caso sui generis dentro de la escena bogotana fue el Manuelita Saenz, la compañera del Libertador, quien resumía en su figura los dos mundos, el de la alta sociedad y el popular. Boussingault escribe sobre ella:

Manuelita no confesaba su edad. Cuando la conocí parecía tener de 29 a 30 años; estaba entonces en todo el esplendor de su belleza no muy clásica: bella mujer, ligeramente rolliza, de ojos pardos, mirada indecisa, tez blanca y sonrosada y cabellos negros. Su manera de ser era bien incomprensible; tan pronto lucía como una gran señora, o como una “ñapanga” cualquiera; bailaba con igual perfección el minuet o la “cachuca” (el cancán). Su conversación no tenía ningún interés, cuando se salía de los adornos galantes; era burlona, pero carecía de gracia; ceceaba ligeramente con intención, como lo hacen las señoras del Ecuador (1985, Capítulo 3, parr. 24).

El caso opuesto al de Manuelita era el de las beatas de la ciudad. Se trataba de mujeres vestidas con hábitos sin pertenecer a una comunidad religiosa, las había desde jovencitas hasta casadas y mayores. Eran devotas que se confesaban diariamente y, de acuerdo a Holton, ejercían una especie de vigilancia pastoral en las familias en las que podían entremeterse, conseguían misas para su sacerdote favorito “y en una palabra, una de esas metidas profesionales que algún periódico bogotano describe como vieja, fea, casi siempre casada, y un estorbo para todas las casas que visita, menos para la propia porque casi nunca está en ella” (Holton, 1981, Sección en las Iglesias de Bogotá, parr. 33).

4.8.3.2 Educación femenina

En la década de 1820, los tiempos del viaje de Hamilton, el congreso había decidido fundar escuelas en diferentes conventos de monjas. Esta decisión no es aplaudida por Hamilton quien considera que las monjas en Suramérica, aparte de los bordados y la confección de

flores artificiales y dulces, eran muy ignorantes. Hamilton creía que se debía hacer mucho más por la educación de las mujeres dada su influencia en la sociedad, pensaba que se debían abrir escuelas en las grandes ciudades con maestras pagas por el estado con las rentas de los bienes confiscados a los eclesiásticos.

Ya en tiempos de Holton, la década de 1850, la ley no permitía escuelas mixtas y solo las aldeas grandes podían darse el lujo de tener dos escuelas públicas; las niñas aprendían lo que podían en la casa, si bien lo más frecuente es que se quedaran completamente ignorantes. En Bogotá había un colegio grande para niñas, dirigido con rigidez conventual por la viuda del expresidente Santander.

También en la época de la República liberal, la década de 1850, los cambios propuestos por una misión pedagógica alemana fueron rechazados por los conservadores, la misión proponía: centralización de la educación secundaria, educación superior para las mujeres, construcción de escuelas por parte de los hacendados.

Para 1880 Rothlisberger retrata así la educación femenina en Bogotá:

En particular la escuela de maestras se distinguía por los magníficos logros alcanzados, y a ella ingresaban muchachas del pueblo y de la clase media, que así podían dar satisfacción a su anhelo de saber, pasando además a ocupar una mejor posición social. Los exámenes que presencié demostraban en casi todas las alumnas un grado verdaderamente admirable de seguridad, de claridad mental y dominio de la materia; sin embargo, su aplicación servía para la obtención de un diploma poco menos que, en la práctica, falto de todo valor. Esto me probó una vez más que, concretamente la juventud femenina de Colombia, posee espléndidas dotes y que sería un verdadero pecado regatearle el sustento espiritual que reclama. Las escuelas especiales para señoritas no rebasan el nivel medio de nuestra instrucción primaria ni facilitan un verdadero y sólido saber (1993, Sección La vida cultural, parr.8).

Otro tipo de educación para mujeres era la que se brindaba a las presas en las cárceles. Holton es testigo de lo que ocurría en la prisión de Guaduas, cerca a Bogotá, donde se les enseñaba a las reclusas la fabricación de cigarros y de cajas de madera para estos. Holton, aunque elogia la disciplina del plantel, critica en cambio sus castigos, en particular uno que consistía en encerrar a las presas en el ataúd público, o sea aquel en el que llevaban al cementerio los cadáveres de los pobres.

4.9 Gastronomía: camino hasta Bogotá, el país del plátano

Según Hamilton en el Caribe, en Santa Marta, el ajo y el aceite rancio predominaban en la mayor parte de los platos. Entre el primero y segundo plato, los invitados salían a dar una vuelta por el término de veinte minutos o media hora; después, al regresar al comedor, encontraban la mesa colmada de pudines, tortas, dulces, frutas en conserva, todo ello de excelente calidad. A Hamilton le parecía que las gastralgias y las malas dentaduras tan corrientes en las damas del nuevo mundo eran una evidencia del abuso de estas golosinas.

Holton critica la dieta basada en plátano:

El plátano ahorra al hombre más trabajo que el vapor. Le da la mayor cantidad de alimento por área de tierra cultivada y quizá el esfuerzo máximo es el de llevarlo a la boca después de asarlo. Mi vecino Caldas dice que la Nueva Granada sería algo si acabáramos con el plátano y con la caña de azúcar: esta es la madre de la embriaguez y aquel el padre de la pereza (1981, Sección La Nueva granada, parr. 23)

Ya Humboldt había reparado en que en el Caribe el casabe y la harina de mandioca, alimentos indígenas, eran raros ya que la gente se alimentaba mayormente de plátano, pescado y algo de maíz. El plátano estaba incluso incluido en la dieta del ejército, ya que al salir a campaña, cada hombre llevaba asignada una cuota.

Para los viajeros las frutas van a ser el plato exótico por excelencia. Holton, no muy acostumbrado a comerlas, por las manchas que sus jugos dejan en los dedos y la cara, recomienda comer la guanábana con tenedor y lo hace convencido de que es la mejor recomendación que puede darse sobre una fruta.

Dejando el Caribe, ya en el barco por el Magdalena, los platos de los viajeros eran estofados de res, de chivo, y de pollo, pocas o ninguna legumbre; solamente arroz y muy de vez en cuando plátanos. En cambio, a los bogas no les daban ni arroz ni pan, sino plátanos todo el tiempo. A decir de Stubel y Reiss los ribereños comían mucho pescado, pero en el barco no lo servían nunca por barato. En el río solo los plátanos costaban menos.

Una vez en Honda el pescado seguía sin tener prestigio por ser tan barato y los fondistas habrían sido incapaces de servirlo pensando que los viajeros se sentirían engañados. Gosselmann cuenta que durante las batallas, dada la cantidad de ganado salvaje, se solía sacrificar a los animales para alimentar a los soldados, en muchos casos dos hombres daban

muerte a un buey para solo comerse su lengua y dejar el resto para el banquete de los gallinazos.

4.9.1 Bogotá: de lo Muisca a lo criollo

De acuerdo a Jiménez de Quesada los indígenas de la sabana comían venados y fucos, también llamados curies, peces de río y aves de lago. Además comían hierba de hayo los 10 primeros días del mes como purgante, los siguientes 10 días los dedicaban a la labranza y los último 10 del mes los pasaban en familia.

Boussingault observa la alimentación indígena tres siglos después y no ha cambiado mucho, los indígenas entonces se alimentaban de papas cocidas en agua o asadas bajo cenizas; raíces de arracacha, de legumbres secas y de galletas de maíz; consumían poca carne, a menos que fuera de curí o de salchichería, además, eran grandes bebedores de chicha. Con sus familias cultivaban una chacra y criaban gallinas. Boussingault en la década de 1820 también observa la alimentación de los campesinos y los artesanos quienes comían especialmente ajiaco, que era una mezcla de carne de res o de oveja cortada finamente y cocida con papas, cebolla y ajo. Boussingault afirma que se trataba de una buena sopa. En cuanto al desayuno consistía de chocolate en agua muy claro y ardiente, cada quien lo preparaba en su casa mezclando el cacao tostado y molido sobre una piedra caliente, y una cierta cantidad de maíz que variaba según el nivel social del individuo, para los sirvientes el maíz era abundante, los mas pudientes servían el chocolate con huevo revueltos o fritos en grasa.

El pan lo vendían en porciones pequeñas, a dieciséis por un real (a un cuarto cada uno), y nunca lo hacían en casa sino lo compraban por fuera, cosa que no significaba que hubiera panaderías. Holton creía que los que tenían ese negocio no vendían más de un dólar diariamente, pues el pan era un artículo que se consumía poco por estar fuera del alcance de los pobres. Lo que si estaba al alcance de los pobres era el granizo, cuando granizaba en la ciudad la gente pobre recogía el granizo y entonces había helados en Bogotá, pero no procedente de las fábricas de hielo.

Acerca de la comida en las clases altas escribe Boussingault:

Establecí la distinción entre los huevos revueltos y los fritos a causa de un accidente bastante desagradable, al principio de mi estancia y al que me acostumbré: en las mejores casas no había entonces cocinas propiamente dichas; no era necesario tener una cocina como a las que estamos acostumbrados en Francia: en una pieza se colocaban a nivel del suelo tres grandes piedras que hacían el oficio de trípode y entonces venía lo que Bergman llamaba las inmundicias de la atmósfera, o sea el polvo en el aire, teniendo en cuenta que la escoba era un instrumento muy poco conocido y los cabellos abundaban en esa mugre, porque las damas y sus esclavos se peinaban en la cocina. Sobre los huevos en cacerola, los cabellos conservaban su flexibilidad y por el color se podía adivinar su procedencia. Al masticar sentía yo terrible repugnancia; antes de comer retiraba tantos cabellos como me era posible, tal como lo habría hecho con las espinas de un pescado; en cambio, en los huevos fritos, debido a la temperatura aplicada a la grasa, se tostaban y se quebraban, de manera que se tragaban sin que uno se diera cuenta (1985, Sección Bogotá parte 2, parr. 7).

Para Holton en cambio los bogotanos no sabían preparar huevos: las tortillas que hacían eran a su juicio incomibles, y los huevos fritos le parecían fritos en agua. En cuanto a flanes, tartas y pudines, dudaba de que ni siquiera hubiera palabras en español para esos postres. Holton es de los mas críticos con la cocina bogotana en la que extraña una tradición pastelera y de bizcochos, aunque admite en cambio que los platos a base de leguminosas eran de variedad y calidad increíbles. La falta de postres, sobretodo de tortas y pudines, incide a su vez en la ausencia de cucharitas en las mesas, Holton advierte que las cucharas bogotanas son como las dulceras inglesas pero contienen mucha mas plata.

Debido a las condiciones físicas de las cocinas en las casas, en las que predominaban el hollín y la suciedad, las cocineras bogotanas le echaban sobretodo a las carnes achiote o bija, que ellas llamaban coloquialmente “tapamugre”. Viajeros como Holton se quejan del sabor del achiote y piden que se deje de condimentar con este. Sobre la carne que se consumía en la ciudad Holton escribe: “Por mi parte odio lo que aquí llaman menudo, que son las partes del animal que no tienen músculo. Podría escribir la filípica más vehemente contra el mondongo, la morcilla y la ubre, pero no lo hago porque a todos se nos revolvería el estómago” (1981, Sección los bogotanos, parr. 26).

Para Hamilton en cambio la carne sería excelente si los carniceros no quitaran todo el gordo para hacer velas. Al respecto cuenta:

Habiéndole explicado a mi cocinero, a manera de queja, que no les daba a mis invitados ninguna variedad de sopas, él dio como explicación que no podía comprar en el mercado carne de ternera para hacer sopas blancas, pero me pidió permiso para comprar una vaca con el ternero, venderla nuevamente y sacrificar el ternero (...) Los agricultores no quieren matar

nada que sea joven, en consecuencia no se puede comprar ternera, cordero, cabrito o lechoncitos. También compramos bueyes y los dividimos entre las familias inglesas, para poder tener carne con gordo, cortada al estilo inglés (Hamilton, 1989, p. 442-443).

Rothlisberger en 1880 describe el desayuno de las clases altas algo distinto que Boussingault y Holton, dice que lo tomaban entre las diez y las once y consistía de una sopa, bananos, arroz y bistec, u otra clase de carne, acompañado todo de un guiso de huevos. Al finalizar una tasa de chocolate. La comida se servía entre las 4 y las 5 pm. A las 8 de la noche tomaban como refresco una taza de chocolate o té, con pastas, bollos o con fruta.

De acuerdo a Boussingault en las clases altas se usaba generalmente vajilla de plata, pero en las clases medias no se veían sino vasijas de barro cocido; sin embargo, en casi todas las casas se bebía en vasos de plata, definitivamente más económicos que los de vidrio, muy frágiles, en un país en donde tenían un precio muy elevado. En cuanto a cuchillos, poco se les empleaba; rara vez se usaban los tenedores, de manera que se tenía que proceder a una lavada general después de cada comida.

Además del ajiaco y el puchero, las sopas típicas de la ciudad, la segunda hecha con carne de res, papas y repollo hervidos, estaban el palmiche, la olla podrida y el tamal. El palmiche era el cogollo de una palma cocinado en mantequilla, la olla podrida, exclusiva de las clases altas, era buey hervido en medio papas, manzanas, albaricoques verdes, garbanzos, arroz, repollo y tocino, se servía en ocasiones especiales. Sobre el tamal detallaba Holton:

Imagínese ahora el lector que tiene un tamal en el plato. Primero debe abrirlo con el tenedor o con las manos y descubre no la mezcla sino la yuxtaposición de elementos tan heterogéneos como los que se encuentran en el buche de un pavo al abrirlo con el cuchillo de trinchar. Es muy difícil sobreponerse a los prejuicios, pero aprendí a comer tamales y hasta les inventé un juego de palabras, No está mal - no es tamal (1981, Sección posada en Bogotá, parr. 22).

A pesar de que los viajeros se movían en general entre las clases altas y tenían acceso a la buena mesa bogotana, son más las críticas que los elogios a la hora de hablar de ella. Holton concluye afirmando que si algo hay que canse al viajero en Bogotá son la despensa, la cocina y el comedor, termina por lamentarse de haberle dedicado tanto tinta y tiempo al tema.

4.10 Lo sagrado: los ancestros prohibidos, las iglesias y las órdenes

Los muiscas tenían muchos templos y santuarios donde ofrendaban oro y esmeraldas. En sus sacrificios derramaban sangre de aves por todo el templo y colgaban todas las cabezas a la entrada, o regaban el lugar con agua con sahumeros. Según Jiménez de Quesada los sacrificios con sangre humana se daban solo durante sus guerras contra los panches cuando capturaban un muchacho virgen y lo mataban entre cantos y voces; también cuando el cacique compraba un niño moja, traído en hombros desde la casa del sol, donde se criaban, de 7 o 8 años, y entonces al llegar a la edad en que podían estar con mujer eran sacrificados en los templos, solo se salvaban si tocaban mujer.

Los Muiscas no dejaban talar árboles o beber agua de los lagos sagrados, ni tomaban las ofrendas de oro y esmeraldas de otros por temor de caer muertos. Cuando había guerra ambos enemigos pasaban un mes en los templos rogando al sol y la luna por la victoria, en sus cantos decían las razones justas por las cuales iban a la guerra, y ganaran o perdieran volvían al cabo a cantar o a lamentarse. Los muiscas tenían la tradición de la momificación, Hamilton visita el Museo Nacional donde ve la momia de un cacique que databa de antes de la conquista, el cuerpo se hallaba sentado y las rodillas casi tocaban el mentón, una posición similar a la de las momias incas.

Durante la conquista y la colonia la expansión de España fue estatal: es decir, estuvo guiada por la necesidad de gobernar y controlar las nuevas riquezas a través de instituciones. La inquisición, mas que un instrumento religioso fue una institución de disciplinamiento político y social; fundada en 1478 por los reyes católicos para exterminar a moros y judíos (un fin político), tenía una estructura medieval y no papal: el Rey tenía injerencia en los nombramientos y la institución se autorregulaba por un supra-aparato (el Consejo General de la Suprema inquisición). Sus funcionarios eran mas del estado que de la iglesia, hacían carrera y tenían injerencia política; los delitos perseguidos por la Inquisición encerraban un problema de orden y afectaban al estado mas que a la iglesia: sus condenas trataban de reestablecer un orden social e instaurar un equilibrio, de ejercer policía, mas que de defender la religión. El que atentaba contra el estado atentaba también contra la religión (Ceballos, 2002, p. 328-331).

En 1552, a pesar de que la Casa de Contratación exigía el Certificado de Sangre a los inmigrantes que se dirigían al Nuevo Reino de Granada, con el que verificaba que no fueran judíos conversos, éstos siguieron llegando camuflados como portugueses. Para 1558 el gobernador Pedro de Colmenares pide al Rey instaurar la Inquisición pues afirma que en Santa Fe mas de la mitad de la población son extranjeros (portugueses), que propician “la miseria y la corrupción” (Bernal, 1996, p. 75-78).

La Inquisición fue una institución de conquista y control político-social, una red de castigo y denuncia de las alteraciones de las creencias y las prácticas de las gentes, de aquellas que no coincidieran con las católicas. Fue el primer inventario metódico y minucioso de las culturas americanas y de sus mestizajes. El control que España, a través de la iglesia católica, llegó a tener sobre la política y la cotidianidad de los habitantes de sus colonias, e incluso sobre los de las nuevas repúblicas después de su independencia, es visible en los detalles del desfile de independencia del que John Stuart Cochrane es testigo en las calles de Bogotá, “Esta procesión llega en frente a la iglesia de Santo Domingo, en la Calle Real. Allí se detienen por un tiempo. Las tropas se alinean ambos costados de la calle y, luego, la bandera nacional de la República de la Nueva Granada es extendida ceremoniosamente a los pies del arzobispo que, en presencia del conjunto de ciudadanos de Bogotá, el jefe de la nación, los ministros del estado, los canónigos de la iglesia, con la hostia elevada, y todos los sacerdotes, que entonan himnos religiosos, ¡la pisotea! Y después el mismo prelado la santifica y retorna a su abanderado” (1990, p. 13). La supremacía de la religión (de la estructura del estado español) sobre las instituciones coloniales no cesó con la independencia de las colonias. Lo católico se convirtió en lo tradicional por encima de lo indígena y lo mestizo. Tampoco se disminuyó su capacidad de control sobre lo cotidiano, como lo observa de nuevo John Stuart Cochrane en Bogotá, “La elevación de la Hostia en cualquiera de las iglesias es anunciada a toda la ciudad con un movimiento corto y peculiar, seguido de un golpe de la campana mayor. Entonces todas las cabezas se descubren y todos los piadosos interrumpen su conversación, su camino o cualquier otro compromiso. La terminación del sacramento es anunciada de nuevo con otro movimiento rápido de las campanas y todo vuelve a ser como antes” (1990, p. 63). Durante el siglo XIX los únicos referentes de autoridad y ley fueron los policías y los sacerdotes, los primeros como funcionarios que a nombre del Estado castigaban a los delincuentes (ley represiva) y los

segundos como ministros de la iglesia que reprendían moralmente en nombre de Dios y la tradición.

Para el catolicismo se trataba de refrenar y acallar la interioridad de donde surgían las bajas pasiones, y también de la subjetividad, o experiencia interior del mundo, a través de la castidad y el énfasis en los aspectos externos (cuadros de costumbres) carentes de conciencia de subjetividad. El hecho de darle voz a la interioridad le abría campo a la subjetividad, le daba espacio y autonomía al sujeto.

La idolatría al principio no era diabólica, era solo ausencia de gracia de civilizaciones avanzadas en el medioevo, una reminiscencia de antiguas ideas paganas que en el caso de los indígenas no era aplicable, significaba solo un anhelo de ser evangelizado. Al principio no hubo demonización ni uso de la idolatría en contra del cristianismo. Después de México la interpretación idolátrica creció, en los andes al principio se habló de idolatría pero no de demonización ni de que fuera contraria al cristianismo, ese fue un discurso que apareció finalizando el siglo XVII donde idolatría adquiere el sentido de opuesto al cristianismo (Langebaek, 2005). La idolatría es una construcción colonial, la identidad de los muisca como indios coincidió con el apogeo de la idolatría en el siglo XVI, que luego se diluyó en la de mestizo. De otro lado los objetos rituales eran cosas imbuidas de energía y ocultas, su visión estaba reservada a algunos y se hacía a través del éxtasis.

La “pedagogía” de la imagen la llevaron a cabo los franciscanos, el celo iconoclasta y la conquista del imaginario de los muisca fue un proceso que estuvo completo para el siglo XVII. A la par que se desestimaban los dioses indígenas como idolatría, las supersticiones del catolicismo seguían a la orden del día, es así como durante las tempestades en los barcos se echaban al mar al biblias, misales, imágenes, etc, tradición que provenía del mundo clásico donde mataban un cordero antes del viaje y colocaban su piel en la proa o mataban carneros durante la tempestad y lanzaban sus cuerpos partidos a lado y lado del barco al mar (Bernabéu, 2014).

La subvaloración de lo propio estuvo reforzada por la iglesia y su destrucción de las culturas nativas a través de la evangelización. Los procesos de aculturación iniciados por las

misiones católicas con las poblaciones indígenas, continuados luego por la educación pública mediante una enseñanza tutelada por la iglesia, propiciaron el menosprecio histórico hacia las propias tradiciones: lo local no fue un ideal claro ni siquiera para los criollos independentistas, pues su meta era separarse de España para controlar el Estado y conformar un conjunto homogéneo de naciones independientes (Gran Colombia, Estados Unidos de Colombia, etc) que preservaron intactas las leyes e instituciones de procedencia colonial ante el riesgo administrativo que representaba abolirlas. La tolerancia hacia lo indígena, no significó su aceptación dentro de los ideales culturales de la ciudad, donde la clase intelectual, dueña del lenguaje escrito y el “saber universal”, se arrogó el papel de hablar en nombre de la nación como su voz y conciencia. Representante de la intelectualidad bogotana, Arturo Cova, protagonista de la *Vorágine*, fija su atención en las prácticas que le parecen exóticas en la selva sin que eso signifique que les atribuya un valor específico:

Aconteció que traje del garcero dos patos grises, pequeños como palomas, ocultos en una mochila. Hallé uno muerto al día siguiente, y lo desplumé junto al fogón para que mis perros se lo comieran. Mas, al verme, el cacique tomó sus flechas y amenazó con la macana, dando alaridos y truenos, hasta que las mujeres, pavoridas, recogieron las plumas y las soplaron al aire de la mañana. (...) (Rivera, 1985, p. 86-87).

Entonces me advirtió nuestro intérprete que las almas de aquellos bárbaros residen en distintos animales, y que la del cacique se asemejaba a un pato gris. Probablemente moriría de sugestión por haber contemplado el ave sin vida, y la tribu se vengaría de mi ‘homicidio’. Apresúreme a sacar el otro pato y lo dejé revolotear entre la ramada; al verlo, el indio quedose en éxtasis ante el milagro y siguió los zig zag del vuelo sobre la plenitud del inmediato río (Rivera, 1985, p. 86-87).

El pueril incidente bastó para acreditar me como ser sobrenatural, dueño de almas y destinos. Ningún aborigen se atrevía a mirarme, pero yo estaba presente en sus pensamientos, ejerciendo influencias desconocidas sobre sus esperanzas y pesadumbres (Rivera, 1985, p. 86-87).

La interpretación de la magia como un asunto de bárbaros, o como un episodio pueril, relega el fenómeno al campo de lo anecdótico. Cova no le reconoce un trasfondo cultural pues no observa en las tribus nómadas del Amazonas sofisticación alguna. Los considera habitantes naturales de la selva mas que culturas aborígenes. Las creencias en las prácticas mágicas, tras ser vistas como meras sugestiones, son utilizadas por los amos y capataces en las caucherías para controlar las voluntades de los nativos a través del miedo: “La arisca

timidez de los indiecitos crece al influjo de grotescas supersticiones. Para ellos el amo es un ser sobrenatural, amigo del máguare, es decir, del diablo, y por eso los montes le prestan ayuda y les guardan los secretos de sus violencias” (Rivera, 1985, p. 165).

La magia, o lo que se entiende racionalmente por magia, hace parte de la cotidianidad de la vida en los llanos y la selva. Para los indígenas y los colonos no existe el divorcio intelectual entre lo rutinario y lo mágico. Es una sola vida que se mueve entre los sentimientos y la naturaleza, entre el entorno y los deseos, donde el vínculo entre los hechos y las cosas es emotivo e inmediato, no analítico ni discursivo. Los acontecimientos y sus causas no están divididos, la ciencia no es necesaria. La mulata Sebastiana le explica a Arturo Cova: “Por si (Antonio) me dejara desamparada, le di en el café el corazón de un pajarito llamado Pia poco. Pueel irse muy lejos y corré tierras; pero onde oiga canté otro pajarito semejante, se pondrá triste y tendrá que volverse” (Rivera, 1985, p. 27).

Los hechizos y rezos de los colonos y mulatos, que inspiran también el desprecio de Cova, se diferencian de los rituales indígenas en que los primeros detentan ya un sincretismo con los santos y ritos de la religión católica y las religiones africanas. Aunque provienen de prácticas aborígenes y africanas, los hechizos y rezos de los colonos hicieron acopio de los elementos católicos y los fusionaron ritualmente en forma de oraciones, invocaciones y sortilegios. Hubo un reemplazo de nombres y de signos pero no de Dioses ni de fe. La religiosidad de los pobladores de las selvas y los llanos, ante la escasa presencia de la iglesia, quedó en manos de los curanderos, chamanes y brujos, quienes ejecutaban toda suerte conjuros, sanaciones, invocaciones y maleficios, tan sincréticos e inagotables como la selva misma:

Los gandules permanecieron fervorosos como en un templo, y el viejo Mauco, después de hacer en el aire algunos signos de magia, masculló una retahíla que se llamaba ‘la oración del santo juez.

(..) -No solo eso —añadió el mamarracho (Mauco) — Se muchas oraciones paa too. Pa topé las reses perdías, pa sacá entierros, pa hacerme invisible a los enemigos. Cuando el reclutamiento de la guerra grande me vinieron a cogé, y me les convertí en mata de plátano. Una vez me apañaron antes de acabé el rezo y me encerraron en una pieza, con doble llave; pero me volví hormiga y me picurié (Rivera, 1985, p. 48).

La expresión mamarracho indica el desdén que Cova experimenta por Mauco “el tuerto” quien intenta curarle la herida de un brazo con un conjuro. Los conjuros de Mauco,

distanciados ya de su original contexto indígena o africano, donde yacían justificados por antiguos mitos y leyendas, parecen ahora historias y cuentos fantásticos que solo aquellos que les tienen fe pueden creer. Historias que de hacer parte de un entorno escrito podrían derivar en una literatura local y auténtica pero que al ser juzgadas dentro de las categorías de personajes ajenos a ellas devienen en episodios pintorescos que le sirven de ambientación a una obra reflexiva. Sin embargo, será solo a través de la superstición, de la creencia en un sentido y una justicia que están dados de antemano en el origen de las cosas, como al final Arturo Cova podrá explicar la tragedia de la selva y sus gentes:

(..) La servidumbre en estas comarcas se hace vitalicia para esclavo y dueño: uno y otro deben morir aquí. Un sino de fracaso y perdición persigue a cuantos explotan la mina verde. La selva los aniquila, la selva los retiene, la selva los llama para tragárselos. Los que escapan, aunque se refugien en las ciudades, llevan ya el maleficio en cuerpo y alma. Mustios, envejecidos, decepcionados, no tienen más que una aspiración: volver, volver, a sabiendas de que si vuelven perecerán. Y los que se quedan, los que desoyen el llamamiento de la montaña, siempre declinan en la miseria, víctimas de dolencias desconocidas, siendo carne palúdica de hospital, entregándose a la cuchilla que les recorta el hígado por pedazos, como en pena de algo sacrílego que cometieron contra los indios, contra los árboles (Rivera, 1985, p. 181).

Contrario al abandono absoluto, tanto del estado como de la iglesia, en el que yacen los llanos, la selva y sus gentes, Bogotá es el epicentro tanto del uno como del otro, es la ciudad de las iglesias y los conventos, de la clase política y de los abogados, de la sanción moral y del anhelo humano hacia algo mas alto, de la cultura y de las guarniciones militares. Al igual que en las ciudades españolas todo el día se oía el repicar de las campanas. A decir de Holton en la década de 1850 con solo 29029 habitantes tenía tantas iglesias como París con un millón, y eran tantos sus confesonarios que a pleno uso podrían liberar todo un ejército del purgatorio; al purgatorio lo llamaban Tocaima debido al calor que hacía en esta población. En la década de 1820 Gosselmann calculó las iglesias en 32 y la población en 35000.

A pesar del número de iglesias y conventos, el número de frailes y monjas en Bogotá no era muy elevado según Holton porque en los treinta y dos conventos no había sino 697 religiosos, sin contar 469 sirvientes y 97 novicios. Todos ellos cabrían en un solo convento bogotano. Antes de las reformas del arzobispo Mosquera, prosigue Holton, debían pasarla muy agradablemente en los conventos, pero el arzobispo les quitó los caballos a las monjas, les prohibió que tuvieran teatro y que se disfrazaran de hombre, y que ninguna, ni siquiera

las más viejas y enfermas, tuviera más de *dos* sirvientas. Pero a pesar de las reformas en conventos como el de Santa Inés tenían 73 sirvientas para atender a 46 religiosas.

Durante su estancia en Bogotá Hamilton en la década de 1820 es testigo de la toma de hábitos por parte de una muchacha bogotana, al respecto narra:

El domingo 22 de agosto fui con la esposa del general inglés a la casa del coronel Narváez, cuya esposa iba a ser la madrina de una linda muchacha de diecisiete años que iba a tomar hábitos para ingresar de monja en la Orden de la Concepción, aquella tarde. A las tres y media la señorita, vestida elegantemente de blanco, adornada con profusión de perlas y esmeraldas, etc., iba acompañada del coronel Narváez, sus padres, parientes y amigos. La señora del general inglés y yo salimos en comitiva de la casa del coronel hacia el convento, mientras una banda de música tocaba en las calles y se disparaban cohetes frese al convento a nuestra llegada. Todos permanecemos sentados en una de las capillas, cerca de la puerta que conducía a su altura morada; por esta puerta debía trasponer pronto por última vez; en este momento la pobre joven conversó animadamente con sus parientes y amigos y de vez en cuando sorprendí una mirada de sus bellos ojos expresivos; no pude evitar el mirarla con compasión, detestando con toda mi alma esta costumbre que entierra en vida a un ser en la flor de la juventud y belleza (...)Tan pronto se terminó la oración la joven regresó con los sacerdotes y golpeó a la pequeña puerta del convento por nueve veces, la cual fue abierta por la señora abadesa y ella ingresó a su tumba viviente. A través de una puerta rechinante al aburrirse, ví veinte monjas, cada una con una velita encendida y quienes al recibir a la nueva reclusa se retiraron entonando himnos acompañados de música de órgano, que despertaba un poderoso efecto de melancolía en el espíritu (...) Al cabo de media hora recibimos la orden de regresar a la capilla, donde la nueva monja vestía el hábito de la Orden y creo que le lucía más que cuando la vi con todos los ornamentos de la moda. Le cortaron todos sus bucles y una capucha ordinaria muy ajustada le cubría parte de la frente, de los lados de la cara y se hallaba sujeta bajo el mentón. La capucha y el resto de su hábito eran de franela blanca fina con un rosario largo a cuyo extremo había un crucifijo colocado a su lado. El coronel Narváez le preguntó a la pobre muchacha si no se arrepentía de sus votos, a lo cual ella repuso con una sonrisa melancólica:

De ningún modo. Una monja anciana que estaba en pie junto a ella observó significativamente: Ella no sabe lo que ha hecho! (1955, Parte 4, parr. 41).

A través de las verjas de los balcones que rodeaban la capilla se podían observar muchos pares de ojos centelleantes, eran los de las jóvenes novicias. Durante una semana o diez días después de tomar hábitos una joven, sus parientes podían verla y conversar con ella, pero después de ese término quedaba prohibida toda comunicación, excepto la de la madre, cuyas visitas se limitaban a una vez mensual.

Boussivangault en la década de 1820 es testigo de otra manifestación de la fé en las monjas, sus cartas íntimas a su director espiritual. Boussingault entre otros documentos descubre en un viejo cuarto de un convento paquetes atados con las cartas de las monjas:

Procedí a un inventario de estos tristes restos y fue entonces cuando en un montón de papeles acumulados en un cuarto oscuro, tuve la fortuna de descubrir y de salvar manuscritos preciosos: en primer lugar las observaciones termométricas llevadas a cabo durante muchos años en la Casa de la Expedición Botánica y luego muy curiosos paquetes de cartas de las religiosas del convento de Santa Clara, dirigidas a su director espiritual. Para conocer su contenido hubo que leerlas. ¡Pobres reclusas! ¡Qué desahogos! ¡Qué pecados tan singulares de los que se acusaban! Exaltaban el amor a su esposo, Nuestro Señor Jesucristo, en términos que habrían podido expresar sentimientos carnales. Esta correspondencia que demostraba una piadosa admiración por su confesor, contenía la confesión de algunas faltas evidentemente imaginarias. Habría sido indigno divulgarlas; ¡se habría violado el secreto de la confesión! Por lo tanto quemé las cartas (1985, Sección Bogotá parte 2, parr. 74).

Los viajeros, en especial Holton y Rothlisberger, critican la honestidad de las órdenes, su rápido enriquecimiento, la cantidad propiedades que tenían, y las fuertes sumas que enviaban a España cada tanto. La única orden que escapa a tales críticas es la de los jesuitas, expulsados en tres ocasiones distintas del país. Holton narra cómo su partida finalizando el siglo XVIII significó un botín para la corona y el abandono de las misiones en las zonas más alejadas.

Entre las órdenes, Rothlisberger critica en especial a las hermanas de la caridad cuyas propiedades aumentaban a velocidades sorprendentes, y cuya mala fama hacía ya entonces que la gente caritativa no les diera nada.

Otro tipo de orden era la Tercera Orden, compuesta por hombres y mujeres que podían casarse y tener propiedades, pero que al ingresar se comprometían a llevar una vida religiosa e estricta y al morir los sepultaban vestidos con el hábito de San Francisco. La Tercera no era, a decir de Holton, propiamente una cofradía sino una asociación cuyos afiliados pagaban regularmente una pequeña suma con el fin de liberar del purgatorio a las almas de los asociados.

4.10.1 Feligreses, ritos y castas

El sincretismo también fue una realidad en la sabana de Bogotá. En una aldea cercana a la ciudad Hamilton es testigo de una procesión de feligreses acompañados por un cuadro, seis faroles de papel, y una cruz. Un indígena anciano la encabezaba cantando las vísperas. El indígena le contó después a Hamilton que la procesión la hacían dos o tres veces por semana para alejar los malos espíritus. Los viajeros en general opinan que los bogotanos son muy católicos, sin distinciones de clase, género o raza. Esta opinión es reforzada por los

dichos populares en los que se invoca a Dios o a los santos o al evangelio, que a oídos de los viajeros más desprevenidos suenan a letanias o a oraciones. Un ejemplo es la anécdota que se cuenta en el prólogo del libro de Marguerite Combes donde el peón de estribo grita “Cuidado que la señora se ladea del lado del evangelio”, grito de usanza común que resuena en los oídos del esposo francés como una sentencia ultracatólica.

Otra costumbre religiosa que llama la atención de los viajeros es lo que hacían las personas cuando escuchaban las campanas de la iglesia. Rothlisberger en la década de 1880 contaba que en las mañanas, algo después de las nueve, cuando la Catedral anunciaba con tres campanadas sordas el santo acto de la transubstanciación, todos los hombres se descubrían, permanecían de pie y hacían una pausa en sus conversaciones; los jinetes por lo común detenían sus caballos; la guardia militar rendía armas arrodillándose junto con sus oficial mientras se interpretaba sin cesar la marcha de banderas. Además la gente del pueblo se persignaba al pasar por las iglesias y conventos, y todos se arrodillaban al pasar el santísimo sacramento.

En él se ve a un digno descendiente de los muisecas que se ha quitado el sombrero para saludar, diciendo al mismo tiempo, Sacramento del altar. La frase completa, si es que alguna vez se usó, sería Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar, a lo cual se debe contestar, Por siempre jamás. Quizá reafirmando la convicción en la eficacia de la misa (Holton, 1981, Sección Bailes y toros, parr. 14).

En la década de 1820 uno de los eventos más referenciados por los viajeros fue el terremoto de 1826 entre las diez y las once de la noche. Boussingault jugaba al whist cuando se produjo el choque violento de tierra y las calles se llenaron de gentes aun a medio vestir que gritaban “¡ Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal, líbranos de todo mal!”. Hombres y mujeres caían de rodillas, con los brazos extendidos, como petrificados; todos rezaban y se confesaban en voz muy alta y según Boussingault mientras más grande era el pecado, más altos eran los lamentos. Un joven teniente pretendió haber oído algunas cosas, con las que divirtió a Boussingault y sus amigos durante ocho días.

Gosselmann testimonia que los curas declararon que el terremoto era un aviso del cielo, dirigido al gobierno y al pueblo, para que no se permitiera tanta “herejía”. La primera consecuencia de esto fue la reunión de las gentes en las afueras de las casas de los extranjeros protestantes; afortunadamente el gobierno evitó que los desmanes fueran

mayores y no permitió que la Iglesia siguiera exhortando a los fanáticos. De todas formas los ingleses y norteamericanos residentes no se consideraban seguros, por lo que decidieron andar en grupos y siempre armados. Hettner, cincuenta años después, afirmaba que los colombianos eran muy católicos, pero aun tomando por hereje a todo protestante distaban mucho de ser fanáticos.

Sin embargo Gosselmann y Boussingault en la década de 1820 abundan en el relato de incidentes entre los extranjeros protestantes y los sacerdotes católicos, quienes no perdían oportunidad para achacarles los males de la nación o los incidentes mas triviales. Entre estos contaban ocasionalmente las procesiones, frente a las cuales los extranjeros cumplían con quitarse el sombrero en señal de respeto, pero no siendo suficiente para los sacerdotes estos los obligaban a arrodillarse. Gosselmann narra el incidente de esta índole ocurrido al comerciante estadounidense Galt, quien estando enfermo fue obligado a culetazos a arrodillarse por orden de un sacerdote, suceso que tuvo repercusiones diplomáticas para el gobierno que debió reemplazar al cura quien se hacia el ofendido.

De acuerdo a Boussingault el matrimonio era un acto puramente religioso. Era suficiente que en presencia de un sacerdote los futuros declararan que deseaban ser unidos; recibían la bendición y ahí terminaba todo. Se casaban en cualquier parte: en la calle, en el baile, etc, así muchos de sus camaradas quedaron casados, entre ellos el coronel Demarquet, quien después a decir de Boussingault se mordía los dedos, aunque su mujer fuera bella, encantadora y procedente de una familia muy honorable.

Entre los muisca no había ceremonia de matrimonio, se tomaban las esposas que se pudieran mantener, el cacique Bogotá tenía 400. En las familias muisca no heredaban los hijos sino los nietos, y a estos sus sobrinos y primos.

Aparte de los Muisca, entre los negros, mas exactamente entre los bogas del Magdalena, se desconocía el significado de la monogamia, ya que era característico de un señor ser dueño de varias mujeres, incluidas las conocidas a lo largo de la vía del río. En lo referente a religión, era de acuerdo a Gosselmann exacto el bosquejo que hacían de ellos los ingleses al decir que “en general no tienen religión, ni creen en nada”. Los bogas, sin embargo, se consideraban cristianos y andaban a cada instante haciendo la señal de la cruz,

persignándose y rezando el “Ave María” y otras oraciones latinas. Entre los negros del Cauca era frecuente no obstante los matrimonios monógamos según cuenta Holton.

El viajero de *Cuatro años a bordo de mi mismo* también es testigo, desde su óptica de bogotano, de los rituales y las creencias propias de los indígenas Wayu, con quienes convive y de los cuales aprende, a diferencia de Arturo Cova quien solo los describe con desprecio y narra sus tragedias. Sobre el matrimonio entre los Wayu opina:

Me disgusta que digan: ‘Compró una india’. No, debe decirse: ‘Se casó con una india’. ¿Por qué ha de ser menos el matrimonio guajiro que el católico o el protestante o el judío?. Este es el matrimonio ultramoderno, el matrimonio del año 2050. La comercialización de la vida nos llevará a hacer lo que estas indias practican hace centenares de años. La indemnización en el matrimonio (Zalamea, 1966, p. 247).

El viajero bogotano ve con una actitud abierta la tradición wayu de la dote que debe ofrecer el hombre para poderse casar con la mujer, no ve en esto algo atávico sino algo que prefigura otros tiempos. También observa con buenos ojos la línea matrilineal que sigue la sociedad wayu, “El collar que hace las veces de sortija en el matrimonio guajiro, debe estar ya en manos del tío materno. Porque el único parentesco que se reconoce entre ellos es el de la línea femenina. Dicen, quizá con razón, que nadie puede estar seguro de quién es su padre” (Zalamea, 1966, p. 248).

4.10.2 La vida privada de los sacerdotes

De acuerdo a Jiménez de Quesada en el mundo muisca a los hombres que iban a ser caciques o sacerdotes los encerraban hasta 7 años, sin ver el sol y con dieta especial, de cuando en cuando los azotaban, permanecían sin mujer, sin comer sal, ají, ni carne, solo de noche podían salir a ver la luna y las estrellas y como caciques su primer sacrificio debía ser en la laguna Guatavita, a un dios que aparecía en forma de dragoncillo o culebra, al que ofrecían oro o esmeraldas. Según Fray Pedro Simón allí le pedían a la cacica sumergida en la laguna, que se aparecía desnuda en medio del agua. Cuenta Juan Rodríguez Freyle que cuando los indígenas supieron de los españoles decidieron arrojar todo su oro a la laguna para que la cacica los salvara de esa peste.

Para el siglo XVII los caciques carecían de credibilidad y prestigio por haber servido de puente entre los españoles y el pueblo muisca. Entretanto los chuques (mohanes o jeques),

los líderes religiosos, mas perseguidos que los caciques, explicaban la conquista por la desobediencia de sus consejos tanto por parte del pueblo como de los caciques (Gómez, 1998).

En el siglo XIX quedaban muy pocos chuques y los sacerdotes católicos no cumplían a cabalidad sus funciones, a decir de Hettner solo unos pocos cumplían con su misión, pero en general los párrocos no eran capaces, ni moral ni intelectualmente de hacer frente a sus tareas. Rothlisberger explica que el cura de aldea, que tenía que trabajar para ganarse el pan de cada día, se abandonaba y estropeaba con harta facilidad. La diferencia entre ser párroco de aldea o de provincia y serlo en Bogotá o en las ciudades principales era demasiado grande, para las aldeas y las provincias existían las misiones y los misioneros, que invertían sus vidas en las regiones, de las que algunos nunca volvían. Boussingault escribe al respecto:

A menos de haber nacido con una propensión determinada por la vida contemplativa, se puede examinar si la felicidad que procura el aislamiento en esas regiones salvajes no se debería al gusto del amor físico, el único que es allí tan fácil de satisfacer y si a la edad madura esta existencia tendría todavía algún atractivo. Sin embargo yo he conocido misioneros, quienes después de haber envejecido en las misiones del Orinoco y del Meta, no sentían ningún deseo de regresar a España; tal vez por lo que en su misión gozaban de la libertad más absoluta, les atemorizaba caer de nuevo bajo el yugo de la regla y de la disciplina del convento (1985, Sección Viaje a la región aurífera parte 5, prr. 16).

Otro motivo por el cual no querían regresar era porque muchos de ellos, de los misioneros, eran malos sacerdotes forzados a ser misioneros porque la iglesia no se podía deshacer de ellos. Gozaban de mas prestigio y autonomía que en Roma donde serían de nuevo vigilados.

En los pueblos y en las provincias los curas tenían que ingeniárselas para poder sobrevivir debido a la pobreza de los fieles. Por ejemplo en Rio Sucio, cuenta Boussingault, el padre Bonafonte mantenía un burro reproductor, cuyo oficio era el de procrear muletos. El animal, con pelos largos y embarrados, ocupaba un pequeño cercado con muy buena hierba y era allí a donde le llevaban las yeguas que debía servir; el cura recibía una piastra por cada logro del burro y en los buenos momentos, cuando se le daba maíz, producía hasta 12 piastras en un día, lo cual era todo para los pobres.

La vida privada y la sexualidad de los sacerdotes era bastante libre a decir de los viajeros, sobretodo de aquellos que viajaron a Bogotá en la década de 1820 y hasta 1860. No

importaba si se referían a los curas de Bogotá o a los de otras ciudades o pueblos. Boussingault nos da un ejemplo:

Los sacerdotes y los monjes mantenían concubinas abiertamente o vivían maritalmente con ellas (...) Con frecuencia me encontraba con un Hermano Hospitalario de San Juan de Dios, seguido de un niño vestido con el hábito de su Orden: eran padre e hijo. Un día un predicador de mucha fama, el canónigo Guerra, llegó como enloquecido a donde el doctor Roulin, suplicándole que fuera a ver a su señora que estaba teniendo un hijo. El doctor salió inmediatamente con su forceps y regresó pronto, para anunciarnos que la señora canóniga y su hijo se encontraban muy bien (1985, Sección Bogota parte 2, parr. 44).

Holton en 1850 refiere otro caso en Bogotá, el de un cura que sentía especial debilidad por las niñas inocentes e ingenuas que había seducido casi al mismo tiempo a 5 o 6 niñas de las mejores familias de la ciudad. La indignación fue general y las autoridades eclesiásticas lo mandaron a Roma para que lo juzgaran. Pasado cierto tiempo, ya suficientemente castigado o arrepentido, lo enviaron de retorno a ejercer sus sagradas funciones a Cartagena.

Stubel y Reiss niegan la idea de que el relajamiento en las costumbres sexuales, sobretudo por parte de los curas, se deba a las influencias del clima de la zona tórrida que haría que la sangre fluyera mas tempestuosamente; al respecto argumentan que se debe mas a una falta de frenos impuestos por la propia conciencia o por parte de la opinión pública lo que explica las diferencias en términos de moralidad.

A los bogotanos y en general a los colombianos les escandalizaba menos que los sacerdotes tuvieran mujer e hijos, que una idea tan simple como la del matrimonio civil. Holton cuenta como la gente se quejaba amargamente ante la implantación del matrimonio civil, decían preferir que los hijos corrieran las consecuencias de la ilegitimidad legal antes que recibir un certificado de matrimonio de manos no consagradas. Lo mismo ocurría ante la posibilidad de que los curas, que ya tenían mujer e hijos, contrajeran nupcias por lo civil; los feligreses los preferían pecadores y disolutos en sus costumbres antes que casados, pues una vez casados los sacramentos que impartieran perderían validez. Holton reflexiona sobre la moral de la iglesia y la legitimidad en la Nueva Granada:

Los granadinos pertenecen a una religión cuyas instituciones son adversas a las leyes de la castidad y por lo tanto la comparación debe establecerse con los países católicos. Suponiendo, por ejemplo, que la proporción de nacimientos ilegítimos en el país sea del treinta y tres por ciento, y creo que puede ser menor, en ese caso sería la misma que la de París. En Bruselas esa

proporción es del treinta y cinco por ciento; en Munich del cuarenta y ocho; en Viena del cincuenta y uno; y creo que en la sacra Roma es todavía mayor. Supongamos entonces que la moral de la Nueva Granada es tan deficiente como la de París, la más moral de las ciudades mencionadas. Debemos recordar que siendo París una gran ciudad, sacerdotes solteros, monjes corrompidos y funcionarios militares y civiles licenciosos se pusieron a la tarea de crear un código de decencia y moralidad para implantarlo a sencillos y semi-desnudos indígenas conversos. ¿Cómo sorprendernos entonces de que la moralidad sea tan relajada como la de París? (1981, Sección Cali y viajes parte 2, parr. 48)

4.10.3 La Virgen, sus imágenes y sus mestizajes

Hamilton en la década de 1820 observa con curiosidad cómo en la sabana de Bogotá hacían grandes agujeros por lado y lado en los troncos de algunos árboles con el fin de preparar colmenas para las abejas silvestres cuya cera era muy codiciada a la hora de elaborar los cirios y las veladoras con las que en todas las iglesias adoraban a la virgen y a los distintos santos.

Junto al escenario pavoroso del juicio final se puede ver en la iglesia de Sutatenza la pintura de un cacique adoctrinado, interiorizando las imágenes espantosas y el temor al castigo eterno, después de haber vivido el final de su mundo debía vivir a la espera del juicio final (Rincón, 2007). La escenificación de los indígenas al lado o junto a los santos y vírgenes no era frecuente en Colombia, el arte religioso se tardó en sincretizar los dos mundos a diferencia de lo ocurrido en México.

En la población de Chiquinquirá, cerca de Bogotá, se encuentra un templo que aloja a una virgen, objeto de la veneración del país. Es, a decir de Boussingault, una virgen para “hacer de todo”. Los peregrinos llegan de todas partes para adorarla. Su imagen está adornada con esmeraldas de gran valor. Boussingault asegura que es la más rica “Nuestra Señora” que se conozca. El piso de la iglesia estaba cubierto de pequeños cirios que prenden los devotos. Una clerecía numerosa, muy alegre y muy hospitalaria, es apenas suficiente para decir las misas de a peso, lo que constituía una renta importante.

Algo que llama especialmente la atención de los viajeros es la forma cómo están decoradas las imágenes sagradas en los templos, tanto en Bogotá como en otras ciudades. Holton en 1850 describe la indumentaria de una de las vírgenes en Bogotá.

La estatua de la Virgen está vestida con ropa de verdad y cubierta de adornos chillones, papel dorado y cintas; en algunas ocasiones los adornos son de oro macizo con diamantes y esmeraldas. La cara está pintada y barnizada, y la cabeza tiene pelo larguísimo que otrora fue el de una guaricha. Como en la Nueva Granada no hay mucha gente rubia, el pelo claro es el que más gusta (1981, Sección Las iglesias de Bogotá, parr. 8).

Holton tiene una perspectiva protestante desde la cual también rezarle a la virgen no es lo mas prudente, pues habría que hacerlo mejor en primera instancia a Dios, que es omnisciente y omnipresente, que puede dar cuenta de todos los feligreses y sus sentimientos, virtudes estas que no posee la virgen y que por lo tanto los rezos que se le hagan podrían ser inútiles. Además del debate teológico, estaba también en el ambiente el debate sobre la originalidad de las imágenes, Boussingault escribe a su paso por la población de Muzo: “Es una verdadera virgen, continuó con entusiasmo, mucho más de la que pueden mostrar en Chiquinquirá, una cualquiera...” y volteándose hacia mi, dijo: “no más virgen que Ud. mi querido oficial, una intrigante que se encontraron nadie sabe dónde, ni cómo. La nuestra vino de Castilla y es pura e inmaculada” (Boussingault, 1985, Sección meseta de Bogotá, parr 72).

A juicio de Holton Todas las imágenes de los santos y las vírgenes estaban pintadas en un intento de darles vida y a menudo estában también vestidas de forma absurda. Muchas veces a los cuadros les pegaban joyas y adornos, lo cual acababa con el mérito artístico de los pocos que valían la pena. Había un crucifijo que chocaba especialmente a Holton porque daba la impresión de que lo habían pintado completamente desnudo, y luego alguien escandalizado resolvió coserle encima un pedacito de muselina.

Otras imágenes como la del ángel basado en el Dionisio aeropagita, trajeado con faldines superpuestos debajo de una casaca como los campesinos indígenas del altiplano, se debía a la carencia de santos por parte de la compañía de Jesús y el consiguiente recurso a los ángeles en lo andino (Rincón, 2007).

4.10.4 Las procesiones de la semana santa

Qué indescriptible cantidad de Plumeria alba y de Plumeria rubra se esparce en estas festividades! Cada casa utiliza diariamente una canasta grande llena! Después de la Resurrección, en todas las calles colgaban judíos vestidos de franceses y rellenos de paja. Tenían voladores puestos en el trasero y a una señal convenida queman estos judíos ahorcados. La muchedumbre aguarda por largas horas la ejecución de este auto de fé. Triste

alegría la del pueblo, colgar y quemar un judío de paja! (Humboldt, 1982, Sección estadía en Cartagena y Turbaco, parr. 1).

Según Combes el médico viajero Roulin se sorprendía, además de las procesiones, por las misas campales en las que los indios con coronas de flores y cogidos de la mano bailaban al son del oboe y el tambor. En los días de semana santa otros personajes que llamaban la atención de los viajeros eran los penitentes quienes permanecían de rodillas con los brazos extendidos durante horas o se flagelaban con cordeles.

Holton cuenta en 1850 que los bogotanos más cultos se avergonzaban de las ceremonias que se celebraban en la Semana Santa, tanto que intentaban que pasaran inadvertidas para los viajeros para que no fueran objeto de observaciones irreverentes. Entre estas las representaciones plásticas de las escenas de la pasión: el señor bajo la cruz, las santas doloridas, el judío vestido a la romana con nariz encorvada, frente estrecha y gran abundancia de pelo, a quien el pueblo enseñaba el puño. También estaba la representación de la sábana mortuoria en la que aparecía la forma de un cuerpo humano, la sábana estaba extendida en un marco y la figura se podía ver por ambos lados, a juicio de Holton era poco decente porque estaba muy desnuda y demasiado sucia para ser ornamental. Sin embargo, algunas de las imágenes de las procesiones tenían a decir de Holton rostros hermosos, aunque la mayoría desafiaban las leyes de la anatomía y de la gravedad.

Para Rothlisberger alrededor de 1880 lo mas llamativo era el repique de campanas desde el viernes santo hasta el domingo de pascua, en cuyas pausas se celebraban las llamadas cuarenta horas, o ejercicios de oración y penitencia, durante los cuales a cada momento se organizaban con las campanas, a decir de Rothlisberger, verdaderos conciertos de fragua. El sonido de estos conciertos era mas agudo que grave, pues hasta las campanas mas grandes eran pequeñas debido a que tenían que ser traídas a lomo de mula o de carguero desde Honda hasta Bogotá.

El viajero que mas tematiza la semana santa y sus celebraciones es Holton, en la década de 1860, quien deja pormenorizadas descripciones de todos los eventos. Holton es crítico respecto de lo que ve, también como pastor protestante es sarcástico en términos teológicos intentando reducir al absurdo las situaciones y las manifestaciones populares de

fe. Sobre la procesión en particular anotaba que transcurría por varias iglesias al cabo de las cuales retornaba a la de la Nieves, en la que entre otras oraciones se rezaba un ave maría por el fundador de la iglesia en caso de que todavía estuviera en el purgatorio. Acerca de la ceremonia en la catedral escribe:

En la catedral cuatro soldados hicieron guardia al pie de la hostia, como si se tratara del cadáver de un general. Con gran pompa la colocaron en un arca de plata que cerraron con una llave de oro, guardar la cual es honor muy grande. Este año ese honor recayó en el Presidente Obando. La persona que conserva la llave se la cuelga al cuello en una cadena de oro y la entrega con gran ceremonia en la misa del viernes. Dicen que en alguna ocasión el encargado de la llave tuvo tiempo de ir a Tunja, cometer un asesinato y regresar a entregar personalmente la llave a la hora en punto (1981, Sección Suplemento, parr. 46).

Después de los sacerdotes, muchos ciudadanos eminentes iban de dos en dos hasta la cruz, se arrodillaban tres veces, la besaban, ponían dinero en el plato y se retiraban. Por último, sacaban la hostia del monumento. De acuerdo a Holton el presidente Obando en aquella oportunidad no fue por la mañana, así que la llave estaba al cuello del deán del capítulo.

También Holton nota que en las inmediaciones de Bogotá se hacían las demostraciones más ruidosas; el órgano tocaba música alegre, marchas, danzas y valeses, y si en las plazas había un cañón o un pelotón de soldados, disparaban las armas. A veces lanzaban al aire unos voladores llamados cohetes, y el olor de la pólvora entraba en las iglesias y se mezclaba con el del incienso.

Además de la semana santa, la otra gran celebración pública de fe era el corpus cristi. Gosselmann en la década de 1820 describe el rito de descubrimiento de los altares en el que se podía observar una gran diversidad de objetos sagrados y profanos reunidos en un mismo espacio: cuadros de la Virgen lujosamente adornados al lado de cuadros franceses de la venus en el baño, crucifijos entre espejos y retratos, coronas de rosas y cintas e imágenes de santos, grabados, flores, etc... todo reunido de tal manera que lo brillante y lo profano no dejaban apreciar lo divino y sagrado, como si el objetivo fuera deslumbrar la vista antes que conmemorar una fiesta religiosa.

Para Gosselmann, debido a lo que él denominaba “el carácter tropical de la gente”, las celebraciones del corpus cristi degeneraban en procesiones carnavalescas cuya idea solo podía haber sido incubada bajo la influencia de un sol tropical:

Una gran cantidad de lagartos, tortugas, tigres, serpientes y caimanes, representados por ciudadanos, que producían un efecto de mal gusto. El ejemplar que más llamaba la atención era una enorme tortuga en cuyo lomo iba sentado un negrito. Causaba sensación entre la gente del pueblo porque efectuaba unas maniobras con su cabeza y cuello, de gran movilidad. Otro favorito era un caimán que se encargaba de morder a todos aquellos que se le acercaban (...) Luego seguía un grupo de horribles enmascarados, que hacían un ruido atronador con pitos, tambores y castañuelas y danzaban como si representaran un baile de demonios. Venían equipados con colas largas, cuernos y patas de caballo. Verdaderamente se defendían de la persecución que a sus espaldas les hacía el arcángel Miguel, vestido de seda blanca y grandes alas púrpuras, al tiempo que con una espada repartía golpes al dragón, que era seguido de ocho hombres vestidos de negro. El ángel conseguía arrastrar tras de sí a los diablillos y al dragón, con lo que aprovechaba para abrir paso a los nuevos actores: numerosos niños vestidos de pastores y envueltos en ramas y flores a quienes acompañaban rebaños de ovejas (...) Otro grupo importante estaba compuesto por el de los tres Reyes Magos, que avanzaban mirando al cielo con mucha atención en dirección a la estrella, la que era llevada en una larga caña de bambú. La escena era seguida por un cuadro en que venía la Virgen María adornada del modo más reluciente y seguida por el viejo José, con una hacha y su barba que le daba acentuado toque de distinción (...) A espaldas de este grupo aparecía la procesión como tal. Una cantidad interminable de sacerdotes, monjes, acólitos, niños de coro, etc., todos portando velas encendidas. Entre ellos una fila de bellas jovencitas, con rosas blancas y vestidos decorados con flores, llevaban sahumeros, canastillos con flores, etc. Les seguía un grupo de muchachos indígenas que bailaban en círculos al derredor de un palo que en su punta tenía una copa de cintas de seda de fuertes colores (...) En seguida venían los invitados del Perú, que, como tales, debían también formar parte de la procesión. Eran dos llamas; lindos animales de cabezas erguidas y cuello largo y recto que dificultosamente eran arrastrados por su dueño (...) Tras ellos seguía la banda de músicos vestida de soldados romanos y sirviendo de antesala a la presencia del vicepresidente, los ministros y altas personalidades del gobierno, todos muy bien engalanados. La guardia con sus armas terminaba esta parte, tan extensa como extraña (1981, Capítulo XV, parr. 65).

Lo que seguía a la procesión ya no tenía que ver mucho con ésta. Se colocaban en la plaza varios postes encebados y en sus extremos superiores se pendían premios que serían ganados por aquel que lograra llegar a ellos. La fiesta se despedía con una corrida de toros.

4.10.5 Funerales de niños, de pobres, de ricos y de reos

Jiménez de Quesada relata como los muiscas a sus muertos les sacaban las tripas y los rellenaban con oro y piedras y los dejaban en unas camas altas envueltos en mantas, o en ataúdes de oro rellenos con esmeraldas. Además de los buenos, aquellos que habían ayudado a expandir la república iban al cielo.

Ya en la década de 1880, cuenta Rothlisberger, los indígenas formaban un cortejo que desfilaba generalmente con mucha rapidez y sin tristeza visible, pues consideraban la muerte como una redención que abría las puertas del paraíso. Sobre todo cuando el muerto

era un niño ya bautizado, más bien reinaba la alegría que el duelo, pues el niño gozaba ya de felicidad en la gloria sin haber gustado las penalidades de la tierra. Esta misma costumbre la atestigua Holton entre las clases bajas en donde la gravedad de un niño pequeño no era motivo de angustia, y su muerte tampoco lo era de dolor, siendo sus funerales verdaderas fiestas en las que se bailaba toda la noche bajo la creencia de que el niño iría directamente al cielo sin pasar por el purgatorio. Holton describe una celebración de estas en la que la pequeña muerta fue amarrada a una silla y puesta en un estante alto mientras la concurrencia danzaba “celebrando el angelito”. Otra costumbre era la de colocar el nombre del día del santo a los niños que nacían enfermos, no para pedir su mejoría, sino para que murieran con ese nombre. Para Holton la falta de impresión ante la muerte era característica de los países católicos, en los que se creía que entre mas joven se muriera menos tiempo tendría que pasar en el purgatorio.

Los indígenas continuaban a pesar de todo con sus prácticas religiosas, aunque ya no creyeran en la eficacia de las mismas. Iban a misa, se confesaban y recibían los sacramentos en el lecho de muerte sin que les inmutara ese formalismo, la iglesia tampoco pedía mas.

Las guacas, o entierros indígenas, fueron otro de los temas descritos por los viajeros, Humboldt escribió:

Los indios consideran aún hoy día esa búsqueda de guacas como una impía labor. Ellos se burlan de la búsqueda de oro de los europeos que perturba la tranquilidad de. Los muertos, y en una zona en la que todo trabajo agrícola es bendecido con muchos años de repetidas y ricas cosechas, prefieren revolver el interior de la tierra para obtener un hueso, o una olla de barro, o flechas envenenadas. Pero la búsqueda de oro es una enfermedad europea que linda con el delirio. Cuando estuvimos en Guarumo, llegaron allí 3 hombres fuertes como robles que se hacían pasar por mineros y habían llegado desde la Palma, a todo lo largo del Río Negro y a través de desconocidas quebradas, hasta el río Magdalena. Tenían los rostros pálidos y aseguraban que habían vivido durante largos meses en las montañas de frutas de palma y de peces, para descubrir minas de oro. Hablaban misteriosamente de los ilimitados tesoros que habían descubierto, y en 2 meses habían encontrado granos de oro por valor de 8 piastras. Estos son los placeres de una fantasía excitada. En un país donde cualquiera de ellos podría ganar con poco esfuerzo de 4 a 6 reales por trabajo manual, los buscadores de oro (mazamorreros) prefieren esta vida miserable, sin pan, vagabunda, a cualquier otra comodidad (1982, Sección Arribo a Honda, parr. 12).

Los viajeros de las novelas también son testigos de funerales y entierros, el uno dentro de la ritualidad de la cultura wayu y el otro dentro del abandono de la selva. El viajero de *Cuatro años a bordo de mi mismo* relata desde la Guajira:

Todos vamos al entierro. En el rancho donde estuve alguna vez, se halla el cuerpo, forrado en una hamaca. Según la costumbre, se han reunido indios de todas las tribus y de todos los lugares. Los parientes de la difunta alimentan por varios días a los concurrentes. Hay indios tan pobres, que se la pasan viajando a los lugares donde ha muerto alguien, para poder vivir algún tiempo. Cuando llegamos, ya hay muchos indios e indias borrachos, con los ojos torpes por el alcohol y las manos ligeras. La chicha y el ron circulan en las vasijas labradas. Huele a carne asada y a sancocho de chivo. El olor del aceite de coco es mas pesado que nunca. Hay majuyuras e indias viejas, indios ricos, serios, como ídolos de bronce, y muchachos membrudos, robustos, que parecen salidos de un club de deportes. Nos acercamos al chinchorro, y, según es uso, damos gritos, inclinados hacia el cadáver y con el rostro cubierto con las manos. Ya hemos 'llorado' (Zalamea, 1966, p. 244).

Además de comida a cada individuo que iba al duelo le regalaban uno de los animales que poseía el difunto. La visión del viajero bogotano es en este caso desprevenida, se limita a narrar lo que sucede sin juzgarlo. Por su parte para Arturo Cova, en la *Vorágine*, los entierros que presencia están exentos de ritualidad, son solo fosas que se cavan para depositar en ellas los cadáveres casi anónimos de los hombres de la selva, cuyas tumbas toca cuidar de los predadores y los cerdos que desentierran los cuerpos para comérselos.

A diferencia de los indígenas y las clases populares, entre la clase media y alta las solemnidades fúnebres, de carácter público, devoraban fuertes sumas. Rothlisberger anota cómo algunos hablaban allí no con otro fin que el de presumir a costa del muerto o para arrastrar a los fascinados oyentes a la personal admiración por el orador, resultando que no siempre podían evitarse los testimonios de entusiasmo en forma de ruidoso aplauso. Rothlisberger se queja del lamentable y obligatorio lujo que rodeaba las ceremonias, tanto que las familias de pocos recursos pero que aspiraban a conservar el llamado rango de clase miraban con espanto los gastos del sepelio. Para Rothlisberger esto constituía una fea deformación del verdadero dolor. También se quejaba del último acto del entierro el cual consistía en que un peón de albañil, sin estar siquiera vestido de negro, se acercaba al ataúd y volcaba una caja de cal sobre la faz del muerto.

Contrastando con lo anterior se podían ver también los sepelios de los pobres: por las calles iban grupos de gente que llevaban en hombros a su difunto atado simplemente a una tabla, así que cualquier transeúnte podía ver el cadáver envuelto en un vestido lo posiblemente bueno o a veces en una sencilla mortaja blanca. También existían unos ataúdes de uso público, que tenían pintada una calavera sobre dos huesos a cada lado y que cargaban, según Holton, cuatro presos vigilados por soldados con fusiles.

El cementerio de los pobres estaba situado al occidente en una parte muy húmeda de la Sabana. A decir de Holton ningún bogotano quería que lo viera porque era un lugar espantoso. El camino que conducía al cementerio tenía una cerca de palos amarrados a postes con cuerdas de cuero, pero la del cementerio era de tapia y teja. Adentro se veían huesos y calaveras regados por el suelo, y en el muro había un chulo o gallinazo esperando picotear carne cristiana.

Otro cementerio era el de los suicidas, quedaba a la mitad del camino que iba al cerro por detrás de la ciudad, cerca a un horno donde quemaban ladrillos, según Holton se los enterraba como animales para que con ellos pereciera también su recuerdo.

4.11 Los bogotanos versus los colombianos: Comparaciones de mentalidades

Del negro ha heredado la resistencia y la fuerza para soportar trabajos duros; de los españoles, un natural hasta cierto punto heroico, pero también arrogante y parlanchín, el espíritu de la galantería que hace aparecer menos brutal la sensualidad del negro, y además el sentido poético, y la terrible soberbia del caballero, que no permite menoscabo a la dignidad o al honor. (...) El excitable y revoltoso mulato, tan inquieto, inconstante, y tan libre además en cosas de religión, en Colombia ha aprendido a amar la movilidad. Por tal motivo, se halla presente en todas las revoluciones y constituye en ellas un factor humano difícil de dominar, distinguiéndose por su bravura. A los superiores les dice señor, lo que indica que se halla ya en un escalón más elevado (...) El afán de progreso, la emulación, el deseo de refinarse, de llegar a ser persona conocida y figurar socialmente, han llevado ya a puestos directivos de la vida pública a muchos hombres de esta inteligente raza. Menos satisfactorias son las posibilidades del zambo, que llama blanco a su jefe o dueño y con ello expresa ya instintivamente la gran diferencia que existe entre, de un lado, las razas inferiores de los negros y los indios de las que él procede Su lengua es un revoltijo difícilmente comprensible y lleno de groserías e improperios (Rothlisberger, 1993, Sección, Conquistas del país parte 2, parr. 19).

A la descripción racial que hace Rothlisberger hay que sumarle, en tipos y costumbres, la división regional del país. Así lo recuerda Gosselmann quien anota que si su permanencia en Colombia se hubiera limitado a las ciudades de Cartagena y Santa Marta, al abandonarla hubiera tenido opiniones tan torcidas como injustas sobre ella y sus habitantes, pues no creía que existiera un lugar más diferente entre sus provincias de cordillera y las costañas en toda la zona. Para los viajeros europeos, en especial para los de países nórdicos como Gosselmann, comprender y valorar a la gente de la costa atlántica va a ser muy difícil, el fuerte mestizaje con los africanos y las costumbres que este ha generado van a ser motivo de desprecio y crítica.

Rothlisberger opinaba que en la costa más que la religión se hacían presentes la libertad, la independencia y la política: las pasiones se levantaban en altas llamaradas y se replegaban luego sobre sí mismas. Las peleas eran frecuentes, sobre todo en cuestiones amorosas. Para Rothlisberger las gentes de la costa eran más moderadas y más limpias que las de la altiplanicie, pero a la vez más libres en sus hábitos: pasaban la vida en medio de una desembarazada alegría, también con un cierto lujo. El trabajar se justificaba casi únicamente por lograr los medios para gozar y divertirse.

Según Lemoyne las personas de clase alta en Cartagena como en Santa Martha permanecían en su casa la mayor parte del día meciéndose en la hamaca. La inactividad tanto de la clase alta como de la baja es motivo de observaciones raciales por parte de los viajeros, quienes además del clima lo vinculan al mestizaje y a la falta de actividad de los puertos. A propósito de esto Stubel y Reiss afirman “La clase más pobre de los habitantes del Estado de Cundinamarca son personas bastante tratables y honradas, que no se pueden comparar con los habitantes de la costa” (Schrader, 1996, parr. 2). A Stubel y Reiss no les va bien en la Costa, la falta de celeridad de la cotidianidad los exaspera aparte del clima al que no se acostumbran.

Humboldt tiene una mirada más médica de las diferencias, afirma que en el cálido Orinoco abundan indígenas muy resistentes a las enfermedades de la piel, que en el valle del Magdalena son solo razas mezcladas no tan resistentes a las ulceraciones y las llagas, que después de Honda, en Guaduas, con un clima más fresco ya no aparecen más.

Boussingault escribe que los hombres de raza blanca y vida sedentaria no se podían comparar con los mestizos, dueños de una actividad prodigiosa: pasaban su existencia al aire libre, cazando siervos en los grandes bosques de los páramos y llevando a cabo carreras de obstáculos en accidentados terrenos. Boussingault habla aquí de los mestizos blanco - indio, que es el habitante de la sabana de Bogotá. Así como los viajeros se interesaban en los tipos y costumbres de la población local, los habitantes de los pueblos y ciudades también se sorprendían con los extranjeros. Cuando Boussingault llega al municipio de Titiribí, siendo el primer francés en hacerlo, su compañero Walker decide hacer una exhibición de su persona. Los habitantes de Titiribí hicieron fila con ofrendas

para ver al francés en persona, la casa donde se quedaban quedó entonces llena de mangos, piñas, chirimoyas, cebollas, yuca y tortas de maíz.

Para los viajeros de las dos novelas, en especial para el joven aventurero de *Cuatro años a bordo de mi mismo*, el contacto con los bogotanos que han migrado rumbo a la Guajira le habla de nostalgia y frustración por lo que dejaron y por su nueva realidad allí:

“No sé porqué todas las personas que he hallado en la Guajira aprovechan las ocasiones que se les presentan para contarme su vida. Hay en ellas una extraña necesidad de confianza. Cuentan cómo vinieron, hace cuánto están aquí y muchas otras cosas. Quieren saberlo todo de los lugares que han olvidado. Interrogan, preguntan, inquietan. Sobre sus rostros y dentro de sus ojos, brilla la llama de la esperanza frustrada. Quieren irse para otros lugares, pero no pueden” (Zalamea, 1966, p. 89-90).

L'Espagnat compara a los burgueses bogotanos con los de Medellín, dice de los primeros que son amables, alegres y disertos, de los segundos anota que tienen un espíritu más áspero, más yanqui, más cruelmente práctico. Boussingault en cambio elogia la fecundidad de Antioquia donde frecuentemente las familias tenían entre 10 y 12 hijos, atribuyéndole tal fecundidad al consumo de maíz y frijoles. Al habitante de Antioquia se le denominaba maicero, Boussingault escribe sobre las maiceras que son bonitas y excelentes madres.

Rothlisberger caracteriza a los antioqueños por su aversión a la pobreza y su marcada afición al lucro y la adquisición de bienes. Por tal razón afirma que no son belicosos y se inclinan a la neutralidad en los conflictos políticos. Asegura que no son cobardes, como dicen, sino que por el contrario saben batirse bien. Toda vez que entienden lo útil que el saber resulta para progresar y tener éxito, acuden de buena gana a la escuela. De su vida familiar escribe que es ejemplo de perfección y que las mujeres son muy virtuosas, que viven retiradas como monjas y trabajan incesantemente.

Gosselman contrasta la limpieza y el cuidado de los antioqueños con la dejación y suciedad que encuentra en las poblaciones del bajo magdalena y en la costa en general, dejación y suciedad que atribuye al clima y a la pereza de los habitantes. Gosselmann en la década de 1820 cita ejemplos de la honestidad de los peones y arrieros antioqueños, atribuye esta cualidad a la ubicación geográfica de Antioquia que la salvó de la mayor parte de las guerras y de su mala influencia, así como de las corrientes migratorias que trajo la paz posterior, dejando intactas las características centrales de los montañeses.

Holton por su parte elogia el ánimo emprendedor de los socorranos y asegura que solo les haría falta una educación adecuada para ser una de las mejores razas de la tierra. Asimismo critica a los ibaguereños por su falta de sociabilidad que contrasta con la amabilidad y hospitalidad del resto del país

Sobre la región del Chocó Boussingault y también Stubel y Reiss destacan que las mujeres no estaban limitadas por las estrictas leyes del decoro que regían en las ciudades colombianas y en Europa, Su “caída” no ocasionaba la deshonra permanente ni la exclusión de la sociedad. Boussingault cuenta anécdotas sobre cómo a las mujeres del Chocó no les impactaba la desnudez.

Rothlisberger en su paso por el Cauca describe al caucano como inteligente y creativo. Afirma que en circunstancias normales es pacífico y tolerante, además de comedido y bondadoso, pero que caía con facilidad en un apasionamiento que no se igualaba en ninguna otra región: Su furia llegaba a ser tan grande que caía en el ridículo. En una alocución a los liberales tronaba un orador que era necesario dar tan duro a los conservadores, que de sus dientes se pudiera hacer una columna conmemorativa. Casi por todas partes se encontraban huellas de devastación y las heridas de las guerras civiles no habían cicatrizado aun. Holton los elogia como jinetes y se aterra de la cantidad de tierra sin explotar y solitaria que hay en la región, la gente prefiere la pobreza cerca a la ciudad que vivir solo en esas extensiones.

Sobre la capital del Cauca, Popayán, escribe Holton en la década de 1850:

Dicen que la persona capaz de coger instintivamente una pulga que le camina por el cuerpo, es popayaneja, y que uno puede estar seguro de que si alguien se mete la mano entre la ropa y pesca tranquilamente de los omoplatos el bicho que le estaba picando la espalda, es porque es de Popayán. También se puede inferir lo mismo cuando a alguien le faltan las uñas o los dedos de los pies. Popayán es el paraíso de las pulgas. Si se suelta un caballo en un patio sin antes haberle echado grasa, el animal se enloquece a la media hora (1981, Sección Ibagué parte 2, parr. 21).

Hamilton no habla tanto de las pulgas como de las niguas en Popayán, y de las graves infecciones que causaban sino eran extirpadas a tiempo de los dedos de los pies. Muchos soldados de los ejércitos españoles de Morillo sufrieron de gangrena y los que no murieron debieron ser amputados. De los habitantes de Pasto Hamilton dice que son valientes pero traicioneros, pues se rebelaban al gobierno cada tanto. En este caso no se trata de una falta

de lealtad de los pastusos como de una vieja discordia política: Pasto fue leal a la corona española en tiempos de la independencia y nunca vio con buenos ojos el gobierno de los criollos.

Holton ve con curiosidad y vergüenza como en Estados Unidos son mas frecuentes los enfrentamientos entre hombre y mujer al interior de un matrimonio. En Colombia solo lo presencia en Cali y la escena le hace recordar su tierra natal. Aquí se podrían leer varias cosas: primero, el círculo social en el que se mueven los viajeros nos habla casi siempre solo de un sector de la población, generalmente las clases altas; segundo, los ideales de obediencia y virtud que circulaban en Bogotá impedían un empoderamiento de la mujer en su rol de esposa y madre; y tercero la realidad industrial de Estados Unidos generaba otro tipo de dinámicas y prácticas entre las parejas.

En cuanto a los extranjeros radicados en Bogotá los viajeros también van a tener sus preferencias y opiniones. Para Holton las familias mas interesantes que conoce en Bogotá son las venezolanas, por encima de las bogotanas, pues a su juicio entendían mejor a extranjero. Gosselmann nota mayor brío y ansias de trabajo en los venezolanos y en cambio en los bogotanos ve arrogancia aunque mejores conocimientos. Según Gosselmann en la década de 1820 solo se conocían tres tipos de nacionalidades: “colombianos libres”, “pendejos españoles” y “amigos ingleses”. Los términos “extranjero” e “inglés” eran sinónimos. Esto se debe en parte a los escuadrones ingleses que colaboraron en el ejército patriota, entre ellos el batallón Albión que combatió en las playas de Orinoco y contribuyó en gran medida al triunfo.

Sobre los alemanes escribe Gosselmann que eran traídos por la Goldschmidt y Cía., para trabajar en las minas de la compañía que dirigía el señor Hauswolff en Antioquia. Sin embargo su aspecto era mas el de aventureros que el de trabajadores. Los reclutados para este empleo eran generalmente gente reunida en Inglaterra y el Viejo Continente que carecían de fuerza moral y de fuerza física. A su llegada se entregaban a todo tipo de desorden, cayendo muy pronto en el sistema de vida del país. Gosselmann fue testigo de como de una tripulación de cincuenta mineros, cerca de un tercio murió antes de abandonar

a Santa Marta, lugar donde desembarcaron. Los médicos atribuyeron tal caso al exceso de consumo de frutas y aguardiente.

Holton, antes de marcharse de Colombia, escribe a menara de despedida:

Amo la gente granadina y estas páginas son testimonio ininterrumpido de las bondades de que he sido objeto y que nunca podré corresponder. Difícilmente puedo mencionar algún pedido razonable de mi parte que hayan rechazado o desdeñado. Como me di cuenta después, en ocasiones hice solicitudes inconvenientes, que seguramente causaron molestias, y sin embargo fueron atendidas. Las autoridades han sido tan amables como los particulares (1981, Sección Cali y viajes parte 2, parr. 49).

Conclusiones

Un concepto como el de Mentalidad, tomado de la historiografía, tiene que ver con el conjunto de actitudes, pensamientos, sentimientos y prejuicios, visibles en los comportamientos y costumbres de los individuos o las comunidades con respecto al amor, la muerte, lo sagrado, el bien y el mal, etc. Gracias a la amplitud temática y temporal que brinda un concepto como el de mentalidad, fue posible llevar a cabo la comparación de discursividades, imaginarios e ideales, de los cronistas, los viajeros del siglo XIX y los protagonistas aventureros de las dos novelas de personaje (*La vorágine* y *Cuatro años a bordo de mi mismo*).

En la visión religiosa y militar de las primeras Crónicas, Relaciones y Cartografías de conquista, se sientan las bases de las primeras actitudes y sentimientos con los que la futura América mestiza y española, e incluso las antiguas civilizaciones, éstas de acuerdo al grado de ruptura de sus culturas, empezarán a nombrar, habitar, sentir y conocer, el ahora nuevo mundo. Se han roto de repente las antiguas formas, las causas primigenias y las maneras del mundo hasta entonces conocido, y se ha empezado a establecer un primer ejemplo inédito pero temiblemente victorioso en el que lo sabido hasta allí, o lo aun por saber desde nuevos referentes, estará de sobra mientras no se encuentre al servicio de la obtención rápida de oro y plata, de tierras, de hombres y dominios, de cometerlo todo en nombre de un Dios desconocido y un rey lejano. Se inicia el desapego y la indiferencia hacia lo propio, categoría que en el caso de la América mestiza y criolla estará aun por formarse en la Colonia, igual que la idea misma de lo americano o lo neogranadino (hoy colombiano). Y será en los casi 3 siglos de colonia en los que se gestarán y preservarán los rasgos básicos de la mentalidad de un nuevo mundo. Ya el miedo, el caos y la lengua han sido sembrados.

Se trata de la gran aventura del pensamiento medieval europeo, en la que lejos de descubrir un nuevo mundo, parece mas descubrirse a si mismo al intentar nombrar por la espada y la cruz a los reinos Aztecas, Incas y Muisca: el pensamiento medieval, imbuido de teología, teme y temerá lo que no se le parece. Ha nombrado a tientas un mundo que lo excede, no obstante ahora puede reescribirlo, renombrarlo, refundarlo y desconocerlo. Se inaugura entonces la era de los viajes trasatlánticos, y se le imprime primero a las crónicas y luego a los relatos de viaje su carácter de fuente histórica, a la vez que se legitiman sus métodos de

conocimiento: el simple acto de ver será ahora observar, los dogmas y prejuicios se volverán de repente conceptos y teorías, la mera opinión se convertirá arbitrariamente en juicio, y cualquier acción cotidiana se tornará en heroica o ejemplarizante.

Además de la legitimación y agudizamiento de los métodos de conocimiento, debido al amplio marco de tiempo tomado (siglo XIX), en el caso de los viajeros los discursos y prácticas generales que inciden en sus narrativas como telón de fondo van cambiando: desde los últimos estertores de la ilustración y su filosofía natural, pasando por las revoluciones y las independencias nacionales, el liberalismo y la paulatina secularización de los estados, los albores de la economía de mercado y el comercio global, las nuevas modas intelectuales (pragmatismo, positivismo, romanticismo), la expansión de la industria pesada y su idea de progreso, la irrupción de Estados Unidos como potencia económica y política, el apogeo de la idea de civilización occidental y el nacimiento del racismo como teoría política y social, etc, todo sumado a la perspectiva cultural y personal del autor y al cambio paulatino de la propia ciudad y sus gentes.

En cuanto a este cambio paulatino, que será no solo bogotano sino continental, América latina se reimagina en la mirada de los europeos no españoles y los estadounidenses, y hace del romanticismo, sobretodo del alemán y su idea de pueblo, el espacio para un nuevo discurso sobre lo americano, donde lo criollo y no tanto de lo indígena se convierte en el referente común desde el que América latina empezaba a hablar de si. Otras discursividades sobre América latina son las contenidas en las polémicas académicas de época entorno a temas como: la leyenda negra, la inferioridad racial americana, la influencia negativa del clima tropical en el intelecto, la diferencia entre cultura y civilización aplicada a los pueblos indígenas, etc. Otras discursividades y explicaciones, con un fondo mas económico y social, estaban apenas en desarrollo y sólo tendrían amplia difusión hasta finales del siglo XIX y comienzos del XX. El papel de los textos de los viajeros como mediadores y divulgadores de ideas y tendencias, hace que también se piense en ellos cuando se habla de la modernidad o modernización de América latina, pues en términos de historia hablar de la modernidad en América también es referirse a libros sobre América.

Pero existen además otras discursividades que también hacen parte de los textos antes y después de ser escritos. La forma de hilar las historias, las aventuras, las anécdotas, las

peripecias de la ruta, los personajes y los diálogos, tanto en las novelas como en los textos de los viajeros, está imbuida por la expectativa de los lectores para los cuales se escribe. Los textos de viajes en el siglo XIX tenían en Europa su propio público, un circuito de lectores ávido no solo de lo exótico y pintoresco, sino de las reflexiones a partir de conceptos, discursividades, prácticas o ideales, de los que se sentían representantes o a los cuales aspiraban socialmente, por ejemplo: el desarrollo de las instituciones democráticas, de la ciencia y la educación, el progreso material y la producción de bienes, el orden público y la ciudadanía, la igualdad y la ley, la laboriosidad y las técnicas locales, los tipos de razas y sus comportamientos, etc. Igualmente, el público bogotano de las novelas, una minoría académica no muy dada a los viajes, valoraba lo exótico y pintoresco que les podía resultar una narración sobre otras regiones de Colombia, en la que se veían reflejados como personajes cultos en contradicción con los demás.

Las crónicas, las narraciones de los viajeros del siglo XIX y las dos novelas de personaje son tres literaturas que corresponden a los relatos de tres aventuras distintas que llegan o que parten de Bogotá, circunstancia que ha permitido plantear su análisis no en capítulos temáticos sino en jornadas de viaje, jornadas en las que se hicieron los preparativos, se inició la partida, se emprendió y padeció una ruta, se llegó, se vivió y se partió de nuevo, cada una compuesta por descripciones y reflexiones en las que los recuerdos, el camino y la ciudad, la aventura, la manera de observar el entorno según las épocas y las intenciones de cada viaje, así como la autoconciencia o no que se tuviera del propio tiempo y circunstancia, brindaron los elementos comparativos necesarios para los tres momentos: en el caso de los conquistadores y cronistas se trató del camino del descubrimiento de lo desconocido, donde se refleja la soledad y la ambición de ser forasteros y fundadores de un mundo; para los viajeros del siglo XIX el camino y la ciudad fueron un extrañamiento, una experiencia de conocimiento y un choque de prejuicios; para los personajes bogotanos el camino y la ciudad fueron un monólogo, un drama de identidad, una contradicción entre su mentalidad, sus imaginarios y la realidad.

Debido a su ubicación, y a la ruta especialmente abrupta que se debía emprender para llegar a la ciudad o salir de ella, uno de los ejes temáticos de los tres momentos literarios es el aislamiento, concepto entorno al cual se tejen en muchos casos los demás temas que en

común tocan los textos. En el caso del aislamiento la realidad se restringe a un imaginario que no se amplía con otros, ni en espacio ni en tiempo, sino que genera una tradición que se teje sobre sí, donde el horizonte interpretativo de la cultura es reemplazado por los ideales cultos, los cuales por falta de intercambio terminan convirtiéndose en una suerte de “espejismos”, es decir, una imagen ilusoria de una necesidad particular que no obstante conlleva unas prácticas y actitudes, una idiosincrasia. Al ser una escenificación de costumbres, discursividades dominantes y prejuicios, la idiosincrasia de una comunidad aislada como la bogotana del XIX tiende a afianzarse y a defenderse de los cambios, del mundo, propiciando una inercia dentro de la mentalidad en la que los prejuicios solo permiten reconocer aquello que los confirma o idealiza, por ejemplo, la sobrevaloración cultural de lo europeo sobre lo americano entre los burgueses bogotanos. Asimismo el rasgo de lo caballeresco como forma sublime de expresar las emociones quedaría afincado en Bogotá por ser el epicentro literario en el siglo XIX, sería acogido como parte de lo considerado masculino, honorable y decoroso por las élites cultas y la burguesía comercial. Lo caballeresco, o lo que después se llamaría caballerosidad, se confundiría en la segunda mitad del siglo XIX en Bogotá con lo que se entendía por el gentleman inglés, y sería uno de los orígenes de la forma de ser del cachaco.

En términos de mentalidad este aislamiento autosuficiente marcó una falta de interés e incluso un desdén hacia otras regiones, no hubo una necesidad de intercambio y los bogotanos se refugiaron en el centralismo cultural y político definiendo lo demás como periferia.

Para los cronistas, viajeros y aventureros, la realidad o realidades se revelan en los momentos de confrontación externa con el mundo o de cuestionamiento interno con lo propio, se trata de las costumbres y hábitos en conflicto con lo que cada uno puede percibir o no de lo otro de acuerdo a lo heredado y aprendido. El trasfondo de la realidad o realidades de unos y otros, lo que permite contrastarlas, hace foco en la fundación mental y simbólica que constituye cualquier realidad. Esta observación vale especialmente para los viajeros y novelistas, cuyos textos son escritos años después de los acontecimientos, retomando a veces con 10, 20, 30 o más años de distancia sus envejecidas notas de viaje y empleando en la redacción de sus libros corpus completos de nuevas fuentes aparte de

éstas. Es así como cada viajero y cada autor, además del tiempo interior cotidiano desde el que interpreta, transmite, resiste o padece, las discursividades y las prácticas asociadas a su época, lugar y condición, posee también una temporalidad interna de relativa larga duración que le permite contemplar críticamente su propia vida, ideas o discursos, formas de sentir y actuar (mentalidad), así como corregir u olvidar posibles desencantos y vergüenzas, e incluir nuevas perspectivas o reflexiones que no hicieron parte en principio de sus experiencias ni de sus expectativas.

No obstante, en el caso de algunos cronistas, viajeros y aventureros, cuando en la distancia ven frustradas sus expectativas y se cierran sobre sus imaginarios, dejan de comprender lo nuevo y empiezan solo a “precomprender”, a prejuizar, estableciendo normatividades fijas en la que lo “correcto” e “incorrecto”, lo “incluido” o lo “excluido”, no dependen ya de los cambios o experiencias propias sino de lo que coincide o no con sus prejuicios, con el lugar desde el cual opinan, con su rol en la nueva sociedad, o simplemente con sus aspiraciones de clase, género, raza, etc. Es frecuente notar esta actitud en las generalizaciones que los viajeros hacen de las formas de pensar, de sentir o de distintos comportamientos sociales o privados.

El viajero del XIX es un personaje nacido gracias y a pesar de España, inspirado por Rousseau, las revoluciones y el romanticismo, e impulsado desde la ilustración por Humboldt, quien va escribiendo y dibujando a pie, a caballo o en canoa, y para quien la rapidez del apunte acuarelado no requiere de un estudio confortable, Humboldt es el último de los viajeros ilustrados por lo amplitud temática de su mirada pero a la vez es el primer especialista por el nivel de detalle que logra en muchos de ellos. Una mirada que terminó convirtiéndose en un estilo de escritura y de viaje, un estilo capaz de vincular al hombre y la naturaleza mediante la descripción del paisaje y la geografía.

Precisamente la escritura, el espacio, el movimiento y sus dinámicas, van a tomar otro cariz luego de la perspectiva geográfica e ilustrada de Humboldt, ya que los primeros textos de viajes por el Nuevo Reino de Granada, aparte de los del propio Humboldt, van a ser los relatos de los jóvenes soldados ingleses y franceses, integrantes de las legiones enviadas a Bolívar para luchar contra España entre 1810 y 1819, quienes en sus textos anhelaban como

autores no solo ser protagonistas heroicos de campañas y batallas sino además ser personajes auténticos y en ocasiones extravagantes.

El viaje comenzó a ser visto como un agudizamiento de la inteligencia, como el puente entre el filósofo errante de la antigüedad, el humanista del renacimiento y el científico experimental. En este sentido, el viajero no escribía 'solo'. A menudo encontramos a los viajeros citando cronistas y otros viajeros, situándose dentro de un corpus documental que le daba los parámetros sobre la manera en la que se debía representar al 'otro'.

Luego de la campaña de Independencia, y de las guerras internas en la Gran Colombia (1819-1830), dejan de llegar soldados y militares, y empieza una nueva oleada de viajeros diplomáticos, banqueros, políticos y representantes de firmas europeas y estadounidenses interesados en firmar tratados o en hacerlos cumplir. Viajeros como Brown, Hamilton, Cochrane, Mollien, Duane y Rensseelaer, llegaron en las décadas de 1820 y 1830 representando los intereses comerciales de los británicos, franceses y estadounidenses. La llegada en 1843 de Edward Mark, el famoso acuarelista, como cónsul británico y el comienzo en 1850 de las expediciones de la Comisión Corográfica, dirigidas por Agustín Codazzi, son indicadores de una nueva fase de expansión centrada en el libre comercio y en la idea de nación. Tiempo después Saffray, Stübel y otros extenderían esta oleada hasta finales de siglo y comienzos del XX.

Pero no solo la ciencia, las independencias y la industria, fueron las causas y los temas protagónicos de estos nuevos viajes, también la reflexión estética de autores como Burke, Gilpin, Payne y luego Kant, estimularían a los artistas e intelectuales a "descubrir" en nuevos países exóticos lo pintoresco y lo sublime.

Viajeros como Humboldt, Hamilton, Gosselmann, Réclus, Saffray y Rothlisberger, se interesaron en reconstruir la historia de la conquista de la sabana de Bogotá como un episodio necesario de contar a la hora de hilar o justificar sus afirmaciones acerca de la ciudad y sus gentes. Para estos viajeros los hechos de la conquista todavía se hacían sentir en la división, mas que en clases, en castas que la ciudad y la nación conservaban ya en tiempos republicanos.

Las reconstrucciones del pasado indígena, que para el caso Muisca ya en el siglo XIX se asumía como una cultura muerta, fuera por parte de españoles, criollos o viajeros, obedecen

a las expectativas y discursividades de cada grupo y época: es así como la historia de los muiscas ha sido escrita de diversas formas y con distintos intereses. A finales del siglo XVIII y principios del XIX, conforme la élite criolla afianzaba su poder económico y político, se extinguían las investigaciones sobre las comunidades indígenas que otrora hicieran los misioneros y los primeros ilustrados. El interés reaparece a mitad del siglo XIX con la expansión del capital extranjero, la llegada de viajeros europeos y estadounidenses, y el desarrollo de teorías de evolución social en Europa. La conquista y colonización de la sabana de Bogotá, donde habitaban distintas comunidades, con lenguas y tradiciones diferentes, es un ejemplo de cómo una idiosincrasia y mentalidad particular, la del conquistador español del siglo XVI, se impuso a muchas otras distintas y desconocidas dejando su impronta en la representación del tiempo y el espacio a través de la fundación de una ciudad.

En Bogotá, a pesar de la influencia de la minoría burguesa, los elementos de la tradición española prevalecieron dentro la población debido al aislamiento externo del país y al aislamiento interno de la ciudad. A partir del siglo XX, con el surgimiento de la industria, hubo cambios en las estructuras económicas y políticas pero no en la mentalidad religiosa de los habitantes, se apropiaron técnicas y métodos, no ideas. En esta época, entre 1920 y 1932, los protagonistas de las dos primeras novelas de personaje de la literatura colombiana (*La Vorágine* y *Cuatro años a bordo de mi mismo*), pertenecientes a la burguesía bogotana, anclada en los ideales de la cultura española y francesa del siglo XIX, emprenderían expediciones ficticias hacia las zonas apartadas del territorio colombiano experimentando también la sensación de ambivalencia de los primeros conquistadores y viajeros, aunque esta vez no se trataría del sentimiento de ser forastero y a la vez fundador de un mundo, o redescubridor de una ciudad colonial del siglo XIX, sino de la extrañeza de sentirse como un forastero que descubre trágicamente su propia realidad. El aislamiento histórico de las regiones, y en especial el caso de Bogotá, es observado por los personajes de las dos novelas no como la llegada a una ciudad remota después de una travesía sino como una aventura de descubrimiento subjetivo y geográfico que empieza justamente con la partida de ella.

Poeta y literato, Arturo Cova, protagonista de la *Vorágine*, representa un sector específico de la sociedad urbana, con sus propias imágenes de lo que es la ciudad y las zonas apartadas, que eran vistas entonces solo como territorios. Será este imaginario culto y refinado el que se enfrente por casualidad a la selva y sus hombres, pues aunque se trata del extremo opuesto a ella, es a la vez el único que la puede hacer consciente y pública mediante la escritura.

Eduardo Zalamea, por su parte, en *Cuatro años a bordo de mi mismo*, elabora un personaje que aunque también pertenece a la intelectualidad bogotana de la época, compartiendo los mismos anhelos y frustraciones, que motivan a la vez su viaje a la desértica Guajira, al extremo norte de la Costa Caribe colombiana, no emprende sin embargo su aventura persiguiendo ideales o metas que otorguen sentido a su existencia y a su travesía. Busca solo conocer y vivir, salir de Bogotá, con la esperanza incierta de retornar.

Los protagonistas de las dos novelas inician su recorrido en Bogotá, desde la ciudad de los ideales de la cultura oficial, en un viaje lleno de introspección que los lleva hasta las zonas más apartadas del territorio en las que se hace patente la contradicción. La discursividad de Cova, la del burgés romántico de Bogotá, pasa de la exaltación a la pesadumbre cuando cae en cuenta de que su enemigo, representado por la selva y sus inclemencias, es en verdad él mismo y sus fantasías. Cova es un forastero que paulatinamente se da cuenta que lo es, pero no quiere creerlo. Su tragedia consiste en querer ser uno más en la selva cuando no pertenece a ella. Sus imaginarios de lo que le aguardaba en ella han sido rotos, por esto se siente ajeno y perdido; su mentalidad, representada en sus sentimientos y actitudes parece artificial y afectada frente a la simpleza e inmensidad de la selva y sus hombres.

Lo inexorable de la naturaleza y el destino, el peligro de sucumbir ante ellos, es visto de otra manera por Zalamea. El aventurero de *Cuatro años a bordo de mi mismo* está en un desierto pero no se enfrenta a él, solo intenta vivir de acuerdo a sus reglas, no quiere salvar a nadie nisiquiera a él mismo. Sus imaginarios sobre La Guajira no se han roto, pues estaban abiertos al conocimiento y la experiencia, esperaba en esencia arena, mar e indígenas; su mentalidad burguesa está hastiada de sí, huye de sí misma e intenta adaptarse sin éxito a la vida de las salinas, al calor y a la voluptuosidad que lo circunda.

De la zona andina colombiana la sabana de Bogotá fue la menos afectada por la oralidad debido al exterminio y al desprecio de las culturas nativas. Su tipo de lenguaje introspectivo y auto consciente, cuyo acento proviene del derecho y la filosofía escolástica al ser ésta la región donde se erigió el centro académico y político, y se asentaron los ideales burgueses que entrarían en contradicción con la realidad del resto del país, terminó influyendo también en la tradición literaria. La vorágine constituyó un giro en la novelación de espacios fijos. También de lugares distintos a la sabana de Bogotá cuya altura era entendida como signo de elevación espiritual, intelectual y moral (de lo blanco y lo señorial).

La preponderancia de lo señorial, y también el temor a que esa preponderancia se disolviera y generara mas caos y violencia, luego de la independencia, fue una de las causas por las cuales se consolidó y mantuvo como rasgo de mentalidad. Dentro de lo señorial otro elemento que tiene su origen en la lógica de la conquista es la desmesura, de la cual Arturo Cova es representante con sus reacciones exageradas y su disposición sentimental a inmolarse por cualquier causa.

Volviendo a los viajeros del siglo XIX, a las circunstancias abruptas de la ruta, una vez dejado atrás el mar caribe y las Antillas, el camino prosigue de Santa Martha a Cartagena. De Cartagena se sigue rumbo a Bogotá por el rio Magdalena. Los testimonios acerca del recorrido por el rio son muy variables, dependen de las condiciones del viaje, el tipo de embarcaciones, la época del año, etc. Aquellos viajeros que emprenden la ruta iniciando el siglo XIX, como Humboldt, van a navegar en embarcaciones llamadas bongos, o en champanes, que eran de fabricación artesanal, hechos de palma y estaban impulsadas por bogas (esclavos africanos con remos y pértigas), mientras que los viajeros de finales de siglo, Como Rothlisberger y Cané, van a remontar el rio en barcos de vapor, lo que les agilizaba el viaje en términos de tiempo y comodidad. Además de los medios de transporte y el clima, que marcan el viaje mismo como experiencia, va a pesar mucho en las percepciones sobre la ruta y la ciudad las expectativas y las metas cada viaje. Para Humboldt la expectativa tenía que ver con las colecciones botánicas de Mutis y no tanto con la ciudad, para Roulin, Cochrane, Mollien, Rothlisberger, Lisboa, Cané y Saffray la ciudad en cambio es un destino de residencia donde ejercerán sus profesiones y vivirán un tiempo, para Boussingault, Hall, Hamilton, Holton, Gosselmann y Hettner, Bogotá es un destino

posible entre otros, pues sus actividades científicas, militares o diplomáticas los llevan a recorrer el país sin una residencia fija.

El encuentro con los Andes marca a su vez el ánimo de los viajeros, pasar de las tierras bajas, del calor y la vegetación tropical a los picos de las montañas y a una atmósfera fría, les trae recuerdos y sentimientos que unidos a la grandiosidad del paisaje hace que el tono de sus descripciones se haga en ocasiones más nostálgico. Así como en el Magdalena los bogas y las embarcaciones son protagonistas junto con los viajeros de la ruta por el río, en los Andes serán los arrieros, cargueros, silleteros y mulas (mezcla de burro y caballo), los que acompañen con los utensilios a cuestas las caravanas que van hacia Bogotá. Personajes como los cargueros y los arrieros con sus mulas protagonizan el entorno de la ciudad, son indígenas o mestizos que habitan Honda o la periferia fría de Bogotá, son gente de montaña. Las vías de comunicación tardaron mucho en ser mejoradas, no había una consciencia sobre la prioridad que tenían para el país, de hecho las noticias sobre posibles mejoras en los caminos ocasionaban protestas entre los arrieros y cargadores pues temían quedarse sin trabajo. La incomunicación se convirtió también en un negocio, el de aquellos que mantenían vigentes los antiguos caminos como una tradición que a la postre sería insostenible.

Bibliografía

Fuentes Primarias

- Boussingault, Y. B. (1985). *Memorias de un naturalista y científico que cedió a la tentación de ser observador y crítico social*. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/memov1/indice.htm>
- Cané, M. (1907). *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia*. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/notviaje/indice.htm>
- . (1990). Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia, 1882. En G. Romero (Comp.), *Bogotá en los viajeros extranjeros del siglo XIX* (pp. 177-200). Bogotá, Colombia: Villegas.
- Cochrane, J. (1990). Narración de una expedición a la capital de la Nueva Granada y residencia allí de once meses, 1836-1837. En G. Romero (Comp.), *Bogotá en los viajeros extranjeros del siglo XIX* (pp. 57-122). Bogotá, Colombia: Villegas.
- Combes, M. (1942). *Roulin y sus amigos: burguesía desvalida y arriesgada 1796 - 1874*. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/roulin-y-sus-amigos-burguesia>
- De Aguado, P. (1989). Tres expediciones se encuentran en Bogotá. En J. O. Melo y A. Valencia. (Comps.), *Reportaje a la Historia de Colombia*, vol I, (pp. 87-92). Bogotá, Colombia: Planeta.
- . (1989^a). Muerte de Tisquesusa o Saquesagipa. En J. O. Melo y A. Valencia (Comps.), *Reportaje a la Historia de Colombia*, vol I, (pp. 79-86). Bogotá, Colombia: Planeta.
- . (1989^b). Fundación de Sta Fé de Bogotá, selección del lugar y asentamiento. En J. O. Melo y A. Valencia (Comps.), *Reportaje a la Historia de Colombia*, vol I, (pp. 73-75). Bogotá, Colombia: Planeta.
- D'Espagnat, P. (1989). El cafetal Usatama y el Salto de Tequendama. En J. O. Melo y A. Valencia (Comps.), *Reportaje a la Historia de Colombia*, vol I, (pp.445-451). Bogotá, Colombia: Planeta.
- . (1990). Recuerdos de la Nueva Granada, 1897-1898. En G. Romero (Comp.), *Bogotá en los viajeros extranjeros del siglo XIX* (pp. 261-299). Bogotá, Colombia: Villegas.
- Duane, W. (1991). Colombia: sus fronteras y división política, viaje a la Gran Colombia en los años 1822-23. En D. Sowell (Comp.), *Santander y la opinión angloamericana, visión de viajeros y periódicos 1821-1840*. Bogotá, Colombia: Fundación Francisco de Paula Santander.

- . (1990). Viaje a la Gran Colombia en los años 1822-1823. En G. Romero (Comp.), *Bogotá en los viajeros extranjeros del siglo XIX* (pp. 21-56). Bogotá, Colombia: Villegas.
- Gosselmann, C. (1981). *Viaje por Colombia: 1825 - 1826*. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/viajes/indice.htm>
- . (1997). Informe No19 La república de la Nueva Granada. En J. Díaz Granados (Comp.), *Viajeros extranjeros por Colombia* (pp. 23-45). Bogotá, Colombia: Presidencia de la República.
- Hall, F. (1991). Bosquejo de la república de Colombia. En D. Sowell (Comp.), *Santander y la opinión angloamericana, visión de viajeros y periódicos 1821-1840*. Bogotá, Colombia: Fundación Francisco de Paula Santander.
- Hamilton, J. (1955). *Viaje por el interior de las provincias de Colombia*. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/viinpro/indice.htm>
- . (1989). Vida diaria y diversiones durante la Gran Colombia. En J. O. Melo y A. Valencia (Comps.), *Reportaje a la Historia de Colombia*, vol I, (pp. 442-445). Bogotá, Colombia: Planeta.
- Hettner, A. (1990). Viaje por los Andes colombianos, 1882-1884. En G. Romero (Comp.), *Bogotá en los viajeros extranjeros del siglo XIX*. (pp. 201-260). Bogotá, Colombia: Villegas.
- Holton, I. (1981). *La Nueva Granada: veinte meses en los Andes*. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/nueveint/indice.htm>
- Humboldt, A. (2005). Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente. En *Alejandro de Humboldt, Viajes por Colombia*. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/exhibiciones/humboldt/orinoco1.htm>
- . (1982). Alexander von Humboldt en Colombia, Extractos de sus diarios. Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/exhibiciones/humboldt/diario/indice.htm>
- Jiménez de Quesada, G. (1989). Ascenso del río Magdalena. En J. O. Melo y A. Valencia (Comps.), *Reportaje a la historia de Colombia*, vol I, (pp. 43-46). Bogotá, Colombia: Planeta.
- . (1989). Costumbres de los Chibchas. En J. O. Melo y A. Valencia (Comps.). *Reportaje a la historia de Colombi*, vol I. (pp. 65-72). Bogotá, Colombia: Planeta.
- Lemoyne, A. (1990). De Honda a Bogotá. En J. Díaz Granados (Comp.), *Viajeros extranjeros por Colombia* (pp. 47-63). Bogotá, Colombia: Imprenta Nacional de Colombia.

- Lisboa, M. (1990). Relación de un viaje a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, 1852. En G. Romero (Comp.). *Bogotá en los viajeros extranjeros del siglo XIX*. (pp. 123-156). Bogotá, Colombia: Villegas.
- Rivera, J. E. (1985). *La Vorágine*. Caracas, Venezuela: Ayacucho.
- Rothlisberger, E. (1993). *El Dorado: Estampas de viaje y cultura de la Colombia suramericana*. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/eldorado/indice.htm>
- Saffray, C. (1990). Viaje a Nueva Granada, 1869. En G. Romero (Comp.), *Bogotá en los viajeros extranjeros del siglo XIX*. (pp. 157-176). Bogotá, Colombia: Villegas.
- Simón, Fray Pedro. (1989). Fundación de la ciudad y celebración anual en su memoria. En J. O. Melo y A. Valencia (Comps.), *Reportaje a la Historia de Colombia*, vol I (pp. 75-78). Bogotá, Colombia: Planeta.
- . (1989). Leyenda de la cacica de Guatavita e intento de desaguar la laguna. En J. O. Melo y A. Valencia (Comps.), *Reportaje a la Historia de Colombia*, vol I, (pp.111-117). Bogotá, Colombia: Planeta.
- Zalamea, E. (1966). *Cuatro años a bordo de mí mismo*. Bogotá, Colombia: Colombia.

Fuentes secundarias

- Albuquerque, L. (2006). Los “Libros de viaje” como género literario. En M. Lucena y J. Pimentel (E.ds.), *Diez estudios sobre literatura de viajes* (pp. 67-88). Madrid, España: Consejo superior de investigaciones científicas.
- Arango, F. (2008). “Levantando el barniz de la eternidad” Identidades e imaginarios comunes entre los criollos ilustrados de Santafé antes de la independencia. *Documentos CESO*, 146. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Ardila, R. (1986). *Psicología del hombre colombiano*. Bogotá, Colombia: Planeta.
- Arendt, H. (1993). *La condición humana*. Barcelona, España: Paidós.
- Avellaneda, J. (1995). *La expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada*. Bogotá, Colombia: Banco de la República.
- Baeza, M. (2005). *Sobre la teoría fenomenológica de imaginarios sociales*. Recuperado de <http://gceis.net/node/121#comment-27> Búsqueda realizada junio de 2011.

- Bermudez, S. (2001). Los espacios en los hogares de la élite santafereña en el siglo XIX desde una perspectiva de género. *Revista Historia Crítica*, (19), pp.107-127.
- Bernabéu, A. (2014). Del Atlántico al Pacífico: el miedo al mar en la cultura occidental. En O. Ette, C. Naranjo e I. Montero (Eds.), *Imaginarios del miedo, estudios desde la historia* (pp. 131-152). Berlín, Alemania: Edition Tranvía.
- Bernal, D. (1996). *De los judíos en la historia de Colombia*. Bogotá, Colombia: Planeta.
- Bodgan, P. (2005). *La realidad nacional colombiana en su narrativa contemporánea*. Recuperado de www.iaveriana.edu.co/narrativacotombiana
- Bouthoul, G. (1971). *Las mentalidades*. Barcelona, España: Oikos.
- Calzadilla, P. (2005). *Por los caminos de América en el Siglo de la Luces, La sociedad colonial latinoamericana del siglo XVIII a través de los viajeros extranjeros*. Caracas, Venezuela: Fondo editorial Trópykos.
- Cañizares, J. (2007). *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo*. USA: Fondo de Cultura Económica.
- Castro, N. (2010). *Conciencia crítica en 4 novelas colombianas*. Medellín, Colombia: La Carreta literaria.
- Ceballos, D. (2002). *"Quyen tal haze que tal pague", Sociedad y prácticas mágicas en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Cultura.
- Cueva, M. (2007). *Los archipiélagos: espacios, tiempos y mentalidades en América latina*. Ciudad de México, México: UNAM – Instituto d Investigaciones Sociales.
- Chartier, R. (2007). El archivo, los textos y la historia, Algunas reflexiones. En A. Araya, A. Candina y C. Cussen (Eds.), *Del nuevo al viejo mundo: Mentalidades y representaciones desde América* (pp. 15-22). Santiago, Chile: Fonfo de Publicaciones Americanistas – Universidad de Chile.
- . (2005). *El mundo como representación, estudios sobre historia cultural*. Barcelona, España: Gedisa.
- Deas, M. (1991). Aventuras y muerte de un cazador de orquídeas: Albert Millican, viajero del siglo XIX en Colombia. *Revista Credencial Historia*, (22). Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/octubre1991/octubre2.htm>
- Elias, N. (1989). *Sobre el tiempo*. Madrid, España: Fondo de Cultura Económica.
- Donghi, H. (1985). *Historia contemporánea de América latina*. Madrid, España: El Libro de Bolsillo.

- Dueñas, G. (1996). *Los hijos del pecado. Ilegitimidad y vida familiar en la Santafé colonial*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Ette, O. (2001). *Literatura de viaje: de Humboldt a Baudrillard*. México, D.F., México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- . (2009). *Alexander von Humboldt und die Globalisierung Das Mobile des Wissens*. Frankfurt am Main - Leipzig: Insel Verlag.
- Ferrús, B. (2011). *Mujer y literatura de viajes en el siglo XIX: entre España y las américas*. Valencia, España: Universidad de Valencia.
- Fischer, T. (1999). La "Gente Decente" de Bogotá, estilo de vida y distinción en el siglo XIX – vistas por viajeros. *Revista colombiana de antropología*. 35(35), pp.36-69.
- Franco, J. (1992). La cultura hispanoamericana en la época colonial. En *Historia de la literatura hispanoamericana*, vol1, (pp35-54).
- Friede, J. (1966). *Invasión del país de los Chibchas*. Bogotá, Colombia: Tercer mundo.
- Gadamer, H. (1993). *Verdad y método*. Salamanca, España: Sígueme.
- García, G. (1985). *El general en su laberinto*. Buenos Aires, Argentina: Suramericana.
- Garrido, E. (2014) Terror y placer frente a la naturaleza: Alexander von Humboldt y lo sublime del arte y la ciencia. En O. Ette, C. Naranjo e I. Montero (Eds.), *Imaginario del miedo, estudios desde la historia* (pp.153-168). Berlín, Alemania: Edition Tranvía – Verlag Walter Frey.
- Gasquet, A. (2006). Bajo el cielo protector. Hacia una sociología de la literatura de viajes. En M. Lucena y J. Pimentel (Eds.), *Diez estudios sobre literatura de viajes* (pp. 31-66). Madrid, España: Consejo superior de investigaciones científicas.
- Gómez, A. (1998). *Al Cabo de las Velas, Expediciones científicas en Colombia siglos XVIII, XIX y XX*. Bogotá, Colombia: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- Gómez, J. (1994). Stubel y Reiss dos viajeros alemanes en la Colombia del siglo XIX. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, XXXI (35). Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/memov1/memov1.htm>
- González, B. (2000). La escuela de Humboldt: los pintores viajeros y la nueva concepción del paisaje. *Revista Credencial Historia*, (122). Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/febrero2000/122escuela.htm>

- González, D. (2002). Historia de las mentalidades. Evolucion historiográfica de un concepto complejo y polémico. *Obradoiro de Historia Moderna*, (11), pp.135-190. Recuperado de https://dspace.usc.es/bitstream/10347/3948/1/pg_136-191_obradoiro11.pdf Búsqueda realizada 20/02/2014
- Guarín, O. (2005). De bárbaros a civilizados: la invención de los muisca en el siglo XIX. En A. Gómez (Eda.), *Muisca, representaciones, cartografías y etnopolíticas de la memoria*. (pp. 228-247) Bogotá, Colombia: Universidad Javeriana.
- Jaramillo, J. (2002). La Visión de los Otros: Colombia vista por observadores extranjeros en el siglo XIX. *Historia Crítica*. (24), 7-26. Recuperado de <http://historiacritica.uniandes.edu.co/view.php/366/1.php>
- Jaramillo, R. (2005). *La postergación de la idea de modernidad en Colombia: tolerancia e ilustración*. Recuperado de www.javeriana.edu.co/narrativacolombiana
- Jiménez, D. (1994). *Fin de siglo decadencia y modernidad ensayos sobre el modernismo en Colombia*. Bogotá, Colombia: UNAL — IDCT.
- Lara, P. (1998). La sala doméstica en Santafé de Bogotá, siglo XIX: el decorado de la sala romántica: gusto europeo y esnobismo. *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*. Bogotá, (25), 109-134.
- Langebaek, C. (2005). Resistencia indígena y transformaciones ideológicas entre los muisca de los siglos XVI y XVII. En A. Gómez (Ed.). *Muisca, representaciones, cartografías y etnopolíticas de la memoria* (pp. 24-53). Bogotá, Colombia: Universidad Javeriana.
- Le Goff, J. (1985). Las mentalidades. Una historia ambigua. En J. Le Goff y P. Nora, *Hacer la historia*, vol 3, (pp. 81-98). Barcelona, España: Laia.
- Lucena, M. y Pimentel, J. (Eds). (2006). *Diez estudios sobre literatura de viajes*. Madrid, España: Consejo superior de investigaciones científicas.
- Martínez, A. (1995). *La prisión del vestido*. Bogotá, Colombia: Ariel.
- Martínez, F. (1998). Apogeo y decadencia del ideal de inmigración europea en Colombia, en el siglo XIX. *Boletín Bibliográfico y Cultural*, XXXIV (44). Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti1/bol44/bol44a.htm>
- Martínez, J. (2007). Construyendo mundos: El "nacimiento" de los indios en el siglo XVI. En A. Araya, A. Candina y C. Cussen (Eds.), *Del nuevo al viejo mundo: Mentalidades y representaciones desde América* (pp. 23-24). Santiago, Chile: Fonfo de Publicaciones Americanistas – Universidad de Chile.

- Melo, J. O. (1985). El ojo de los franceses. *Boletín bibliográfico y cultural*, 22 (5). Recuperado de http://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/3238.
- Morales, L. (1993). *Figuras literarias, Rupturas culturales*. Santiago, Chile: Pehuen.
- Muñoz, S. (2010?). Las Imágenes de Viajeros en Colombia durante el siglo XIX. En *Galería histórica, Viajeros por Colombia*. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/galeria/libros.htm>
- Nieto, M. (2006). *Remedios para el imperio*. Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes.
- Ortiz, A. (2003). *Reformas borbónicas: Mutis catedrático, discípulos y corrientes ilustradas: 1750 – 1816*. Bogotá, Colombia: Universidad del Rosario.
- Ospina, W. (1998). *Las Auroras de Sangre*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Cultura.
- Pachón, H. (1993). *Los intelectuales colombianos en los años 20: El caso de José Eustasio Rivera*. Bogotá, Colombia: Colcultura.
- Pérez, A. (2001). Humboldt y la nostalgia de América. *Revista Credencial Historia*, (134). Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/febrero2001/134hum.htm>
- Pineda, A. (1990). *Del mito a la posmodernidad*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo.
- Puyana, Y. (2013). *Investigar desde el trabajo social sobre los relatos biográficos*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Reinstadler, J. (2010). El gran teatro del Nuevo Mundo: artes escénicas, viajes y viajeros en el Caribe decimonónico. En O. Ette, y G. Muller, (Eds.), *Caleidoscopios coloniales, transferencias culturales en el Caribe del siglo XIX*. Madrid, España: Iberoameicana.
- Rincón, C. (2007). *De la guerra de las imágenes a la mezcla barroca de los imaginarios en el mundo colonial americano*, Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia – Facultad de Artes
- Rodriguez, A. (1992). Eliseo Reclus. *Revista Credencial Historia*, (35). Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/noviem1992/noviem2.htm>
- Rodriguez Freyle, J. (1989). El cacique Guatavita y la leyenda de El Dorado. En J.O. Melo y A. Valencia (Comps.), *Reportaje a la Historia de Colombia* (pp110-111). Bogotá, Colombia: Planeta, vol I.

- Romero, J. (1999). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín, Colombia: Universidad de Antioquia.
- Schrader, J. (1996). Alphons Stübel – El “Hombre experto” anotaciones a sus impresiones sobre los habitantes de Suramérica. En Banco de la República; Biblioteca Luis Ángel Arango, *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/hue/hue8.htm>
- Stuttigen, M. (1996). Introducción. En Banco de la República; Biblioteca Luis Ángel Arango, *Tras las Huellas: Dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/hue/indice.htm>
- Tabares, Adrián. (2014). Rojos y azules: rastros de una violencia de distintos trapos. En Natalia Martínez (Eda.), *Narrativas de memorias y resistencias*. Bogotá, Colombia: Centro de Pensamiento MD - Uniminuto
- Vovelle, M. (1985). *Ideologías y mentalidades*. Barcelona, España: Ariel.
- Williams, R. (1991). *Novela y poder en Colombia*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo.
- Wolfzettel, F. (2005). Relato de viaje y estructura mitica. En L. Tobar, y Almarcegui, *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario* (pp10-24). Madrid, España: Akal.

Zusammenfassung

Die vorliegende Dissertation beleuchtet den von den Chronisten und Reisenden des 19. Jh. geprägten Zeitgeist. Verglichen werden ihre Diskurse und Vorstellungsbilder mit den Darstellungen literarischer Charaktere.

Die Gemeinsamkeiten und Unterschiede zwischen den Genres von Chroniken, Reiseberichten und Romanen werden in dieser Arbeit herausgearbeitet. Insbesondere rückt die Figur des Reisenden in den Mittelpunkt, um die mit der Reise verbundenen kulturellen Transformationsprozesse genauer erklären zu können.

Die Chroniken, als eine der ersten Darstellungsformen der Fremde in Amerika, stellen die Weichen für das (Selbst)Verständnis der spanischen bzw. Mestizen-Kolonien bereit. Der grundlegende Korpus von kulturellen Bezügen, oder Mentalitäten im Sinne von Vovelle (1985), wird von den Erzählungen der Spanier mit konstruiert. Eine dieser Bezüge war die Abneigung gegenüber dem Eigenen, welche in der kolonialen Zeit die Entstehungsgeschichte von Begriffen wie *Granadino* und *Americano* prägen wird.

Beeinflusst von theologischen Diskursen aus dem Mittelalter, vermitteln die Chroniken die Angst gegenüber dem Unbekannten und prägen auf diese Weise die Einstellung zum Wissen. Die Chroniken legitimieren diese Haltung, indem sie als historische Quellen betrachtet werden: Dogmen und Vorurteile werden zu Konzepten und Theorien.

Reiseberichte des 19. Jh. gelten auch als historische Quellen, aber anders als die Chroniken, unterliegen sie verschiedenen Diskursen, von der Aufklärung bis zur Moderne, und ihre Verfasser sind unterschiedlicher sozialer, geographischer und politischer Herkunft. Diese Vielfalt wird die bereits etablierte koloniale Ordnung in Amerika in Frage stellen.

Ausdruck reflektierenden Zeitgeistes ist u. A. die Verdrängung des „indígena“ aus der Identitätsbildung. Stattdessen rückt der „criollo“ in den Mittelpunkt. Die Reiseberichte vertreten wissenschaftlich legitimierte Standpunkte und setzen die offenen Diskussionen über Rassen- und Gesellschaftshierarchien in Gang.

Der vielfältige Charakter des Reiseberichts entsteht auch aus dem Publikum. Die Texte werden nach den Geschmäckern, Erwartungen und Vorstellungen der Leser verfasst. Die von Europäern geschriebenen Reiseberichte vermitteln z.B. eine pittoreske und exotische Darstellung Amerikas, darüber hinaus thematisieren sie politische, ökonomische und soziale Aspekte für das spezialisierte Publikum.

Chroniken und Reiseberichte werden als literarische Texte unter dem Genre Reiseliteratur betrachtet. Wie auch die Reiseromane, stellen sie aus einer autobiographischen Perspektive die Erfahrungen eines Reisenden in den Mittelpunkt der Erzählung. Für diese Arbeit wurden die Romane „La Vorágine“ von José Eustasio Rivera aus dem Jahr 1926 (Rivera, 1985) und „Cuatro años a bordo de mi mismo“ von Eduardo Zalamea aus dem Jahr 1932 (Zalamea, 1966) analysiert.

Die in dieser Dissertation einbezogenen Texte haben die Stadt Bogotá als gemeinsamen Ausgangs- oder Ankunftspunkt der Reise. Aus diesem Grund wurde die Dissertation in Reiseetappen bzw. „Jornadas“ gegliedert: die Vorbereitungen, die Route und der Aufenthalt in der Stadt.

Die Reise und ihre Etappen werden je nach Reisendem und seinen Absichten unterschiedlich erfahren. Für die Chronisten ist die Entdeckung des Unbekannten das sinnstiftende Element der Reise. Für die Reisenden des 19. Jh. werden der Weg und der Stadtaufenthalt als Erfahrung der Entfremdung, der Erkenntnis und der Konfrontation mit Erwartungen betrachtet. In den Romanen erfahren die Charaktere die Reise als dramatischen Identitätsbruch.

Die geographische Isolierung Bogotás und ihren Einfluss auf die sozialen und kulturellen Eigenheiten der Stadt durchdringen die Erzählungen. Im 19. Jh. überdauert das koloniale Gedankengut, wie es in der Idealisierung europäischer Moralvorstellungen widerspiegelt wird.

Dennoch werden die europäische Idealbilder in den amerikanischen Kontext neudefiniert bzw. „angepasst“. Auf dieser Weise entsteht eine lokale Idiosynkrasie, die aufgrund der Isolierung fortbesteht und sich immer wieder bestätigt.

Konstrukt dieser Idiosynkrasie ist z.B. der „Cachaco“. Unter „Cachaco“ wird das männliche Idealbild von Gentleman und Ritter zusammengefügt, Vorstellungen von Ehre, Anstand und Bildung sind damit verbunden. Dass Bogotá im 19. Jh. das literarische Epizentrum Kolumbiens ist, trägt zur Konstruktion dieser Figur bei.

Das alltägliche Leben in der Stadt wird von den Reisenden und auch von den Charakteren in den Romanen unterschiedlich erfahren und begriffen. Wie die Realität verstanden wird, hängt nicht nur vom kulturellen Hintergrund des Reisenden, sondern auch vom Abstand zwischen der Erfahrung und der Niederschrift ab. Nicht selten werden die Texte erst Jahre nach der Reise verfasst und die Erfahrungen neu interpretiert.

Die Entstehung des Reisenden als soziales Konstrukt subsummiert unterschiedliche Einflüsse, u. A. sind die Schriften von Rousseau, die Revolutionen, der Romantizismus und die durch Humboldt vertretene Aufklärung von besonderer Bedeutung. Im politischen Bereich spielt die Öffnung der Kolonien für ausländische Reisende durch die spanische Monarchie eine zentrale Rolle.

Humboldt agiert als zentraler Bezugspunkt für den Reisenden des 19. Jh. Seine Schriften enthalten einerseits die für die Aufklärung charakteristische Breite an Themen und andererseits ein Detailreichtum, der als spezialisierte Wissensproduktion betrachtet wird. Auf dem amerikanischen und dem europäischen Kontinent wird Humboldts Perspektive als einflussreiche Schreib- und Reiseweise wahrgenommen. Beispiele dieses Einflusses sind in

den Schriften von am Unabhängigkeitskrieg teilnehmenden Wissenschaftlern, wie im Fall von Boussingault, zu finden, auch in den Briefen und in den Berichten von Händlern, Diplomaten und Intellektuellen. Die soziale Anerkennung der Reisenden hebt auf diese Weise Vorstellungen von Intelligenz und Bildung hervor.

Im Laufe des Jahrhunderts entsteht ein Korpus von Reiseberichten, welcher als Anhaltspunkt für die Wahrnehmung des amerikanischen Kontinents sowohl unter den Autoren als auch unter den Lesern dient.

Das Leben der Eingeborenen und die spanische Eroberung Bogotas werden in den Berichten neu thematisiert und als historischer Hintergrund und als Argument für die Betrachtung und Erklärung der zeitgenössischen Gesellschaft genutzt. Beschreibungen der Gesellschaftsstruktur als Kasten- statt Klassensystem sind Beispiel dafür.

Anders als in den Reiseberichten ist der Einfluss Humboldts in der literarischen Darstellung von Reisenden-Charakteren nicht prägend. Die in der Isolation Bogotas entstandene Idiosynkrasie ist für die Autoren der prägnanteste Einfluss.

In den Romanen versuchen die Reisenden, die Isolation durch das Reisen zu überwinden. In den Reiseberichten wird stattdessen die zugängliche Welt verlassen, um in die entfernte isolierte Welt zu gelangen.

Für Arturo Cova, Protagonist in „La Vorágine“, spiegelt sich die Isolierung in den von ihm geteilten bürgerlichen Vorstellungen von Land und Urwald wider. Cova deutet sich den Urwald als einen offenen, sicheren und zugänglichen Ort. Die Reise entpuppt sich aber als eine Folge traumatischer Erfahrungen, welche seinen Erwartungen widersprechen; ihm wird klar, dass zwischen Realität und Vorstellung ein unüberwindbarer Abstand liegt. Cova wird in seinem eigenen Land als Fremder, „Forastero“, wahrgenommen, das gleiche gilt für seine Selbstwahrnehmung.

Der Reisende in Zalameas Roman „Cuatro años a bordo de mi mismo“ verfolgt ebenfalls den Wunsch, die Stadt zu verlassen. Anders als Cova nimmt er eine „offene“ Haltung ein, indem seine Erwartungen nicht mit konkreten Realitätsbildern verknüpft werden, sondern mit dem Bedürfnis, Neues zu erfahren. Schließlich aber macht auch er die Erfahrung der Entfremdung im eigenen Land.

Jose Eustasio Rivera und Eduardo Zalamea legitimieren ihre Geschichten durch die Charakterisierung des Erzählers als einem „Cachaco“. Der „Cachaco“, als Verkörperung von Bildung und Anstand, ist der Garant für die Realität der Darstellung.

Beide Romane werden durch den Monolog und die Selbstreflektion ihrer Charaktere gekennzeichnet. Dies ergibt sich aus der höheren Gewichtung schriftlicher Tradition in Bogotá, gegenüber mündlichen Überlieferungen.

Eine weitere Eigenschaft beider Werke ist ihr Bruch bei der Lokalisierung der Ereignisse. Rivera und Zalamea wählen Orte außerhalb Bogotás als Hauptkulisse ihrer Geschichten. Sie widersprechen der Darstellung Bogotás als geographisch und kulturell „höherstehenden“ Raum der Bildung und der Zivilisation, der sich von der wilden und leidenschaftlichen Peripherie abgrenzt.

Romane, Chroniken und Reiseberichten betrachten den Reiseweg als Schauplatz der subjektiven Transformation. Es ist auf dem Weg, wo die Reisenden in Widerspruch geraten, wo sie mit anderen Werten und Bedeutungen interagieren müssen. Schließlich wird auf dem Weg die eigene Identität in Frage gestellt und neudefiniert.

Entlang des Magdalena-Flusses oder beim Besteigen der Anden sind die Reisenden unterschiedlichen Bedingungen ausgeliefert: Klima, Menschen, Landschaft und finanzielle Ressourcen. Die in der Reise erlebten Strapazen beanspruchen im Text einen zentralen Platz. Diese Erzählungen der Konfrontation sind diejenigen, die die Auseinandersetzung der Reisenden mit der Fremde durchblicken lassen.

Die Dissertation trägt dazu bei, Bogotá und seine Einwohner aus der Perspektive von europäischen und aus der Stadt stammenden Reisenden zu verstehen. Sie analysiert, wie ihre Erzählungen das Selbstverständnis der Stadt verändern, indem sie als Bezugspunkte für die Interpretation und die Identifizierung gegenüber der Stadt dienen.